

Jorge Faraci



*Los niños
+ felices*

Jorge Faraci

Los niños + felices

Bajalibros.com

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la fotocopia y el tratamiento informático.

ISBN 978-987-678-087-2

Publisher: Vi-Da Global S.A.
Copyright: Vi-Da Global S.A.
Domicilio: Costa Rica 5639 (CABA)
CUIT: 30-70827052-7

A mis amados hijos

Mi agradecimiento a todos los que me alentaron a seguir adelante y a quienes hicieron posible la obra.

A Francisco y a Jorge por confiar en mí. A Gustavo por su apoyo técnico.

A Fabiana, soporte de todos mis proyectos.

A José, Elfreedes, Susana, Nené, Natalia, Liliana, Claudia, Jorge, Griselda, Flor y Mica, por su lectura de los originales y sus aportes enriquecedores.

A Facu y Guadi por llenarme de buenos pensamientos.

A Fenia por emocionarse y emocionarme.

I

La muerte, se expone con crudeza...

- 2014 -

Gerardo tenía en sus manos el diario La Nación, mientras terminaba su acostumbrada taza de café negro en la mañana, antes de salir hacia su oficina. Él renegaba de esa costumbre, cada vez más extendida, de leer el diario por internet en *notebooks* y *palms*, o lo que se ha tornado una moda en los hogares más pudientes de la Argentina, directamente en las pantallas de TV conectadas a un FCS (*Full Computer Home Services*).

El FCS comanda todos los dispositivos electrónicos de la casa y provee servicio de Internet y conectividad con todo el mundo, pero Gerardo seguía aferrado a sus costumbres y disfrutaba de la lectura del diario tradicional, con el papel que entintaba sus manos, como antes, como siempre.

A Gerardo le extrañó lo que veía y leía, ya que nunca antes el periódico había utilizado tantas páginas para tratar una noticia policial, como en ese 12 de agosto de 2014. Después de avanzar un poco en la lectura, pensó que se justificaba plenamente la enorme cobertura.

El asesinato sin pistas del Ingeniero Octavio Azzarini y de su bella esposa, reunía todos los ingredientes que aseguraban que los lectores del diario preferido de la clase media de Buenos Aires fueran a devorar esa noticia. Seguramente seguirían todos los detalles durante varios días en los noticieros televisivos. También el tema formaría parte de la discusión en todas las mesas familiares de diversos sectores sociales, que vivían temerosos por los niveles de inseguridad que azotaban a la gran mayoría de los hogares de la capital argentina y de todo el conurbano bonaerense, como se denomina al rosario de más de cincuenta ciudades distribuidas en torno a la "Ciudad Autónoma de Buenos Aires", que funcionan como pequeñas sucursales de la vida capitalina.

La mayor parte de ellas funcionan como ciudades-dormitorio para empresarios, profesionales, empleados y obreros, que se trasladan todos los días al centro para ejercer sus actividades. Otras concentran servicios e industrias que alimentan la enorme red de consumidores que nuclea el movimiento de casi un cincuenta por ciento de la actividad económica de la Argentina, en una extensión geográfica que no supera el cinco por ciento de su territorio.

La crónica describía los detalles con minuciosidad: *"el extraño asesinato del matrimonio, ocurrido en horas de la madrugada de ayer en el paradisíaco country Siete Lagos del partido de Tigre en la zona norte del Gran Buenos Aires ha conmocionado a sus vecinos y ha dejado prácticamente sin pistas a los investigadores que, en gran número, han sido asignados a la causa por el propio gobernador de la Provincia de Buenos Aires, Felipe Astori quien, por ser vecino de la zona, junto con su esposa, mantenían una profunda amistad con los Azzarini, al punto que, con frecuencia, ambas parejas disfrutaban de paseos en el yate del gobernador por el Delta del Tigre."*

"La perplejidad de los investigadores se debe principalmente a tres factores: a) la ausencia

de otros signos de violencia; b) que los atacantes no se llevaron ningún objeto de valor; y c) el trato diferencial que habrían recibido las víctimas por parte de sus asesinos. En efecto, María Laura Fernández, la esposa de Octavio Azzarini apareció muerta en su lecho, con una sonrisa en su rostro y sin signos de haber sido atacada, golpeada o violentada en modo alguno. El cadáver de Octavio Azzarini, en cambio, fue encontrado en el centro del enorme living de la exclusiva mansión de 600m², aplastado y atravesado por las puntas de la enorme y pesada araña que iluminaba el lugar.”

La crónica proseguía destacando que otro factor de intriga en la investigación era que los hijos de la pareja, que dormían también en la casa, nada habían escuchado. Maximiliano de dieciséis años, Candela de trece e Ignacio de diez años solo se dieron cuenta de la tragedia al levantarse en la mañana cuando fueron a despertar a su madre luego de que no respondiera a sus llamados. Después de encontrarla muerta en su dormitorio, corrieron por la casa para ubicar a su padre pero se tropezaron con la imagen que completaba el dantesco escenario en el centro de la enorme mansión.

A Gerardo, el impacto mediático del caso le trajo recuerdos poco gratos. No pudo evitar relacionarlo con el asesinato que motivó su salida de la “maldita policía”, rótulo popular con el que se mencionaba a la policía bonaerense.

Un domingo de octubre de 2007, un reconocido fiscal de Escobar, con el que había resuelto muchos casos y había tejido una gran amistad, lo había llamado para que fuera urgentemente hasta la casa de su hermana Ana María, que vivía en un exclusivo barrio de esa ciudad. Llorando, el fiscal le contó que su hermana había fallecido en un accidente hogareño, al caerse y rodar por las escaleras de su casa. Le dijo que lo necesitaba para que sacara a los policías, y a los peritos judiciales que, sin respetar el dolor de la familia, pretendían convertir el lugar en un circo.

— ¡Pobrecita!, así la encontró su marido, toda golpeada al pie de la escalera, cuando él regresó —, le dijo entre sollozos. Y allí había ido Gerardo, prestamente, en ayuda de su amigo, para ocuparse de despejar la zona de policías, investigadores y curiosos.

El cadáver de aquella mujer se enterró al día siguiente, sin la autopsia que hubiera correspondido, rodeada del amor y el dolor de los suyos.

Solo quince días después, algunos amigos y familiares de la finada, reclamaron ante la justicia por el caso. La causa judicial se inició en base a las sospechas que generó el extraño comportamiento de la familia de la víctima durante el velatorio y el sepelio.

Luego, el cadáver fue desenterrado y sometido a los exámenes que Gerardo había contribuido a evitar, para hacer un favor ante el dolor de un amigo. La autopsia reveló que la occisa presentaba ocho impactos de bala, en diversas partes de su cuerpo, y que los disparos habían sido artesanalmente ocultados a la vista de curiosos durante el velatorio. Era esa la causa real de su muerte física. Y esa fue también la causa del despido del comisario Gerardo Fuentes de la Policía Bonaerense.

Por sus propias investigaciones, Gerardo descubriría poco después que la sentencia de muerte había sido dispuesta por su propio hermano –el gran amigo de Gerardo– y por un primo de la víctima. La mujer los había amenazado con denunciarlos al descubrir que sus familiares administraban una gran suma de dinero sucio de drogas, relacionado con el Cartel de Cali. Las investigaciones privadas del ex comisario demostrarían más tarde que la reputada asociación de los primos era también la responsable de su eliminación.

— ¡Qué gran hijo de puta mi amigo el fiscal! ¡Cómo me cagó! — pensó Gerardo. Recordó el llamado del gobernador Astori, que por ese entonces era Ministro de Seguridad en la

Provincia de Buenos Aires, el día que lo echaron.

— Te conozco bien, Gerardo y sé que no tienes nada que ver con este asunto, pero la enorme presión mediática no me deja alternativa — le había dicho el ahora gobernador. Fue la última vez que dialogaron.

Gerardo cerró el diario y mientras apuraba el último sorbo de café, llamó por teléfono a su discípulo y amigo, el comisario de la policía bonaerense Esteban Guastavino que ahora ocupaba la Superintendencia de Investigaciones Criminales.

Volvió a abrir el diario, y mientras escuchaba el ring de su llamado al teléfono celular del Superintendente, siguió hojeándolo. La profusión de notas dedicadas al asesinato de los Azzarini incluían una gran infografía que, en su sector izquierdo, tenía un croquis de planta de la mansión donde había ocurrido el crimen, y en su sector derecho, traía sendas ampliaciones, tanto de la alcoba matrimonial, donde había sido encontrado el cuerpo sin vida de la señora María Laura Azzarini, como de la sala, donde su esposo Octavio había muerto atravesado por las puntiagudas flechas metálicas de la araña.

Un pequeño recuadro a la derecha, debajo de la infografía, le llamó la atención. Un reconocido psicólogo infantil advertía sobre el riesgo psicológico que entrañaba esa traumática muerte para los niños Azzarini, y reclamaba que las agencias del Estado se ocuparan del caso antes de que fuera demasiado tarde.

Mientras leía absorto, la voz del Superintendente lo volvió a conectar con la realidad que lo circundaba.

La espaciosa cocina, como la mayor parte de la casa, reflejaba el gusto de Nené, su ex esposa, quien -cansada del desorden de la vida policial de Gerardo, la inexistencia de horarios y su falta de compromiso con la vida familiar- había partido un par de años antes, para entregarse al tierno amor de un médico viudo de Chivilcoy, su pueblo natal. Junto con ella se llevó a su niña más pequeña, ya adolescente.

La crisis desatada por su intempestiva salida de la fuerza policial había terminado de mellar esa relación, que igualmente languideció, durante muchos años, hasta que ella encontró una salida en brazos de aquel médico, y se fue con su hija menor. Junto a ellas emigraron de esa casa todos los vestigios de amor que el duro comisario era capaz de entregar.

Desde entonces, la soledad había inundado esa casa, que Gerardo se empeñaba en mantener, pese a sus exageradas dimensiones. La habían planificado y construido con Nené, en el mismo barrio en el que habían crecido, pensando en la comodidad para sus cuatro hijos. Cuando finalmente pudieron terminarla, los vecinos habían empezado a llamarla “la mansión del comisario”.

Gerardo solía utilizar la casa los fines de semana para reuniones de trabajo. Allí reunía a “los muchachos” que integraban su nueva empresa. También allí se planificaban las operaciones más importantes y se producía el reparto de dinero, entre sus participantes destacados.

—¿Quién habla? — dijo ya con tono molesto el Superintendente, que por cierto, no estaba acostumbrado a esperas de índole alguna.

— Hola querido, te habla Gerardo Fuentes, disculpa la demora, pero me quedé absorto con esta noticia de los Azzarini, supongo que estás sin dormir y metido de lleno en este caso. Te envidio... — arrancó apurado, tratando de disimular su distracción, como si su amigo estuviera espiándolo en la distancia.

— Podrías dejarme saludarte y detenerte para recuperar el aliento. ¡qué excitación! — lo interrumpió el Superintendente. — Como supones bien, estoy a cargo del caso y, lamentablemente, esta vez los periodistas no mienten, estamos en pelotas, no entendemos qué pasó. Pero ¿sabes algo, tienes alguna pista? ¿es por eso tu llamada a esta hora? ¿Conocías a los Azzarini? — interrogó el funcionario policial recuperando el rol en el que se sentía más cómodo.

— No, nada que ver, pero no puedo con el vicio, y me parece a priori, uno de los casos más apasionantes de los últimos tiempos. Aunque soy consciente de que no puedo aparecer públicamente porque te traería problemas, me encantaría estar involucrado y hacerte todos los aportes que pueda, desde las sombras por supuesto — respondió Gerardo.

— Ven a verme esta tarde — replicó el Superintendente — y te muestro lo poco que tengo. Seguramente tu experiencia y tu ayuda me serán muy necesarias —.

Gerardo lo saludó, colgó el teléfono y apuró el último sorbo de su enorme taza de café. Se quedó con la mirada fija en el azul y amarillo de su taza. Parecía estar leyendo detenidamente. Las letras desfilaban ante sus ojos: *“Club Atlético Boca Juniors - Café para un multicampeón de América y del mundo”*, pero esta vez no tenían sentido para él. No estaba pensando en eso. El nervioso tamborileo de sus dedos sobre la taza denotaba una gran ansiedad. La misma que sentía su corazón de fanático xeneize, que habitualmente palpitaba de pasión futbolera. Pero ese día, era otra la pasión que bullía en su sangre.

II

La amistad, el interés y el dolor...

- Año 2014 -

El vuelo 1828 de *American Airlines* estaba listo en la terminal D del *Fort Worth Airport* de Dallas para iniciar su servicio, con escala en Miami, hacia Buenos Aires, con horario de partida a las 19.05. Steve Mc Gowan, en el asiento 3B, estaba tan sumergido en sus cavilaciones, que la voz de la atractiva morena que se había detenido junto a él lo sobresaltó.

— *May I?* — le dijo indicando con su mano que quería ubicarse en el asiento de la ventanilla.

Con cierto fastidio porque había sido interrumpido en sus pensamientos y recuerdos, Steve se incorporó para darle paso. Su caballerosidad podía más que el disgusto por la interrupción, pese a que entendía que el amplio corredor disponible entre asientos de la lujosa primera clase de ese vuelo permitía el paso de aquella mujer con cierta comodidad.

Steve tuvo que esperar el tiempo que a la morocha le demandó ordenar su cartera y el *attaché*, antes de reubicarse y volver a sus preocupaciones.

Hacía solo veinticuatro horas había estado disfrutando con sus nietos en Colorado Spring. Recordó la cara regordeta del pequeño Nash que le pedía ayuda. El niño, con sus tres añitos, no lograba desliarse de las riendas del maravilloso caballo eléctrico que su abuelo le había regalado el día anterior por su cumpleaños.

Steve aparentaba diez años menos que los sesenta que delataba su pasaporte. Su aire intelectual denotaba una mezcla de laborioso ingeniero de la NASA con meticuloso profesor del MIT. Y no era casualidad, había pasado en su juventud por ambos ámbitos laborales para adquirir el *know-how* que lo catapultaría al lugar de prestigio que finalmente obtendría como socio fundador y principal ejecutivo de la *Tech-Children's Happiness*, o *TCH Corporation*, como ahora era mundialmente reconocida.

Steve Mc Gowan había participado fugazmente del proyecto APPLE que revolucionaría el mundo de la computación y la electrónica, con apenas 23 años, junto a otros dos célebres Steves: Steve Jobs y Steve Wozniak. Éstos se habían convertido en personalidades reconocidas a nivel mundial por la revolución tecnológica que protagonizaron logrando la popularización de la PC.

En esa etapa, Mc Gowan había logrado los conocimientos técnicos necesarios para aplicarlos luego en la actividad que más le gustaba: proveer felicidad a los niños, creando y fabricando sofisticados juguetes electrónicos que rápidamente empezaron a volverse populares generando una impresionante corriente de pedidos.

Esos juguetes producidos por la *TCH Corporation* estuvieron inicialmente destinados al mercado estadounidense, pero en un par de años se extendieron como una mancha voraz hacia los principales mercados de los países europeos. Ahora, después de casi dos décadas de operaciones, la empresa se había expandido de tal forma que la Corporación *TCH*, solamente en su división principal de juguetes electrónicos, ocupaba ciento dos mil

trescientas ocho personas en todo el mundo.

Steve recordaba esa cifra de empleados – que a él mismo lo había impresionado – del informe que había tenido que presentar la última semana ante la Junta Global de Directores de la *TCH*, en la que anunció la inminente ampliación de capital de la compañía, sobre la base de las necesidades de inversión que demandaría la última fase de investigación y la inminente producción del nuevo chip *CHIG3001*, que sería en pocos días más el nuevo anuncio revolucionario de la empresa.

— *CHIG3001*, se dijo mientras se frotaba nerviosamente las manos. Sintió que un frío profundo corría por sus venas. Cuánto tiempo había pasado desde aquella calurosa tarde de agosto en la que terminó de dar forma al prototipo del *CHIG0001* en aquel garaje de Palo Alto, California, que estaba destinado a ser el corazón tecnológico de los dispositivos de control de los juguetes que luego empezaría a fabricar artesanalmente junto a su socio George Hardwick.

Desde su complicidad estudiantil con George, él había descubierto que era su complemento ideal para una moderna y efectiva división laboral. Steve planificaba, ambos construían o ejecutaban, y George hacía el marketing correspondiente; tanto para conseguir novias, como para las tareas de investigación y desarrollo que sus estudios o sus trabajos les demandaran.

Ambos habían nacido en Brooklyn, New York, y asistieron juntos a la escuela pública en Freeport, Long Island, donde se graduaron en bachillerato en el año 1971. Recibieron su diploma superior en el Yale College en 1975 y estudiaron psicología, lingüística e informática como parte de una licenciatura interdisciplinar en Cibernética. Siempre juntos. Posteriormente cursaron un MBA en la Sloan School of Management del MIT (Instituto Tecnológico de Massachusetts), en Cambridge.

En toda esa trayectoria estudiantil habían consolidado una unión que permitiría desarrollar una sólida base tanto para la construcción de su exitosa corporación, como para el desarrollo de una feliz trayectoria en su propia vida personal.

Ambos amigos y socios se complementaban tanto que llegaron incluso a acordar la celebración de una boda conjunta con Michelle Jordan y Barbara Baggaley, también dos buenas amigas, que tuvieron la suerte de encontrar a aquellas dos personas, buenas y exitosas; Steve y George respectivamente.

— CHIG — se dijo Steve, saboreando cada letra de la sigla.

— Children's Globalization — pensó, esa era la frase que tras borrar una larga lista en aquel garaje californiano había decidido adoptar para armar el prefijo que identificaría a todos y cada uno de sus ingeniosos diseños tecnológicos.

En aquella época, casi nadie utilizaba todavía la palabra globalización, que hoy repiten huecamente los políticos para justificar sus ineficiencias y los alumnos que intentan comprender las dificultades que les esperan en su futuro próximo. Sin embargo la visión estratégica de Steve le hizo prever que la inminente onda de globalización era parte inevitable del futuro que preveía para los niños a los que quería satisfacer con sus juguetes electrónicos.

El avión ya carreteaba por la pista para despegar, cuando otro recuerdo apareció como un rayo y se adueñó de su mente: la convención anual de innovadores 2003 Innovation Forum, en Los Angeles, en la que presentaba la muñeca *Seaseyes* o *CHIG1208* según su código de fabricación.

Aquella lejana noche, tras la presentación del nuevo producto, se había sentido

extrañamente eufórico. Y la euforia no era precisamente una de sus características personales, pero esa noche, realmente tenía muy buenas razones.

Acababa de presentar una maravilla electrónica que culminó con toda la concurrencia de pie aplaudiendo a rabiar por 5 minutos y, eso, realmente lo había disfrutado. Pero lo que realmente lo había llevado a un estado de excitación suprema, fue la entonces inminente puesta en marcha de la tercera generación del procesador de sus juguetes, el *CHIG2000* que sería el nuevo corazón tecnológico de sus futuras creaciones. Aquella noche, una parte importante de su estado de ánimo efervescente, se debía a que ya podía sentir la conmoción que el anuncio crearía en la industria electrónica y también en la de fabricación de juguetes.

Las pruebas de laboratorio habían demostrado que el *CHIG2000* era capaz de interpretar los deseos implícitos en la voz de los niños, incluso aquellos que no eran conscientes para ellos.

En las pruebas realizadas, un niño de 8 años había estallado en llanto ante la presencia de uno de estos prototipos, y contra la opinión de los psicólogos y especialistas del laboratorio, la melosa voz del prototipo insistía en señalar que el niño asociaba su forma exterior de tortuga con un juguete que sus padres habían arrojado a la basura cuando él tenía solo dos años.

Las sofisticadas pruebas de laboratorio y, finalmente, la autorizada voz de los padres del niño confirmaron el diagnóstico: el día en que el pequeño festejaba su segundo cumpleaños, un cachorro que habían incorporado a la familia destrozó un juguete con forma de tortuga y ellos se vieron obligados a tirarla. Solo entonces sus padres se habían dado cuenta de la importancia que ese juguete tenía para el niño... pero ya era tarde, dijo acongojada la madre del pequeño.

Esas pruebas habían sido la llave de apertura a un mundo nuevo para la Corporación, ahora centrado en la interacción entre la electrónica y la mente humana. Un camino que había estado plagado de vicisitudes, de momentos de dudas. Dudas tecnológicas y dudas morales. ¿Hasta dónde sus dispositivos podían modificar o condicionar actitudes de los seres humanos? ¿Dónde estaba el límite?

— *May I?* — nuevamente la imponente morocha quebraba la secuencia de sus recuerdos.

Steve levantó su cabeza con fastidio y esta vez solo se limitó a encoger sus piernas para que ella pasara. Sin embargo no pudo evitar fijar su mirada en aquel trasero redondo y perfecto que el ajustado pantalón dejaba percibir en toda su dimensión.

Tras esa leve distracción, Steve volvió a bucear en su mente para recordar aquella gloriosa noche de Los Angeles. Habían pasado ya once años y dos meses.

Su socio George se había ocupado de organizar una cena que venía bien para celebrar su gran victoria de esa tarde, reuniendo a jóvenes líderes de la industria electrónica, en un exclusivo salón del Holiday Inn Burbank Media Center.

— Octavio — dijo el apuesto joven latino que se encontraba sentado a su derecha, mientras extendía una mano para saludarlo y, con la otra, extraía de su billetera una tarjeta de identificación personal que puso en la mano libre de Steve.

Octavio Azzarini, Jefe de Desarrollo e Innovación, División Latinoamericana de GSO Electrónica, rezaba la tarjeta de presentación.

— Quedé realmente impresionado con tu demostración de hoy, Steve — le dijo casi susurrando en medio del rumor de la conversación de los otros comensales. — Creo que

hace años que nada me llega de esta manera, conmoviendo mi mente y mi corazón en forma simultánea —. Octavio Azzarini parecía incontenible.

— Debo admitir que la distancia de mi familia y la cantidad de días sin ver a mis pequeños, me han reblandecido un poco y, seguramente, eso me lleva a emocionarme fácilmente, pero siempre me impactó la forma en que *TCH* logra interpretar los deseos de los niños. Al menos mis dos hijos no logran entusiasmarse con otro tipo de juguetes. Ahora bien, esta demostración que acabas de hacer supera todo lo conocido hasta hoy, ¿realmente esa muñeca interpreta lo que los niños desean? —.

— Obviamente solo en un entorno limitado de ocho mil ciento noventa y dos posibilidades. Por ahora —, respondió Steve. — Este prototipo es un modelo que anticipa otros, que serán mucho más potentes. Igualmente, hemos descubierto en nuestros laboratorios, que el mundo de los niños menores a diez años administra un número máximo de mil doscientas treinta y dos opciones de decisión en un 56,5 % de los niños, en tanto que un 32% supera esa cantidad y llega a un universo de opciones de cinco mil ochocientos cuarenta; otro 8% puede llegar al número de posibilidades máximas que cubrimos, y solo un 4% excede las ocho mil ciento noventa y dos posibilidades de opciones diferentes de decisión —.

Ahora Steve se había entusiasmado y había logrado acallar a los veinte comensales sentados en torno a la mesa, que seguían sus palabras con total atención.

— No obstante, debes considerar que, como nuestros modelos tienen capacidad inteligente, difícilmente ese número se supere ya que memorizan las opciones más frecuentes y en base a ellas organizan tablas dinámicas que les permiten un autoaprendizaje de la lógica que sigue cada niño —.

En poco más de una hora de conversación, Octavio y Steve llegaron esa noche a eliminar todas las diferencias culturales, sociales y económicas de sus orígenes y de sus entornos; y en una extraña mezcla de atracción intelectual-competencia-fraternidad, que tan bien manejaban ambos en sus relaciones profesionales, lograron -en medio del tumulto de esa reunión- instalar un microcosmos que sería el punto de partida para una profunda amistad.

— ¡Pobre Octavio! — pensó Steve

— ¿Me permite? — dijo la morena, que regresaba del baño, a juzgar por el suave perfume que embriagó momentáneamente a Steve, volviendo a interrumpir sus pensamientos.

Pero ya no le permitiría retomarlos. — *Bellos zapatos*, le dijo con una sonrisa cómplice, mirando los cómodos zapatos que Steve utilizaba para sus viajes.

— Disculpe — prosiguió, — Pero no puedo con mi pasión por los zapatos masculinos. Creo que de niña ya me entretenía, durante horas, atando y desatando los cordones de los zapatos de mi padre —.

Ese fue el inicio de una conversación que impediría que Steve siguiera cavilando y extrayendo recuerdos que la velocidad de su vida había ido ocultando, pero estaban allí, frescos y a su alcance. Solo necesitaba que la morena lo dejara en paz... pero no fue lo que sucedió.

Tras un comienzo frío de la conversación, la dulzura en la voz de Mercedes había ido quebrando la resistencia inicial de Steve, y luego de ese diálogo inicial, llegaron a conocer tanto uno del otro, que ya no dejarían de charlar durante el viaje, salvo en un intervalo de cuarenta minutos en los que Mercedes durmió, antes de que les sirvieran el desayuno.

En ese breve tiempo sin distracciones, Steve revivió los momentos de aquel viaje inicial a Buenos Aires para asociar a los Azzarini a su proyecto revolucionario. Una semana le llevó

convencer a Octavio y su esposa de las bondades de involucrar a su familia en sus planes. No obstante, no fue una semana dura. Pudo conocer esa gran ciudad más europea que latinoamericana y, en la agradable compañía de María Laura y Octavio, logró recorrer los lugares más bellos y elegantes de esa Buenos Aires que peleaba por integrarse al primer mundo del que sus habitantes siempre se sintieron parte.

Recordaba particularmente aquel paseo por el Delta, ese conjunto de islas e islotes de un verde intenso, recortadas por arroyos, riachos y ríos de un marrón, también intenso, a bordo del yate lujoso de un político joven del Partido Justicialista, que -según le había comentado Octavio- además de un gran amigo, era una gran persona. Pero lo más interesante era que -según su amigo- tenía un futuro promisorio en la política local, al punto que muchos empresarios amigos tenían grandes esperanzas de que pudiera llegar incluso a la presidencia de la Argentina.

Recordaba a Felipe, ese joven político, como alguien jovial, muy alegre y agradable. Aquel día lo había atiborrado de información sobre la tumultuosa vida interna del Justicialismo, el partido político que manejaba los hilos del poder en un país tan apasionante como errático.

Luego de aquel viaje, Steve había podido seguir solo esporádicamente la política argentina, ya que aunque lo había intentado, la velocidad e imprevisibilidad de los acontecimientos en ese país requerirían al menos de un par de horas diarias de lectura de noticias por Internet, incluyendo notas de analistas que ayudaran en su comprensión. Por mucho que Steve quisiera a sus amigos argentinos no disponía de ese tiempo.

Sin embargo, además de la visita que Octavio y Felipe Astori le habían hecho un fin de semana de 2007 en Colorado Spring, muchas veces había detenido su trajinar diario para bucear en la web sobre la situación argentina y, particularmente, sobre aquellas noticias que hablaban de la buena y ascendente trayectoria política de Felipe, que había llegado a convertirse en el gobernador de la provincia más grande e importante del país, Buenos Aires.

— Es paradójico — pensó Steve, — ahora Felipe Astori en su rol de gobernador, deberá ocuparse de que sus fuerzas policiales investiguen y esclarezcan el extraño asesinato de su amigo Octavio —.

Mercedes tocó suavemente su mano y Steve se sobresaltó. — Perdón — dijo la morena, — no sabía si estabas dormido, o muy concentrado, o en un estado espiritual de meditación, pero te ví sonreír primero y luego observé un extraño rictus de dolor en tu rostro, que me impulsó a intentar desconectarte del lugar a donde habías ido con tu mente. Espero que me perdones —.

— Estaba recordando bellos momentos que viví en tu Buenos Aires — le dijo.

Ella ya le había contado de toda su vida en Argentina, que había interrumpido dos años antes para instalarse en Houston, Texas, tras su matrimonio con un exitoso abogado argentino que había logrado insertarse en el negocio petrolero y se había convertido en miembro del directorio de la *Falcon Oil & Gas*, una conocida petrolera internacional.

Mercedes era también abogada, especializada en derecho penal y estaba asociada a un prestigioso estudio de Buenos Aires, hasta que, por una cuestión fortuita, debió litigar contra la empresa petrolera que había hecho un intento infructuoso y fraudulento de inversión en Argentina. Allí conoció a su esposo. En poco tiempo se casaron, y con sus 37 años, ella había abandonado todo para acompañarlo.

Lamentablemente, su esposo había fallecido en un extraño incidente en Medio Oriente durante un viaje de negocios. Steve recordó que había seguido con interés aquel

acontecimiento por los periódicos.

Los medios se habían ocupado mucho del caso porque en ese mismo avión viajaba un negociador de paz israelí que había logrado acercar posiciones con los líderes palestinos.

Mercedes se había encontrado con un giro inesperado que cambió su vida. De pronto, se sintió sola y desamparada en una ciudad y un país que le hacían sentir a cada paso que ni la necesitaban, ni la querían allí.

Por eso decidió regresar desde Houston tras cerrar y vender su casa. Le contó también que pensaba abrir un estudio independiente en Buenos Aires, pero quería aprovechar lo que había aprendido gracias a su esposo, y deseaba ahora abandonar el mundo complicado y oscuro de la Justicia Penal, para dedicarse a cuestiones comerciales.

En realidad, Mercedes había observado -apenas se sentó en el avión- que el papel que Steve usaba como borrador tenía el logotipo de *TCH Corporation*. Ella era una gran consumidora de esos productos. Mensualmente buscaba en las grandes tiendas las novedades de *TCH* para enviárselas al pequeño hijo de su hermana, su único y amado sobrino.

Al ver ese logotipo Mercedes imaginó que la suerte podía estar de su parte. Seguramente, ese apuesto hombre a su lado, debería tener cuestiones legales que atender en Buenos Aires, y ella estaba muy dispuesta a brindarle sus servicios. Por eso, intencionadamente había iniciado aquella conversación.

Por eso también se interesó tanto en conocer el motivo del viaje de Steve a Buenos Aires pero, hasta este momento, él se había mostrado muy reservado al respecto.

— Solo que esos bellos recuerdos terminaron en una tragedia, y ese es el verdadero motivo de mi viaje a tu país — le dijo todavía apesadumbrado Steve.

No supo bien por qué, pero de pronto se encontró hablando del problema que lo afligía como si estuviera ante un amigo de toda la vida. Le contó que el día anterior había dispuesto de sus “cinco minutos para la Argentina”, como él llamaba al tiempo que semanalmente dedicaba a recorrer las principales noticias políticas de un país que lo había maravillado. Así se topó en la web con las primeras planas de los diarios Clarín y Nación que daban cuenta del extraño asesinato de sus entrañables amigos, los Azzarini.

Esa brutal noticia que, sin intermediarios, internet había puesto intempestivamente ante sus ojos era lo que lo había impulsado a este viaje inesperado a Buenos Aires

— Para dar una mano a los hijos de mi amigo, que quedaron desamparados — sostuvo, ocultando parte de la verdad.

En ese momento, el motor que accionaba los *flaps* del noble *Airbus A340-600* de American Airlines hizo el clásico bramido, que indicaba que la aeronave se encontraba ya a menos de mil metros de altura. El piloto debía, en este punto, ayudar a las turbinas ampliando la base de sustentación del tosco pájaro metálico, para disminuir la velocidad y aproximarse a la pista de aterrizaje del Aeropuerto Ministro Pistarini de Ezeiza. A Steve le maravillaba observar cómo, estos enormes aparatos, se las arreglaban para vencer la ley de la gravedad, pese a que no habían tenido una evolución similar a la que había seguido la tecnología aeroespacial.

Pero en este momento su mente no estaba concentrada en ese tipo de problemas.

Mercedes y Steve se miraron largamente. El recordó, ahora avergonzado, su fastidio inicial. Su dulzura lo había embriagado y había transformado en breve y agradable, un viaje que amenazaba resultarle interminable en ansiedad, angustia y pesadumbre.

Recordando, añorando... y temiendo.

— *No se cuánto tiempo estaré en Buenos Aires, pero si necesitara ubicarte para pedirte algún consejo profesional ¿dónde podría encontrarte?*, le preguntó entre ansioso y temeroso, viendo que el bosque de eucaliptus que rodea la cabecera norte del Aeropuerto de Ezeiza -como lo conocen los viajeros internacionales- empezaba a agigantarse en la ventanilla.

— *Justo lo que esperaba*, pensó Mercedes mientras extraía de su pequeña cartera Louis Vuitton una tarjeta de presentación que decía:

Dra. Mónica Peñalva

Contadora Pública

Alem 1068 - Piso 33° Teléfono (54 11) 5822 4189

Ciudad Autónoma de Buenos Aires, República Argentina

— ¿Me equivoco, o me dijiste que te llamas Mercedes, y que eres abogada? — le dijo Steve mirando extrañado la tarjeta.

— Mi nombre es Mercedes, y efectivamente, soy abogada. Esta tarjeta es de la empresa de mi hermana Mónica. Hasta tanto me instale en mi propia oficina, atenderé allí. Pero permíteme que te agregue el número de mi teléfono celular y mi correo electrónico personal. Me encantaría que pudiéramos completar esta conversación casual e inconclusa. Por mucho que te hayan mostrado de mi ciudad, siempre hay algún rincón exquisito para conocer y disfrutar — le dijo sugerentemente.

Tuvo que esforzarse para completar su escritura en la tarjeta, ya que en ese momento el avión carreteaba ya por la pista del aeropuerto.

Bajaron juntos en medio del bullicio del pasaje del avión. Hablaron del clima y de las incomodidades del aeropuerto mientras esperaban recoger su equipaje y luego, antes de ingresar a los controles de aduana y por iniciativa de Mercedes, se despidieron con un beso en la mejilla, como viejos amigos que están seguros de volver a encontrarse muy pronto.

La suave piel de Mercedes era el vehículo perfecto para la fragancia de rosas del perfume *212 Sexy* de *Carolina Herrera*. Steve se estremeció en ese instante supremo, ante el primer contacto de dos cuerpos que esperaban ansiosos desde el momento mismo de su gestación, que las leyes del universo les permitieran encontrarse, aunque ellos todavía no lo supieran.

III

Sedas y rosas para el óxido...

- 1998 -

Octavio se había enamorado profundamente de María Laura cuando la conoció. Tal como se la veía: aniñada y pura, “criada entre sedas y rosas para escapar del olor a hierro y óxido del mundo de su padre”, solía decir su madre para destacar todos los esfuerzos que ella había realizado para alejar a su única hija del ambiente que frecuentaba Domingo Fernández, el “rey de la chatarra”, como llamaban a su papá en el ambiente de la empresa estatal SOMISA, donde Domingo era reconocido como el más hábil empresario del sector.

El olor a hierro y óxido que tanto molestaba a la señora Fernández era, sin embargo, el que generaba los recursos cuantiosos que pagaban sedas, rosas, la educación bilingüe de María Laura y el viaje anual a Europa de madre e hija, para perfeccionar su inglés y completar la necesaria desintoxicación del ambiente laboral de su padre, con lo que lograban una vida plena de lujos y de todos los beneficios de pertenecer a la alta burguesía argentina.

María Laura, Malu como la llamaban sus seres queridos, había heredado físicamente todas las virtudes de su madre, Madeleine O’ Connors de Fernández, solo que ampliadas y aumentadas. Eran dos bellas expresiones del género femenino. Parecidas, pero diferentes. Su madre medía un metro cincuenta y cuatro, María Laura uno setenta y dos. Madeleine, a sus cuarenta y siete años, había llegado a pesar cuarenta y siete kilos; y Malu, a los veintidós, cincuenta y siete kilogramos muy bien distribuidos.

Había heredado también de su madre una larga cabellera, tan roja y rizada como mandaban sus genes irlandeses, que eran el perfecto marco para un bello rostro de finas facciones y piel tersa, suave y transparente. Una piel delicada que, aunque en verano tendía a llenarse de pecas, ella mantenía espléndida merced a los trucos y al set de cremas necesarios para evitarlas que cada septiembre su hada-madre-Madeleine, le había enseñado a utilizar.

Sus ojos azules, más bien pequeños, estaban enmarcados finamente en una perfecta ojiva y proyectaban una rara luminosidad que expresaba, con franqueza, toda la bondad y dulzura que María Laura albergaba en su corazón.

Solamente sus pechos resaltaban como algo exagerados en la armonía de su belleza, debido posiblemente a un error de cálculo o al eterno complejo de Madeleine que, sin dudar le dijo al cirujano:

— Quiero que le agregue una libra en cada pecho —. Ella nunca había soportado su chatura y quería que su hija llevara como estandarte victorioso *“un par de tetas que nadie pueda evitar mirar”*, decía.

Esas tetas eran más propias de una mujer comehombres, de las tantas que circulan en la sociedad porteña, donde cinco mil dólares para pagar la cirugía constituyen el mejor antídoto contra la soledad. Aunque luego esas mujeres descubran que los hombres que escalan esas montañas de carne y silicona necesitan periódicamente renovar sus desafíos, generando un pasamanos cortoplacista, que las obliga a también periódicas nuevas

conquistas, hasta que su piel no les permite esconder más sus años y deben conformarse, consiguiendo un compañero de ruta que pueda ver más allá del par de tetas desvencijadas.

Quizá por la desmesura de sus senos, tan distante de su personalidad inocente y bondadosa, más de una vez, María Laura había tenido que escapar del asedio de los hombres, incluso de algún “viejo verde” como los llamaba Madeleine. Como aquel día en que un amigo de su padre, pasado en copas, no pudo resistir la tentación de seducir a la hija de Domingo.

— Nena, yo te llevo a Europa, te instalo un departamento en París, te hago reina de un imperio, te doy lo que quieras —, le había dicho en un arrebatado de entusiasmo y calentura aquel señor apuesto y cincuentón. Pero allí estaba su hada-madre para salvarla y raudamente la separó del peligro. Desde ese día, el amigo de Domingo, desapareció del entorno de relaciones de la familia.

Madeleine no podía permitir que alguien, por más dinero que tuviera, fuera a interferir en su proyecto. Dinero no era lo que los Fernández necesitaban. Domingo sabía cómo generarlo en cantidades, e incluso, a despecho de muchos que le envidiaban, había logrado una buena inclusión en la alta sociedad para toda su familia.

De todos modos, Madeleine no entendía demasiado cómo alguien tan tosco y primario como su marido lograba que empresarios refinados, ministros, e incluso el propio presidente los invitaran a sus fiestas.

— ¡Lo que puede el dinero! —, solía decir sin sospechar que muchos de los personajes a los que tanto admiraba eran empleados en negro de su marido, que mensualmente recibían su “sueldo” a cambio de la participación de Domingo en el negocio de la chatarra, que despedía olor a hierro y óxido, pero también a otras cuestiones con peor aroma y reputación.

En el mundo, el pasamanos del dinero de la chatarra, que es uno de los insumos básicos para el funcionamiento de los altos hornos siderúrgicos, es enorme. En Argentina también. Una tonelada de hierro viejo es recolectada por cirujas y cartoneros y vendida luego a los acopiadores en un valor aproximado de treinta dólares la tonelada. Luego, sin otro costo ni proceso que una clasificación y empaquetado, es vendido a las siderúrgicas en trescientos dólares.

Por supuesto, toda esa diferencia no va a parar solamente al bolsillo de los chatarreros. Existe una amplia red de funcionarios de las siderúrgicas (estatales y privadas), que recibe ingresos proporcionales a sus servicios, que van desde la modificación del peso de la carga que ingresa en los camiones, o el reconocimiento de una categoría diferente a la carga ingresada, hasta -en el máximo nivel- la definición de quién será el empresario beneficiado con la compra. Quien tiene ese circuito asegurado tiene las llaves del paraíso económico y para ello debe dominar y administrar una extensa red de corrupción y dinero negro. Domingo Fernández era ese hombre.

Después de la privatización de la estatal SOMISA, las cosas cambiaron un poco, ya no los invitaban a sus fiestas ni los ministros ni el nuevo presidente, pero Domingo había diversificado ya fuertemente sus inversiones.

Se había convertido en un experto en acciones. Actuaba por intermedio de tres operadores de Bolsa y manejaba inversiones bursátiles en Buenos Aires, San Pablo y Nueva York. Adicionalmente había invertido en grandes extensiones de campos en Entre Ríos en una zona de lomadas y valles suaves, a doscientos kilómetros de Buenos Aires, con lo que -aunque nunca se desprendió totalmente del negocio que mejor conocía, la chatarra- ese

cambio más bien lo benefició, porque dejó de depender de favores políticos para sus negocios, eliminó muchos “costos operativos” como él solía denominar a los pagos de coimas y favores.

Finalmente, aunque nunca renegara de sus orígenes humildes ni del negocio de la chatarra, ahora solo dependería de su natural buen olfato para las inversiones y los negocios.

Así que Madeleine no buscaba entregar su joya más cotizada -María Laura- a un hombre que tuviera recursos para hacerla rica. Ella ya lo era, y como única heredera, ante la capacidad enorme de Domingo para generar recursos, y la vida relativamente austera en relación con sus ingresos que llevaba, la familia Fernández había acumulado suficiente dinero para que al menos cuatro generaciones de sus descendientes vivieran en la opulencia, sin necesidad de generar un solo dólar adicional.

Igualmente, Madeleine estaba muy atenta a que ningún vivo cazafortunas se acercara a su pequeña princesa. Si alguno lo lograba, rápidamente convencía a Malu de las inconveniencias de esa relación. ¡Era tan grande su ascendiente sobre María Laura!

También de eso estaba muy orgullosa, había criado a una buena hija, que le respondía y le reportaba en un ciento por ciento. Cuando Malu tenía cinco años, el bueno de Domingo se lo había reprochado duramente:

— Parece que solo soy una figura decorativa en la vida de mi hija. Solo tiene ojos para ti, incluso a veces me parece que me detesta, protestó —. Pero Madeleine con su habitual dulzura lo convenció rápidamente de que la pequeña actuaba así por timidez.

— No sabes cuántas veces me dice que te ama —, le mintió para tranquilizarlo.

Para Madeleine era tan esencial que Domingo mantuviera su rol secundario en la vida de María Laura, como que la amara intensamente y estuviera siempre dispuesto al mayor sacrificio por ella... y lo logró plenamente.

Hasta que apareció Octavio en la vida de Malu y Madeleine. Lo hizo tal como era él, rápido, directo y profundo. Fue en la fiesta de graduación profesional de la princesita.

Madeleine había contratado a la más reputada firma de organización de eventos de Buenos Aires porque quería que esa fiesta cumpliera múltiples propósitos: que sirviera de una real presentación en sociedad de María Laura; que la pusiera en circulación entre el grupo más selecto de la juventud porteña; y, finalmente, que permitiera mostrar al mundo su tarea de madre abnegada que, con la ayuda de Dios y la Virgen de Luján -de la que era muy devota- había logrado una obra de arte vivo en la persona de su María Laura.

Efectivamente, Malu era una bella persona. La bondad de su alma pura se correspondía plenamente con su belleza exterior.

— Quiero una fiesta para ciento cincuenta jóvenes —, le había dicho a Mariel, la encargada de la organización. — Tenemos un presupuesto de doscientos mil dólares, pero si hay que gastar algo más puedo disponerlo de mis ahorros, así que no quiero problemas, ni tampoco quiero perder el tiempo —.

La cara de Mariel no podía ocultar su satisfacción, ya hacía cuentas mentales de sus honorarios. — De la ropa y los detalles de Malu me ocupo yo, de todo lo demás no quiero saber nada hasta un mes antes, cuando me reuniré contigo para ultimar detalles. Aquí te dejo una lista de cuarenta personas que quiero que estén, las restantes ciento diez debes seleccionarlas siguiendo los criterios que te indiqué. Quiero que la lista de invitados me la envíes por mail en un par de semanas, con una media carilla de cada invitado con

fotografía y con sus datos familiares y de estudios. Sabes que seré inflexible cuando la revise ¿no? —.

Cuando Madeleine usaba ese tono suave pero severo, todos sabían que hablaba en serio. En el ambiente de la alta sociedad porteña era conocida como *lady chatarra*, pero solo por la natural predisposición de las mujeres a tratar despectivamente a quienes sobresalen por sus virtudes. Con ella utilizaban la profesión de su marido para rebajarla, pero no lo lograban.

Quienes la habían tratado sabían muy bien que Madeleine era una mujer bella, íntegra, dulce e inquieta, pero también inteligente y muy exigente, muy enamorada de Domingo, quien era su antítesis física: alto, regordete, y cultural: con modales bastante groseros, pero muy sagaz y eficiente en su especialidad.

Así que Mariel se cuidó mucho de cumplir a rajatabla cada una de las indicaciones de Madeleine. Disponía de un presupuesto de casi mil dólares por invitado, descontando sus honorarios y el alquiler del salón en el Hotel Four Seasons, y con ese dinero, se podía organizar una fiesta de graduación que sería largamente recordada y comentada por sus participantes.

En muy pocos días cumplió casi todo el pliego de acciones y condiciones establecidos por Madeleine O'Connors de Fernández.

Cuando recibió la lista de invitados, Madeleine se tomó todo un fin de semana para analizarla exhaustivamente. Al recorrer la lista, ordenada alfabéticamente, tras los primeros cuatro nombres de personas que identificaba, se detuvo en el primer desconocido: Octavio Azzarini. En el anexo observó detenidamente la fotografía, que no era muy buena.

Mariel había obtenido la mayoría de las direcciones del archivo de la revista Caras, donde tenía un contacto que se las proveía. Por las páginas de esa revista circulaban los nombres y los rostros de los jóvenes más lindos de la sociedad porteña, los mejor cotizados y muchos de los peor reputados. Pero ese no era el caso de Octavio Azzarini, él había surgido de una pequeña lista que agregó la mejor amiga de María Laura, Florencia Taboada.

En la foto, Octavio sostenía una copa de champagne en su mano derecha, vestía una camisa negra y un pantalón blanco. Delgado y de facciones varoniles, que se adivinaban suaves aunque no se observaban claramente sus ojos ya que estaba casi de perfil. Indudablemente la foto había sido photoshopeada y extraída de una grupal. Octavio Azzarini, DNI 22.988.123, escribió Madeleine encabezando la lista de las personas de las que pediría informes.

Finalmente, cuando terminó su tarea de revisión, la lista manuscrita de Madeleine tenía los nombres y números de documento de doce de las ciento cincuenta personas que aparecían como potenciales invitados a la fiesta de Malu.

Ese lunes, a primera hora, Madeleine abrió su notebook y se dispuso a escribir a SERVinsa, el servicio de informaciones que su esposo le había enseñado a utilizar cada vez que necesitara saber algo de alguien.

Domingo le decía siempre:

— Más importante que una buena estrategia de negociación es tener toda la información de la otra parte. Como decía el general Perón, la información es poder, y hay que saber usarla —.

Ella recordaba cuánto se había horrorizado esa tarde que Domingo le contó que gracias a SERVinsa había doblegado al ministro Perezlindo cuando quiso borrarlo del negocio de la

chatarra. El tipo había sido fotografiado en un burdel gay, desnudo, solo vestido con portaligas rosas, mientras un taxiboy le metía un consolador en el traste.

— Le hubieras visto la cara al perfectito de Perezlindo cuando le puse las fotos sobre su escritorio, y al lado de las fotos, el contrato que se negaba a firmar. ¡Blanco se puso! Como ese papel. Y sin decir una palabra, le estampó la firma al contrato. ¡Putos y giles! —, dijo Domingo, — y creen que se lo saben todo, ¡giles! —, repitió entusiasmado. Así, descarnadamente, con frialdad y precisión, Domingo sabía tratar con los señores del poder, y para ello era esencial el servicio de SERVINSA.

Madeleine había utilizado esos servicios muy ocasionalmente, sabía que tenía que enviar algún dato de la persona a investigar, en un mail dirigido a user@servinsa.com, agregando su número de cliente y su *password*, y en menos de veinticuatro horas tenía en su *notebook* toda la información que había sobre esa persona en todas las agencias estatales, la información policial, la judicial y la impositiva, su legajo de salud; sus actividades y deudas bancarias; sus relaciones personales más cercanas, su perfil psicológico y un informe de media página donde el investigador a cargo de la tarea se extendía en consideraciones o comentarios que pudieran resultar de interés.

Madeleine sabía que a esa parte no había que darle demasiado crédito. Domingo le había dicho que la consultora (como él llamaba a SERVINSA) recurría en esa parte de su informe a un inventario de lugares comunes que sembraran dudas sobre el sujeto en cuestión para que el cliente hiciera uso de la opción de seguimiento e investigación, que era mucho más costosa, y requería ya de entrevistas personales con el investigador asignado.

— Nunca utilices esa opción —, le había ordenado con autoridad Domingo; — allí se dejan rastros que, en cualquier momento, los utilizan en nuestra contra. Si llegaras a necesitar información adicional me lo haces saber y yo le hago ordenar un seguimiento a un comisario de la Policía Federal, que trabaja para mí, y hace cualquier investigación que le pida, muy discretamente —.

Pero Madeleine nunca necesitó de investigación especial alguna. Sí había recurrido, en cambio, a SERVINSA en cinco oportunidades, para obtener información de personas que se habían acercado a María Laura y ella intuyó peligrosas para su princesita.

Dos compañeros de la Universidad, una amiga que había surgido un buen día de la nada, el hermano de Florencia Taboada -la mejor amiga de Malu- y Pedro Zuleta, el profesor de tenis del Club habían pasado por la lupa investigadora de SERVINSA para Madeleine. Y le fue muy útil. Salvo el hermano de Florencia, ninguno de los otros personajes superó la inquisición de Madeleine y, sutilmente, fueron desapareciendo uno a uno de la cercanía de María Laura.

Con el profesor de tenis, que seguía dictando clases en el club le costó un poco más, e incluso se vio obligada a actuar directamente. El apuesto muchacho había deslumbrado a Malu quien parecía estar más ocupada en deleitar su vista con el físico de su profesor que con sus enseñanzas de su juego.

— Mira mocoso —, le dijo indignada pero con frialdad Madeleine, — si te vuelves a acercar a mi hija, hago publicar en la revista de Tenis toda tu historia con la droga. ¿Ya te recuperaste? Eso dicen mis informes pero a mí no me importa. Si te veo a menos de cien metros de mi María Laura ¡te hago echar del club..... y del mundo! —, le gritó ya descontrolada.

El muchacho reaccionó igual que el ministro Perezlindo lo había hecho con las fotos que le mostró Domingo. Se deshizo en disculpas, juró que María Laura no le interesaba y suplicó

que Madeleine no hiciera trascender esa parte de un pasado cercano que pretendía dejar atrás. A los dos meses, Madeleine se enteró por Malu, de que Pedro Zuleta se había ido del club, le habían comentado que el tenista había conseguido un muy buen trabajo y se iba a vivir a España.

A Madeleine le gustó descubrir esa sensación de enorme poder sobre otra persona. Disfrutó de la posibilidad de tener en un puño a ese hombre musculoso y fuerte, que con solo extender una mano podía poner su leve cuerpo en órbita satelital alrededor de la Tierra. Ese poder le resultaba absolutamente diferente a la dulce persuasión y el suave dominio que ejercía normalmente sobre su pequeño mundo y particularmente sobre María Laura.

Superado el gran temor inicial que debió doblegar para dar ese paso, junto a la carga de adrenalina de ese instante, mas el placer de la victoria, la dejaron exhausta pero profundamente satisfecha.

Dejó esos recuerdos de lado y se puso a escribir el mail a SERVinsa. Luego le reenvió la lista de invitados a Mariel con doce de los ciento cincuenta nombres, escritos en rojo.

— Los que están en rojo, por ahora no van, te ruego vayas preparando eventuales reemplazos, yo te confirmaré qué hacer en cada caso antes del viernes próximo —, le escribió en el mensaje. Octavio Azzarini era el primer nombre en rojo de esa lista.

El miércoles siguiente, en la mañana, cuando recibió el informe de SERVinsa, canceló todas sus actividades del día, se encerró en su estudio y se puso a analizar las ciento treinta y dos páginas del informe de la consultora.

Una hoja resumen encabezaba cada informe. La primera tenía la siguiente información:

Octavio Azzarini, DNI 22.988.123, argentino, nacido en Buenos Aires el 25 de marzo de 1972, hijo de Raúl Antonio Azzarini y de María Celina Mazzarella, ambos fallecidos en un accidente automovilístico cuando su hijo tenía 18 años. Goza de aparente buena salud, no presenta a la fecha datos médicos de relevancia. Medalla de honor en la Escuela Argentina Modelo, egresado como bachiller con un promedio de 9,67.

Azzarini completó sus estudios de Ingeniería en Computación en la Universidad de Buenos Aires en 1995, MBA de la School of Economy of London University. Ex rugbier, jugó tres años como wing en la primera del Club Atlético San Isidro - CASI, participó de una gira internacional en el seleccionado de Los Pumas, aunque sólo jugó un partido. Al año siguiente abandonó la práctica activa de ese deporte. Laboralmente, desde su regreso a la Argentina fue reclutado por Global Systems and Organizations GSO Internacional, donde se desempeña como Team Leader en el área de Nuevos Negocios, gozando de buen concepto tanto de sus superiores como de las personas a su cargo.

— ¡Cómo cuernos hacen para tener tan buena información! —, pensó Madeleine, que desconocía el submundo de piratas informáticos que empezaban a dar sus primeros pasos por aquella época, hackeando servidores de redes públicas y privadas, clasificando y ordenando todos los datos personales que encontraban a su paso. Siguió estudiando cada párrafo de las catorce páginas que contenía el informe sobre Octavio, pero no encontró nada que contradijera la primera imagen de un joven capaz y honorable.

Lo único que dejaba alguna sombra de dudas era el funcionamiento de la economía de Octavio tras la muerte de sus padres, pero supuso -acertadamente por cierto- que algún tío Azzarini o Mazzarella se habría ocupado de ello.

— Estos tanos y su concepto de la “famiglia unita” funcionan así, después se sacan los ojos unos a otros, pero cuando se necesitan les brota la solidaridad —, pensó.

Iba a continuar analizando los otros once informes cuando, de pronto, la asaltó una duda. ¿Y si su buen olfato se hubiera ido y no estuviera detectando las situaciones peligrosas que debía evitar? ¿Qué pasaría si estas doce personas fueran honorables mientras veinte, treinta o cincuenta de los que había dado por buenos, fueran malandras?

Pero luego se tranquilizó. Mariel había hecho una buena tarea previa, incluso le había enviado un mensaje coincidiendo con ella en la lista de personas observadas, ya que a ella tampoco la habían convencido en un ciento por ciento. Igualmente le aclaró que contaba con buenas referencias para todos ellos, por eso los había incluido pese a sus dudas iniciales.

Siguió revisando y, al finalizar le escribió a Mariel. Ya eran las diez de la noche.

Estimada Mariel:

Te adjunto el listado de las doce personas que originalmente había observado. Las siete que siguen en rojo deben ser eliminadas y reemplazadas. Por su parte, las cinco en verde deben ser incorporadas a la lista de invitados. Espero los presupuestos que me debes.

Besos

Madeleine

La lista de nombres estaba encabezada por el de Octavio Azzarini, escrito en un brillante color verde.

-----0-----

Octavio recibió esa extraña tarjeta de manos de un mensajero privado, que insistió ante su secretaria diciendo que la misiva debía ser entregada por él personalmente a su destinatario.

Estaba confeccionada en papel ecológico. Octavio detestaba esa corriente que se había impuesto entre los sectores sociales más altos de Buenos Aires. Si alguien no utilizaba ese tipo de papel, que parecía más un cartón viejo y ajado, no era *cool*. Pero debía admitir que esta invitación estaba diseñada e impresa con muy buen gusto. Incluso hasta el papel ajado en un tono celeste pastel, le había gustado.

“Has sido propuesto por alguien a quien quiero mucho y que, como te quiere bien, me sugirió invitarte a participar de la fiesta más importante del milenio”.

— ¡Qué cursi! —, pensó Octavio, — alguien más que se cree que por estar cerca del año dos mil pasará a la historia —. Y siguió leyendo, *“este año cambió mi vida y quiero compartir esta alegría también contigo. Desde ahora estaré habilitada para ayudar profesionalmente a los niños, y esa actividad constituye mi vocación y mi pasión.*

Antes de decidir tu participación, te sugiero que visites www.mygreatparty.com/MaríaLaura y allí encontrarás parte del programa (el resto es una sorpresa) junto a la lista de invitados con los que compartiré esa gran noche.

La cita es el viernes 25 de septiembre a las 22.30 horas, en el Salón Azul del Hotel Four Seasons, Posadas 1086, no olvides confirmar por mail a MaríaLaura@mygreatparty.com o al 0800-party.”

Octavio se quedó pensando por un momento. No tenía la menor idea sobre cómo, por qué ni quién lo había hecho destinatario de una invitación de esas características. Él participaba muy esporádicamente de ese tipo de reuniones y, cuando lo hacía, se debía a obligaciones propias de su rol en la empresa que incluían representarla en eventos sociales.

Estaba absorto observando su calendario cuando su secretaria lo interrumpió para anunciarle que lo esperaban el ministro de Seguridad de Buenos Aires y su Director de Informática.

— Ahora voy. Por favor Pamela, cuando regrese del Seminario en Houston la próxima semana, recuérdame averiguar de qué se trata esta invitación que recibí. Por suerte faltan más de veinte días —, contestó.

Abrió la puerta de su despacho y salió él personalmente, como correspondía, a recibir al ministro. — ¡Hola Felipe! —, saludó y se confundió en un abrazo con su amigo, el ministro Astori.

IV

Punto de encuentro entre el dolor y el amor

- 2008 -

Superada su etapa de rugbier profesional, el golf se había convertido en la mayor pasión deportiva de Octavio Azzarini; esa era una de las causas principales por las que se había mudado a Siete Lagos, un lujoso country, como se denomina en Buenos Aires a los barrios cerrados, que poseen además de los servicios de vigilancia privada característica, una importante infraestructura deportiva. Efectivamente, Siete Lagos contaba con ocho canchas de tenis, dos canchas de fútbol, un gran espacio multideportes y, -lo más importante para Octavio- una cancha de golf de dieciocho hoyos, que era la mejor de Buenos Aires por su belleza natural, sus lomadas y lagos, pero donde además cada recorrida le significaba cruzarse a diario con los empresarios y gerentes de las principales empresas del país.

Tratándose de un proveedor de servicios tecnológicos para grandes empresas y para el Estado, Octavio sabía que allí podía encontrarse cada semana con los más importantes personajes políticos y empresarios de la Argentina.

María Laura había insistido con una hermosa casa en Talares del Pilar, un exclusivo country, ubicado en otro suburbio alejado más de 50 kilómetros de Buenos Aires, a diferencia de Siete Lagos que solo estaba a treinta kilómetros de la ciudad y contaba con un entorno más urbano.

María Laura compartía con Octavio su preocupación por la falta de equilibrio existente entre protección, libertad y desarrollo autónomo para sus niños, como tantos otros padres de clase media alta que, en Argentina, no encuentran esa tranquilidad. Finalmente la idea de que sus hijos pudieran interactuar fuera del barrio con otro tipo de gente, de clase media y baja, era un atractivo adicional de Siete Lagos, que hizo que Malu desistiera de su idea original y concordara con su marido.

El creciente clima de inseguridad había llevado a la gente a recluirse en sus casas, a vivir entre rejas y alarmas. Los tradicionales barrios de Buenos Aires que antes constituían el espacio natural para la vida familiar, particularmente los de las familias pudientes de la ciudad, iban quedando en el olvido. Treinta años antes, en Barrio Norte, Palermo, Belgrano, Núñez, en fin, en todo el corredor norte de la ciudad, los niños podían disfrutar de la libertad que el juego requiere, sin abstraerse de la organización de la gran ciudad, que intercalaba centros comerciales y fábricas con barrios residenciales tranquilos, espaciosos y arbolados.

Octavio había crecido en ese ambiente y era lo que más deseaba para sus hijos ya que conocía de los riesgos de las “burbujas sociales” que, con la complicidad o anuencia de padres no muy reflexivos, se extendían ahora más allá de los límites de la avenida General Paz, esa enorme serpiente escamada de automóviles que separa la ciudad de Buenos Aires del conurbano bonaerense partiendo desde el fétido Riachuelo en el extremo sur, hasta el inmenso mar marrón del Río de la Plata, en el norte.

Sin embargo, la inseguridad reinante y el último asalto violento a su familia, cuando vivían

en un cómodo chalet en Belgrano, a escasos treinta minutos en auto desde el microcentro porteño, lo habían obligado a privilegiar la seguridad de su esposa y de sus hijos. Y ahora estaba convencido de que aquella había sido una muy buena decisión.

Ahora esa tranquilidad la tenía y, además, su familia estaba segura. El mayor riesgo lo seguía corriendo él. Cada día, cuando iba o volvía de su oficina en el centro de la Capital Federal, en su Honda CRV, conducía con extrema atención y en absoluta tensión. Cualquier semáforo podía ser el escenario en el que unos mocosos de trece o quince años se tiraran sobre el capó de su 4x4 amenazándolo con una pistola 9mm. Así le había sucedido a su amigo Andrés Solano, que había sido encontrado muerto con un balazo en su frente, sentado al volante del lujoso BMW que conducía, en las cercanías del Río Reconquista, a escasos dos kilómetros de su casa.

Octavio había blindado su vehículo y tenía bien claro que, en una situación similar, no se detendría. Le habían asegurado que solo un arma muy poderosa podría atravesar los cristales y la chapa blindada de su Honda.

En eso pensaba Octavio mientras subía una lomada del campo de golf cuando se cruzó en el hoyo siete con un personaje indeseado, el sobrino de Francisco Sorbellini. No lo soportaba.

— Pendejo insoportable — pensó, mientras extendía desganadamente su mano para estrechar la mano de Francisquito.

— Justo estaba por llamarte al celu — le dijo el pendejo insoportable. — Estuve hablando con el tío y se quedó muy entusiasmado con tu idea del proyecto de ese chip que venden ustedes para implantarles a los niños en la cabeza —. Así inició un monólogo, entusiasmado, sin detenerse ni a tomar aire, con ese modo de hablar que era característico de la clase alta porteña y que a Octavio le resultaba totalmente insoportable.

— Imagínate *man* que entre las diez mil familias de North Paradise tenemos censados a veintidós mil trescientos cincuenta y ocho niños menores de ocho años, y si con la financiación de nuestro banco, lográramos colocarles el chip al menos a la mitad de esos pibes, o sea a unos diez mil, para hacer números redondos, y al costo de dos mil quinientos dólares, tendríamos una facturación de alrededor de unos veinticinco millones de dólares. *Una bocha, man* —.

Los ojos del muchachote brillaban de codicia. — De esa plata, al tío y a mí nos quedarían limpitos unos cinco millones, mas la comisión del banco por los créditos otorgados ¿no? ¡Negocio redondo! Además resolveríamos el problema que ya estamos teniendo con la población de dos mil ochocientos treinta dos adolescentes que viven en *North Paradise* y que nos están volviendo locos con su manía depredadora —.

—El otro día — prosiguió — unos pibes se metieron en la casa de una familia que estaba de viaje, se emborracharon y pintaron con aerosol todas las paredes. Incluso le encastraron un óleo original de Quinquela Martín que tenían en su sala y toda la colección de pinturas que tenía guardada en una bóveda especial. ¡están muy *crazys man*!

Octavio, en otra jornada golfística, le había comentado al pendejo insoportable que tenía un gran negocio para ofrecerle a su tío el creador del mayor emprendimiento urbanístico de Buenos Aires, el *North Paradise*. Un lugar cercano a Siete Lagos, pero que a diferencia de éste, había sido creado desde la nada, mediante el relleno de terrenos anegadizos. Allí se diseñaron y construyeron sus quince barrios, desparramados entre lagos y ríos, cada uno de ellos cuidadosamente diseñado para albergar a ochocientas familias, con terrenos que, según el barrio, iban desde los seiscientos metros cuadrados en los barrios más

poblados, hasta los cinco mil metros cuadrados en el exclusivo barrio La Cascada.

North Paradise había sido concebido para constituirse en el lugar más selecto y exclusivo de los alrededores de Buenos Aires, habitado solamente por acaudalados empresarios y ejecutivos de multinacionales y sus familias, que estaban en condiciones de abonar el precio de esos terrenos, que promediaban medio millón de dólares, y la construcción de las casas. Con su veloz desarrollo se había desatado en la zona una verdadera competencia de ostentación y lujos, de la que participaban entusiastamente quienes tenían por objetivo maximizar el gasto y, lo más extraño, también quienes debían pagarlo.

Eduardo Sorbellini, el tío del pendejo insoportable, era quien había ideado ese emprendimiento, que ya llevaba diez años desde su fundación, y se encontraba actualmente con una ocupación del ochenta y ocho por ciento. *North Paradise*, tal como Francisco Sorbellini lo había previsto, se había convertido en su fuente de ingresos más importante, pese a que su patrimonio personal previo constaba ya de tres empresas valuadas en setenta millones de dólares.

— Buenísimo Francisquito — le dijo Octavio con falso afecto, al aññado hombre al que, con sus cuarenta y dos años le gustaba que lo llamaran como a un niño para diferenciarlo de su tío que era el patrón de la familia, compuesta en partes iguales por hombres de trabajo incansable y por zánganos como el pendejo insoportable que solo podían sostener esa vida de lujos y placeres por la simple portación de su apellido.

— Arréglame una reunión con tu tío así terminamos de darle forma al negocio— continuó, tratando de cerrar una conversación que le pesaba más que el sol que hacía casi insoportable esa jornada del verano. Era una forma clara de hacerle saber a Francisquito que él era apenas un mandadero que podría recibir migajas de ese negocio, pero que no valía la pena seguir escuchando sus boludeces al rayo del sol.

Mientras se felicitaba esta vez por su parquedad, que más de una vez le había hecho perder negocios, prosiguió su marcha con su *caddie* pensando en cómo se lo contaría a María Laura durante la cena. Finalmente hacía ya más de cuatro años que habían tomado aquella decisión tan trascendente que, además de asegurar la felicidad familiar, habría de asegurar también el futuro económico de sus hijos.

Así como los Sorbellini se llevarían cinco millones de dólares de ese negocio, él había arreglado con su amigo Steve una comisión de doscientos setenta dólares por cada unidad vendida en la Argentina, con lo que -en ese volumen de negocio- tendría asegurados dos millones setecientos mil dólares. Un ingreso extra que engrosaría muy bien su capacidad financiera.

Malu tendrá ahora que admitir que no estaba equivocado, pensó mientras un extraño temblor de satisfacción recorría su cuerpo y le hacía cometer el yerro más torpe que recordara en su larga carrera golfística, jalonada de torneos amateurs y premios.

— Listo, Antonito. ¡Hasta aquí llegué!. Diez hoyos están bien para un día como hoy con tanto calor. Nos vemos el sábado — le dijo mirando mansamente a su *caddie* al tiempo que levantaba con su mano izquierda la pelota de golf. Ya había resuelto pasar solo el resto de la tarde para poder pensar, y para eso necesitaba imperiosamente recluirse en su “punto de encuentro”. Tenía que decidir una reestructuración entre sus principales colaboradores, y el mejor lugar para una buena decisión era ese.

Octavio había encontrado diez años atrás el lugar en el que quería estar para encontrarse consigo mismo. Había sido una jornada agradable de navegación con su amigo Felipe, tan conocedor del Delta, de sus ríos y arroyos. Él lo había introducido en la pasión por la

navegación y le había hecho conocer la belleza de esa naturaleza salvaje que se encontraba apenas a cuarenta minutos en automóvil del centro de Buenos Aires.

Así había encontrado ese lugar, aislado y hermoso, que de allí en adelante denominaría “punto de encuentro”.

Retiró su moto de agua de la guardería náutica. Ahora conocía prácticamente de memoria el recorrido. Tras abandonar los ríos más cercanos a la estación fluvial de Tigre, navegando por el estrecho arroyo Antequera, de pronto, en una curva muy cerrada, aparece en todo su esplendor el Paraná de las Palmas, uno de los dos brazos navegables, con los que el Río Paraná atraviesa el Delta para desembocar en el Río de la Plata.

El Paraná es una inmensa serpiente marrón que nace en el estado brasileño de Goias, de la unión de los ríos Paranaíba y Grande y que, tras serpentear en territorio brasileño, paraguayo y argentino, viene a morir mansamente en el Río de la Plata, tras recorrer casi cuatro mil kilómetros.

Por el contrario, el Antequera, es un arroyo breve, de escasa profundidad, que surge del más caudaloso arroyo Toro, que por su mayor profundidad tiene todavía el intenso tráfico de catamaranes, lanchas colectivo, yates, lanchas familiares, canoas, y motos de agua que - cada fin de semana- convierten a la zona del Delta del Tigre en una ciudad acuática con calles y avenidas asfaltadas de un líquido marrón, atiborrada de embarcaciones de todo tipo y tamaño, con despreocupados habitantes que, a la vera de esos cursos de agua, preparan el fuego para sus asados en mansiones, casas, cabañas y ranchos.

Alrededor de los muelles - cada casa tiene el suyo - bailotean mecidas por las olas que genera el intenso tráfico náutico, pequeñas embarcaciones que son el medio de vinculación de sus habitantes con el Tigre continental.

El arroyo Antequera atraviesa los últimos restos del bullicio dominguero, para internarse mansamente en una vegetación más salvaje y exuberante. Las casas están más espaciadas y es raro ver casas lujosas. Galpones con troncos cortados y apilados esperan su traslado a los aserraderos, y humildes ranchos o casas desvencijadas por el tiempo -que alguna vez, antes de languidecer, iluminaron algún sueño de familia de clase media-, forman los restos urbanos que se van espaciando cada vez más.

En esta parte del recorrido, las casuarinas, los álamos y los sauces se recuestan sobre el lecho del arroyo, como si sus ramas quisieran besar el agua marrón. Los camalotales se entrelazan con los juncos que brotan en las orillas para formar islotes con vida propia de superficie verde salpicada con flores violetas.

En esta zona mansa a Octavio le encantaba hacer “slalom” con su moto de agua *Yamaha*, hamacándose, de una orilla a otra, a toda velocidad. Le gustaba soltar su última carga de adrenalina, antes de acceder a la paz.

En lento trajinar, las aguas del Antequera finalizan su estrecho recorrido, con curva y contracurva muy cerradas, que la naturaleza ha dispuesto para proteger su interior manso y apacible, y concluyen estallando en una pequeña bahía en su agonía antes de disolverse en el gran río. Ese fabuloso paisaje de contraste entre la mansedumbre del riacho y el torrente aun tumultuoso del Paraná, que busca abreviar su ruta hacia su destino final, era un poderoso imán para el espíritu de Octavio.

Las costas del Antequera, con ese espacio selvático, de escasa polución humana, que es dominio natural de zorzaes, gorriones, calandrias, cardenales y toda clase de pájaros y su encuentro con la inmensidad marrón del río ancho, majestuoso, sin aves, le parecía a Octavio una buena síntesis de su propia naturaleza, por eso lo llamó “punto de encuentro”.

Le parecía que allí él lograba encontrarse consigo mismo. Y aunque las primeras veces que lo visitó le costó bastante llegar sin perderse, sin otra guía que su memoria, atravesando el laberinto marrón, verde y celeste del Delta, siempre le gustó ir solo. Había algo mágico entre él y ese lugar.

Una década antes, en el barco de Felipe, había sentido ese particular estremecimiento de felicidad, que le hizo volver a ese lugar cada vez que necesitaba pensar y decidir. Era su lugar secreto y no pensaba compartirlo con nadie, excepto con Maxi, como un legado personal al hijo primogénito, pero lo reservaba como regalo para su cumpleaños número dieciocho, y todavía faltaba mucho para eso.

Era ese un lugar de bosque silencioso de todo ruido humano y profundo, habitado por zorzales, carpinteros reales, tacuaritas azules, calandrias, boyeros, benteveos, tordos músicos, gorriónes, y toda clase de aves que concertaban al atardecer una sinfonía natural embelleciendo la inmensidad del río y el contorno verde oscuro de los árboles. Era un remanso de paz para el espíritu atribulado de Octavio.

Se quedaba en silencio, observando la majestuosidad del paisaje. Muchas veces la naturaleza lo premiaba con la aparición de tortugas y rayas, que emergían de las aguas marrones del río, y otras – muy pocas – podía observar en la oscuridad del agua del crepúsculo, el zigzagazo veloz de las anguilas, grandes culebras acuáticas, en extinción en esa zona del Delta.

A veces, cuando se quedaba meciéndose mansamente en la orilla, acunado por las suaves ondas del río, en esa zona en que ya su pelea se hace lenta y trabajosa contra el escarpado perfil de la costa verde, aparecía uno que otro lobito de río o algún carpincho. Incluso una vez observó el furioso trajinar de una comadreja overa que lidiaba con los restos de lo que parecía haber sido un lagarto o una iguana, y actuaba indiferente ante la mirada de Octavio... como si él no existiera.

Allí se encontraba ahora para decidir lo que no quería. Por un gravísimo error comercial debía despedir de su empresa a su mejor amigo, y le dolía el alma.

V

Agua mansa que vas al encuentro del río bravío...

- 2004 -

Fue en el “punto de encuentro”, meciéndose en el agua de la desembocadura del arroyo Antequera, mirando el trajinar de los barcos que navegan el Paraná, donde Octavio había tomado la trascendente decisión de asociarse al proyecto de su amigo Steve. Ese día, María Laura le cuestionó duramente haber desaparecido por cuatro horas desconectando su teléfono móvil.

— A veces temo que tengas alguna historia con otra mujer, me siento horrible. Embarazada de nuevo, ¡parezco un hipopótamo!, ya no me ves como tu princesita —, le había dicho ese día, furiosa.

Pero Octavio la abrazó con esa paz que sólo él podía entregarle y, como siempre, hizo desaparecer los nubarrones de la duda de su mente, y la congoja de la angustia de su corazón.

Él la retuvo en sus brazos, la acarició y la besó larga y suavemente, observó cómo cada músculo tenso se iba relajando, hasta que se detuvo bruscamente, se separó un poco de ella sin dejar de abrazarla y clavó sus enormes ojos marrones en el pequeño mar azul de los de María Laura.

— He desaparecido por unas horas porque no aguanto más este estado de duda en el que nos debatimos. Finalmente, he tomado una decisión y quiero me acompañes, Cielo —, le dijo sin quitarle su mirada y sin siquiera pestañear.

— ¡Debemos hacerlo! Por nosotros, por Maxi y Candela y también por Ignacio, ¡mira cómo se mueve! Es porque coincide conmigo. ¡Está saltando de alegría! —, le susurró sonriente mientras acariciaba la prominente pancita embarazada de Malu. El bebé, efectivamente se movía deformando aquí y allá la circunferencia de su vientre.

Ella quiso desprenderse de su abrazo, pero Octavio la retuvo con firmeza. Sabía que ella se resistía, que tenía muchos temores ya que ni siquiera entendía la naturaleza tecnológica del asunto.

Y era absolutamente cierto. Ella misma admitía que toda su relación con la tecnología era de alcoba ya que nunca le había interesado ese mundo que maravillaba a tanta gente. Para eso está Octavio, repetía cada vez que alguno de los tantos dispositivos electrónicos que facilitaban su vida, presentaba algún problema operativo o algún desperfecto.

Ella sí entendía de niños, y le encantaban. Se había graduado como Licenciada en Psicología Infantil y, aunque nunca ejerció, le apasionaba ese mundo de decisiones tremendamente lógicas y esencialmente simples de la que hacen gala los niños, hasta que los adultos logran imponerles sus complicaciones, engaños y dobleces, a medida que van creciendo.

María Laura no solamente amaba a los niños, los admiraba. Sentía que la vida tenía mucho más sentido en el simple mundo infantil que en las complejidades y falsedades del universo de los adultos. Solo Octavio con esa enorme paz que le transmitía lograba hacerla

compatible con ese mundo adulto que la incomodaba tantas veces.

Sin embargo, sentía ahora que “su” Octavio la estaba arrastrando a una decisión que ella no comprendía cabalmente. Entendía solamente que algo artificial y tecnológico se ocuparía de intermediar y mejorar sus lazos con sus hijos. ¡Pero ella no lo necesitaba!, tenía una comunicación visceralmente perfecta con Maxi y con Candela y, seguramente así sería con Ignacio a quien había visto en su ecografía de la semana anterior en su sexto mes de gestación.

Cada gesto de Maxi o Cande eran interpretados correctamente por María Laura, cada una de sus necesidades, de sus sueños. Era una madre completa y dedicada y Octavio lo sabía. ¡Eran muy felices! ¿Por qué, entonces, quería ahora complicarle la vida?

Lo que Malu más temía eran las consecuencias del implante. Había estado investigando el asunto por Internet y, aunque el esposo de su amiga Inés Landaburu, que era neurocirujano, le había asegurado que los implantes de microchips no tenían consecuencia física ni neurológica alguna, porque desde hacía diez años se venía experimentando en niños con síndrome de Down y en ancianos con el mal de Alzheimer’s, persistían en ella las dudas de que algo tan artificial no fuera produciendo imperceptibles consecuencias físicas o psicológicas, que luego se transformaran en un gran problema.

Octavio y Steve le habían hecho jurar que no lo hablaría con nadie, sea cual fuere la decisión final, así que tuvo que disfrazar su consulta al Dr. Landaburu.

— ¿Sabés Mario? —, le dijo al marido de su amiga — la semana pasada leí en una de esas revistas tecnológicas de Octavio que solo se editan en inglés, un artículo que me espantó. Hablan de implantes de microchips a padres e hijos para lograr una perfecta comunicación e interpretación de los deseos de los niños. Family Happyness — dijo cambiando el nombre a propósito, — Creo que así se llama. Prometen un mundo de felicidad porque dicen que muchas de las insatisfacciones de los niños, que derivan luego en frustraciones, o en una mala relación con sus padres, o en problemas de conducta y en adicciones, se deben a errores de decodificación de los deseos de los niños por parte de los adultos —.

— Sostienen que el revolucionario invento — prosiguió — va a mejorar el mundo, porque el perfeccionamiento de la relación entre padres e hijos producirá un mundo de felicidad y paz, y bla, bla, bla. Pero a mí todo eso me genera un enorme escepticismo y, sobre todo, un gran temor. No puedo soportar la idea de que Maxi o Cande lleven un implante en la nuca que los comunique conmigo. Pero además, me dijeron que esas cosas debajo de la piel producen cáncer, porque tienen el mismo efecto que los teléfonos celulares —.

El Dr. Landaburu vivía en Siete Lagos en la Unidad Funcional 728, o sea a cinco lotes del de los Azzarini, en una de las mejores casas del country, al punto que la revista *High Class*, la había publicado en su edición anual, como el ejemplo de la armonía entre verde, cielo y agua.

Era una mansión hermosa, de diseño moderno. Con una estructura cúbica de hormigón, grandes superficies vidriadas y un extraordinario parque, ya que estaba construida sobre dos lotes. Allí todo era espacio.

Desde el frente de la casa se veía en el fondo, enmarcado entre los muebles de la enorme sala, el espejo de agua del mayor de los siete lagos que daban su nombre al barrio. El césped del amplísimo parque, con ligeras ondulaciones, estaba salpicado con matas de floridas plantas ornamentales, que caían en declive hasta perderse en el agua del lago.

Convenientemente disimulada tras una línea de arbustos, estaba la piscina con un amplio solarium. Allí se habían sentado a tomar una limonada, mientras la tarde caía y el sol se

perdía por detrás de los árboles y el agua. Landaburu arqueó sus cejas y alejándose de su habitual tono de profesor universitario le dijo:

— Mira querida, yo no conozco de implantes que den felicidad, en cambio, sí conozco de implantes que resuelven problemas funcionales del organismo humano. No producen cáncer ni nada que se le parezca. Esas son boludeces de gente que no sabe nada. Pero me interesaría mucho leer ese artículo que mencionas, para opinar con mayor fundamento. El hombre está jugando con la tecnología peligrosamente —. Se quedó un minuto en silencio, pensativo.

Después, recuperó su habitual tono de profesor para darle detalles acerca de cómo se utilizaban los implantes de microchips que él conocía, y los beneficios comprobados por él mismo en la mayor parte de esos casos, en el escaso tiempo de experimentación que llevaban.

Hacía sólo tres días que María Laura le había hecho esa consulta, y su esposa, Inés, ya había llamado tres veces con excusas varias, pero con el claro objetivo de reclamar de parte de Mario, que le prestara la famosa revista. Malu ya había decidido que terminaría esa historia con una mentira, le diría que la boluda de la empleada la había tirado, pero para eso necesitaba que pasara al menos una semana. Su discreta consulta estaba empezando a traer problemas.

La había incomodado tremendamente que Inés llamara la noche anterior, cuando estaban Octavio y Steve, obligándola a escabullirse de la sala con el teléfono inalámbrico en la mano. En realidad, Inés llamó con la excusa de la revista que pedía su esposo, pero lo que más quería, era averiguar quién era ese apuesto gringo – ese bombonazo, dijo- que había visto en casa de su amiga. María Laura tuvo que responderle con evasivas para evitar que la mirada atenta y severa de Octavio, se convirtiera en un disgusto mayúsculo. Pero logró eludir el peligro.

Esa noche, el motivo real de la llamada, le serviría de excusa para zafar ahora del interrogatorio de Octavio. Le explicó que Inés estaba muy interesada en que le presentaran a Steve.

Todos sabían en el barrio que Mario e Inés Landaburu eran uno de tantos matrimonios que solo se mantienen en las formas. Hacía años que la pareja se había roto definitivamente, y ella estaba a la caza de una nueva oportunidad que le permitiera mantener su imagen de *winner*.

Se decía que Mario salía, hacía ya más de un año, con la dueña de la Clínica de la Piedad, la más exclusiva de Buenos Aires, una viuda rica y hermosa. Pero él se ocupaba de mantener, sin fisuras, la formalidad matrimonial de su *sociedad* constituida con Inés, a la espera de que ella encontrara un hombre que pudiera sostener el presupuesto mínimo anual de ciento cincuenta mil dólares, que era el “costo operativo” de Inés y sus cuatro hijos.

Una transacción ventajosa en ese sentido, le aseguraría al reputado Dr. Landaburu, la posibilidad de disponer de su capital y seguir llenando de costosos regalos a sus cuatro hijos, sin tener que alimentarlos ni sostener su costosa educación. Cualquier otra solución sería onerosa para él.

Como esa situación era conocida y aceptada en todo el círculo de amistades del matrimonio y constituía tema de conversación entre los grupos de chismes del barrio, a Octavio también le resultaba natural que Inés reclamara conocer a un candidato como Steve que, a todas luces, era un buen candidato para cualquier mujer cazafortunas.

Todo el círculo de amistades, por acción u omisión, participaba de esa silenciosa “búsqueda del tesoro”, para ayudar a Inés a que encontrara un hombre adinerado, que al mismo tiempo pudiera valorar su cultura, sus buenas dotes de madre y anfitriona y su renombrada calidad de amante. Tanto ella como Mario se habían encargado de transmitir, sin pudores, la excelente gimnasia sexual que desarrollaban, incluso ahora que ya no se amaban. Muchos de los hombres, del círculo de relaciones de los Landaburu en Siete Lagos, habían fantaseado con la versatilidad oral y anal que, según Mario, Inés dominaba a la perfección.

Pese a todas esas necesidades de su amiga, o posiblemente por temor a ellas y a la desesperación de la candidata, Octavio le recomendó especialmente esa noche a María Laura, que se empeñara en mantener a Inés alejada de cualquier tipo de contacto con Steve. Habitualmente no le gustaban cruces de esa naturaleza entre su círculo de amistades y el de sus negocios. Por otra parte, conocía a la mujer de Steve y esa posible conexión y eventual relación sin futuro, le incomodaba.

Además, para Octavio, Steve era la llave que abriría el cofre de la felicidad plena y permanente y el de la prosperidad económica. La situación afectiva y comercial con su amigo estaba donde tenía que estar, así que todo lo que involucrara esa relación debía mantenerse encapsulado bajo el paraguas formal de una simple relación de negocios tecnológicos entre un ejecutivo argentino y un empresario estadounidense, sin ningún tipo de interferencias extrañas.

Cuando se fueron a la cama, Malu se acurrucó, de espaldas y en *cucharita*, fundiéndose en el cuerpo de Octavio que la abrazó tiernamente.

— ¡Es tan triste ver los restos del banquete del amor! —, le dijo. — Inés es una buena persona a la que quiero mucho y, aunque no lo conozco tanto como a ella, me parece que Mario Landaburu también lo es. ¿Cómo se da ese proceso del desamor? ¿Qué es lo que produce ese desgaste? ¿Es solamente el tiempo? ¿Es eso lo que también nos espera a nosotros? ¡Abrazame fuerte, por favor! —.

Octavio pensó que era extraño que María Laura, que era una mujer totalmente equilibrada y estable, ante los temas que la angustiaban existencialmente, pudiera entrar en esa especie de descontrol, que se percibía en todo su organismo. En ese mismo momento, pese a la fusión de sus cuerpos, y a la ternura de su abrazo, él percibía toda la tensión que envolvía a Malu. Le resultaba increíble que aunque en muchos aspectos su amada era prácticamente un libro abierto para él, quedaban algunos misterios todavía insondables en su personalidad.

También a él le llegaron los temores y las dudas y se dispuso a disiparlos.

— La relación de amor en la pareja es muy compleja y es un desafío permanente. La remanida frase que sostiene que el amor es una plantita que debe ser regada todos los días es muy cierta. Pero también es cierto que la vida, a veces, te pone dificultades que —más allá incluso de la voluntad de los miembros de una pareja por generar esa realimentación— te van separando día a día, progresiva e imperceptiblemente —. Le dijo él, mientras con sus dedos recorría, uno a uno, los rizos de la cabellera pelirroja de su mujer.

— Creo que en el caso de los Landaburu, hay dos cuestiones centrales que fueron destruyendo ese amor del que habla con nostalgia Inés. La primera es la dedicación profesional de Mario. Muchas veces el éxito profesional envenena las relaciones de pareja. He hablado varias veces con él de eso —. Se había incorporado levemente y colocó su cabeza entre el hombro y la cabeza de Malu para poder susurrarle al oído.

— Mario Landaburu es un hombre apasionado y obsesivo con lo que hace, continuó. — A los dos minutos de estar hablando con él ya estás perdido con su terminología, al punto que te parece estar escuchando una explicación científica del Discovery Channel. ¡Es casi imposible mantener con él una conversación sobre fútbol, o simplemente sobre los chicos! Supongo que su nueva relación con la dueña de la clínica, tiene mucho que ver con temas que a él le interesan profesionalmente. ¡Ya imagino cómo serán de interesantes sus conversaciones! —, dijo con sarcasmo.

Mientras se entusiasmaba con su análisis de la destrucción del matrimonio de los Landaburu, sus manos también se entusiasmaban recorriendo la piel suave y con perfume de rosas de su amada.

— Por otra parte, el problema que tienen con su hijo de catorce años es terrible. El jueves, cuando llevé a Maximiliano al colegio, estuve hablando un rato con la mamá de una compañerita de ese niño, que me comentaba que no entiende cómo le permiten continuar en el establecimiento. ¡Jamás conocí a un chico tan violento!, me dijo. Creo que ellos les han dado demasiadas libertades a sus hijos y no supieron manejar esa relación —.

Sus manos iban y venían acariciando la piel de Malu.

— Por otro lado, creo que por más que ellos mantengan la fachada de familia feliz, las discusiones, las culpas y recriminaciones tienen que aparecer a diario. También los niños deben estar viviendo su propio infierno y lo manifiestan violentamente, produciendo un círculo vicioso que ha llevado a Inés a una especie de obsesión por el relato del problema, pero no por una búsqueda de la solución —.

Ahora, sus manos se habían detenido sobre el vientre voluminoso y tierno de su amada. Sus dedos hacían pequeños círculos. De pronto pensó que ese juego podía poner en acción al bebé. Pero la pancita embarazada no mostraba actividad alguna, así que siguió adelante y bajó con sus manos hasta donde terminaba el promontorio. Percibió que la tensión en los músculos de Malu cedía. Sus manos empezaban a encontrar el código que abriría la puerta de la intimidad de María Laura.

— No puedo imaginar un diálogo de pareja entre un obseso del laburo, que te habla de la degeneración walleriana, de la motoneurona superior y de la electromiografía y una mina que solo habla de la última cagada que se mandó el desequilibrado de su hijo. Así es muy difícil dialogar y regar la plantita del amor. ¿No te parece? —.

En medio del fervor de su alegato, sus manos habían coronado su tarea. La humedad que encontraron sus dedos le anunciaba que la fenomenal combinación entre sus manos y su parlamento, que parecían ir por caminos desenfocados, habían logrado nuevamente su objetivo. Malu estaba ahora completamente relajada, o mejor dicho, la tensión de su angustia había cedido paso a la tensión de la pasión. También él había dejado atrás los nubarrones de duda que lo habían asaltado.

Ella empezó a frotarse suavemente, deslizando su cuerpo en un movimiento rítmico y casi imperceptible. Luego se dio vuelta, selló sus labios con un beso indicándole que quería que su boca se dedicara ahora a otra cosa y se fundieron en ese amor que acallaba dudas y angustias.

Con sus cuerpos relajados tras la apasionada faena, se durmieron rápidamente. No querían quitar horas al sueño reparador que necesitaban para afrontar, al día siguiente, la ansiedad y la expectativa de la reunión que habían acordado con Steve.

Mc Gowan les había prometido que, en unas oficinas alquiladas y acondicionadas especialmente, se ocuparía de disipar todos los temores de María Laura mediante una

tecnología que los sorprendería. Quería mostrarles las características técnicas, los procedimientos a seguir, y la secuencia y el *timing* de cada uno de los pasos previstos en el proceso.

VI

Cuando estalla el amor... estalla la vida

- 1998 -

Los nervios de María Laura estaban plenamente justificados, no solamente porque ese día, el 25 de septiembre de 1998, era particularmente significativo para ella, sino porque una serie de pequeños contratiempos habían perturbado increíblemente su jornada. El más grave hasta este momento había sido el retraso de Sonia, la peluquera y cosmetóloga familiar, habitualmente muy puntual, que había llegado a su casa con cuarenta y cinco minutos de retraso, lo que había modificado todo el programa que Madeleine y Mariel habían acordado para ella.

Un piquete de trabajadores despedidos de una fábrica de galletitas había bloqueado literalmente la avenida 9 de julio y gran parte del centro porteño. Sonia debía atravesar obligatoriamente toda la ciudad para llegar desde su casa en Avellaneda hasta la mansión de los Fernández en Barrancas de Belgrano, y eran épocas en las que, en Buenos Aires, uno podía programar cuándo salir pero nunca cuándo llegar.

Era una pena que, justo ese día tan importante para María Laura, todo saliera tan atravesado, no solamente porque no pudo disfrutar de su habitual charla con Sonia, sino porque -lo más grave- en su excitación y premura terminó gritándole a su hada-madre y, como no estaban acostumbradas a ese tipo de trato, esa situación terminó perturbando su comunicación por el resto del día.

Madeleine había preparado todo con tanto esmero, que odiaba que algún detalle fallara. Pero además sentía cierta angustia indefinida que la perturbaba y se había puesto extrañamente agresiva con su princesita.

Todavía faltaba lo peor. ¿Quién podía imaginar que el flamante BMW de Domingo que las llevaría a la fiesta, iba a fallar justo en este momento? Madeleine había insistido en acompañarla hasta el hotel para supervisar los últimos detalles. Malu no quería que ese día en el que debía inaugurar su vida independiente, su madre evidenciara el rol que jugaba para ella. Pero Madeleine le prometió que su presencia pasaría totalmente inadvertida y, al menos por su aspecto, parecía que podría cumplir su promesa. Se había vestido como una clásica turista extranjera; el clima fresco de la naciente primavera porteña la ayudaba. Estaba de pantalones, con un pañuelo en la cabeza, muy cubierta, y con enormes gafas que ocultaban casi totalmente su pequeño rostro.

— ¡Cómo puedes ser tan inútil y no tener el coche en buenas condiciones justo en este momento! —, le gritó fuera de sí a Fernando, el fiel chofer de Domingo. De nada valieron sus explicaciones ni sus intentos por calmarla: que le había hecho el service de los diez mil kilómetros la semana anterior, que debía ser el procesador, que estos coches vienen ahora muy complicados, que antes era más fácil.... Pero lo único concreto era que el automóvil se había quedado muerto en plena avenida Libertador, y ahora solo cabía esperar el auxilio mecánico o el remolque.

Madeleine marcó desesperada el número de la agencia de remises con la que trabajaba la empresa de Domingo, y que ellas utilizaban con frecuencia, y les pidió que, al momento,

enviaran el mejor auto que tuvieran. Le ofrecieron la limusina blanca y la tomó.

— Transformamos el problema en solución, llegarás a tu fiesta como lo que eres, ¡una diosa! —, le dijo a Malu, que se había quedado paralizada por la situación.

El ingreso de María Laura fue realmente impactante. Siguiendo las recomendaciones de Mariel y de la asesora de vestuario de la empresa de eventos, optó por un vestido azul francia que le habían sugerido como el mejor para contrastar con el marco de color champagne que Madeleine había elegido como base para vestir sillas, mesas y cortinados.

El vestido se lo habían encargado a Susy Solano, la modista de moda en Buenos Aires. Ella vestía a la esposa del Presidente de la Nación y a las más encumbradas figuras femeninas nacionales. Aunque se comentaba que Susy copiaba de personalidades europeas muchos de sus “diseños exclusivos”, tenía muy buen gusto y sabía lograr, con sus creaciones, la exaltación de las virtudes físicas de quienes tuvieran que vestirlas.

En este caso, era realmente difícil saber si el vestido realzaba a María Laura o era su belleza la que realzaba el esplendor de su vestuario. Una larga falda de seda azul cubría sus piernas hasta debajo de sus tobillos. La pollera caía en libertad sin dejar de marcar las suaves curvas de su cuerpo y descubría apenas la punta de sus zapatos de Ricky Sarkani, con un taco de once centímetros, en color champagne.

Por encima de la falda, con cortes irregulares, caía un velo de organza de seda, en tono azul petróleo, con flores fileteadas en hilo de oro, que realzaba al conjunto y daba un marco de cuento de hadas a la hermosa figura de la homenajeada.

Un corsé *strapless* en azul petróleo con vivos en azul francia completaba el modelo y permitía el lucimiento de sus hombros perfectos y de su estilizado cuello. ¡Estaba más linda que nunca!

Octavio la observó descendiendo, paso a paso, las escalera de mármol, entre los aplausos y vítores de sus amigos más cercanos y de sus compañeros de la universidad, y se estremeció. — ¡Qué belleza! —, se dijo en silencio, mientras José María Taboada lo codeaba diciéndole — ¡Ja, ja, te quedaste con la boca abierta!, ¿viste que mi amiga está muy buena? —.

Cuando regresó de aquel seminario en Houston, se dedicó a llamar a tres de sus mejores amigos, para saber si estaban invitados a esa extraña fiesta. En los tiempos libres de su viaje, había estado intentando dilucidar de dónde podía haber surgido esa invitación. Finalmente, resultó que era José María, el hermano de Florencia Taboada, la mejor amiga de María Laura, el autor de la sugerencia de su nombre, ante la insistencia de su hermana por conseguir un grupo de varones alegres y bien parecidos que, con su presencia, aseguraran lo que las empresas organizadoras no podían: diversión y buena onda.

— Estuve detrás de ella un par de años cuando éramos más pendejos —, le había confesado José María en aquella larga conversación telefónica.

— Es la mina más linda y más buena que conozco, prosiguió, pero tiene muchos rollos, es muy puritana y, para colmo, con una madre excesivamente protectora. Además es demasiado seria para mí, así que abandoné esa carrera. Igualmente esa fiesta será un desconche, los viejos de María Laura se gastan todo y mi hermana que estuvo chusmeando los detalles me dice que será inigualable, así que vamos juntos ¿no? —.

Octavio quedó tan impactado que dedicó las dos primeras horas de la fiesta a planificar cómo sería su abordaje, porque algo venía martillando su mente: esa noche no debía terminar sin que María Laura supiera lo que había despertado en él.

La tarea no sería fácil, pero su ancestral instinto de cazador, que hasta allí solo había ejercitado para sus presas comerciales, generaba una multitud de ideas que Octavio fue ordenando pacientemente.

La competencia estaba clara. Había detectado al menos a cuatro jóvenes que evidenciaban estar participando de esa misma cacería y, si bien parecían conocer mejor a la presa, Octavio confiaba plenamente en su capacidad para competir y llevarse el trofeo mayor.

Pasada la medianoche, Florencia y María Laura subieron dos peldaños de la escalera que conducía hacia los baños, charlando animadamente. En ese momento, alguien les cerró el paso.

— Soy el responsable de que tu amiga sea feliz desde hoy y para siempre, querida Florencia Taboada —, dijo Octavio, plantado en medio de la escalera con sus brazos abiertos y una amplia sonrisa en su boca, — pero si no me la presentas, torcerás el curso del destino y los dioses te castigarán con toda su furia —.

—¡Octavio! ¡No te había visto! ¿Llegaste ahora? Él es Octavio Azzarini el único amigo de mi hermano que vale la pena. Te había hablado de él. No quiero que tus dioses me castiguen, así que, ¡bueno! quedan presentados, Octavio... Malu; Malu ... Octavio —. Dijo Florencia con franca alegría.

A Octavio, el beso en la mejilla con el que se saludaron pareció inyectarle una dosis mayor de adrenalina.

— Sé que ahora siguen un camino impostergable, así que me aprovecharé de ese apuro para extorsionarlas, y sólo les cederé el paso, si Malu acepta bailar conmigo cuando vuelvan. Yo estaré aquí exactamente al pie de la escalera... esperando —.

— Bueno —, respondió María Laura secamente y de mala gana. Él le abrió paso, y ella subió la escalera, a zancadas, levantando con una mano su falda, con escasa elegancia, sin volver su vista atrás, y sin una sonrisa que suavizara la tensión que como un rayo surcó el aire por un instante.

— No me gusta que me impongan nada, no voy a bailar con él, le dijo a Florencia—, mientras llegaban al baño. A Florencia le llevó más de quince minutos convencerla de que se había llevado una impresión equivocada. — Aunque sea flirtea un poquito y en un par de horas me lo entregas. Hace años que le tengo ganas y no hay forma de que se fije en mí —, exageró.

Cuando regresaron, Octavio estaba allí acodado en la escalera, tal como lo había prometido, esperando.

— Pensé que te habías escapado de la fiesta para no bailar conmigo —, le dijo, hundiendo su mirada en el azul cielo de los ojos de María Laura; ella le respondió con una fría sonrisa, pero extendiendo con suavidad su mano para que él la tomara y la condujera hasta la pista de baile.

Octavio pensó que esta vez los dioses sí estaban de su lado. En ese mismo momento sonó estruendosamente susurrante la voz de Luis Miguel diciendo: *Por debajo de la mesa, acaricio tus rodillas y bebo sorbo a sorbo tu mirada angelical, y respiro de tu boca, esa flor de maravilla, las alondras del deseo cantan, vuelan, vienen, van.....* La tomó con suavidad de la cintura y de su mano izquierda, desplegó sus alas de ángel enamorado, y se echó a volar con la melodía. Luis Miguel seguía cantando pero su voz se alejaba cada vez más de sus almas.

— Siempre lo quise mucho a José María, pero desde hoy tiene un lugar imborrable en mi

corazón, porque gracias a él te conocí y estoy disfrutando de esta velada inolvidable. Muy buena tu fiesta y te felicito por esta nueva etapa que inicias — le dijo susurrándole al oído.

— Espero que puedas superar esta mezcla de formalidad y cursilería — sentenció ella intentando poner distancia, desoyendo la intención de su cuerpo que se había relajado en brazos de Octavio.

— Sé que es demasiado pronto para que lo entiendas y lo aceptes, pero puedo asegurarte que somos el uno para el otro, yo lo sé. Y también sé que tendremos tres hijos y seremos muy, muy felices —. Octavio no sabía quién había puesto esas palabras en su boca. Toda su racionalidad le indicaba que estaba cometiendo una locura... pero ya no se detendría.

María Laura se debatía entre escuchar a su corazón que se entregaba mansamente a tamaña irracionalidad, o atender a su mente que le repetía: *¡escapa de esta situación!, ¡peligro!, ¡huye ahora, antes que sea tarde!*

De pronto, se encontró atrapada en un beso dulce e interminable. Era su corazón el que mandaba. Eran las dulces palabras de Octavio. Eran Luis Miguel y su música en el ambiente. Eran las tres copas de champagne sin probar bocado. Era... ¡ya no importaba qué ni por qué ... lo importante era lo que sentía!

Se olvidaron del entorno, de la fiesta, de la gente, e impudicamente -ellos que eran tan pudorosos- se entregaron a mostrar su naciente amor y su pasión retenida por tantos años. Sus cuerpos y sus almas sabían ahora que se habían encontrado después de años de inseguridades y búsqueda vana.

Así, en una noche impensada y mágica, dos personas que se habían impuesto barreras para el amor, se encontraron y unieron sus destinos para no separarse nunca jamás.

-----0-----

Luz,

Que iluminaste mi noche más temida y oscura

Fuego

Que abrazaste mi alma dormida para encender la pasión

Cielo

Que disolviste mis nubes para llenarme con tu universo

Sol

Que entibiaste mis días con la ilusión de volver a encontrarte

Tierra

Que fecundarás nuestros hijos, los alimentarás y protegerás.

Estrella

Que guiarás mi camino hasta el fin de mis días

TuOA - Buenos Aires 26-09-98

—Pero, ¿este no es el Octavio que conozco! ¿Qué le hiciste al experto en computación, frío y calculador que yo conocía? La poesía que te escribió es medio cursi pero ¡al día siguiente de conocerlo! ¿Qué le hiciste o le diste? —, exclamó Florencia doblando el papel manuscrito que Malu le había entregado diciéndole:

— Te presento a mi amor, un amigo tuyo que, por lo que me contaste de él, ahora puede resultarte desconocido. ¡Estoy enamoradaaaaaaaaaaaaaa! —, gritó mientras saltaba en círculos alrededor de su amiga.

- Pero que significa TuOA? —, le preguntó Florencia.
- Supongo que “tu Octavio Azzarini” — respondió María Laura.

Octavio había pasado el sábado siguiente a “la fiesta del milenio”, en una nube de pasión y amor, en un estado que le era absolutamente desconocido. Ni siquiera encendió su *notebook* para chequear sus mails, tarea que, religiosamente, hacía cada día al levantarse, cuando no iba a la oficina. Nada le importaba ese día.

No hubo periódicos ni televisión, sólo música y lectura. Necesitaba entender qué había pasado. Había participado de una fiesta que debía resultar intrascendente para él, un hombre acostumbrado a programar cada acto de su vida y, sin embargo, esa noche, en principio intrascendente, ¿iba a cambiar el curso de su historia? ¿Quién era esta persona nueva que había nacido entre su piel y sus huesos?

Se sentía en un estado nuevo para él, que le recordaba otros tiempos lejanos, en los que la adrenalina se generaba en su cuerpo no solo por la posibilidad de cierre de un negocio millonario.

Tomó de los anaqueles de su biblioteca aquel libro de Bécquer que conservaba desde la secundaria, todavía estaba marcado en su poesía preferida de aquella época tormentosa de amor adolescente, que sepultó con la muerte de sus padres, y leyó:

Amor eterno

*Podrá nublarse el sol eternamente;
Podrá secarse en un instante el mar;
Podrá romperse el eje de la tierra
Como un débil cristal.
¡Todo sucederá!
Podrá la muerte
Cubrirme con su fúnebre crespón;
Pero jamás en mí podrá apagarse
La llama de tu amor.*

Gustavo Adolfo Bécquer

Después tomó papel y lápiz y empezó:

*Luz,
Que iluminaste mi noche más temida y oscura.....*

No lo podía creer. Él escribiendo una poesía de amor. Pero no era él. En todo caso, era un nuevo él, ese renovado y enamorado ser que había nacido la noche anterior al compás de la canción de Luis Miguel.

VII

Es la información, ¡estúpido!..

- 2004 -

Steve les había propuesto que la demostración del *Children's Happyness* se hiciera en su formato original, en inglés, para evitar problemas de interpretación y para que no se perdieran detalles que él consideraba muy importantes. Y así lo hicieron, ya que Octavio y María Laura hablaban y entendían el inglés a la perfección. Él por necesidades profesionales y ella, por imposición familiar.

Steve no les comentó los problemas que había tenido Mary Jo, su secretaria, para organizar desde California esta reunión, al punto que se vio obligado incluso a traer, como equipaje acompañado, el equipamiento de proyección holística. Pese a que Mary Jo era experta en ubicar y obtener cualquier cosa en cualquier parte del mundo, con su computador y su teléfono, en Buenos aires, no era posible todavía conseguir tal equipamiento.

Mary Jo había sido muy eficiente al alquilar estas oficinas, pensó Steve, mientras de reojo observaba el área de oficinas más bello de la ciudad.

—¡Qué hermosa vista! —, había exclamado María Laura cuando recién entraba. —Nunca había estado en oficinas de Puerto Madero. Solo vine a cenar a los restaurantes de abajo, y aunque allí también la vista es bonita, ésta la supera ampliamente —, dijo mientras observaba el panorama, extasiada.

El edificio remedaba los mejores diseños de la Londres señorial. Estaba en la zona conocida como Puerto Madero. Se había puesto en funcionamiento recientemente, como consecuencia del reciclado de viejos depósitos abandonados y sucios del Puerto, de los que se respetó su estructura y fachada original, y se reconstruyó totalmente su interior para dar lugar, en cada uno de ellos, a cuatro pisos de oficinas amplias y modernas, y al mismo tiempo, señoriales.

Hacia un lado se observaban las torres de oficinas que bordean la estación de trenes de Retiro, que constituían antes de este emprendimiento, el corazón empresario de la capital argentina. Con modernos edificios que se extienden desde el legendario Sheraton Hotel en el extremo Norte hasta el viejo edificio Alas de la Fuerza Aérea Argentina -que en algún tiempo supo ser el más alto de la ciudad con sus treinta y dos pisos- en la avenida Córdoba. Desde allí en adelante, un conjunto de edificios de más de cincuenta años de antigüedad, no muy altos ni bien mantenidos, enmarcan la avenida Alem hasta su final.

El paisaje se quiebra luego con la presencia de varios hitos del poder estatal: el Palacio del Correo Central, que simboliza la *Belle Epoque* porteña de principios del siglo XX, con su refinada arquitectura francesa; el Palacio Presidencial Casa Rosada, que por aquellos años expresaba cabalmente el contraste de la Argentina del fin del milenio.

La fachada principal del palacio -la que da a la Plaza de Mayo- había sido restaurada hasta en sus más mínimos detalles y recientemente pintada de un color rosa viejo impactante, mientras todo el resto del edificio que, en algún momento, había sido también de color rosa pero más suave, y ahora lo disimulaba tras una capa de smog y suciedad que le daba un

tono rosa pálido y grisáceo.

Esa decadente parte trasera de la Rosada, como les gusta llamar a los porteños a su palacio presidencial, era lo que Steve podía observar desde el atalaya de su oficina alquilada para esta gran ocasión, en el último piso del edificio de Presidente Perón y Alicia Moreau de Justo.

A Steve le gustaba mucho observar desde allí, el Mástil de la Unidad Nacional que a semejanza del Zócalo en el DF mexicano, hace flamear una enorme y reluciente bandera celeste y blanca. El mástil está ubicado a veinte metros del área presidencial de la Casa Rosada en su fachada posterior, la que da a la Plaza Colón.

— Yo le hubiera dado un lugar más central respecto de la arquitectura del Palacio —, les comentó a Octavio y María Laura antes de empezar la proyección. —Pero no deja de sorprenderme que hayan emplazado tamaña bandera argentina, cuando aquí —según he leído— sólo la usan en actos escolares o cuando ganan un mundial de fútbol. Espero que dure al menos hasta mi próximo viaje —, disparó con agresividad americana y sarcasmo, provocando una mueca de indignación en Malu y Octavio.

Siguiendo el paisaje de edificios estatales, ya en Paseo Colón, el panorama se completa con el afrancesado estilo del Comando en Jefe del Ejército y el —un tanto rococó— Palacio de la Aduana.

—Yo sacaré ese edificio de este paisaje —, pensó Steve.

Del otro lado de su oficina alquilada, se observaba el Río de la Plata en su extensa y marrón amplitud. Como ese día había un muy buen tiempo, soleado y claro, se observaba en el horizonte la silueta de algunos edificios de la costa uruguaya.

A María Laura, la observación en el horizonte del lado uruguayo del río la inundó de gratos recuerdos y le iluminó la mirada. Se dio vuelta y le dijo a Octavio:

—El próximo verano podríamos invitar a Steve y a su esposa para que nos acompañen una semanita en Punta del Este. ¡Te va a encantar Steve! Allí vamos a la chacra de mis padres y nos divertimos muchísimo. El paisaje es de ensueño y por lo que cuenta Octavio, en esas playas se cierran muchos de los negocios más importantes, que luego se firman en Buenos Aires durante el año —.

Octavio asintió sin demasiado entusiasmo, no porque estuviera en desacuerdo con Malu, sino porque no podía entender que su mujer, en ese momento tan trascendente de sus vidas, estuviera pensando en las próximas vacaciones en Punta del Este. Pensó que se debía a la capacidad que tienen las mujeres de procesar muchas cosas al mismo tiempo, que incluso a veces las descoloca del foco principal del asunto que están tratando.

—Los hombres somos más lineales, con todo lo bueno y lo malo que eso tiene —, pensó.

Una hermosa secretaria les sirvió café y dispuso unas masas secas en pequeños platitos individuales. Steve estableció el formato que seguirían.

— Les pedí que vinieran temprano y dispusieran de toda la mañana porque, empezando a las 9.30, tendremos unos cincuenta minutos de presentación —que podremos detener cada vez que lo consideren necesario— donde se expondrán los alcances de la revolución tecnológica que les estamos presentando. Luego tendremos treinta minutos para aclarar dudas generales. Haremos un *break* para caminar un poco o para que ustedes puedan charlar a solas aquí, o para pasear junto al puerto. Retomaremos a las 11.00 con otro video, donde verán globalmente cómo es la parte médica del asunto, los implantes, la evolución posterior programada y los cuidados que deberían tener, aunque a todo eso lo

veríamos nuevamente y más en detalle, si avanzamos con nuestro acuerdo, en la fecha en que debamos realizar la intervención. ¿De acuerdo? —.

Sin esperas, apenas ante el cruce de miradas expectantes de Malu y Octavio, comenzaron.

— Children's Happyness es la puerta de acceso a la felicidad familiar, asegurada y permanente —, dijo la voz en off en perfecto inglés mientras la imagen holística mostraba en el sitio central de la sala, las figuras tridimensionales de los miembros de una familia tipo: padre, madre, un niño de unos trece años y una niña de alrededor de ocho.

La escena mostraba a aquella familia en el momento de la cena, con los padres interesados en conocer las actividades seguidas ese día por cada uno de sus niños. En ese instante, el varón se puso a llorar sin que mediara palabra.

Con la ayuda de la voz en off, María Laura y Octavio entendieron que durante el repaso de esa agenda, en la que los padres parecían llevar la iniciativa, por medio de la tecnología provista por el sistema *Children's Happyness*, ellos habían recibido ya la información de toda la actividad de ese día de los niños, incluso lo que Johny, el mayor, pretendía ocultar. Ese día había tenido un pequeño traspíe porque le habían tomado lección de historia y él no había estudiado.

De fondo, el locutor destacaba que con toda la utilidad que tiene el hecho de que los padres conozcan al detalle todas las actividades de los niños y de su comportamiento, el objetivo del *Children's Happyness* no era ese, sino el de lograr lo que denominaban “comunicación total” de los niños con sus padres para, de ese modo, evitar errores como el cometido por el pequeño Johny.

Igualmente se dejaba constancia de que el “sistema” en poco tiempo más lograría que estas situaciones se evitaran porque Johny entendería la inutilidad de asumir comportamientos basados en la mentira, que no eran aceptables en ese entorno familiar. El sistema se había instalado en esa familia hacía poco menos de tres meses.

El locutor aclaró que la plenitud del sistema se alcanza cuando ya está instalado en un matrimonio y los niños se van incorporando, implantándoles el chip, a medida que van naciendo, dentro de sus primeros diez días de vida.

Malu sintió en ese momento una profunda angustia que la impulsaba a eyectarse de ese lugar. Pero en ese momento, al percibir su estado emocional, Octavio la había tomado de la mano. Sin soltarla, acercó su silla y la abrazó tiernamente, transmitiéndole fuerza y calma, como hacía él cada vez que sus emociones la desbordaban.

La proyección seguía mostrando diversos ejemplos que impactaban por su contenido y por el hecho de poder ver esas figuras y sentir sus voces, como si ellos hubieran sido mágicamente teletransportados desde las oficinas de Puerto Madero hasta las casas de seis diferentes familias americanas, y -convertidos en fantasmas invisibles- pudieran presenciar los avatares de su vida diaria.

— Si nosotros participáramos de este programa, o como se llame esto —, interrumpió María Laura cuando transitaban por la exposición de situaciones de la tercera familia, — seríamos también expuestos en nuestra intimidad, y nuestros hijos mostrados en este tipo de situaciones, en presentaciones sociales, comerciales, o... —. Se había desprendido de su esposo y agitaba sus manos sin poder encontrar las palabras. Su voz denotaba un estado emocional muy fuerte, una intensa perturbación, que preocupó a Octavio. Su mano y su abrazo no habían logrado transmitirle la paz necesaria.

Steve aprovechó el traspíe verbal de María Laura para interrumpirla y con su tono afable de profesor universitario le dijo:

— Entiendo tu preocupación María Laura, pero ¡olvídate! Las situaciones que aquí ves son absolutamente reales, pero las personas, e incluso sus voces son transformadas mediante un software de procesamiento de imágenes tridimensionales, el TRANSIMAGE, que modifica personas y voces para hacerlas irreconocibles. Esto hace que se mantenga una estricta reserva de identidad de las personas que participan de nuestra experiencia —.

— Si puedes transformar las imágenes, ¿por qué no pensar también que todo esto es simplemente un fotomontaje de situaciones actuadas, como en esa película *Mentiras verdaderas* con Dustin Hofmann, que vimos en el cine con Octavio la semana pasada?—, respondió María Laura demostrando que Steve no había logrado tranquilizarla con sus palabras.

— ¡Me ofendes con tus palabras querida María Laura! — replicó Steve levantando levemente su tono de voz. — Octavio —, dijo molesto, girando su cabeza para mirarlo a los ojos, — me gustaría que participaras y le explicaras a tu mujer por qué estamos sentados hoy aquí con ustedes —.

Octavio sentía que la situación se le iba de las manos. Habían programado esa reunión para que Malu quedara tan convencida como él del paso que debían dar y estaba sucediendo todo lo contrario. Incluso Steve empezaba a sentirse ofendido. Definitivamente estaba fallando.

— Amor —, dijo tomando ambas manos de María Laura y mirándola dulcemente a sus ojos. — Buena parte del material que aquí ves ya lo conozco. Hace largo tiempo que Steve viene enviándome información y videos sobre esta experiencia. Inicialmente lo hice por curiosidad profesional y por la admiración que tengo por la capacidad y la honestidad intelectual de Steve. Y hace tres meses que venimos dialogando con él sobre la posibilidad de incorporar a nuestra familia. Debes confiar en Steve, porque confías en mí. Yo soy tu garantía. En todo este proceso tendrás muchísimas dudas, todas razonables —. Acarició sus manos suavemente, antes de volver a tomarlas con energía al tiempo que la miraba con dulzura.

— Hay innumerables cuestiones tecnológicas, incluyendo esta proyección tridimensional que presenciamos hoy —, prosiguió, — que se te antojarán mágicas, o complicadas, o incomprensibles, o directamente increíbles, y es lógico que así sea. Te pido que ante cada duda preguntes sin temor -como lo estás haciendo ahora- pero hay cuestiones que no podrás entender y, en ese caso, te pido que cierres los ojos, tomes mi mano, y te dejes guiar con esa confianza que solo da el amor, ese amor que construimos desde nuestro primer día juntos y me hace asegurarte que nada haría que te pusiera en peligro, o pusiera en riesgo en alguna forma a nuestros hijos. Por el contrario, si estamos hoy aquí es precisamente porque creemos que esta ayuda tecnológica es un pasaporte de seguridad hacia una vida mejor —.

Las palabras de Octavio ahora sí habían logrado llevar calma y sosiego al alma angustiada de María Laura, y se notó de inmediato.

— La verdad, no sé para qué hacemos esto, que no sé si me tranquiliza o me siembra dudas. Creo que debo entregarme a tus convicciones, Octavio, porque yo no tengo elementos ni conocimientos para fundar una decisión por sí o por no. Así que creo que lo razonable es que me apoye en ti, sin dudas. Espero que no te equivoques —.

— Steve —, dijo volviendo su rostro hacia él, ahora recuperando su dulzura habitual, — te pido disculpas si en algún modo te ofendí, pero entenderás que todo esto es muy complicado para mí —.

— No te preocupes —, respondió Steve con su mejor sonrisa, — entiendo que tus dudas y tu ansiedad son legítimas y fundadas. Todas estas familias que ves aquí fueron reclutadas mediante un proceso de selección muy estricto entre gente absolutamente desconocida para nosotros. Solo la insistencia de Octavio me hace estar hoy aquí en Buenos Aires, lo hago con gusto, pero no creas que es muy fácil para mí. Por primera vez pongo en juego mis afectos en esta tarea, que es profesional —. Steve endulzó su voz que habitualmente sonaba fría y profesional.

— Sin embargo, me gustaría avanzar porque ahora vas a ver y escuchar a expertos que fundamentan por qué nuestro producto es apropiado y eficiente para mejorar la vida y los afectos de los niños, y como eres experta en la cuestión, me interesa mucho tu opinión —. Steve accionó el control remoto dando continuidad a la función.

— La relación existente entre los procesos de interacción familiar y el desarrollo psicológico es un tema relevante de investigación en el ámbito de la psicología evolutiva —, sostenía el profesor Dr. Martin Bolton, Catedrático del *Center for Family Research de la Universidad de Cambridge*. — De manera que se puede afirmar que el contexto familiar es especialmente influyente en el proceso del desarrollo psicológico humano ya que, por un lado, existe una asociación entre la calidad del contexto familiar y el nivel de desarrollo cognitivo, porque la calidad del andamiaje que los padres y las madres establecen en las interacciones con sus niños está directamente relacionado con el rendimiento infantil en diversos ámbitos del desarrollo cognitivo; y, por el otro, está demostrada la relevancia de la familia como contexto de desarrollo socio-emocional, a través de variables tales como la calidad del afecto intrafamiliar, las restricciones o límites, el autoritarismo y la violencia, la mayor o menor capacidad de diálogo, los estilos educativos, las relaciones fraternas, el desarrollo moral, la exposición a conflictos, etc —.

— Bien asesorados —, pensó Malu, ya más relajada, recordando su trabajo de tesis en la universidad, que había titulado “*Niños felices en familias felices*” y que la había llevado a estudiar toda la tarea de Bolton y Martin en Cambridge y a bucear en todos los trabajos del *National Institute of Child Health and Human Development*.

— Al aumentar el grado de evolución de las especies, también aumenta el potencial de aprendizaje de los individuos, y con él la complejidad de las funciones que la familia (padres y hermanos) cumple. A las clásicas responsabilidades paternas de cuidado y alimentación, se une ahora la necesidad de servir como modelos y agentes, de cara al aprendizaje de diferentes habilidades. Así, las especies menos evolucionadas requieren menos cuidados y durante menos tiempo, debido a que las habilidades que necesitan para sobrevivir están fuertemente determinadas por su código genético. Por el contrario, los animales más evolucionados tienen que aprender estas habilidades, y estos aprendizajes se realizan en su mayoría en el seno de la familia. Como ejemplo, pensemos en cómo algunas madres enseñan a sus cachorros a buscar alimento, o cómo aprenden muchas crías habilidades de caza y defensa a través del juego con sus hermanos —.

En realidad, Bolton era bastante más joven de lo que Malu había imaginado. El azul profundo de sus ojos contrastaba notoriamente con la blancura de su piel y el rojo amarronado de su barba candado.

— La tendencia anterior alcanza su punto más alto en el caso de la especie humana, y esto implica que la familia tiene una importancia vital de cara al desarrollo y el aprendizaje. Las crías humanas vienen al mundo desvalidas, y en un estado de indefensión y dependencia externa que es más pronunciado que en el resto de las especies y que, además, dura mucho más tiempo. *En nuestra especie, los comportamientos y habilidades asegurados por una determinación genética son menores, y es en la que más potencial de aprendizaje*

existe: tenemos que aprenderlo prácticamente todo.

Bolton ingresaba a la médula de su exposición:

— En resumen, el papel de la familia en el desarrollo humano es especialmente importante, y podemos establecer que, en síntesis, esta importancia y trascendencia se debe básicamente a tres razones:

a) A un nivel básico o elemental, la familia asegura la supervivencia de los hijos y las hijas al encargarse de su alimentación, protección y cuidado.

b) Durante muchos años es el único contexto de aprendizaje y desarrollo e incluso cuando los niños acceden a otros contextos -como por ejemplo el escolar- la familia continúa funcionando como uno de los entornos más importantes.

c) Determina o bien condiciona la influencia de otros contextos en el desarrollo infantil: los padres deciden si un niño asiste o no al kinder, eligen un determinado colegio, fomentan o no sus relaciones con iguales o diferentes, etc.—.

Bolton concluyó su breve disertación -muy fundada técnicamente y al mismo tiempo muy didácticamente expuesta, según el pensamiento de María Laura - con una advertencia clara:

— No obstante, las reflexiones anteriores no deben hacernos caer en el error de considerar que los padres tienen una capacidad de influencia ilimitada sobre el desarrollo infantil. Más que tallar las características psicológicas de los hijos lo que los padres hacen, o pueden hacer, es moldear estas características; y esta limitación en el poder y el alcance de su influencia se debe básicamente a dos razones. Por un lado, los niños y las niñas al crecer van desarrollándose también en otros contextos -como el escolar o el de las relaciones que establecen con sus iguales- contextos que tienen también una enorme importancia en su desarrollo. Y, por el otro, llega un momento en el que la personalidad propia del niño emerge con fuerza, e intenta romper los moldes previos —.

La presentación incluía breves exposiciones de otros expertos desconocidos para María Laura. Pensó que estos últimos se parecían más a un pseudo profesional que aparecía en todos los canales de cable, elogiando las características de un milagroso elixir destinado a eliminar la celulitis de la faz de la tierra.

— Si fuera eso tan cierto, tomando en cuenta la cantidad de horas de propaganda televisiva y la voracidad de las mujeres por estos productos que evitan horas tediosas de gimnasio, y dietas súper estrictas, ya hubieran terminado con el grotesco espectáculo de tantos culos poceados y panzas flácidas que vemos a diario en las piletas de Buenos Aires —, pensó Malu, que era sumamente intolerante con las imperfecciones del cuerpo. — Pero solamente con aquellas que son evitables como la gordura —, se justificaba ella.

La enorme belleza de María Laura venía acompañada de una profunda intolerancia por todo aquello que, en su exquisito gusto, resultara antiestético. Ese era un sentido que la acompañaba desde muy pequeña y que había sido fuertemente cultivado por su madre.

Estos expertos eran, además, mucho más explícitos acerca de las bondades del *Children's Happyness* y por eso a María Laura le habían parecido más concentrados en destacar las ventajas del “producto” que en describir los problemas centrales de las relaciones humanas y su eventual solución.

— ¿Cómo pueden extraer conclusiones tan rotundas acerca de cuál será el comportamiento humano, con tanta seguridad? —, se preguntaba.

Sin embargo, la disertación del profesor Dr. Joseph Vitali, del Centro de Desarrollo Infantil

de la Universidad de Texas, el último –según había anticipado Steve, la sacó de su actitud distante y de reserva:

— La familia constituye, para niños y niñas, un entorno de importancia vital, pero no absoluta, tanto en el desarrollo psicológico como en el afectivo. Sus funciones incluyen atender y cubrir necesidades de muy diverso tipo. Así, a grandes rasgos, la familia debe:

— Primero, asegurar la supervivencia física y el crecimiento saludable de los seres más indefensos del grupo humano que la constituye: los niños y los jóvenes.

— Segundo, propiciar el acceso, en un entorno protegido, a las experiencias y al establecimiento de relaciones en el seno de las cuales niños y niñas puedan desarrollar las habilidades y competencias necesarias para relacionarse con aptitud, tanto en el propio ámbito familiar como –progresivamente- en entornos externos a la familia —.

El profesor Vitali se detuvo por un instante, revisó un papel que llevaba en su mano, y prosiguió:

— Estas habilidades y competencias se refieren a los ámbitos:

— cognitivo: la apropiación de habilidades de pensamiento, de lenguaje y de comunicación;

— conductual: el conocimiento, la comprensión y una deseable interiorización de las normas básicas que regulan la convivencia y el desenvolvimiento adaptativo en sociedad; y

— afectivo: el establecimiento de vínculos estables.

— Hasta hace pocas décadas, y como consecuencia directa de las visiones clásicas del desarrollo, la familia interesó sólo como contexto de desarrollo infantil y adolescente. Ahora, la psicología comienza a asumir que el desarrollo psicológico abarca toda la vida, y que también en la adultez y en la vejez se dan procesos de cambio psicológico. Desde esta óptica comenzaron a aparecer investigaciones interesadas en explorar la familia como contexto de desarrollo adulto, en toda su complejidad. En esos estudios, su objeto último ya no es necesariamente sólo el niño o la niña, sino también la influencia de la paternidad/maternidad en la identidad adulta, su funcionamiento en las redes sociales extra familiares, los roles que se juegan dentro del grupo y el impacto de esa interrelación en cada individuo, el funcionamiento del padre y de la madre en sus relaciones de pareja y su impacto en los niños; etc.

La imagen de Vitali giró bruscamente, caminó un par de pasos y su figura etérea se plantó frente al sillón que ocupaba María Laura. Parecía que había clavado sus ojos negros en el pequeño mar azul de los de Malu, y continuó, — Por un lado, hasta hace pocas décadas la relación madre-hijo era concebida como primaria, esencial y exclusiva, de forma que las investigaciones, normalmente, sólo tomaban en consideración la figura de la madre y su influencia en el desarrollo infantil. Se estudiaba el apego que el bebé establecía con ella, sus prácticas educativas, las interacciones madre-hijo, etc —.

— En la actualidad podemos afirmar que la relación materno-filial, al menos en parte, ha “caído del trono”: evidentemente la figura de la madre es primaria y muy importante para la vida del niño, ya que normalmente son las mujeres quienes desempeñan el papel de cuidadoras principales, pero otra cosa es considerar que es el agente exclusivo de desarrollo infantil dentro de la familia —.

Vitali volvió su cabeza en dirección al sitio de Octavio mientras sostenía:

— Los datos de las tres últimas décadas, han arrojado bastante luz acerca del importante papel que el padre puede y debe desempeñar en el desarrollo de sus hijos e hijas, y hoy también contamos con bastante información acerca de la influencia que tienen, para cada

individuo, las relaciones entre los hermanos, y los roles que cada uno de ellos asume dentro del grupo —.

María Laura pensó que era posible que la estuvieran engañando y los estuvieran espiando con alguna cámara, porque era impactante la forma en que cada uno de esos sujetos parecía adueñarse de la sala y de la reunión, caminaban por el centro de esa oficina y parecían estar hablando personalmente con ellos.

Cuando la imagen de Vitali volvió a concentrarse en ella, se aproximó tanto que ella tuvo la intención de extender su mano para tocarla, pero fue solo un instante. Su racionalidad y el temor al ridículo, con su mano extendida atravesando la nada, la hicieron reprimir ese deseo.

Ella no imaginaba cuántos recaudos había tenido que tomar Steve en la producción previa del material. Cómo había hecho disponer los asientos de modo que sus “actores virtuales” pudieran confundirse en ese escenario real para presentar su actuación. Él había calculado exactamente dónde debía sentarse María Laura y dónde Octavio, para asegurarse de que todo saliera a la perfección... y lo había logrado.

Vitali se acercó otro paso hasta casi rozarla.

— La investigación contemporánea ha empezado además a tomar en consideración al niño o niña. Hasta hace poco tiempo, el niño era visto como una “página en blanco” en la que los padres podían “escribir” prácticamente a su antojo, de modo que los expertos consideraban sólo las influencias que el adulto —básicamente la madre— ejercía sobre el niño —.

— De esta forma, la relación se planteaba de forma unidireccional. Se analizaba cómo determinados comportamientos maternos se asociaban al establecimiento de una relación más fuerte o más débil con su hijo, cómo la conducta de la madre era imitada por el niño, cómo determinadas prácticas educativas fomentaban o no el desarrollo infantil, etc. Hoy asumimos, en cambio, que los niños juegan un papel activo en las relaciones que entablan y en su propio desarrollo, ya que poseen determinadas características: sexo, edad, temperamento, nivel de desarrollo, habilidades, actitudes, que condicionan la interacción que establecen con sus cuidadores. Por eso, esa interacción es ahora concebida como bidireccional —. Vitali ahora se había retirado unos pasos y su mirada los abarcaba a ambos.

— También se analiza el alcance de las influencias a las que se considera que el niño o niña es sensible. Tradicionalmente, sólo se consideraban como más o menos relevantes las influencias que el infante recibía directamente, estando físicamente presente. Hoy sabemos que el desarrollo psicológico, además de ser un hecho complejo, responde a un conjunto de influencias que también son complejas. En la actualidad contamos con muchos datos acerca de cómo determinados procesos pueden influir en el desarrollo infantil, procesos que no incluyen necesariamente al niño o niña y ante los cuales incluso no está directamente presente: las relaciones entre los padres o las condiciones laborales de éstos son dos buenos ejemplos —.

La imagen de Vitali se había adueñado definitivamente de la situación, su voz suave y melodiosa transmitía sabiduría y calidez.

— En definitiva, hoy entendemos que el funcionamiento de la familia como contexto de desarrollo no se limita al conjunto de influencias que la madre ejerce unilateralmente en el niño o la niña. Por el contrario, en la actualidad se asume que, de cara a una auténtica comprensión de la complejidad de los procesos que se dan en la familia, es preciso adoptar

una perspectiva sensible al amplio marco de esa complejidad—.

— La familia no funciona como una suma de elementos aislados. Por el contrario, la familia es un sistema. Es decir, está constituida por un conjunto de unidades o elementos que funciona de forma organizada como una totalidad, en base a una serie de reglas o principios. El sistema familiar como totalidad tiene características peculiares que no se derivan de la suma de sus partes. Los elementos que componen el sistema están interrelacionados entre sí y funcionan de forma mutuamente influyente, de modo que el cambio en una parte del sistema afecta, o puede afectar, al resto de los elementos que lo forman —.

— *¡Apareció la teoría general de sistemas, esto es lo mío!*, exclamó Octavio. Pero Malu se molestó porque no le permitía escuchar la voz de Vitali.

— ¡Shhh! — le dijo, poniendo su dedo índice sobre sus labios. El profesor no se detenía: — Por otra parte, los sistemas abiertos como la familia no permanecen aislados del medio externo, sino que se caracterizan por mantener un intercambio de información o de energía con el exterior, de forma que son sensibles a los cambios que tengan lugar en éste —.

— A su vez, los sistemas están auto-organizados de cara a la búsqueda y al mantenimiento de su propio equilibrio, por lo tanto, tienen la capacidad de modificarse cuando se producen cambios en el medio que los rodea, con el objetivo de adaptarse a esos cambios. Esta propiedad auto-organizativa, que en definitiva hace referencia a la capacidad que tiene un sistema para aprender a cambiar su organización interna, manteniéndose como un todo coherente y estable dentro de un medio cambiante, determina en buena medida la capacidad de supervivencia del sistema. La creación, el desarrollo y la frecuente muerte de un sistema familiar sigue estas reglas —.

Vitali hizo una breve pausa, tomó aire profundamente y con voz grave dejó entrever que llegaba a la médula de su exposición:

— Este es el problema, del que recién ahora caemos en cuenta. El “sistema familia” tal como lo conocíamos ha perdido información para auto-corregirse. Y no precisamente porque tenga poca información circulando entre sus miembros. Por el contrario, hay excesivo volumen de información, pero hay muy poca que sea relevante y pertinente para el cumplimiento de sus fines —.

— A su vez, otro elemento importante en la familia de hoy se da en la progresiva dilución de los roles. Muchas familias aparecen como una pirámide invertida, donde el rol de la autoridad y de la fijación de límites o mejor dicho, de su ausencia quedan en manos de quienes no tienen ni los atributos ni las capacidades para ejercer ese rol: los niños. En efecto, es llamativo observar cuántos padres, en una especie de trueque a cambio de sus ausencias y falencias, aceptan jugar el rol de niños que se someten al autoritarismo infantil. Este insano cambio de roles termina socavando las reglas básicas de funcionamiento de un sistema, al que le llevó miles de años consolidarse —.

Vitali parecía también conmovido. Malu pensó cuáles serían las experiencias personales que llevarían a este hombre a hablar de manera tan sentida.

— El gran desafío para la sociedad moderna, si se pretende que la familia continúe siendo la célula básica de la sociedad y cumpla con su tarea de formar nuevos hombres y mujeres con valores morales es lograr que el “sistema familia” recupere tanto la circulación de la información relevante, como el cumplimiento de roles que permitan el ejercicio de una “autoridad sana”, necesaria para la armonía del conjunto y para un desarrollo armónico de

sus miembros —.

Octavio estaba íntimamente feliz en ese momento observando el rostro absorto de su esposa. Habían pasado los nubarrones. Finalmente lograría lo que se había propuesto.

Vitali parecía un director de orquesta poseído que se aproximaba al epílogo de su obra musical.

— La recuperación del rol de la autoridad en manos de los padres es un enorme desafío cultural para la humanidad, si se pretende que la familia continúe en su función de “célula básica de la sociedad” —.

El profesor volvió a girar para mirar a Octavio.

— Por otra parte, la posibilidad de una ayuda tecnológica que colabore con los padres y los niños generando corrientes de información sustancial entre los miembros de la familia, cuestión que parece asegurarnos el desarrollo del *Children’s Happyness*, es sencillamente maravillosa. Este pequeño dispositivo —, el profesor sostenía entre los dedos el famoso chip y se los mostraba girando su mano y parte de su cuerpo, — parece estar diciéndonos: “Es la información, estúpido” — concluyó Vitali parafraseando a Clinton.

VIII

Nunca se sabe por qué se puede enojar tanto a otro ...

- 2014 -

— Se necesitó tanta agua para apagar tanto fuego —, dijo Lucía Rebolledo parafraseando a Cornelio Saavedra -el presidente de la Primera Junta de gobierno patrio en Argentina- al anoticiarse de que, finalmente, había logrado que su principal enemigo político, Mariano Moreno, fuera asesinado en alta mar. — ¿Qué tendríamos que decir nosotros ahora que lo conseguimos? ¿Se necesitó tanto vino para los hermanos Medina? ¿Ya viste las ambulancias y los patrulleros en la casa de los Azzarini? ¡Te felicito mi negro! ¡vení cogeme, que estoy excitada! —, le dijo Lucía acurrucándose y abrazando por la espalda a Willy.

A los Rebolledo no les había gustado la llegada de los Azzarini al barrio porque sin que los recién llegados lo supieran, habían adquirido y modificado la casa que habían construido los Petracchi al lado de los Rebolledo. La casa tenía solo dos años de antigüedad.

Los Petracchi no habían podido disfrutarla demasiado. Habían trabado una buena vecindad. Eran gente muy mayor y tranquila. Solamente se escuchaba algún bullicio infantil los fines de semana cuando recibían a sus dos nietos, pero como ya eran adolescentes se la pasaban jugando al tenis o al fútbol lejos de la casa, en el área deportiva del barrio.

Además, hasta que María Laura y Octavio aparecieron en Siete Lagos, la casa de los Rebolledo estaba considerada como la más grande y bonita de esa urbanización. Sus setecientos ochenta y cuatro metros cuadrados estaban armoniosamente distribuidos en dos plantas sobre un lote de mil ochocientos treinta y dos metros, de este modo se lograba la proporción armónica que Lucía Rebolledo creía imprescindible: que la superficie ocupada por la edificación no superara el veinticinco por ciento del total.

El estilo francés de la residencia le daba una particular presencia en Siete Lagos. Willy - como llamaban a Guillermo Rebolledo- ocupaba desde hacía varios años la presidencia del Consejo de Administración de Siete Lagos y había utilizado todos sus encantos, que no eran pocos, y su poder -que era abundante- en la tarea que Lucía le había impuesto la noche en que inauguraron su mansión con una hermosa fiesta para ochenta invitados:

— El día que haya una casa más linda en Siete Lagos me vas a tener que construir otra mejor en otro lado, porque aquí, ¡no me quedo! —, le había dicho. Y él sabía que Lucía hablaba muy en serio.

La casa había recibido ya cuatro premios por diseño, estilo y calidad de construcción. La planta baja tenía dos sectores claramente diferenciados: el social y el familiar. Aunque la espaciosa cocina, el comedor diario y el family constituían un conjunto amplio y armonioso, que en su totalidad ocupaba unos cien metros cuadrados, lo realmente impactante era la amplitud de los salones destinados al living y al comedor principal. Dos amplios ambientes, de noventa metros cuadrados cada uno, escoltaban la amplia escalera de mármol, semicircular, que permitía el ascenso hacia la planta alta.

En la planta superior, cuatro dormitorios en suite, de cincuenta metros cuadrados cada

uno, competían por la belleza de sus decoraciones. Lucía los había convertido en un muestrario de estilo y buen gusto, cuidando todos los detalles. Aunque desde el día de la inauguración, no más de diez personas habían tenido la posibilidad de conocerlos.

Fuera de la suite matrimonial de Lucía y Willy, ninguno de los otros dormitorios de la planta alta se ocupaba de acuerdo a su destino original. Uno de los cuatro amplios cuartos del frente de la casa estaba destinado al único hijo de la pareja, pero Guillermito se había ido a vivir al campo, con su tío Sebastián, el hermano menor de Willy, apenas había cumplido sus diecisiete años y terminado la escuela secundaria. Era un muchacho simple y no soportaba la sofisticación de su madre.

Los otros tres cuartos habían estado siempre desocupados.

Para que no lucieran tan vacíos, Lucía los había asignado: uno era el estudio de Willy, aunque él solo se había instalado allí un par de veces a trabajar; otro, estaba destinado a los huéspedes, pero en los diez años de antigüedad de la casa, no había hospedado a uno solo; y el último, originalmente desocupado, con la llegada de los Azzarini, había empezado a tener un uso diario y a convertirse en el más importante para Lucía a medida que crecía su obsesión. Allí se instalaba en su diaria tarea de espionaje de sus “enemigos”, los nuevos vecinos.

Los instrumentos más importantes que tenía ese cuarto eran un cómodo sillón, estratégicamente ubicado en el mejor punto de observación, y un par de binoculares que Willy le había regalado durante uno de sus viajes a París. Con ellos Lucía cumplía las tareas de observación de las actividades de sus vecinos.

Se apostaba allí durante horas a observar la vida de los Azzarini, y aunque tenía una ubicación muy buena, que permitía escudriñar directamente toda el área familiar de la casa vecina, a veces necesitaba apreciar detalles que, sin los binoculares, indudablemente perdería. Una vez, incluso, cuando la pequeña Candela había perdido sus aretes, Lucía los encontró con sus binoculares, en el piso de la galería, al lado de la maceta con ese potus enorme, mientras toda la familia Azzarini iba de un lado al otro sin verlos.

— ¡Idiotas! —, quería gritarles Lucía, — ¡Tan ordenaditos, tan limpitos, tan buenitos y ... tan idiotas! —.

La madre de Lucía, la otrora poderosa empresaria Lucrecia Arizmendi, gastaba sus últimos años de vida recluida en la bohardilla. La señora Lucrecia, como todo el mundo la conocía, había enviudado tempranamente. Su esposo, al morir, la dejó en compañía de su pequeña Lucía -que por entonces tenía catorce años- y de un patrimonio de trescientos millones de dólares, valor estimado por entonces de su empresa de cementos Cementarg S.A.

Lucrecia Arizmendi se había ocupado, en pocos años, de triplicar el valor de la empresa y de construir un imperio económico diversificado, compuesto de campos y pequeñas empresas de servicios de alta rentabilidad. Entre ellas, la más importante era la empresa productora de *software*, que generaba el cincuenta y dos por ciento de las exportaciones argentinas de programas informáticos.

El esplendor empresario de Lucrecia se había ido opacando con su enfermedad y, ya en el año 2010, Willy tuvo que ocuparse de gestionar su inhabilitación por incapacidad. El Parkinson había hecho estragos en su organismo y su alta exposición pública la había llevado a cometer desatinos importantes que la prensa nacional, despiadadamente, se había ocupado de destacar con amplias fotografías.

En sus momentos de lucidez, a la señora Lucrecia esa bohardilla le parecía una “cárcel de lujo”, pero eran tan pocos, y vivía tan medicada, que su fastidio pasaba inadvertido.

— La vieja se ha vuelto buena —, decía Willy cuando hablaba de ella. Recordaba cuántas veces esa insignificante anciana de hoy, le había hecho morder el polvo.

— Querido Willy, ya sabes que conmigo no tienes que hacerte el cocorito. A tu orgullo dóblatelo bien, para metértelo en el culo —, solía decirle cada vez que él osaba contradecir sus opiniones.

A la anciana, ahora, la dopaban de tal manera, que habían desaparecido los rasgos fundamentales de su personalidad, esos que la habían distinguido como una mujer con enorme garra, lúcida, bella y de carácter fuerte y aguerrido, mientras era una persona con sus facultades completas,.

A la “cárcel” de Lucrecia se accedía por un pequeño ascensor que llevaba directamente desde la planta baja, que era utilizado todos los días por las enfermeras que los Rebolledo tenían contratadas para que se ocuparan de su salud, y por la mucama que todas las mañanas se ocupaba de la higiene del cuarto y del aseo de la anciana. También utilizaba ese ascensor, los viernes en la tarde, el doctor Quiroga, que se ocupaba de monitorear su salud. Lucía frecuentemente lo acompañaba en esa visita semanal, aunque también subía los martes en la mañana, de diez a once, en su propia visita programada.

La habitación de Lucrecia era amplia y tenía una vista extraordinaria. La casa se había construido sobre una pequeña lomada, lo que permitía que desde éste, su punto más alto, se viera buena parte de los techos de Siete Lagos y las copas de los enormes árboles que embellecían el lugar.

Lucrecia, contrariamente a lo que le sucedía a su hija, ignoraba a los Azzarini, que eran para ella seres innominados e irrelevantes. Así los había conocido cuando estaba lúcida y así permanecían ahora en su estado de ensoñación permanente. Pero la buhardilla que habitaba era el mejor punto de observación si se quisiera ver cada detalle de la actividad de los vecinos. Se podía observar cada rincón de esa casa.

Varias veces, sobre todo en verano, Lucrecia había visto, desde su atalaya, los cuerpos semidesnudos de Octavio y María Laura entregados al sueño en su lecho matrimonial.

Recién cuando los Azzarini aparecieron en su vida, para arruinarla, Lucía tomó conciencia de las bondades de ese puesto de observación. Por eso, varias veces estuvo tentada de trasladar a su madre al primer piso, pero la incomodidad de tener más cerca a Lucrecia y la posibilidad de dejar en evidencia su tarea de espionaje la hicieron desistir de la idea.

La casa de Lucía y Willy tenía, además, separados de su cuerpo principal, un enorme quincho con asador, una sala de juegos y el área de servicios compuesto por dos habitaciones de servicio con un baño compartido y lavadero. Aunque en el barrio la criticaran por dar más espacio a la parrilla que a sus dos mucamas, Lucía estaba muy orgullosa de “la casita” como ella llamaba a ese conjunto.

La sala de juegos era uno de los lugares más utilizados por ella en las tardes soleadas. Tanto para sus horas de dedicación al tejido, como para las interminables reuniones que habitualmente organizaba con su grupo de amigas del barrio, para mirar películas, escuchar música, o simplemente beber.

Lucía nunca había sido aceptada en el estrecho mundo de la *high society* de Buenos Aires y la bebida se había convertido finalmente en un problema para ella. Contrariamente a lo que había pasado con su madre, doña Lucrecia, que era reconocida como un ícono de la alta sociedad porteña, círculo en el que la anciana había sido hasta hacía poco tiempo, un exponente de cultura y glamour.

Ella había hecho también importantes contribuciones para acreditarse ese rechazo, con

sus veleidades y con su desprecio hacia todo aquello que su madre veneraba. En realidad, muchos de los personajes que poblaban ese submundo de lujos y miserias, no le perdonaban que, siendo hija de madre soltera, hubiera tenido la suerte de ingresar a ese mundo selecto de desmesuras, por el fortuito hecho de que Lucrecia se casara con don Antonio Arizmendi, el dueño de Cementarg.

Solo con dos años de convivencia y el trágico fallecimiento de su flamante padrastro en un accidente aéreo, mientras se dirigía con dos amigos a cazar en la Patagonia, hicieron que madre e hija quedaran con la disponibilidad de una cuantiosa fortuna y con la administración de una de las empresas más poderosas del país.

Lucrecia, a fuerza de carácter, empuje y glamour, había revertido esa situación pero no había podido suavizar los rasgos de rebeldía e impertinencia que caracterizaban a su hija.

Lucía, en cambio, había sufrido mucho, aunque ella no lo admitiera, como jamás aceptaría nada que no fuera conveniente o agradable para ella.

— ¡Que se vayan todos a la mierda! —, había gritado aquel día en que resolvió recluirse definitivamente en su pequeño paraíso de Siete Lagos

Todo su círculo de amistades se había reducido, progresivamente, hasta circunscribirse a sus tres “amigas pobres” de Siete Lagos: la primera era esposa de un militar retirado que había volcado los ahorros de toda su vida para construir esforzadamente la casa más modesta del barrio, con sus “escasos” ciento ochenta metros cuadrados; la segunda, una arquitecta cincuentona, que se había retirado de la profesión para no tener que compartir el poco trabajo que conseguían junto a su esposo; y la tercera, “la turquita”, como la llamaban sus amistades del *Club House*, divorciada y muy divertida, con dos hijos adolescentes. “La turquita” vivía del alquiler de tres departamentos que su padre le había dejado en herencia.

Las “tres mosqueteras” de Lucía giraban alrededor de sus deseos y caprichos y eso era todo lo que ella necesitaba socialmente. Lo hacían tanto por el afecto que sentían por Lucía, como por su generosa disposición a compartir parte de sus riquezas. Eso les permitía, separadas o en conjunto, disponer de la casona de verano en Cariló, la playa más selecta de la costa argentina y algunos otros favores que el poderío económico de los Rebolledo derramaba entre sus amistades.

Willy era un tipo generoso. El dinero del que disponía era todo llovido del cielo.

— ¡Nunca trabajé, en toda mi vida, por eso, ahora llegó el momento de descansar! —, se ufanaba en público acerca de su vida de ocio. Pero aunque muchos no lo supieran, le había costado mucho esfuerzo ganarse a la heredera de la fortuna de Arizmendi y, mayor todavía había sido el esfuerzo que destinó a sostener la precaria unión entre madre e hija, que se detestaban mutuamente.

— ¡Sí que me lo gano, cada día me lo gano! —, se confesaba en la intimidad.

Además, todos reconocían que Willy y sus encantos -aunque no pudiera interpretarse eso estrictamente como un trabajo- se había anotado un gran éxito cuando, en la década de los noventa, en la época en que las empresas argentinas se vendían como caramelos en el mercado mundial, logró la venta de Cementarg, la empresa de los Arizmendi, a la mayor empresa cementera del Brasil, en mil doscientos veinticinco millones de dólares.

Willy inicialmente era refractario al odio y a los permanentes comentarios negativos que su esposa realizaba sobre los Azzarini. Pero un día, queriendo salir marcha atrás de su casa, con su coupé Mercedes Benz, se encontró con que la valla móvil de limitación de velocidad que habitualmente estaba ubicada enfrente a la casa de los Azzarini, había sido desplazada

y colocada justo en medio de su salida de garaje, lo que impedía su paso. ¡Estuvo a punto de chocarla con su adorada coupé, que para él era una joya intocable!

En realidad, si hubiera estado montado en su camioneta 4x4, la que usaba para ir al campo, hubiera atropellado y destrozado la valla y se la hubiera arrojado en pedazos sobre el jardín de sus vecinos. Se bajó furioso y la volvió a colocar enfrente a la casa de los Azzarini, maldiciendo a Octavio a quien suponía responsable del corrimiento de esa valla, que había estado en otro lugar durante diez años.

Así se dio durante un par de semanas la sórdida y silenciosa “batalla de la valla”. Willy la corría al salir de su casa y, al atardecer, cuando regresaba, volvía a encontrarla enfrente a su garaje. Volvía a correrla. Pero cuando quería salir de su casa, nuevamente estaba allí, dificultando su salida.

Al final y tan simplemente como había sucedido al principio del conflicto, la valla quedó donde debía estar, frente a la casa de los Azzarini. Pero ya era demasiado tarde. Willy había ido acumulando bronca, día tras día, hasta volverse un militante fervoroso de la causa de odio y desprecio hacia esos vecinos irrespetuosos, una militancia que hasta entonces había protagonizado, en soledad, su mujer.

Willy, que era reconocido en el barrio como una persona afable y generosa y dedicaba buena parte de su vida a pasear por Siete Lagos y a entablar amistades ocasionales con gente de diverso pelaje. Le gustaba ser un tipo popular.

— Si no la hubiera enganchado a Lucía, yo tendría que haber sido político—, se decía. En sus caminatas por el barrio, había trabado amistad con Ramón y Luis Medina, obreros de la construcción, a quienes conoció un día mientras curioseaba en la obra de los Alzueta, casi en el otro extremo de Siete Lagos.

Con Ramón y Luis había compartido varias veces, en la obra de los Alzueta, el asadito de tira con el que todavía se alimentan buena parte de los obreros de la construcción. A Willy le parecía tan bueno ese asado que, desde entonces, todas las reuniones en casa de los Rebolledo tenían a Ramón y a Luis como asadores oficiales.

De ese modo fortuito, se fue consolidando aquella amistad. Willy recurría a los Medina para cualquier actividad que tuviera que desarrollar en la zona. Pronto, en los mentideros del barrio, se empezó a comentar que Willy actuaba como “protector” de los Medina.

A veces los utilizaba simplemente como chofer y custodio, respectivamente, cuando tenía que hacer movimientos de dinero; otras, les pedía tareas de mantenimiento para su casa, pequeños arreglos de pintura, albañilería o plomería. Los Medina se daban maña para todo, y él siempre encontraba alguna tarea que podía encomendarles a sus amigos. Así que, en poco tiempo, los hermanos Medina dejaron sus trabajos en la construcción para estar permanentemente disponibles para los trabajitos que les encargaba Willy.

Él les había ayudado con materiales para que levantaran dos buenas casitas en el barrio obrero de Los Pozos, que estaba en las afueras de Siete Lagos, y así había favorecido el ascenso social de los Medina en la consideración de sus humildes vecinos.

Incluso se decía que mediante algún tipo de acuerdo económico con el intendente de Escobar - un municipio cercano- había apalancado a Luis, el menor, para que fuera incluido en la lista de concejales del peronismo en las últimas elecciones y, si bien no había sido electo, eso le permitió luego ingresar como empleado jerárquico en el municipio.

Por todo eso, los hermanos Medina idolatraban a Willy.

— Voy a necesitar que con tu hermano me hagan un trabajito especial — le susurró Willy a

Ramón, al oído, mientras ponía en su plato un chorizo y una morcilla, en el asado que los Rebolledo hacían cada mes para agasajar a los matrimonios iniciadores de Siete Lagos. Los “iniciadores” eran siete familias que habían sido los primeros habitantes del barrio y ejercían una suerte de patriciado, que no era muy bien visto por la mayoría de los propietarios. Willy era el mentor del grupo, y su casa, una especie de “sede oficial”.

— *Ya sabes Willy que estamos pa’ lo que gustes mandar* —, le contestó Ramón, con su sonrisa desdentada.

IX

Nunca se sabe cuánto amor puedes generar en alguien con quien te cruzas ...

- 2008 -

Esa noche, el *Club House* de Siete Lagos era el fiel retrato de una fiesta caribeña. Se celebraba el Día Mundial del Agua, y ese era el día elegido por los desarrolladores del barrio para celebrar “el día de Siete Lagos”.

— Tenemos más volumen de agua que todos los barrios de Tigre —, se ufanaba César García, el vendedor de la agencia inmobiliaria que tenía en exclusividad la venta de terrenos y casas en Siete Lagos.

— Por eso hemos instituido el 22 de marzo, Día Mundial del Agua, como el día de esta urbanización modelo, y ¡lo festejamos a lo grande! —.

Y realmente era así. Cada año, al menos doscientas, de las seiscientas cincuenta familias que habitaban Siete Lagos, se reunían al mediodía en los salones del amplio *House*, para comer hamburguesas y choripanes. Se contrataban tres castillos inflables y un grupo de al menos quince animadoras infantiles, que organizaban juegos, por grupos etarios, para los más de quinientos chicos que se juntaban ese mediodía. Era una fiesta para los pequeños y un desahogo para muchos padres a los que la convivencia permanente con sus hijos durante todo un fin de semana se les tornaba insoportables.

Muchos de ellos parecían padres ejemplares porque compartían cinco minutos al día llevándolos hacia el colegio, pero no podían disimular el fastidio que les provocaban las veleidades y caprichos de niños habituados a una cultura de “lo pido: lo tengo”. De allí que el “no” era una palabra inexistente para los niños y para sus padres. La mejor estrategia era tener a mano una nueva expectativa de compra para satisfacer a esos pequeños monstruos. Cuanto más costosa, mejor. Cabía incluso la posibilidad de que el entusiasmo les durara un par de días hasta el próximo arranque compulsivo de ejercicio de su autoritarismo ignorante. No por responsabilidad de ellos, por cierto.

Después del entretenimiento, a la tardecita, todos volvían a sus casas para descansar un poco, acostar a sus hijos y regresar luego, en la noche, para “la fiesta de los adultos”.

Esa noche, Alfonso Pérez Ugarte había resuelto que era la oportunidad para relacionarse con sus nuevos vecinos. Hacía casi un año que se había mudado a Siete Lagos.

Alfonso era español. Había llegado a la Argentina muy joven, en 1995. Su padre, dueño de un grupo empresario en Madrid, lo había enviado para hacerse cargo de las Relaciones Públicas de la empresa nacional de aguas, que acababa de comprar, en el marco de la ola de privatizaciones que, como reguero de pólvora, se extendía por toda América Latina.

Se enamoró de Buenos Aires, y sobre todo de sus mujeres. Con sus veinticinco años y un séquito de adulones que buscaba conformar todos los antojos de “el Niño”, como lo llamaban los ejecutivos de la empresa, con esa mezcla de resentimiento y sometimiento que suele provocar la ostentación de tanto dinero en manos tan jóvenes, Alfonso se había convertido en un habitué de los lugares más exclusivos de la noche porteña.

Sus primeros años fueron una sucesión de éxitos empresarios y noches de pasión. Llevaba muy bien la cuenta.

— He follado con doscientas veintiocho argentinas. Una más buena que la otra —, solía decir. — Ciento cuarenta y cuatro rubias, setenta y cuatro morenas, y diez pelirrojas —.

Una morocha de muy buenas curvas, que ya había sido tapa en la edición argentina de la revista Caras, en tres oportunidades, fue finalmente la que lo cazó.... y lo casó.

Luly Saldívar era esa escultural morena de ojos verdes. Ella tenía muy claro que su vida de sacrificios, de dietas interminables y de noches sin dormir, debía tener un premio. Trabajó para ello y, finalmente, lo logró.

También ella llevaba su cuenta.

— Pese a todo lo que dicen las revistas, fui a la cama solamente con tres tipos —, le había dicho a Alfonso la noche en la que por mediación del manager de una agencia de modelos, se conocieron. — Y no creo que seas el cuarto —, le disparó dejándolo caliente y húmedo cuando lo despidió en la puerta de su departamento.

Pero finalmente, tal como ella lo había previsto... fue su cuarto hombre. A los veintiocho años de él y a los veinte de ella. Fue él también quien luego la dejó embarazada.... tal como ella sabía que debía ocurrir. Así que, un par de meses después, fue también quien la llevó ante el altar para que se juraran amor eterno, en una noche de glamour y fantasía.

Al cabo de un par de años tuvieron otro hijo, y entonces, decidieron mudarse a Siete Lagos.

Las diferencias de criterio habían empezado a surgir en la pareja y lo peor de todo era que también llegaban a la opinión pública por medio de las revistas del espectáculo. Ambos coincidieron entonces en que era necesario poner fin a esa sobre exposición pública, que estaba dañando la imagen ganadora del empresario, y decidieron intentar una vida retirada. Para lograr ese nuevo entorno de paz, con un hogar aislado, eligieron instalarse en Siete Lagos.

Buscaban de esa forma alejarse del ruido de los medios de comunicación. Ambos eran una presa atractiva todavía. De modo que la prensa del espectáculo no dejaba de dedicarles alguna noticia cada vez que frecuentaban esos lugares en los que una multitud de paparazzi se dedica a robar imágenes para llenar las páginas de las revistas de chismes de la farándula.

También buscaban poner cierta distancia de los innumerables pretendientes de Luly, y de las ex novias de Alfonso que, en más de una oportunidad, habían sido fuente de celos y conflictos en la pareja.

Con el alejamiento de las luces del centro pretendían sellar las grietas, cada vez más grandes, que aparecían día a día en su matrimonio de ocasión.

Alfonso no se relacionaba con la gente del barrio.

— Oye niña, que no quiero verte aquí en boca de todo el mundo —, le había advertido a Luly. Él cumplía su parte. Pero eso tampoco parecía resolver la cuestión de fondo.

Posiblemente porque veía que la estrategia de aislamiento no había resultado eficaz para su pretensión de construir una familia feliz, ese día había insistido con Luly para que fueran a la fiesta del *House*.

— Pero tú mismo dijiste que no le diéramos bola a esta gente, y poco a poco me fuiste convirtiendo en una monja de reclusión —, le gritó esa noche ella, luego de haber acostado a los niños. Protestaba mientras se producía y maquillaba, como si esa noche tuviera la

oportunidad de reingresar a los circuitos de la noche porteña, al ruido y al glamour que ella todavía extrañaba.

Finalmente, tal como Alfonso lo había dispuesto, y Luly secretamente lo esperaba, esa noche fueron al House. La “monja de reclusión” estaba realmente impactante. Ingresó al salón llamando la atención de todos los hombres de la reunión, con provocativo contoneo, vistiendo una llamativa minifalda y una blusa abierta que dejaba ver más del cincuenta por ciento de sus pechos retocados. Fingió ignorar las miradas y, rápidamente, se instaló entre el grupo de mujeres que frecuentaba casi en secreto durante los horarios en que Alfonso estaba fuera de casa. Así siguió su secreta estrategia para dejarlo solo.

— Vamos a ver cómo te las arreglas galleguito omnipotente — pensó, con rabia.

Alfonso se dedicó a recorrer la fiesta con su vaso de whisky en la mano.

— Estos tíos tuvieron buen gusto para copiar —, pensó mientras observaba un enorme cuadro con motivos caribeños que dominaba la pared del enorme pasillo que unía los tres salones del *House*.

No podía recordar con precisión, si el diseño de esa edificación se había copiado del *Grand Palladium*, de Punta Cana, o del *The Royal*, de Playa del Carmen, pero estaba seguro que esa construcción era una réplica casi exacta de un sitio en el que él había estado. Y no dudaba que se correspondía con la zona de lobby y restaurantes de alguno de esos dos hoteles del Caribe.

Estaba entretenido, jugueteando con un cenicero, pensando en que en unos minutos debería aceptar su fracaso, recoger a su mujer y emprender el regreso a casa, cuando su instinto de cazador lo hizo descubrir la extraordinaria belleza de quien se aproximaba. Vio la imagen de la bella mujer, que se reflejaba en el enorme espejo que, colocado estratégicamente en el ángulo de ese pasillo, permitía observar el ingreso a la zona de toilettes. Y eso le hizo cambiar sus pensamientos.

— Qué mirada ¡diosa! —, se dijo. Sin saber que el pequeño mar azul de esos ojos, sería el mar en el que sus pensamientos se extraviarían desde esa noche en adelante, para siempre.

Se quedó allí, esperando. Nunca supo si fueron cinco, diez o cincuenta minutos. Ella volvía despreocupada hacia uno de los salones cuando Alfonso se incorporó como un felino que salta sobre su presa y se cruzó en su camino. La tomó con suavidad de un brazo.

— ¡Te amo! — le disparó sin saber ya quién dominaba en ese momento sus actos y sus palabras.

— ¡Estás completamente loco! —, le respondió ella soltándose y apurando su paso para perderse entre la gente. Necesitaba rápidamente encontrar a Octavio y refugiarse en sus brazos.

Alfonso dedicó el resto de la velada a perseguirla. Con su vaso en la mano, y a dos o tres metros de distancia. La mayor parte del tiempo observaba de soslayo, pero a veces lo hacía sin disimulo, directa y fijamente, clavando su mirada en el mar azul de María Laura Azzarini.

Ella se aferraba cada vez más fuerte del brazo de Octavio. Y ya no se separó más de él. Sentía esa mirada penetrante y lasciva que la perseguía. Quería irse de allí lo antes posible, pero Octavio esa noche parecía no percibir su angustia. Estaba demasiado entusiasmado en contar el excelente desempeño escolar de sus hijos, en medio de un grupo de parejas, que lo tenían como centro.

El grupo compartía con entusiasmo información sobre las actividades de sus niños en el *Global Highest College*, una de las más prestigiosas educativas bilingües de Buenos Aires, que había abierto su delegación norte en el campus educativo del complejo *North Paradise*, a escasos cinco kilómetros de la entrada a Siete Lagos. Allí estudiaban el noventa por ciento de los niños de Siete Lagos.

El tema educativo era una de las mayores preocupaciones de los padres mudados en los años recientes al complejo de nuevos desarrollos inmobiliarios, que había explotado en la zona norte de Buenos Aires. La inexistencia de infraestructura que caracterizaba a toda una zona, que hasta entonces había estado poblada con barrios de humildes trabajadores fabriles, en los que espaciadamente surgían bolsones de casas de clase media, con familias integradas por empleados administrativos y comerciantes de la región norte del conurbano bonaerense. Toda la zona contaba, entonces, con escasa infraestructura educativa y sanitaria para atender a esa categoría de habitantes.

Antes de esa profusión de barrios cerrados, privados y countries, había también zonas pobladas de “quintas” como se denominaba a las casas, generalmente modestas, rodeadas de grandes extensiones de parques con hortalizas y árboles frutales, en las que originalmente vivían inmigrantes españoles o italianos que cultivaban la tierra y que, en los últimos cuarenta años, se habían ido transformando en casas de fin de semana para miles de profesionales y comerciantes porteños que huían del fin de semana de ruido y cemento de la gran ciudad.

Solo un par de líneas de trenes y el colectivo 60, habían sido durante décadas los únicos vasos comunicantes entre toda esa vasta geografía suburbana, con el centro de la capital argentina.

Toda esa ausencia de infraestructura urbana de alto nivel era lo que habían aprovechado los desarrolladores inmobiliarios para comprar tierras baratas, generalmente bajas e inundables, para luego darles alguna infraestructura local, parquizarlas y ponerlas en venta para la construcción de modernos villorios medioevales donde la gente pudiera ganar en seguridad y en calidad de vida.

En el ámbito educativo, esa ausencia de infraestructura se traducía principalmente en un vacío de competencia de gran nivel. El número de establecimientos radicados en la zona era escaso y las escuelas públicas y parroquiales que había originalmente en el lugar no constituían una alternativa para la educación de esos niños.

Todo ese conflicto con las nuevas urbanizaciones se traducía ahora, que habían explotado comercialmente, en viajes a Capital para resolver pequeños problemas de salud, a una competencia despiadada por conseguir una vacante en los escasos colegios bilingües y también en impresionantes embotellamientos que transformaban un viaje de treinta o cuarenta minutos en calvarios de dos horas, para todos los que en las mañanas necesitaban llegar con sus autos a la Capital Federal.

De todo eso habían estado hablando Octavio y sus vecinos esa noche, mientras muchos de sus amigos y amigas bailaban animadamente en el salón contiguo. Luego, la conversación se concentró en la situación del colegio al que iban la mayoría de los chicos de Siete Lagos.

Había bronca entre los padres porque el *Global Highest College* había aumentado el valor de su cuota mensual en un cuarenta por ciento ese año. Los esfuerzos que el gobierno hacía por contener la escalada de precios en el país estaban centrados solamente en aplanar los costos de una canasta de alimentos básicos y en contener las tarifas correspondientes a los servicios de uso masivo. Poco le importaba al gobierno lo que pasara con los costos de los que tenían mayor poder adquisitivo, por más que a muchos

vecinos de Siete Lagos, esa actitud del gobierno, les pusiera los pelos de punta.

En aquel colegio, una familia con tres niños debía pagar hasta el mes anterior, unos mil ochocientos dólares de cuota mensual. Y a partir del aumento anunciado recientemente por el colegio, ese monto pasaría a ser de casi dos mil quinientos dólares. — ¡Una barbaridad! —, sostenían.

— Imagínate —, dijo esa noche una vecina a la que María Laura no miraba con buenos ojos, porque era chismosa y mala persona, — que por cada chico estoy pagándole al colegio, casi el doble de lo que le pago a cada una de mis empleadas domésticas. ¡No hay derecho! —. Por su cabeza no pasaba la idea de que, para reparar esa injusticia, cabía otra posibilidad, que era la de aumentarles el sueldo a sus empleadas y mejorar también su situación ante el aumento general de precios. Pero esa lógica no entraba en la mentalidad aquella mujer ni en la de muchas de sus amigas.

Ni Malu ni Octavio coincidían con esa mirada mezquina. No estaban de acuerdo con el desmedido aumento del colegio, pero tampoco tenían la mirada económica que caracterizaba a sus vecinos. De hecho, a la muchacha peruana que trabajaba en su casa, los Azzarini le pagaban seiscientos cincuenta dólares, un poco más de lo que les salía hasta ahora la cuota de cada uno de sus hijos.

La semana anterior, muy molesto con el modo en que el colegio comunicó intempestivamente el aumento, Octavio había empezado a buscar alternativas para sacar a sus hijos del *Global*, pero tras una recorrida por los tres establecimientos escolares de nivel parecido que había en la zona, concluyó que ellos también habían aumentado sus cuotas —por los aumentos salariales a los docentes, decían—, de modo que, comparativamente, el *Global* no estaba tan caro.

Por otra parte, María Laura se había mostrado muy molesta con la sola idea de cambiar de colegio a sus hijos, así que él debería tener una justificación muy fuerte para torcer esa voluntad. Ella sabía perfectamente el costo psicológico que acarrearía para los niños separarlos de sus amistades y de sus círculos de pertenencia. Así que ambos se habían convencido que los dueños del colegio no se habían equivocado: la inmensa mayoría de las familias de la comunidad educativa del *Global* iba a putear... pero seguiría en el Colegio.

Los Azzarini habían debatido mucho sobre el modelo de Colegio que querían para sus hijos. Lamentaban que no hubiera en la zona una oferta variada y múltiple como la que ellos habían tenido cuando estudiaban en la Capital, así que tuvieron que escoger entre un número muy pequeño de opciones. El *Global Highest College* seguía siendo la mejor opción para ellos.

El natural interés de Octavio y sus contertulios por un tema tan cercano a sus intereses y a sus bolsillos prolongó el acalorado intercambio de opiniones y, como consecuencia, provocó que María Laura tuviera que soportar durante un par de horas las miradas y los gestos de Alfonso.

Cuando al fin pudo despegar a Octavio del grupo, emprendieron el regreso caminando con un fondo de árboles y un techo de estrellas. Ella lo abrazó con una mano, mientras con la otra en una extraña contorsión, acariciaba su cabeza. Sabía cuánto disfrutaba Octavio de esas caricias.

— Esta noche estuviste ausente, mi protector —, le susurró reteniéndolo y cruzándose delante. Luego, le ofreció su boca y se estremecieron juntos fundiéndose en un beso profundo. — Nunca me dejes tan sola, porque hay lobos sueltos que pretenden a tu caperucita —.

— Se a qué te refieres mi caperucita. Percibí tu angustia y observé a tu lobo. Ya lo había visto un par de veces en las asambleas de consorcio del barrio. Es un gallego pelotudo e impotente — le respondió él con rabia. — Cuando lo encuentre por el barrio lo parto al medio. Hoy no quise provocar un escándalo entre nuestros amigos —.

— Pensé que no te habías dado cuenta. Yo tampoco hubiera querido que hicieras un escándalo. Solo que tuve un poco de miedo porque a ese hombre parecía no importarle nada, ni siquiera su mujer, que andaba por ahí mostrando sus tetas. ¿La ubicas? Es una morocha hermosa que fue modelo. Pero ese hombre estaba loco, nunca me había pasado que me miraran públicamente de esa forma, descarada y provocadora— le dijo ella sin dejar de acariciarle la cabeza.

Él la abrazó fuertemente, hasta casi dejarla sin respiración. Con su boca pegada a la piel de Malu le susurró:

— Siempre te protejo. No temas. Ningún lobo te comerá jamás—. Un extraño escalofrío le corría por su espalda. No se permitiría mostrar su inseguridad, pero lo inundaban los temores por esa situación nueva en su pareja.

Siguieron caminando y ella recuperó su paz. De nuevo estaba convencida de que ningún lobo podría acercarse. Y si lo hiciera no tendría forma de superar esa barrera de amor que los envolvía y protegía de acechanzas externas.

-----0-----

Octavio detuvo su camioneta bruscamente. Había estado varias semanas aguardando que se le presentara esta oportunidad.

Eran las 19.30, y las sombras de la noche empezaban a derramarse sobre la copa de los árboles de Siete Lagos, pero estaba seguro de que no se equivocaba. La figura del hombre que caminaba como si fuese un muñeco a pilas, agitando rítmicamente sus brazos, enfundado en un jogging bordó era inconfundible. Era el gallego libidinoso que se había querido levantar a su mujer un par de semanas atrás en la fiesta del *Club House*.

Como había detenido su Honda CRV unos cuarenta metros adelante, tuvo tiempo de descender antes que Alfonso llegara hasta él, disminuyendo su marcha forzada, con una sonrisa en su rostro. No lo había reconocido a Octavio pero, como era norma en Siete Lagos, se saludaba con amplia sonrisa en la cara, aunque no se supiera a quién.

— Hola — dijo Octavio secamente. — Hace días que quiero hablar con usted. Ha estado persiguiendo y acosando a mi esposa y es algo que ¡no estoy dispuesto a tolerar! — dijo Octavio levantando su voz y crispando sus puños.

Recién en ese momento Alfonso lo reconoció y tomó conciencia de la situación. — ¡No sé quién coño eres, ni quién es tu mujer! — mintió automáticamente, como hacía a diario por necesidad, en el minué de mentiras de su exitosa vida empresarial. Intentó reiniciar su marcha aeróbica, pero Octavio lo tomó violentamente de un brazo y lo retuvo por un momento.

— Yo no tengo todos tus millones pero si nos vuelves a molestar, tendrás que caminar con guardaespaldas hasta para irte a la cama — le dijo poniendo su cara a cinco centímetros de la de Alfonso, con furia incontenible y mirada de fuego, mientras le soltaba el brazo.

— No me amenaces ni te interpongas en mi camino porque yo sí puedo haceros daño... y ¡mucho! — le dijo Alfonso, fingiendo estar en calma mientras sentía un nudo en el estómago. Tenía miedo, pero no debía demostrarlo, así que mantuvo por unos segundos la pequeña distancia que los separaba, como si estuviera dispuesto a pelear. Después dio

media vuelta y reinició su marcha.

Octavio subió a su camioneta y se sentó al volante, temblando. Sentía que estallaba de ira. No entendía cómo ni por qué ese tipo había aparecido en sus vidas, sin motivo alguno, con sus millones y su poder, pretendiendo usurparle a su amada. Estaba seguro de que Malu no había hecho nada para generar esa locura.

Su seguridad en María Laura y en su amor igualmente no alcanzaba. Sabía que le resultaría casi imposible mantener inmune a una familia sana como la suya, ante el asedio de un loco obsesionado por conquistar a su mujer. Además, sabía que ese hombre disponía de todos los recursos del mundo para hacer realidad su locura, o por lo menos, para hacerles la vida imposible. Se supo impotente ante la envergadura del problema que vivía y eso le dio más rabia todavía. Hundió su cabeza en el volante de la camioneta.

Alfonso se había alejado más de cien metros. Octavio levantó su cabeza con los ojos inyectados en sangre, puso primera y aceleró. En esa breve distancia llegó a los ochenta kilómetros de velocidad, quebrando ampliamente el límite de velocidad de treinta kilómetros por hora que vecinos y visitantes de Siete Lagos no debían superar.

Un par de lágrimas rodaron por las mejillas de Octavio, mientras repetía:

— ¡turro hijo de puta! —. La CVR Honda zigzagueaba un poco porque una rueda iba sobre el asfalto y la otra sobre la banquina verde, por la que habitualmente caminaban los escasos transeúntes del barrio, cubierta de césped bahiano. Sus manos parecían dos garras sobre el volante. La figura del muñeco a pilas que rítmica y desmedidamente agitaba sus brazos, aumentaba velozmente como si el parabrisas fuera una inmensa lupa. La camioneta se sacudió por un bache y solo la rigidez tensa de sus brazos impidió que perdiera el control del volante, que resbalaba un poco por la humedad de sus manos transpiradas.

Alfonso sintió el rumor del motor que se agigantaba y la potencia de las luces que lo enfocaban directamente, giró su cabeza, sin detener su marcha. Cuando vio la inmensa flecha de plata que se le venía encima y lo iba a partir al medio, saltó y se tiró a la cuneta que separaba la calle del acceso a un lote baldío.

Octavio había dado un volantazo un par de metros antes y así evitó arrollarlo. El vehículo había retomado el centro de la calle, viboreando para alejarse.

Alfonso se sacudió un poco su jogging. Pero se había ensuciado bastante. No podía precisar si algo le dolía, pero le habían magullado el orgullo. Sintió húmeda la tela de su pantalón a la altura de su cadera derecha. El pantalón se había rasgado en la rodilla de ese mismo lado y un manchón de verdín había quedado tiñendo de verde la tela por su raspón contra el césped.

Levantó la mirada nuevamente mientras seguía sacudiendo su ropa. Las luces de la camioneta de Octavio estaban ya a unos trescientos metros. Miró alrededor para ver si había algún testigo de su humillación, pero no encontró a nadie.

— Pendejo soberbio y aprendiz de asesino, ya te arrepentirás. ¡Tú y tu mujer llorarán lágrimas de sangre! ¡Y ella va a terminar en mi cama! ¡Gilipollas! — gritó con sordina mientras lanzaba un puñetazo al aire. Luego emprendió nuevamente su rítmico y ampuloso andar de muñeco a pilas.

X

Negro, hincha de Tigre y peronista...

- 2014 -

— ¡Qué frío, hermano! —, le susurró Ramón a Luis. Estaban completamente a oscuras en el amplio quincho y no habían encontrado la forma de encender la estufa que había hecho colocar Willy en un extremo de la sala para calefaccionarla, sin hacer ruido. Las empleadas dormían en cuartos contiguos y no debían escucharlos.

Lucía había dispuesto que ese sector no se climatizara con losa radiante como el resto de la casa. Solo ella manejaba esa estufa para entibiar el lugar para sus tardes de juegos y copas. Había admitido que Willy les comprara dos caloventores para que entibiaran sus pequeños cuartos Etelvina y María, las dos domésticas peruanas que prestaban servicios en su casa. Pero eso fue después de que ellas se quejaron y amenazaran con abandonarlos por el frío que habían pasado en esas habitaciones durante las noches del crudo invierno del año anterior.

— Mira lo que tienen aquí —, dijo Luis con sordina mientras abría el bar. — ¡No!, ¡No boludo! —, casi gritó Ramón. — No hagas ruido con las botellas que nos van a escuchar las pibas que están durmiendo aquí al lado. Así arruinarás todo el plan —.

Pero ya era tarde. Luis había quitado la tapa de la botella casi llena de *Chivas 21 years old blended Scotch Whisky*, que simulaba una artística vasija y se la había empinado bebiendo un largo sorbo.

— ¡Ahhj qué fuerte que es esta cosa! Parece que es whisky. Toma, bebe un trago, que si no nos vamos a morir de frío. ¡Yo estoy temblando! —.

Ramón tomó la botella en silencio, limpió el pico con su manga como hacía cada vez que tenía que beber a pico en un acto reflejo y empinó un largo trago. A él no le parecía tan fuerte y realmente su cuerpo lo necesitaba.

Ramón “el Nene” Medina era un buen tipo, humilde y de trabajo. Había tenido que dejar la escuela a los doce años mientras cursaba por segunda vez el quinto grado, porque su padre abandonó el hogar familiar y dejó a su esposa y a sus cinco hijos. Ramón era el mayor y el único que, con un poco de suerte, podría conseguir un trabajo, así que le puso el hombro a la situación.

Con el plan social de la madre y con el trabajo de Ramón como encargado del *delivery* del supermercado chino que se había instalado en un lugar estratégico, a las puertas de Siete Lagos, en el extremo norte del barrio Los Pozos, los Medina habían logrado ir zafando de la miseria más absoluta a la que los había condenado la intempestiva partida de su padre.

Aquel supermercado chino lograba una muy buena síntesis que, junto a la capilla, pintaban mejor los extremos de la vida en ese suburbio. Eran los dos únicos puntos de confluencia entre dos grupos sociales que no se querían, que en muchos casos incluso, se detestaban, pero al mismo tiempo se necesitaban. Unos como dadores de trabajo y dinero y los otros como receptores de las migajas de riqueza que derramaban los primeros, que alcanzaban para mitigar sus existencias necesitadas.

En ambos lugares era frecuente ver a señoras muy arregladas, con atuendos costosísimos, esquivando a señoras andrajosas que compartían su supermercado y su iglesia con esos poderosos “invasores”.

Cuando Ramón cumplió dieciséis años, logró que lo tomaran como ayudante de albañil y se enroló en la multitud de cientos de trabajadores que cada mañana, a las siete y media, hacían fila en la puerta de servicios del country Siete Lagos, para ingresar a trabajar en la construcción de las casas, que habían empezado a elevarse entre los árboles en el mismo lugar donde en su niñez solía cazar pajaritos con su honda y donde se bañaba a escondidas de su madre, en las peligrosas profundidades de las cavas de extracción de arcilla para las fábricas de ladrillos, que luego serían transformadas en bellos lagos.

Junto a su inicio como peón de la construcción, Ramón había logrado que Luis fuera su reemplazante en el negocio de los chinos, pero arreglaron que fuera solamente en el turno de la tarde. Ni él ni su madre estaban dispuestos a que Luisito abandonara el colegio secundario que había empezado un par de años antes.

— El pibe es inteligente y tenemos que darle la oportunidad que yo no tuve —, le decía Ramón a su madre.

Como sostenía su hermano, Luis era inteligente, pero también vago y protestón, así que los chinos no lo aguantaron demasiado tiempo. Pero al menos pudo terminar el colegio

Con Luis, Ramón compartía dos pasiones, su amor por Tigre en el fútbol y su corazón peronista en la política.

Todos los sábados, religiosamente, Ramón y Luis acompañaban al equipo de sus amores en los partidos que disputaba en el Torneo de Ascenso de la Asociación del Fútbol Argentino. Incluso cuando debían viajar a Rosario o Córdoba y, por supuesto, también lo seguían con su aliento en todos los pequeños estadios del conurbano bonaerense, esos que han llenado más las páginas policiales que las deportivas de los diarios, producto de las verdaderas batallas campales que protagonizan semanalmente las hinchadas de fanáticos, que encuentran allí el motivo para descargar su furia contenida.

Ambos se ufanaban de no haberse perdido un solo partido de su equipo. Enfundados en sus desteñidas camisetas azulgranas, cada sábado dedicaban el día a esa devoción, hasta el año 2007, cuando el glorioso Tigre logró el ansiado ascenso a la Primera A.

Ese mismo año, y en su primer torneo jugado en la división superior, en una brillante campaña salió tercero en el principal campeonato del fútbol argentino, detrás de Lanús y Boca Juniors, incluso manteniendo hasta las dos últimas fechas la posibilidad de clasificarse campeón, lo que hubiera constituido una hazaña histórica increíble.

— Desde ahora no jugamos más los sábados —, decía Ramón eufórico ese año, sin entender que, el negocio del fútbol ahora dependía mucho más de las pautas publicitarias de la televisión, que del aporte de los hinchas que concurren a los estadios. Por eso, el campeonato principal del fútbol argentino se jugaba ahora escalonado entre viernes, sábado y domingo. Por eso también le correspondería -como a todos los equipos “chicos”- jugar los viernes o los sábados, excepto que tuvieran que disputar partidos contra Boca, River o algún otro club grande. En ese caso sí, jugaban los domingos, pero eran solo dos o tres fechas en todo el campeonato.

Allí, en las tribunas de los estadios, Ramón y Luis habían aprendido a convivir con la violencia. Al calor de su pasión futbolera y para poder seguir a Tigre, se habían entreverado con los barrabravas del club que manejaban la hinchada y eso implicaba que cuando había trompadas había que pegar y, por supuesto, estar dispuestos a recibir. Pero

todo lo hacían juntos. Espalda contra espalda se entreveraban en cuanto pelea se suscitaba y eran reconocidos por su bravura.

— Siempre al lado mío — le advertía siempre Ramón a Luis en esos entreveros — Porque nada nos va a pasar si estamos juntos —.

Así se acostumbraron a convivir con la sangre y la violencia. Incluso Luis estuvo hospitalizado un par de días, por un pedrazo que recibió en la batalla campal de Mataderos, el día en que Tigre logró el ascenso.

Ese día, el 25 de junio de 2007, Tigre había logrado su ansiado ascenso a la primera división del fútbol argentino, luego de veintisiete años de espera. Los festejos se vieron opacados por la muerte de uno de sus hinchas, vecino de los Medina, debido a un traumatismo de cráneo producido por un botellazo recibido en uno de los tantos enfrentamientos de esa tarde.

Ocurrió cuando estaba por finalizar el encuentro, cuando la parcialidad de Nueva Chicago invadió el campo de juego para evitar los festejos de Tigre y se dirigió a la tribuna de sus adversarios lanzando todo tipo de proyectiles. Los enfrentamientos siguieron fuera del estadio, con persecuciones y pedreas que duraron un par de horas. En esa jornada hubo un total de catorce heridos y setenta y ocho detenidos.

El estadio de Nueva Chicago quedó clausurado y el tráfico por la General Paz se vio afectado por los enfrentamientos, principalmente entre la policía y los hinchas de Nueva Chicago, que como perro encarnizado no querían dejar escapar a su presa. El luto tiñó los festejos azulgranas de esa noche de gloria.

La otra pasión de los hermanos Medina era el peronismo.

Aunque el papá de Ramón y Luis -don Rosendo Medina- los había abandonado, también los había marcado con su historia peronista.

— Lo poco que tengo, me lo han dado Perón y Evita —, les decía siempre. — Ustedes creen que conocen la miseria, pero están equivocados. Miseria era la que había cuando yo era chico en Santiago del Estero. Ahí sí que se comía salteado. Después llegó el General Perón y cambió la historia. Por eso no lo dejaron gobernar. Por eso nos persiguieron siempre a los peronistas. Por eso los negritos descamisados de Evita somos mala palabra para los gorilas que mandan en este país —.

Ni a Ramón ni a Luis le interesaban demasiado las historias de su padre, pero con el tiempo lo fueron entendiendo. La política y el peronismo eran un vehículo importante para buscar un escape a ese destino de miseria con el que la vida los había marcado.

Su padre era un ejemplo. Había abandonado a su madre y a toda la familia porque encontró su propio escape individual de la miseria, por medio de la política. Rosendo se convirtió en el chofer de un dirigente peronista de Escobar, que llegó a ser diputado provincial y entonces Rosendo empezó a viajar permanentemente a La Plata, hasta que un día finalmente se quedó en la capital provincial, para ya no volver. Sin palabras, sin gestos. Simplemente los abandonó.

Un amigo de Ramón le contó, tiempo después, que había encontrado a su padre en La Plata.

— A tu viejo le está yendo bárbaro, Ramón, porque su jefe ahora está como Ministro y tu papá sigue firme ahí como su chofer y culata, me dijo que siempre se acuerda de ustedes y que un día de estos se va a pegar una vuelta por El Pozo — le comentó.

Pero a Ramón ya le importaba poco lo que hiciera o dijera su padre. Solo extrañaba esa

capacidad que tenía para aparecer de vez en cuando con mucha plata y regalos. El dinero duraba muy poco. El viejo era un adicto a las carreras de caballo y, peso que tenía, peso que tiraba en “los burros”.

Ahora se daba cuenta de que la política podía servirles, pero él no tenía la labia de su padre, y eso era fundamental para esa actividad. Él era muy parecido a su madre: callado y sufrido. Luis, en cambio, sí se parecía a su papá, incluso físicamente y tenía buena capacidad de “*chamuyo*”.

Con Willy Rebolledo, ambos hermanos habían encontrado el camino para que la varita mágica de la política también los tocara a ellos. Así, Luis pasó a formar parte del equipo del intendente de Escobar. Era el responsable de los equipos de pintura y pegatina de afiches en la calle.

De ese modo, Luis y Ramón empezaron a mejorar su situación económica y social. Todos en el barrio Los Pozos reconocían a los hermanos Medina como personas influyentes y buscaban estar cerca de ellos o, al menos, no tener problemas con esa familia.

Como precio del ascenso social y económico logrado, estaban esa noche allí, cagándose de frío, para cumplir con su protector. Él les había pedido ese favor y, a cambio, él se haría cargo si tenían cualquier tipo de problemas. A su vez, también recibirían un suculento premio monetario.

— ¿Te gustaría vivir en Paraguay? —, le había preguntado Willy a Ramón. — Si surgiera cualquier tipo de problemas que no pudiéramos resolver, yo te traslado, con toda tu familia a Paraguay y te haces cargo de administrarme los campos que tengo cerca de Asunción. Hace tiempo que ando buscando alguien de confianza que me los maneje, porque hasta ahora esos campos solo me trajeron problemas — le dijo Willy, borrando toda sombra de duda del rostro de Ramón, la noche en que se reunieron para planear el operativo en detalle.

Cuando finalmente llegó el día programado, Willy los recibió y los hizo subir hasta la bohardilla donde vivía la vieja, que dormitaba en su sillón. Les mostró todos los detalles de la casa de los Azzarini, les marcó la puerta que habitualmente dejaban sin llaves por la que había visto ingresar, durante sus noches de insomnio, a Octavio que a veces llegaba con su corbata desajustada a eso de la una de la mañana. También por allí lo veía ingresar siempre a Maxi, el hijo mayor de los Azzarini, cuando volvía con sus patines de sus paseos nocturnos por Siete Lagos.

— Tienen que atravesar toda la cocina y el family, que es el cuarto de al lado, el que tiene los juegos. Tengan cuidado de no tropezarse allí con nada, porque normalmente hay muchos cachivaches —, les advirtió Willy.

— Así llegarán a la escalera principal, a la izquierda, suben por ella y al llegar al primer piso, el cuarto con puerta de doble hoja, es el dormitorio de ellos —. Willy había desplegado el plano de la casa de los Azzarini, que había hurtado de los archivos de la Administración, donde cada vecino debía depositar sus planos de construcción para que fueran aprobados e inspeccionados, de modo que la Comisión de Arquitectura del barrio pudiera verificar el estricto cumplimiento del Reglamento de Construcción.

De esa forma quedó planeada la operación. Ramón y Luis habían acordado incluso que Luis, de físico más pequeño, se ocuparía inicialmente de adormecerlos con el aplicador de monóxido de carbono que Willy había traído especialmente de su último viaje a Alemania. Él iría por el lado izquierdo, donde dormía María Laura. Ramón, en cambio, con sus noventa y siete kilos se ocuparía de Octavio.

— Despiértate boludo, nos quedamos dormido. ¡Vamos, vamos! —, le dijo Luis a Ramón sacándolo del soporífero efecto del alcohol.

XI

Sólo el hombre sabio logra que los vientos y las tormentas del alma le obedezcan ...

- 2008 -

Malu y Octavio disfrutaban de una etapa de absoluta felicidad. Laboralmente él se había consolidado, al punto que ya hacía varios años que los dos dueños de GSO, la empresa en la que trabajaba, lo habían asociado, como consecuencia de una operación comercial con el gobierno de la Provincia de Buenos Aires, por medio de su amigo, el entonces ministro Felipe Astori. A esa transacción él la había diseñado y ejecutado con éxito y había significado en la práctica la duplicación del volumen anual de facturación, y también de las ganancias de la empresa.

La vida de la familia era muy placentera, habían consolidado dentro de Siete Lagos un reducido grupo, junto a otras cuatro parejas, con las que se reunían semanalmente, tanto para salidas grupales al cine y a cenar, como a veces, simplemente, para pasar la tarde con sus niños.

Cuando esas reuniones se hacían en su casa, María Laura terminaba agotada. El bullicio de nueve niños correteando por la casa y por el parque, la ponía algo tensa. Sentía que sus hijos no le respondían completamente como cuando estaban solos. Nunca tuvo demasiado claro si ese cambio obedecía a que ella misma no podía concentrarse lo suficiente para transmitir sus deseos al CHIG de los niños, si los niños entraban en un grado de excitación tal que ni la tecnología podía abstraerlos o si había alguna otra cuestión tecnológica, que ella no llegaba a comprender que producía algún tipo de interferencia. Lo que sí tenía claro era que, esa situación descontrolada, le provocaba un alto nivel de stress que la dejaba agotada.

Otra cuestión perturbadora para esas reuniones en su hogar era la mala relación con los Rebolledo, sus vecinos. Cada vez que una pelota pasaba el cerco de árboles lambertianos que separaba ambas propiedades no regresaba jamás. Las primeras veces los niños iban a pedir su devolución, pero el mal trato que recibían, hacía que volvieran siempre llorando. Así que empezaron a considerar perdida cada pelota que traspasaba el “muro de Berlín”, como llamaba Octavio a esa hilera verde y mullida que separaba su casa de la de Willy.

Cada vez que podía, entonces, Malu eludía la organización de esas reuniones multifamiliares en su casa. Por eso, el encuentro del grupo, de ese último sábado, lo habían organizado en casa de Florencia, su gran amiga quien, siguiendo sus pasos, se había mudado el año anterior a Siete Lagos y se había integrado junto con su esposo –el Dr. Martín Cisneros- y su pequeño bebé, a ese selecto grupo de amigos.

Lo habían pasado muy bien en esa reunión. Florencia y Martín eran muy buenos anfitriones y los niños habían jugado hasta tarde. Se terminaron acostando a la una de la mañana.

Al día siguiente, mientras compartían el desayuno y la lectura del diario, María Laura le leyó a Octavio una noticia que traía la revista semanal acerca del informe anual sobre “Bienestar infantil en los países ricos” que anualmente elabora un equipo de la UNICEF,

que sostiene que “la verdadera medida del progreso de una nación es la calidad con que atiende a sus niños: su salud y protección, su seguridad material, su educación y socialización y el modo en que se sienten queridos, valorados e integrados en las familias y sociedades en las que han nacido”. Ese año, el informe señalaba que el conjunto de indicadores analizado había determinado que los niños holandeses eran los más felices del mundo.

La revista traía también una entrevista con un experto holandés, “Holanda ha sido siempre una sociedad centrada en la infancia”, decía Peter Van de Wetering, profesor de psicología del desarrollo humano en la Universidad de Groningen. “En mi país se pone especial énfasis en los niños más pequeños”.

El profesor no se mostraba nada sorprendido por los resultados del informe. “Por un lado se tienen los indicadores objetivos del informe, como la salud, los ingresos o la educación. Holanda tiene ventajas en estos campos por tratarse de un país muy rico. Por el otro, y quizás lo que es más importante, están los indicadores subjetivos, el propio sentimiento subjetivo de bienestar de los jóvenes”.

Van de Wetering subrayaba en el reportaje, como posibles causas de ese bienestar, la especial relación que los padres holandeses mantienen con sus hijos, y el hecho de que esos niños suelen recibir menos presión en el colegio, a diferencia de otros países. También consideraba como causa posible que más madres se quedan en casa y no trabajan para así cuidar mejor de sus niños.

“La tasa de madres jóvenes que trabajan no es tan alta en comparación con otros países. Hay una fuerte tendencia en el caso de las madres a criar a los niños o a tomarse un largo tiempo libre una vez que se tiene un hijo”, aseguraba el profesor.

Octavio dudaba entre seguir concentrado en su lectura del suplemento deportivo o prestarle una real atención a lo que leía su mujer. Decidió suspender su lectura deportiva por un momento, y haciendo gala de su reconocida capacidad de atender más de una cosa al mismo tiempo acotó:

— Nosotros no somos holandeses pero nuestra familia tiene un nivel adquisitivo comparable al de una familia de clase media de ese país. Y aquí tenemos una nueva comprobación de que nuestra decisión de que te dedicaras de lleno a la crianza de los niños ha sido efectiva y sabia—.

— Sí, pero igualmente en algún momento me gustaría volver a trabajar —, replicó María Laura, que continuó leyendo en voz alta.

“El profesor asegura que la familia holandesa media es muy abierta y comunicativa. Padres e hijos se llevan bien y a nivel familiar puede hablarse casi de cualquier tema. No hay temas tabúes en ese ámbito”.

— Parece que nos describen a nosotros, pero aunque las Naciones Unidas no nos miden a nosotros, seguramente lo hacemos mejor que ellos, porque tenemos además la ayuda tecnológica del CHIG —, volvió a interrumpirla Octavio.

— Estás muy molesto hoy, déjame terminar de leerte el artículo, que me parece muy interesante para tener un buen punto de comparación con lo que siempre nos propusimos como objetivo fundamental de nuestras vidas: la felicidad de nuestros niños—, le ordenó María Laura.

“El lado negativo de la especial atención que se otorga a los niños en Holanda es que éstos pueden llegar a gobernar las relaciones familiares. La familia puede incluso llegar a organizarse en torno a los niños. Y eso puede llegar a producir desequilibrios entre la

felicidad de los padres y la de los hijos. Cuando se producen estos desequilibrios, se pierde el concepto de autoridad y los límites que los niños necesitan para crecer sanos. Si hay algo que un niño no puede ni debe hacer es autolimitarse, y equivocadamente, muchos adultos les otorgan esa capacidad y les asignan esa responsabilidad”.

Malu levantó la vista, dejó de leer y se quedó en actitud contemplativa, ante la silenciosa expectativa que había creado en su esposo.

— ¿Qué tan felices seríamos sin nuestros hijos, amor? —. Preguntó concentrando toda su atención en la reacción de Octavio y escudriñándolo con sus pequeños ojos azules.

Inicialmente, él se quedó descolocado ante la pregunta, pero rápidamente se repuso.

— Malu, nosotros también hemos aprendido a construir nuestra felicidad desde la propia capacidad de nuestros pequeños —, advirtió él.

— El secreto de la felicidad de los niños radica en que su mente siempre está en el presente, disfrutando lo que la vida les depara cada día, en cada momento. Por eso, la vida para ellos, desde que se levantan hasta que se acuestan, es un juego. Los niños no gastan energía en supuestos mentales, en expectativas inexistentes, en temores inventados. No recuerdan tiempos pasados mejores ni cuestiones pendientes, ni resentimientos... —.

Ahora fue María Laura quien lo interrumpió.

— Lo único que falta es que me des clases de psicología infantil —, le dijo sonriendo.

— No, amor, solo soy un buen aprendiz de lo que tú y los niños me han enseñado y en esto también el CHIG tiene gran importancia porque me ha permitido aprender no solamente desde lo conceptual, sino también desde lo sensorial. He aprendido, conociendo y sintiendo, lo que ustedes me han enseñado —, le dijo él rozando su mano con una leve caricia.

— Creo que, sin darnos cuenta, nosotros también hemos asumido esa actitud de vivir intensamente cada momento y eso nos ha agregado calidad de vida —, continuó.

— Pienso que, de alguna manera, hemos adoptado, a través de esa actitud que caracteriza a los niños, algo muy importante para nuestra propia felicidad. James Allen sostenía que el hombre sabio es aquel que logra tener sus pensamientos controlados y purificados y hace que los vientos y las tormentas del alma le obedezcan. Creo que, de alguna manera, nuestros niños, y nuestra prioridad puesta en su felicidad nos han hecho más sabios —.

María Laura lo interrumpió nuevamente.

— Coincido en ese punto pero también es cierto que la dedicación a ellos nos ha quitado espacio y posibilidades para nuestra propia vida, para mi desarrollo profesional e incluso hasta para nuestra vida como pareja. Su presencia permanente, mi pensamiento puesto en ellos siempre, sabiendo a su vez, que ellos pueden descubrir los míos. Muchas veces, incluso, me siento espiada. Sobre todo por Maxi, a quien percibo muy interesado en lo que pienso y siento —.

— Maximiliano siente y piensa a través de tus ojos, amor —, replicó Octavio incorporándose de su silla y dejando el diario sobre la mesa.

— No entiendo cómo puede incomodarte esa evidente y completa sintonía que él tiene contigo. Es algo que envidio y me gustaría tener con alguno de mis hijos. Yo no siento que estés postergada. Parte de tu felicidad y tu alegría se deben también a que estás dedicada a los niños. Malu, te conozco —, le dijo mientras parado detrás de su silla acariciaba los rizos rojizos de su amada.

— Estoy seguro de que profesionalmente vas a tener un desarrollo brillante. Sólo tienes que esperar un tiempo, hasta que Ignacio tenga doce años y pase a la secundaria. Pero también estoy seguro que si no te dedicaras a los niños, hoy serías profundamente infeliz —.

Se agachó, mientras con sus manos la obligaba suavemente a mirar hacia el techo, para poder besarla suavemente en la frente.

— Solo tienes que mirar a tu alrededor. ¿Cuánta gente verdaderamente feliz conoces? ¿Cuántas de tus amigas darían cualquier cosa por estar en tu lugar? ¿Cuántos hombres querrían estar en mi lugar? Dios nos ha regalado la posibilidad de ser felices y dar felicidad a nuestros hijos y debemos vivir esta situación con alegría y sin culpas. También nosotros hemos hecho esfuerzos para lograr lo que tenemos —

— Atorrante —, le dijo ella, incorporándose y abrazándolo con dulzura. — siempre me convences —.

— Amor, no dudes. Lo estamos haciendo bien. Lo estás haciendo excelentemente bien. Sabes que al final lo importante es tener la determinación de hacerse cargo, de no delegar la felicidad de un hijo, de tener siempre la pregunta por su felicidad en el centro de nuestras vidas. También sabemos que este entorno material, esta casa y todos los bienes materiales que nos rodean, la calidad de sus juguetes, tienen muy poco que ver con esa felicidad. Sentirlos contenidos y que cuentan con tiempo y con la dedicación de quien los ama les hace valorarse a sí mismos recibiendo afecto pleno. Eso es lo importante. La disposición de ponerse a su altura, de jugar a las cosas que les gustan, y enseñarles a dar y recibir afecto. Eso es lo realmente importante —.

Pese a la romántica situación y a que empezaban a acariciarse con intensidad, el rostro de María Laura volvió a tornarse apesadumbrado.

— Estoy feliz, soy feliz, y creo que nuestros hijos lo son. Solo me preocupa la creciente interrelación que empiezan a tener con el mundo exterior. Con su crecimiento, empieza a cruji el cristal de la campana en la que los hemos protegido hasta ahora —.

Su rostro se había endurecido:

— Los hemos protegido adentro de esa campana de cristal de esta casa, de este barrio, de sus abuelos, de su colegio pero a medida que crecen -y eso se nota más en Maxi- empiezan a relacionarse con ese mundo exterior al que le temo. ¿Podemos estar seguros de que no chocarán inevitablemente con barreras y obstáculos, que en este mundo ideal no les hacemos conocer? ¿Qué pasará con la cuestión de la autoridad? —.

Se alejó un par de pasos de Octavio como si tratara de evitar que la cercanía y un eventual abrazo de su esposo fueran a sacarla de ese clima de agitación que interiormente sentía.

— Me parece que nuestros hijos creen que todo puede seguir el patrón de “negociación dentro del amor” con el que resolvemos en el seno familiar nuestras diferencias. Incluso el colegio y este nuevo modelo educativo que hay en el país, sin autoridad y sin castigo, sin separación del bien y del mal. Todo funciona de esa manera—.

Se alejó aun más de Octavio como si estuviera dando una clase ante un único alumno.

— Parece que todo puede ser negociado y resuelto en favor de los niños. Solo un conflicto entre ellos pone en riesgo este sistema. Es un sistema que los coloca en un lugar que además de irreal, porque no son los amos de este mundo, tampoco les permite lograr capacidades indispensables para enfrentar ese mundo exterior en el que van a vivir. Es claramente una realidad ficticia. Es un mundo disociado del mundo real en el que se

desempeñarán —.

Sentía que un fuego interior la abrazaba.

— ¿Pero qué pasa fuera, en el mundo exterior? Creo que estamos creando una generación de discapacitados, ya que no tendrán las competencias ni las habilidades para afrontar la irracionalidad de la vida. ¿No es real acaso la inexistencia de afectos reales y sinceros en el mundo del trabajo? ¿No es acaso una norma la imposición de decisiones por vía del poder, sin tener en cuenta el más mínimo viso de racionalidad?—.

Se sentó ahora, abatida por ese universo de interrogantes sin respuesta o, peor aun, con una respuesta que no quisiera escuchar. Contradictoriamente con su aspecto físico de abatimiento, dijo en voz leve a modo de conclusión

— Estoy muy feliz y plena en este hoy que parece dibujado por la sabia mano artística de Dios. Pero le temo al futuro. Me angustia ese futuro de los niños, sin nuestra proximidad ni el apoyo del CHIG. En ese futuro ¿quién los protegerá de tanta irracionalidad, de tanta violencia?; ¿Podrán aprender de ese mundo real para el que no los estamos preparando? —.

Octavio quedó conmovido por la angustia que salía a borbotones de la boca y de cada célula del cuerpo de su amada. Pero sintió que tampoco él tenía respuesta para todos esos interrogantes. Solo que él no se los había planteado, o al menos no había podido sintetizarlos brutal y descarnadamente como lo hacía su esposa.

Pensó que se confirmaba su convicción de que la complementariedad hombre-mujer quedaba también en evidencia en este caso. La mirada de su mujer tenía una enorme profundidad en el análisis de las cuestiones cotidianas, esas que realmente interesan a la familia. Él podía hablar grandilocuentemente, en conferencias, ante auditorios colmados de cualquier índole, que lo aplaudieran y elogiaran, pero nunca alcanzaría a revisar sus propios pensamientos y sentimientos como terminaba de hacerlo María Laura.

De pronto se dio cuenta de que ese análisis que realizaba en ese momento, era en sí mismo un escape de esa situación dilemática, que excedía la capacidad de su mente estructurada. No tenía respuesta, pero sin tenerla, él debía ensayar una. No porque él la necesitara. Él podía seguir viviendo y disfrutando sin tener en cuenta esa angustia existencial de María Laura pero su rol de macho protector de su pequeña manada le asignaba el mandato ancestral de proteger a su hembra en peligro.

— ¡Tanta sofisticación y tecnología y el hombre sigue actuando como los primeros homínidos, o como los animales salvajes! —, pensó.

Se arrodilló frente a Malu y la abrazó, en silencio, por un instante. Sabía que cuando no alcanzaban las palabras, o directamente no existían -como en este caso- ese contacto corporal, era siempre un buen instrumento para lograr aquietar el espíritu angustiado de su esposa.

— El suplemento de deportes es para mí —, gritó en ese momento Maxi reclamando la única sección del diario que leía, mientras bajaba a zancadas las escaleras. Los tres hermanos bajaron bulliciosamente, interrumpiendo el momento de reflexión de sus padres, para reemplazar ese silencio pesado y cargado de interrogantes, con toda su alegría y felicidad.

El rostro de María Laura se iluminó. Se levantó como accionada por un resorte despojándose del abrazo de Octavio como si ahora fuera una carga molesta.

— Tostadas ¿con manteca o mermelada?, ¿Quién quiere galletitas? —, preguntó mientras

se acercaba a la mesada para preparar el desayuno para sus cachorros.

— Todo vuelve a la normalidad. ¡Gracias Señor! —, dijo Octavio para sí.

XII

El gran espectáculo de la muerte... y la pasión...

-2014-

La cantidad de cámaras y micrófonos era realmente abrumadora. Los periodistas habían convertido la habitualmente tranquila entrada de Siete Lagos en una parafernalia de vehículos identificados con los logotipos de las principales cadenas de televisión y las radios de mayor audiencia y poder económico del país. Hacían gala de la mejor tecnología disponible hasta ese momento.

Los canales de noticias transmitían todo el día desde la entrada del barrio que habían habitado y disfrutado los Azzarini, los detalles más escabrosos del “crimen de Siete Lagos”, como lo habían denominado las principales cadenas, así que habían instalado sus camionetas equipadas para transmisión satelital. Pero además, un grupo de treinta vehículos desprolijamente estacionados, generaba un marco caótico en lo que, hasta hacía muy pocas horas, era la disimulada y apacible puerta de acceso a un lugar de ensueño.

Se habían cumplido apenas dos días desde el asesinato de María Laura y Octavio. Pero a partir del despliegue mediático, ya se había convertido en el tema de conversación de los argentinos. Las empresas de comunicación habían ayudado a insembrar esa situación en el cuerpo social de la Argentina, y por lo tanto, no iban a desperdiciar esa oportunidad.

— Les pido que se ordenen y no me empujen —, increpó a los periodistas el Superintendente de Investigaciones Criminales de la Policía Bonaerense, en medio de un remolino de micrófonos, grabadores y cámaras, que amenazaba con asfixiar a ese hombre corpulento y rollizo.

— Estamos trabajando sobre la base de tres líneas de investigación. Ustedes ya saben que los asesinos no dejaron rastros evidentes, aunque por orden del señor gobernador, la policía científica ha barrido el lugar y se encuentra estudiando y analizando en detalle todos los elementos que pudieran conducirnos hacia el esclarecimiento de este caso. Entiendo la expectativa que ustedes y el público tienen sobre el asunto, pero les pedimos un poco de paciencia. Estamos seguros de que muy pronto podremos darles importantes novedades—.

— Comisario, nuestras fuentes dicen que estaría involucrado en el asesinato un importante empresario que era amante de la señora. ¿Ya lo tienen detenido? —, disparó una joven movilera de radio Esperanza, conocida en el ambiente por su desfachatez para plantear las preguntas más insólitas a sus entrevistados.

— Yo les pido que sean cuidadosos y responsables. No solo con la memoria de las víctimas, sino también y sobre todo, con sus hijos. Yo no tengo otra información para darles por ahora, así que les agradezco la atención y les pido que se organicen para perturbar lo menos posible la vida del resto de los vecinos, que nada tienen que ver en este asunto —, respondió el Superintendente cortando la catarata de preguntas sin sentido que se dan habitualmente en este tipo de situaciones.

En las ediciones de los diarios del día anterior, a las veinticuatro horas del suceso y ante la ausencia de información policial, los medios habían recogido toda clase de hipótesis: desde

el crimen político, organizado para desprestigiar la nueva política de seguridad lanzada con bombos y platillos recientemente por el gobernador Astori, que utilizaba tecnología provista por la empresa del hombre asesinado; hasta el crimen pasional de un importante empresario español, amante despechado al que, tras años de una sórdida relación, la señora María Laura Azzarini había decidido abandonar.

El filón noticioso que más agradaba a los diarios de mayor circulación era la hipótesis que relacionaba el crimen con la corrupción política. El hecho de que la empresa que gerenciaba Octavio Azzarini se hubiera impuesto en una gran licitación pública organizada por el gobierno de su amigo Felipe Astori, implicaba la adquisición de tecnología por más de cien millones de dólares, y para los medios, estaba prácticamente demostrado y sentenciado que allí había corrupción.

Obviamente, para que semejante aseveración calara hondo en la opinión pública nacional, no hacía falta que se citaran fuentes ni datos precisos.

Con estos ingredientes, más el morboso deseo de la mayoría de la sociedad por descubrir los nidos de corrupción y perversión que se dan al interior de los paredones de los exclusivos barrios privados de Buenos Aires, el “crimen de Siete Lagos”, tenía todos los ingredientes necesarios para organizar el festín mediático.

Durante los días siguientes, los medios se dedicaron a llenar páginas de diarios y horas de radio y televisión sobre los detalles de la corrupción política; las oscuras relaciones entre Felipe Astori y Octavio Azzarini con los datos de la fortuna personal de los Azzarini que ascendía a cinco millones trescientos veintidós mil dólares, de acuerdo a la última declaración de ganancias de Octavio. La revista sensacionalista *Ultima Hora* publicó un número especial dedicado al asesinato en el que, contrariando todas las normas en vigencia de protección de los niños, publicaba una galería de fotografías familiares compradas a uno de los vecinos del barrio, de modo que Ignacio, Candela y Maximiliano fueron inmediatamente despojados de su anonimato e intimidad, que pomposas leyes de los derechos infantiles se ocupan expresamente de preservar.

Hubo, incluso, dos proyectos de ley presentados por diputados de la Alianza Humanismo y Progreso en los que se disponía la prohibición de exhibición de menores en noticiosos televisivos y la divulgación de noticias relacionadas con los mismos, desconociendo toda la abundante legislación previa. Y otro que pedía la creación de una Comisión Parlamentaria Investigadora que tuviera como finalidad determinar si hubo corrupción en el proyecto de renovación de la red informática provincial de Buenos Aires.

Hacían gala de la capacidad de los legisladores para promulgar una ley para cada cosa.

Con esa actitud irresponsable en la actividad legislativa, se corresponde otra, complementaria e igualmente irresponsable de los ciudadanos, que consideran entonces, que las leyes son buenos consejos, que cada uno debe tomar en cuenta o no, según su propia conveniencia.

La sociedad estaba tan conmovida como aquella vez en la que se produjeron treinta y ocho accidentes de tránsito, con veintitrés muertos, en un solo fin de semana.

Mercedes Peñalva estaba en las negociaciones finales para alquilar una oficina. Finalmente y tras una breve investigación sobre el mercado inmobiliario, se había decidido por una coqueta oficina en el extremo norte de la zona de Puerto Madero. Era una oficina de 150 metros cuadrados, distribuidos por mitades entre los pisos tercero y cuarto, los más altos del edificio. Tenía una hermosa vista al dique y estaba decorada con gran gusto.

Esa mañana quería dedicarse al análisis del contrato que la inmobiliaria le había enviado

por correo electrónico. La oficina de su hermana Mónica era muy amplia y cómoda, así que desde el regreso de los Estados Unidos de Mercedes, ambas hermanas se reunían allí al mediodía. La vista desde el edificio hacia el río era imponente. Desde el piso 33° de la Avenida Alem 1068 se apreciaba en toda su magnitud la lánguida fusión de la gran ciudad con el Río de la Plata.

Mónica no tenía un rostro de significativa belleza latina como su hermana, pero tenía una muy buena figura y era un poco más alta y esbelta que Mercedes. Cada vez que sus agendas lo permitían, las bellas hermanas Peñalva disfrutaban de un almuerzo juntas, en algún restaurante de Puerto Madero.

Aquel mediodía era uno de ellos. Antes de partir hacia el restaurante, mientras Mercedes revisaba el borrador del contrato, Mónica ya la había interrumpido un par de veces. Tampoco ellas habían podido sustraerse de comentar los detalles que la prensa exponía con toda crudeza y morbo, sobre el crimen de los Azzarini.

En ese momento, la recepcionista entró para avisar que Mercedes tenía un llamado de un señor Mc Gowan. Mónica se sorprendió al ver estallar de alegría el rostro de su hermana, y al instante supo de quién se trataba. Era el americano con el que su hermana había tenido un *approach* durante su viaje de regreso. El yanqui la había hecho esperar.

Durante los dos días siguientes a su llegada, Mercedes había estado sin separarse un segundo de su celular, esperando esa llamada. Luego, a medida que perdía sus esperanzas fue poniendo un poco de distancia con el aparato, e incluso ya podía estar reunida con su hermana, sin tenerlo entre sus manos o apoyado en su falda.

Mónica nunca la había visto así. Tan entusiasmada con un hombre. El día de su reencuentro, durante todo el viaje desde el aeropuerto al centro, no dejó de hablarle del tal Steve. Y ahora, toda esa expectativa se había transformado en felicidad en la amplia sonrisa dibujada en su rostro, y en el leve temblor de su voz emocionada.

Cuando cortó la comunicación, le contó con indisimulable excitación que, tal como ella había previsto, finalmente Steve Mc Gowan requería de su apoyo profesional, y la había invitado a cenar esa noche en el Four Seasons para explicarle todo.

— ¡Ya me parecía que no podía olvidarse tan fácilmente de mí! —, exclamó con entusiasmo.

— ¿Te aclaró también si lo que necesita son tus servicios profesionales como abogada o los de una experta sexual? —, le preguntó Mónica con una pícaro sonrisa.

Esa noche, Mercedes se preparó especialmente. Pasó a media tarde por la peluquería que le había recomendado Mónica, y se hizo peinar con su larga cabellera casi suelta, sujeta solamente con dos trenzas que coronaban el peinado, enlazadas atrás con dos cintas breves y plateadas. El peinado hubiera sido más propio de Vivian Leigh, la protagonista de “Lo que el viento se llevó”, si ella no le hubiera solicitado al coiffeur que le diera un toque punk en su flequillo, levantándolo en punta, y dándole un toque de tintura también plateada.

La oscuridad de la noche era ya profunda cuando bajó del taxi, enfundada en un hermoso vestido de color gris topo, con algo de brillo. Tenía un escote strapless drapeado hasta las caderas, con falda corta, pero por debajo de la rodilla, y muy ajustada, de modo que no ocultara sus bellas formas. El conjunto incluía un chal de la misma tela también drapeado, que estaba unido por delante con un lazo y remataba con un broche de perlas, que combinaba con sus colgantes, también de perlas. Se sentía lista para la gran ocasión.

— Creía que te había idealizado, pero eres todavía más linda que la mejor de las imágenes que conservaba en mi memoria. ¡Estás soberbiamente hermosa! —, le dijo Steve

galantemente al recibirla en el lobby del hotel, mientras la saludaba con un suave beso en la mejilla y un leve abrazo.

— También tú estás muy lindo y elegante —, le dijo ella, que en su memoria lo llevaba impreso tal como era, — Muy bellos tus zapatos — acotó.

Steve vestía elegantemente un pantalón gris, casi del mismo tono que el vestido de Mercedes, una sobria camisa celeste con pañuelo al cuello y un blazer azul marino, de cuyo bolsillo superior sobresalía un pañuelo bordó con arabescos, igual al que lucía en su cuello. Sus zapatos estaban relucientes. Los había comprado especialmente para esa noche, en una exclusiva zapatería de Barrio Norte, recordando la atracción que sentía ella por los zapatos masculinos.

Apenas se sentaron a la mesa, Steve se apresuró a comentar el asunto que requería el apoyo profesional de Mercedes, como si quisiera terminar rápidamente con el trabajo para poder disfrutar, más relajados, del resto de la velada.

— Durante el vuelo no fui muy sincero contigo —, empezó titubeando, sin saber cómo hacer para contarle a Mercedes -la profesional- todos los datos que ella seguramente necesitaría para darle el apoyo que él estaba necesitando. Después, su relato de los hechos se fue afirmando. Su voz tomó seguridad y lanzó una catarata de historias, fechas y eventos que amontonó en apretada síntesis.

Durante veinte minutos seguidos, estuvo relatando aspectos que Mercedes conocía de los diarios sobre el “crimen de Siete Lagos” y otros absolutamente desconocidos para ella y para todo el mundo. En su relato incluyó el acuerdo con los Azzarini y el implante del CHIG a toda la familia.

— Y ahora viene lo único bueno que me deja esta triste historia —, concluyó Steve. — Si aceptas, ¡vamos a trabajar juntos! Necesito todo tu apoyo profesional, lo que significa que deberás dedicarme al menos cuatro horas de tu jornada diaria por el resto de los días que dure mi permanencia en Buenos Aires; y, seguramente, deberás darme alguna dedicación luego, en el seguimiento de las cuestiones que yo no llegue a cerrar totalmente antes de mi partida —.

Abrió su saco y extrajo un sobre que depositó sobre la mesa, casi rozando los finos dedos de la mano derecha de Mercedes.

— Aquí tienes un adelanto. Luego me dirás cuánto vale tu hora profesional e iremos ajustando los pagos según la dedicación que te exijan todas estas actividades. Espero que esta suma pueda cubrir un anticipo y te permita empezar a dedicarte a lo que te pido —.

Ella devolvió el sobre, desplazándolo nuevamente hacia el brazo extendido de Steve.

— No puedo aceptar un anticipo de dinero sobre un trabajo que no sé si estoy en condiciones de hacer —, respondió. Él, ignorando el sobre que había quedado a milímetros de su mano, extendió su brazo y tomó la mano de Mercedes.

— Lo que no puedes es negarme tu ayuda. Estoy a ciegas en esta ciudad y en este medio y te necesito para poder caminar y para saber en qué dirección moverme —, le imploró, sin soltar su mano.

— Aunque suena imperativo, no lo es. Puedes rechazar esta oferta, pero debes saber que no tengo otra persona en la que pueda confiar en esta ciudad a la que consideraba tan amigable, y que ahora se transformó en absolutamente hostil—.

— Querido amigo —, le respondió Mercedes, — mucha de la información que me diste sobre la muerte de tus amigos la he leído en los diarios, pero muchas de las cosas que

ahora me dices no las entiendo en absoluto. ¿Existe ese chip que puede hacer felices a las familias? Jamás había leído o escuchado algo así. Pero además, ¿qué puedo hacer aparte de darte algún asesoramiento formal sobre los procesos judiciales y policiales en estos casos? —.

— ¡Muchísimo puedes hacer, querida, muchísimo! — exclamó Steve, sin soltarle la mano intencionadamente. Sentía que sin la ayuda de alguien confiable sería un barco a la deriva, en un país de legislación intrincada y de procesos judiciales turbios. Así que se aferraba a esa mano, como si fuera la única tabla en medio del océano en una noche de naufragio.

Se tomó un poco más de tiempo para explicarle la diferencia entre un chip y el CHIG, que “*es prácticamente un micro computador*” le dijo. Como pudo, sin tiempo, le explicó a *grosso modo* el objetivo, los alcances, y el procedimiento de implante del sistema colocado a los miembros de la familia Azzarini.

Luego le pidió dejar esos detalles técnicos para otra ocasión y le dijo que necesitaba contratar urgentemente a un experto en investigaciones, con buenos contactos con la policía de la provincia de Buenos Aires para que investigara algunas pistas y sobre todo, para que lo mantuviera informado de todos los detalles del avance o el eventual estancamiento de las investigaciones.

Le pidió también que, previa coordinación telefónica, se reuniera con él a las 17 horas, cada día. Y le solicitó referencias de una agencia, con experiencia en el manejo de crisis con repercusión mediática, que tuviera una comprobada capacidad de incidir en el contenido de la publicación de los principales diarios y canales de televisión de Buenos Aires.

Fue repasando con ella el *check list* de manejo de crisis, que tenían ya definido en su empresa, para una eventualidad internacional de esta naturaleza. Por los fondos aseguró que no habría problemas, ya se había hecho girar a un banco local, medio millón de dólares para estas acciones iniciales, y le comentó:

— El dinero no es aquí el problema, si lo necesitamos, lo pedimos —.

Mercedes se sentía apabullada. Hacía apenas un par de horas soñaba con una cena romántica, en la que hablarían un poco de trabajo que -había soñado con sus ojos entrecerrados antes de llegar al hotel- remataría con el pedido de Steve para que ella se hiciera cargo de la representación legal de los asuntos de su empresa en Buenos Aires.

Ahora, ella se encontraba inmersa en una vorágine de cuestiones tecnológicas, metida de lleno en el asesinato que conmovía a todo el país, y con este hombre -al que había conocido apuesto y gentil- hablándole apurada y secamente y entregándole un sobre en el que ella estimaba que habría al menos tres fajos de diez mil dólares cada uno. Todo ello sin que pudiera entender qué se esperaba de ella.

Se preguntó en silencio mientras miraba a los ojos a Steve, por qué la vida la había obligado en los últimos tiempos a actuar y decidir situaciones dramáticas o decisivas de su vida, en muy poco tiempo. La inesperada muerte de su esposo en Medio Oriente. Su necesidad de huir de Houston, como si algo la estuviera esperando en Buenos Aires, y ahora esta inesperada situación con un hombre al que ella miraba como una persona atractiva con la cual involucrarse, con el aditamento de alguna relación laboral.

Y ese hombre, en cambio, la estaba obligando ahora a trabajar con él - con buena paga por cierto - pero en temas sobre los que no se sentía nada segura en el aspecto profesional.

Pero Mercedes Peñalva no era una mujer que se amilanara ante los desafíos de la vida. Solo se había permitido esos segundos de duda, mientras Steve hablaba, y luego empezó a

actuar.

— Respecto de tu primer pedido — le dijo, — en esta tarjeta te anoto el número del comisario Gerardo Fuentes. Es primo de mi madre y tiene toda mi confianza. Es el hombre que necesitas para tu investigación y, sobre todo, para tener información de primera mano de las actuaciones policiales y judiciales —.

— Tu pedido de una consultora de imagen para situaciones de crisis con alta exposición mediática, podré resolverlo recién mañana. Todos los clientes de mi hermana trabajan con una empresa internacional que se dedica a esas cuestiones. Hace dos días presencié una reunión con uno de ellos, que estaba abocado a resolver la crisis planteada con un candidato a gobernador de la provincia de Santiago del Estero, que tiene una antigua causa judicial por tráfico de drogas. Mi hermana dice que estos tipos son unos genios tanto para santificarte como para crucificarte. Tienen un manejo perfecto de la prensa, más aun cuando hay buen dinero de por medio. En el caso de este candidato que te mencioné, su imagen es terrible, porque el tipo es un delincuente impresentable, así que era una presa muy apetecible para la prensa amarilla que tenemos y, sin embargo, estos tipos, por doscientos mil dólares, lograron borrar su caso de los medios nacionales —.

Lo sorprendió con su reacción y entonces pasó a la ofensiva, en su rol de profesional diligente y eficiente.

Steve había soltado su mano. Ahora ella tomó la suya y le dijo.

— Querido Steve. No sé por qué irrumpiste de esta forma en mi vida desde el asiento de un avión. Pero no tengo duda alguna que no pasarás inadvertido en mi historia. Te pido que guardes este dinero y no me ofendas. Mañana te enviaré un correo electrónico con el costo horario de mis servicios profesionales que, seguramente, será inferior a lo que esperas. Solamente aceptaré que me pagues, al finalizar mi tarea —.

— No puedo aceptar eso —, respondió él.

— No tienes opción —, dijo ella, que ahora había tomado claramente la iniciativa. — Déjame pedirte algo más —, agregó en tono imperativo. — Aunque entiendo tu angustia por la sucesión de estos hechos y por el riesgo que implica esta especie de final infeliz para tu proyecto, me gustaría saber si vamos a disponer de un rato, al menos para hablar de tu vida, de la mía, de todo lo que quedó inconcluso el otro día cuando llegamos, tan rápidamente, al aeropuerto —.

Mercedes no podía ocultar que, pese al impactante giro que había tomado la situación y a las urgencias que tenía Steve y que lo habían impulsado a concertar esa reunión, ella no se resignaba a limitar esa velada a una afectuosa reunión de negocios. Y estaba dispuesta a evitar los rodeos.

Él percibió la situación. No tanto porque fuera muy perspicaz en la relación con las mujeres, sino porque Mercedes no había soltado su mano y el agarrón inicial se había transformado en una suave caricia sobre sus dedos. En ese momento, la mirada de la doctora Peñalva tenía muy poco de profesional de las leyes, y mucho más de la experta sexual que su hermana había anticipado ese mediodía.

Mercedes no sabía por qué, pero ese hombre la exitaba de una forma particular. Ella, que toda su vida había utilizado la seducción como una parte importante de sus activos personales y profesionales, muy pocas veces había llegado a consumir las frecuentes situaciones de flirteo, que la cargaban de adrenalina, con sus clientes.

Incluso, muchas veces llegó a vivir situaciones bastante peligrosas que, en más de una oportunidad, la obligaron a usar la violencia -con puños o piernas- para detener a quienes

no entendían que ese juego no implicaba más compromiso de su parte que el intento de hacer más agradables –y posiblemente más efectivas económicamente- sus actividades profesionales.

Pero esa noche se desconocía. No tenía dominio de sus sensaciones. Estaba entregada de cuerpo y alma a ese sesentón, que la miraba desde el atalaya de sus preocupaciones y de su poder económico, sin terminar de rendirse todavía ante su belleza y su seducción.

Steve, por su parte, se sentía también indefenso. Estaba en una situación de total vulnerabilidad, que hacía muchos años no sentía. Su capacidad intelectual y su poder económico no alcanzaban para brindarle una mínima base de sustentación en un país desconocido, en una ciudad de la que no lograba entender las reglas de juego de la prensa (el frente que más le preocupaba) ni las de la policía y, menos aun, las que utilizaba la justicia.

Necesitaba recuperar su autoestima, que alguien reconociera su poder, que alguien se sometiera a su voluntad. No fue ni siquiera un razonamiento. Desde algún remoto lugar ancestral apareció su espíritu de cazador... y allí tenía a su presa.

Pidió al mozo que cargara la cuenta a su habitación, tomó ostensiblemente y con fuerza la mano de Mercedes y, sin decir palabra, subieron los doce pisos que lo separaban de su suite. Allí se arrojó sobre ella, salvajemente, y le hizo el amor como hacía tiempo que no lo hacía. Necesitado de demostrar que, en algún lugar del mundo, en medio de su impotencia, recuperaba sus fuerzas y su poder.

La actitud dócil y permisiva inicial de Mercedes se trastocó en medio de la noche. Ella también quería mostrar su poder. ¡Y vaya si lo tenía!

Allí entre las sábanas perfumadas del hotel, libraron su batalla, sin perdedores. Lo hicieron hasta quedar rendidos, exhaustos... y dormidos.

XIII

La adolescencia, la familia, la felicidad ...

- 2013 -

— La llegada de un hijo a la adolescencia es un momento de la vida familiar en el que se produce la coincidencia de dos importantes transiciones evolutivas: en la trayectoria personal del hijo o hija, por un lado, y en la de los padres, por otro. Este hecho aumentará la probabilidad de que surjan conflictos o dificultades. Tal vez por eso, las primeras concepciones surgidas en torno al periodo de la adolescencia, tanto en el campo de la psicología como en la filosofía o la literatura, contribuyeron a dibujar una imagen dramática y negativa de esta etapa del crecimiento, en la que los problemas emocionales y conductuales y los conflictos familiares ocupan un lugar preferente —. La voz aflautada del profesor José María Astudillo y Mora, resonaba en el salón Libertador del Sheraton Hotel.

Astudillo y Mora era director de un grupo de estudio de la Universidad de Salamanca, y exponía esa tarde su trabajo “Los conflictos del desarrollo Adolescente”. La exposición tenía lugar en el marco del XIV Congreso Argentino de Psicología, en el Panel denominado Desarrollo Psicológico de los Adolescentes, organizado por la Asociación de Psicólogos de Buenos Aires.

Malu se había inscripto y junto a su amiga Florencia Taboada asistía a jornada completa, intentando encontrar en ese foro alguna información que le permitiera interpretar acabadamente el proceso que la afligía en la evolución psicológica y afectiva de Maxi, su hijo mayor.

Si bien se había tomado todo el día para el evento, lo que más le importaba era precisamente la charla que estaba presenciando ahora. Empezó puntualmente a las 14.30, así que calculó que terminada esta actividad, a eso de las 16.00, podría regresar a casa para disfrutar un rato de sus niños.

El profesor Astudillo y Mora prosiguió:

— Autores como Stanley Hall, Anna Freud o Eric Erikson apoyaron claramente la idea de que una adolescencia turbulenta y complicada era una característica normativa y deseable en el desarrollo humano, y se convirtieron en los principales defensores de la línea que suele denominarse “Storm and Stress” en recuerdo del movimiento literario del Romanticismo Alemán “Sturm und Drang”. La obra de Goethe *Las penas del joven Werther*, que puede considerarse la mayor expresión artística correspondiente a este movimiento, presenta la imagen de un adolescente atormentado y sufriente que termina poniendo fin a todas sus tristezas mediante el suicidio —.

Malu sintió que un sudor frío recorría su espina dorsal mientras Astudillo y Mora advertía:

— Si bien estas teorías fueron desplazadas por otras menos pesimistas acerca de esta instancia de la vida humana, subsiste la visión académica del enorme riesgo que enfrenta el ser humano al atravesar este período —.

— Sin duda, el cambio más llamativo asociado a la pubertad tiene que ver con la maduración física y sexual que, inevitablemente, terminará afectando la forma en que los

adolescentes se ven a sí mismos y al modo en que son vistos y tratados por los demás. El aumento en la producción de hormonas sexuales, asociado a la pubertad, tendrá entonces una repercusión importante, tanto sobre el área emocional como sobre la conductual —.

El profesor tomó un sorbo de agua, aclaró su garganta, y continuó con su exposición.

—En esta etapa vamos a encontrar una gran influencia de los cambios hormonales sobre el estado de ánimo y sobre el humor del adolescente, aunque esta relación no es tan evidente como sugiere el estereotipo popular, según sostienen entre otros Brooks-Gunn, Graber y Paikoff y suele limitarse a la adolescencia temprana, que es cuando las fluctuaciones en los niveles hormonales parecen influir de forma más directa sobre la irritabilidad y agresión que caracteriza a los varones, y sobre los estados depresivos característicos de las chicas, lo que sin duda afectará a las relaciones que establecen con sus padres —.

María Laura recordó una monografía que tuvo que preparar durante sus estudios en la universidad, que había olvidado casi por completo y que, precisamente, trataba sobre todos estos aspectos de la conflictividad en el adolescente. Entonces había tenido que investigar y escribir sobre todas estas cuestiones.

— También está clara la relación entre el incremento en las hormonas sexuales y el surgimiento del deseo y la actividad sexual -tal como sostienen McClintock y Herdt- lo que puede llevar a que los padres se empiecen a preocupar más por las salidas y las relaciones sociales de sus hijos. Ese temor puede llevarlos a modificar la forma de tratarlos, y también a limitar el grado de confianza que depositan en ellos. Como consecuencia, es muy probable entonces, que aumenten las restricciones, justo en el momento en que sus hijos buscan más libertad. Esto traerá aparejada la frecuente aparición de mayores disputas y conflictos en el seno de la familia —.

— ¡Eso es! —, exclamó Malu, al oído de su amiga, para que nadie la escuchara en el silencio absoluto que reinaba en la sala, — siempre se lo digo a Octavio. Hay que ser muy contemplativos con Maxi. Él tiene una conducta ejemplar como adolescente, y nosotros no tenemos en cuenta que atraviesa una etapa sumamente conflictiva. Imagínate que este hombre habla incluso de posibles suicidios en esta etapa y acabo de recordar todo lo que yo había estudiado sobre estos temas en la facultad. Toda esa situación conflictiva se agrava aun más cuando los chicos tienen un coeficiente intelectual tan alto como el que tiene Maxi. Además, ¡pobre mi niño!, hay que tener en cuenta todo el incentivo sexual que tiene en esta etapa complicada. Sus compañeritas no lo dejan en paz. ¡Lo acosan tanto...! —.

Ellas se habían ubicado estratégicamente en un rincón del salón, que lucía bastante vacío contrastando con la importancia del tema, y con la reconocida calidad académica del profesor Astudillo y Mora, del que María Laura había leído con fruición al menos tres libros y diez artículos.

En Buenos Aires, según había leído Malu en el suplemento especial editado por el diario Clarín con motivo del Congreso, más del treinta por ciento de las consultas atendidas por los profesionales de la psiquiatría y del psicoanálisis estaban destinadas a los adolescentes y sus padres.

— ¿Dónde estarán esos padres, que ni siquiera se informan sobre la naturaleza del problema de relación y comunicación que tienen con sus hijos? —. Preguntó María Laura en un susurro.

— Seguramente escondidos detrás de sus trabajos, de carreras exitosas o de angustias económicas —, respondió su amiga casi sin pensarlo.

Cuando Malu hablaba de Maxi, el rostro se le iluminaba de una manera especial, y Florencia lo sabía. Lo había notado desde el día en que la visitó en la Clínica del Sol tras el alumbramiento, y de esto hacía ya más de catorce años.

— Maxi es mi luz y por eso, ahora que él no está bien, nuestra vida está llena de nubarrones negros — sentenció María Laura.

— No seas melodramática, parece que hablas de un macho y no de tu hijo — la azuzó Florencia, sabiendo cuánto le molestaban ese tipo de comentarios procaces a Malu.

— ¡La adolescencia trae consigo el pensamiento formal que permitirá al niño o niña concebir alternativas al funcionamiento de la propia familia! —. Elevó su voz el catedrático como si intentara detener la previsible reacción airada de María Laura ante el comentario de su amiga.

— Esto hará que el adolescente se vuelva mucho más crítico con las normas que hasta ese momento había aceptado sin cuestionar, y comience a desafiar continuamente la forma en que la familia funciona cuando se trata de discutir asuntos y tomar decisiones, lo que aumentará los conflictos y discusiones cotidianas. Igualmente serán capaces de presentar argumentos mucho más sólidos y convincentes en sus discusiones familiares, algo que cuestionará seriamente la autoridad parental, y llevará en numerosas ocasiones a que sus padres se irriten y pierdan el control de sí mismos —.

— Eso le está pasando con su padre — acotó Malu para sí misma.

El catedrático continuaba su exposición inmune a las tribulaciones de aquel par de mujeres bellas que fugazmente había observado cuchicheando al fondo del salón. — También resulta evidente la desidealización de los padres que se produce en estos años. Si hasta este momento sus progenitores eran todopoderosos y omnisapientes, ahora el adolescente comienza a cambiar esa imagen por otra, más realista, en la que sus padres aparecen con menos virtudes y más defectos —.

— Maxi no me encuentra defectos. Debe ser por la comunicación perfecta que mantenemos —. Le dijo Malu a Florencia, olvidando su enfado reciente.

Florencia puso su mano sobre la de María Laura y le susurró:

— Si vieras los casos que atiendo a diario en mi consultorio, estarías más orgullosa todavía. Maxi es un hijo ejemplar y ustedes se quejan de llenos. ¡Déjenlo en paz y denle un poco más de libertad! —.

La exposición de Astudillo y Mora finalizó con una diapositiva que establecía lo que él estimaba como las consignas más importantes en la relación con adolescentes conflictivos:

- *Sentir y dar amor*
- *Mostrar un estilo democrático*
- *Apoyarlos y establecer una buena comunicación*
- *Controlar el curso de sus vidas, pero con mano invisible*
- *Establecer límites claros, razonados y justificados*
- *Interesarse e involucrarse en las cosas que son importantes para ellos*
- *Vigilar sus amistades*

Astudillo y Mora hizo la salvedad de que su frase final estaría dirigida a los profesionales de la salud psíquica y física que estaban en la sala:

— El apoyo profesional a los padres en esta tarea es fundamental. Ayuden y ofrezcan sugerencias sobre cómo mostrar un estilo democrático, sin perder autoridad. ¡Ayuden a esos padres desorientados que hoy lucen más preocupados por ser “amigos” de sus niños, que por cumplir sus verdaderos e indelegables roles de padres! ¡Hay tanta confusión en este tema! Toda vuestra intervención debe estar centrada en la promoción del desarrollo y en la prevención de los problemas del ajuste emocional y conductual durante la adolescencia —.

Malu miró su reloj, eran las 15.33, todavía tenía tiempo. Se levantó de la silla, aplaudiendo, tomó de la mano a su amiga y le ordenó:

— Vamos a hablar con él —.

— ¿Te parece? —, preguntó Florencia, pero ya no había tiempo para esa duda. Malu se había plantado ante Astudillo y Mora, le extendió su tarjeta de presentación y lo felicitó afectuosamente por su exposición.

— Me quedaron algunas dudas que no sé si corresponden más a mi rol de madre que al de profesional —, empezó diciendo tras felicitarle por lo que le había parecido una excelente conferencia.

— Pero, ¡cómo!, ¿ya eres madre? — contestó galantemente el profesor, conmovido por la belleza y juventud de su interlocutora.

Ella ignoró la galantería y siguió adelante, sin responderle.

— Supongamos que, como usted indica, una familia toma este estilo democrático que propone y que todo es armonía y felicidad. ¿Que situación o causa, interna o externa a ese clima que vive la familia, puede poner en riesgo a un adolescente? —

— Bueno, existen muchos, pero si me pides el más importante, creo que no hay duda: es el despertar sexual. El momento y la forma de ese despertar, introducirá cambios fundamentales en la forma en que ese niño, en tránsito hacia la adultez, se plantará ante la vida y empezará a consolidar sus propias relaciones —. Respondió el experto español.

Sin darle tiempo a repreguntar, Astudillo y Mora continuó:

— ¡Guapa!, esa es una etapa en la que estamos ante el despertar de la mente. Todas las neuronas viven una actividad intensa buscando nuevas conexiones, valores, razonamientos e ideas. Estamos también ante el despertar de los sentidos, aunque en la práctica parece que lo uno y lo otro no van unidos. Esos sentidos convergen en una única y excluyente cuestión conflictiva: el sexo. Siendo una profesional en la materia, sabes que el sexo es muy importante para el hombre. Es la expresión suprema de la comunicación, la forma más intensa de relacionarse que existe —.

El profesor observó de reojo y se sintió complacido. Todo el murmullo previo se había silenciado en la sala y había logrado concitar la atención de todas las personas que ahora se habían agolpado a su alrededor:

— El púber redescubre su vida con el surgimiento de la vida sexual. A su vez, los padres tendemos a silenciar esta faceta por distintas causas: hemos sido educados en el silencio y el sexo sigue siendo tema tabú; no nos consideramos los más apropiados para hablar de “eso” a nuestros hijos. A su vez, cuando hablamos, lo hacemos con temor de estar fuera de tiempo, con miedo de hacerlo bien —.

— ¿Tienes un hijo adolescente?, ¿es un chaval? — le preguntó. Ella se sonrojó porque se sintió muy expuesta, asintió con su cabeza.

— Tiene 14 años, casi 15 — acotó en voz baja como si quisiera que nadie más que el profesor escuchara su respuesta.

— ¿Tiene problemas de comportamiento? — preguntó interesado el experto español.

— No — respondió María Laura.

— ¡Es perfectito! — acotó Florencia asomándose por detrás de Malu.

— Tengo un hijo ejemplar, solo que ha empezado a tener cambios de conducta que son casi imperceptibles, pero me preocupan. Está más rebelde con su padre; sus comentarios se han vuelto agudos, mordaces y con alguna intencionalidad sexual — dijo María Laura, con un poco de pudor. De pronto, se sintió incómoda con el tratamiento casi público que había generado sobre cuestiones tan íntimas de la relación con su hijo, en un ámbito extraño, rodeada de desconocidos que también esperaban su turno para consultar a Astudillo y Mora.

— Creo que por allí es por donde más tienes que vigilarle sin que él lo note —. Hizo una pausa, tomo aire profundamente y elevando su voz, remarcó:

— La vida sexual de tu hijo, ya existe. Puede ser sana, o enferma. Oculta, o con algún nivel de exteriorización. Lo que no puedes hacer es ignorarla. Ten muy en cuenta que, dependiendo de cómo se resuelva este momento puede cambiar la vida de tu niño, puede modificarse todo ese marco de felicidad que me dices que lo rodea —.

Una mujer de cabellera larga, de color negro azabache y de rulos muy pequeñitos, se interpuso entre ella y el profesor, y ya no la dejó seguir dialogando con él.

— Puedo hacerle una pregunta? —, le dijo la intrusa a Astudillo y Mora, ignorando su presencia.

Malu se fue, fastidiada por la interrupción. Sin embargo era consciente de que tampoco ella podía acapararlo, por mucha admiración que tuviera por todo su conocimiento en un tema que la apasionaba... y la preocupaba.

Dejaron el hotel y emprendieron el regreso. María Laura dejó a su amiga en Belgrano y luego continuó viaje hasta Siete Lagos.

Al llegar a su casa, Malu se encontró con Maxi. Él estaba estudiando. Ella se sentó por un momento a su lado y tomando su mano, lo invitó a caminar juntos por el barrio. Era algo que hacía mucho tiempo que habían dejado de hacer, pero formaba parte de sus recuerdos más gratos.

Por esos parques arbolados, bajo el grito agresivo de los teros y el canto armonioso de zorzales y calandrias, en caminatas breves o en largos paseos, habían alimentado también el amor que los unía.

En ese paisaje, Maxi se había marcado una nuez morada en la frente, dando sus primeros pasos, pese a que los brazos de su madre lo seguían a veinte centímetros de distancia, tratando de evitar lo inevitable. Por esos mismos senderos él había aprendido a dar media vuelta a los pedales de su pequeña bicicleta, cuando apenas tenía tres años y dos meses. En ese mismo lugar Malu tampoco había podido evitar los moretones de Maxi, cuando Octavio quitó las dos rueditas de apoyo y lo convencieron de que, a los seis años, -sacando esas rueditas- podría alcanzar con su bici la misma velocidad que su amigo Agustín, con el que paseaba solo por el barrio.

María Laura recorrió todo un inventario de hermosos recuerdos mientras iniciaba el camino, tomada de la mano de su hijo, que con sus casi quince años ya superaba su altura

por más de diez centímetros. Maxi habló muy poco, pero la sonrisa nerviosa y permanente en su rostro denotaba su alegría y emoción. Sentía que su alma estaba desnuda ante su madre y no quería que ella llegara a percibir su angustia.

El CHIG ya no ayudaba en su comunicación. Ahora todo lo que necesitaban decirse debía ser puesto en palabras. Maxi había notado que había perdido buena parte de su locuacidad, esa que tenía hasta que él decidió desconectarse del sistema implantado a toda la familia. Durante los años de conexión, esa locuacidad que le caracterizaba, en cualquier ámbito de su vida, ni siquiera era necesaria a nivel familiar, porque esa comunicación era auxiliada por el CHIG.

En cambio ahora, necesitaba poner en palabras sus sentimientos, sus necesidades y sus angustias para comunicarlos, y encontraba que -en lo más profundo de su ser- había ido naciendo una creciente discapacidad para comunicarse con quienes lo rodeaban y lo amaban. Nunca había podido entender que, hasta hacía poco tiempo, sus palabras fueran más afectuosas con la empleada que con sus padres. Con ellos, la comunicación era otra. Más profunda y sin palabras, pero a ese aspecto de su vida, él había decidido ponerle fin.

— Bien sabes que estoy muy preocupada por ti —, le dijo Malu deteniendo su marcha. — Estás distante y muy callado conmigo, y también muy desobediente y violento con tu padre. Hoy estuve en un seminario escuchando a un profesor español que disertaba sobre los problemas de la adolescencia. Fui para ver si en el campo profesional encontraba respuestas que como mamá no tengo —.

— Sin embargo, nada de lo que estudio o escucho parece justificar tu cambio de actitud. Te hemos dado amor, te hemos dado bienestar, te acompañé y acompaño, en cada etapa de tu vida. Incluso sé que no tienes malas compañías. La abuela estuvo haciendo investigar a tus amigos, porque yo hablo mucho con ella, y sabe de mi angustia y mi impotencia. Por favor dime ¿qué puedo hacer?, ¿qué debo hacer? —.

Se habían detenido y ella aferraba su mano con fuerza, mirándolo a los ojos. Maxi la abrazó largamente, mientras acariciaba su cabeza y con la seriedad de un padre que le habla a su hija, le respondió:

— No temas mami, está todo bien, nada te pasará nunca, nada nos pasará, yo me encargo de eso. Yo, a mi manera, que entiendo que no es exactamente la que ustedes esperan, soy feliz. Estoy rezando mucho por todos nosotros, estoy muy cerca de Dios —.

Ese abrazo en actitud paternal, se fue transformando en caricias por el cabello y la espalda de su madre. Ella, un poco incómoda por la situación, se separó y siguió caminando, en silencio. Esperaba que él continuara hablando y expresara lo que sentía.

Pero él, con un dejo de frustración en sus ojos, ya no habló más del tema. Salió de la incómoda situación de silencio, contando una pelea entre dos compañeros de su clase que había tenido lugar esa mañana en el colegio. Para el tratamiento del problema las autoridades del colegio resolvieron, de inmediato, convocar a un debate en clase, para que los protagonistas ese hecho violento reflexionaran junto a sus compañeros sobre los motivos que los impulsaban a actuar de esa manera.

Maxi le contó a su madre que, tras dos horas de deliberaciones, los alumnos habían decidido, con la mediación de un profesor, que las cuatro causas generadoras de esa violencia que ejercían entre sí en el colegio, tenían poco que ver con el clima de trabajo y estudio que caracterizaban a la institución. Todas las causas analizadas eran externas al colegio y a los niños:

- El enorme nivel de violencia que se percibe en la sociedad

- La gran inequidad social, que en sí misma es un modo de violencia generalizada
- El autoritarismo de los adultos que impone reglas y normas sin sentido
- La falta de comunicación de los padres con sus hijos.

María Laura se horrorizó de lo que escuchaba. Hacía tiempo que reflexionaba sobre los efectos que estaba produciendo en sus niños, un sistema educativo en el que los que lo dirigían, también pensaban que autoridad era sinónimo de autoritarismo; y que toda actitud que adoptaran los niños – incluyendo a la violencia, por supuesto- era producto de una situación ajena a ellos y que, por lo tanto, debía ser comprendida y consentida.

María Laura pensó que, cuando llegaran, debería agendar una reunión con alguna autoridad del *Highest Global College* para hablar de este asunto.

Las primeras sombras de la noche iban apagando lentamente el atardecer en Siete Lagos. Sin hablar, pero sin soltarse de la mano, volvieron a su punto de partida. Malu terminó frustrada, sabiendo que no lograba penetrar en modo alguno, la coraza inexpugnable que su niño había colocado entre ellos.

Sentía su afecto, su mirada penetrante que la buscaba hasta encontrar sus ojos, siempre que estuvieran cerca físicamente, como se busca al sol cuando aparece entre medio de negros nubarrones. Sabía que él no había dejado de amarla, cosa que sí parecía sucederle al joven con su padre.

¡Qué extraño! pensó, no habían hablado de Octavio, pero ahora ella estaba prácticamente segura, Maxi lo aborrecía.

XIV

Secretos que es mejor no conocer

- 2014 -

María Laura tenía muchas dudas sobre el comportamiento de Maxi. Se había puesto cada vez más taciturno y callado. Hacía tiempo ya que tenía desconectado el CHIG, como llamaban en casa al dispositivo que conectaba sus pensamientos con el resto de la familia. Ella nunca supo cómo pero Maxi se las había ingeniado hacía un año para manipular el CHIG y había logrado que el canal de comunicación con Octavio se desconectara. Inicialmente lo atribuyó a un desperfecto del chip, pero tras la revisión vía web, que había ordenado Steve Mc Gowan desde California, se había diagnosticado que todo funcionaba a la perfección y que el bloqueo del canal de comunicación entre hijo y padre había sido desconectado localmente.

Dos meses más tarde el CHIG de Maxi dejó de funcionar definitivamente y ya no tuvo conexión ni con sus hermanos ni con su madre. Él le restó importancia y dijo que ya no hacía falta, que igualmente tenía la comunicación que él necesitaba con cada miembro de la familia. Y aunque no quiso discutir demasiado el tema, sus padres notaron que vivía esa nueva situación con alivio. Lo asumieron como algo natural de su etapa adolescente de ruptura de lazos con sus padres.

— Veremos si eso te sirve para volar mejor —, le dijo Octavio enojado. Hacía años que no montaba en cólera de esa forma con su hijo mayor.

Pero, finalmente, terminaron aceptando la nueva situación.

Sin embargo, Maxi no quiso aceptar la intención de sus padres de hacer retirar el implante disimulado entre los rulos de su cabellera. Le aterraba la idea de volver a entrar al quirófano y revivir aquel traumático momento. Nunca les había confesado a sus padres el impacto de esa situación y cómo quedó grabado a fuego en su memoria, cada instante de aquel proceso.

María Laura, por su parte, había empezado a tomar distancia porque notaba comportamientos absolutamente extraños en Maxi, sobre todo en relación con ella. De a ratos, asumía el papel de hijo sobreprotector de su madre, que la cuidaba y protegía hasta en los más mínimos detalles.

Varias veces, el niño-hombre se había enfrentado duramente con su padre porque Maxi no toleraba las discusiones mínimas y habituales que se producen en toda pareja, incluso en aquellas que conviven en total armonía como lo hacían Malu y Octavio. Muchas otras, se enfadaba con ella y parecía tener ataques de celos terribles hacia sus hermanos o hacia Octavio, e incluso hacia los amigos de la familia que bromeaban o se acercaban ocasionalmente a su madre.

Ese comportamiento, errático y violento, era el que la había hecho tomar distancia de él.

Aquel fatídico viernes de febrero de 2014, Octavio se encontraba en viaje de negocios en España. Hacía doce días había partido en una gira que lo llevaría por Italia, Alemania y España, última escala de un viaje en el que mezclaría negocios y placer, ya que tras la

convención que había terminado precisamente ese viernes en Madrid, partiría hacia Santiago de Compostelas para visitar a don Antonio Cerrillos Morales, alcalde de Teo, en Galicia. Era un buen amigo de la familia que insistía permanentemente con invitarlos a que retribuyeran sus frecuentes visitas a Buenos Aires.

Antonio era todo un personaje. En su última visita había llegado con enormes paquetes. María Laura le había preguntado cómo hacía para pasar con todo eso por la Aduana, pero Antonio tenía tantos amigos en Argentina, como su generosidad gallega podía pagar.

— Tengo un amigo en Ceremonial de la Presidencia de la Nación, en casa Rosada, y cada vez que llego a Ezeiza, él se ocupa de esperarme en el sector VIP del aeropuerto para realizar todos los trámites de migraciones y aduaneros. De modo que, en ninguno de los trece viajes que llevo a Buenos Aires, tuve problemas — se ufanaba el alcalde.

El primero de los paquetes que había traído de regalo Antonio en su último viaje, por ejemplo, era enorme. Contenía doce cajas de Tarta de Santiago. Una exquisita tarta de pasta de almendras espolvoreada con azúcar blanca y marcada en su tapa superior, con la cruz del apóstol Santiago, una delicia que es característica de la buena mesa gallega. A María Laura y a los niños les había gustado mucho. Antonio les había traído una, un par de años antes, una noche que Octavio lo invitara a cenar a su casa para presentarle a su familia. Desde entonces, el presente nunca había faltado en el equipaje del viajero español, cada vez que llegaba a visitarles.

Otro paquete tenía una pieza entera de lacón gallego, una especie de jamón fabricado con las patas delanteras del cerdo, que en sus tres últimos meses de vida se alimentan solamente con cereales, castañas, tubérculos y bellotas. Otro manjar gastronómico de Galicia. ¡Cuánto había disfrutado Domingo, el papá de Malu, con ese lacón que estaba acostumbrado a degustar durante sus frecuentes viajes a la tierra de sus padres!

Un tercer paquete contenía enormes libros. El más importante era una lujosa publicación de la Colección Tierras de España, de la Fundación Juan March y la Editorial Noguer, dedicado a Galicia, cuya sobrecubierta tenía la imagen del apóstol Santiago en el parteluz del Pórtico de la Gloria en la Catedral de Santiago de Compostela. El enorme tomo contenía descripciones de la geografía, la historia, la literatura y el arte gallegos; con maravillosas ilustraciones y fotografías, que acercaban al lector a las entrañas de la más que milenaria cultura gallega.

También aquel paquete contenía los dos tomos, de alrededor de ochocientos cincuenta páginas cada uno, editados por la Fundación Cánovas del Castillo en Madrid, en homenaje a don Manuel Fraga Iribarne, el legendario líder gallego de la derecha española. Antonio sabía de la afición de Octavio por la lectura política y él, que se consideraba un gran exponente de la política del Partido Popular, no podía dejar de hacer algo por la difusión de esas ideas.

Finalmente, ese paquete traía también un hermoso escudo de bronce, sobre una placa de madera, que contenía el símbolo distintivo de la corona española en su parte superior, y dos sables cruzados sobre un puente de piedra, con la inscripción “Concello de Teo”, en su parte inferior.

A Malu le había gustado mucho el libro de cultura gallega. Le aportó muchos datos que le permitirían llegar a comprender mejor muchas de las características personales y culturales de su padre, así que se dedicó a leerlo con fruición. Le atraía sobremanera la historia de sacrificio de los caminantes que seguían el ejemplo apostólico de Santiago y recorrían cientos de kilómetros motivados por su profunda pasión religiosa. En esas páginas habría de encontrar muchas de las raíces del temple de una población sufriendo y

bravía, que muchos siglos después trasladaría esos valores para desarrollar su Argentina, con esfuerzo y sacrificio. De esa misma forma y con ese mismo temple, su padre había construido su imperio económico y ella estaba orgullosa de él; aunque mucho no se lo demostraba.

El último de los obsequios de Antonio Cerrillos Morales fue un paquete, más pequeño, que traía dos botellas de Aguardiente de Orujo de Galicia para hacer *queimada*. La bebida con la que los gallegos asientan sus comilonas. Antonio en su última visita había preparado *queimada* en uno de los salones del Centro Gallego en Olivos. Había invitado a sus cincuenta amigos argentinos influyentes, con sus parejas y se ocupó personalmente de la ceremonia.

Malu recordaba con deleite esa ceremonia. En una gran vasija, Antonio vertió lentamente, disfrutando de ese show que lo tenía como protagonista excluyente, diez botellas de aguardiente de Orujo “Gran Palacio de Arganza”. Ya había colocado en el recipiente, algo más de un kilogramo de azúcar, granos de café colombiano. Acercó después su encendedor hacia los vahos evaporados por el movimiento del alcohol y encendió así el fuego. La superficie dorada del aguardiente estalló en llamas en el mismo momento en que él empezó a lanzar su conjuro:

Mouchos, coruxas, sapos e bruxas.

Demos, trasnos e dianhos, espritos das nevoadas veigas.

Corvos, pintigas e meigas, feitizos das mencinheiras.

Pobres canhotas furadas, fogar dos vermes e alimanhas.

Lume das Santas Companhas, mal de ollo, negros meigallos, cheiro dos mortos, tronos e raios.

Oubeo do can, pregon da morte, fouchinho do satiro e pe do coello.

Pecadora lingua da mala muller casada cun home vello.

Averno de Satan e Belcebu, lume dos cadavres ardentes, corpos mutilados dos indecentes, peidos dos infernales cus, muxido da mar embravescida.

Barriga inutil da muller solteira, falar dos gatos que andan a xaneira, guedella porra da cabra mal parida.

Con este fol levantarei as chamas deste lume que asemella ao do inferno, e fuxiran as bruxas acabalo das sas escobas, indose bañar na praia das areas gordas.

¡Oide, oide! os ruxidos que dan as que non poden deixar de queimarse no agoardente, quedando así purificadas.

E cando este brebaxe baixe polas nosas gorxas, quedaremos libres dos males da nosa ialma e de todo embruxamento.

Forzas do ar, terra, mar e lume, a vos fago esta chamada: si e verdade que tendes mais poder que a humana xente, eiqui e agora, facede cos espritos dos amigos que estan fora, participen con nos desta queimada.

Las llamas se extinguían lentamente, a medida que la carga alcohólica del interior de la vasija se evaporaba y al mismo tiempo que Antonio saboreaba cada palabra en la “*lingua galega*”, el azúcar se derretía lentamente y se consolidaba el delicioso néctar.

Luego se ocupó personalmente de ir llenando la copa de sus amigos con el licor tibio, invitándolos, uno a uno, a brindar con él por la amistad entre Galicia y la Argentina.

Allí, mezclados entre sus afectos argentinos, sobresalían la belleza de María Laura y la elegancia de Octavio Azzarini.

Por todos esos gratos recuerdos, de un personaje inefable, que extrañamente se había metido de lleno en sus vidas, y porque Antonio era tan generoso, agradable y buena persona, y porque siempre le alegraba la vida a Octavio, que disfrutaba cada segundo de convivencia con él, fue que Malu alentó especialmente a su esposo para que culminara su gira europea de trabajo, con una visita al alcalde de Teo, pese a lo mucho que sufría con las ausencias de su amor.

Habían tenido que disponer todo un operativo especial para enviar los regalos con los que Octavio intentaría, modestamente, recompensar la excesiva generosidad de su amigo.

Por medio de DHL enviaron tres paquetes a Madrid para que Octavio los recogiera allí antes de partir hacia tierra gallega. Un mate con bombilla, repujado en plata y oro; una edición de lujo del poema de José Hernández, *Martín Fierro*, y dos botellas de vino Catena Zapata, constituían el “modesto” intento de retribución de Octavio, para la generosidad ampulosa de Antonio Cerrillos Morales.

Pero esa noche María Laura lo necesitaba a Octavio cerca de ella. Estaba tan melancólica, que llegó a arrepentirse de su insistencia para la prolongación del viaje de su amado, al que imaginaba ahora descansando tras un breve recorrido por las rías gallegas.

Octavio la había llamado un par de horas antes, entusiasmado, antes de irse a la cama, para comentarle que ya había decidido que, en agosto de ese año, disfrutarían del verano europeo. Tenía todo arreglado -Antonio mediante- para que dispongan de una hermosa casa, para disfrutar juntos una semana en Cangas, en plenas Rías Baixas, un lugar paradisíaco frente a Vigo, en cercanías de la frontera luso-española. Era tal el entusiasmo de Octavio que le había descripto telefónicamente, las rías, la casa, e incluso, las características de los árboles del lugar.

Como siempre, Antonio había sido un extraordinario anfitrión. Le contó que nuevamente lo había colmado de atenciones, regalos y comida, al punto que esa noche se iría a la cama sin cenar, tratando de recuperar a su vapuleado y recargado estómago. No era extraño que este hombre, que parecía el anfitrión cuando estaba de visita en Buenos Aires, se superara en atenciones, al recibirlo en su propia tierra.

Pero poco le importaba a Malu lo que pasaría en agosto, ella lo quería allí, esa misma noche, para que la abrazara, para que calmara su angustia y melancolía.

No podía saber exactamente lo que le pasaba. Extrañaba la ausencia espiritual de Octavio, y esa paz que solo él podía darle con un abrazo. O tal vez era la imperiosa necesidad física que sentía su cuerpo. Malu y Octavio compartían una muy buena vida sexual. Por lo menos tres veces en la semana, él la despertaba media hora antes de lo acostumbrado, con sus besos y caricias.

Ella conocía el código y lo dejaba hacer, hasta que ella pudiera vencer ese estado de modorra inicial que era inevitable cada mañana. Pero tras esos primeros cinco minutos, ella también tomaba la iniciativa y se revolcaban entre las sábanas, en un extendido repertorio sexual que los alimentaba de pasión y amor. Pensó que nunca antes lo había extrañado de esa forma... tan física, tan apasionada.

Pero no pudo seguir pensando. Escuchó la puerta lateral de la cocina y el siseo de los patines de Maxi que se deslizaban hacia la sala donde ella estaba.

— Te dije que no me gusta que patines dentro de casa — protestó Malu. Él dio un giro sobre sus pies como si fuera un patinador olímpico que hiciera su última pirueta, buscando

la aprobación de un imaginario jurado, y se arrodilló en su regazo.

— Hola reina de Siete Lagos —, le disparó mientras apoyaba su cabeza entre las piernas de su madre.

— Por qué volviste tan temprano hoy? — le preguntó ella extrañada. La rutina de Maxi indicaba que salía con sus patines después de la cena y no volvía antes de las once de la noche. Pero ahora eran recién las diez y cuarto.

— Es que quería charlar con vos — le respondió él entrecerrando los ojos y acariciando sus manos que yacían extendidas sobre el apoyabrazos del sillón. — Estuve pensando mucho en lo que me pasa con Octopus y... —.

— Te dije que no me gusta que llames así a tu padre — lo interrumpió ella.

— Es con cariño que lo llamo así. No quieras saber cómo lo llamo cuando se hace el machito conmigo y quiere mandonearme... pero, no quiero enojarme. Yo lo quiero, aunque él no lo merezca —.

Una mueca de ira y disgusto se dibujó en el rostro de su madre, pero él no la dejó hablar.

— Te pido que me dejes decirte lo que pienso, sin interrupciones, ¡por favor! — le dijo Maxi, mientras tomaba con su mano izquierda, la mano derecha, ahora un tanto crispada, de su madre.

— Sé que te hago sufrir en todo este tiempo, pero es porque también yo estoy sufriendo mucho —.

Ella lo miró, su rostro denotaba una profunda tristeza, que ella ya conocía. Era ese rostro atribulado que tanto le preocupaba desde hacía un par de años. Al verlo, todo su disgusto se transformó en compasión y ternura, y con su mano libre empezó a acariciar su cabellera de pelo largo y ensortijado. Era un fiel calco de aquel Octavio que una noche la cautivó y enamoró bajo los compases de la música dulce de Luis Miguel, sólo que con el pelo más largo y con rulos pequeñitos.

Maxi, sin abrir los ojos y apoyado entre sus piernas, empezó a hablarle suavemente.

— Mami, yo sé que estoy mal desde hace mucho tiempo. Debo confesarte que fui yo quien desconectó el CHIG para que no tengan más acceso a lo que pienso y quiero... me siento desnudo ante ustedes, y es porque tengo pensamientos feos y no quiero que ni tú ni Octopus puedan verlos. Yo sé que ustedes quieren tener una comunicación total conmigo. Sé también lo difícil que fue para ti la decisión de instalarnos el CHIG, recuerdo siempre esa tarde de hace tres años, en esas Pascuas que pasamos en las Cataratas del Iguazú, cuando nos hablaron tanto del tema. Creo que ni Candela ni Ignacio se dieron cuenta de lo que significaba. Yo sí. Y se lo duro que te habrá resultado aceptar que nos convirtieran a todos en conejillos de indias del experimento de Steve Mc Gowan —.

También en su encantadora riqueza de expresión y vocabulario, Maxi se parecía a su padre. Sus maestras del *Highest Global College* lo habían bautizado desde preescolar como "Bochini", no en recordación del fabuloso jugador de Independiente y de la selección argentina de fútbol, sino porque lo consideraban "un bocho" que no solo sabía mucho más de lo que ellas enseñaban a los otros niños, sino que también sabía explicitar sus pensamientos y sus sentimientos, con las palabras justas.

María Laura empezó a masajearle la espalda con suavidad. ¡Hacía tanto tiempo que no lo tocaba! Sabía que eso a él le gustaba mucho, y lo relajaba cuando estaba tenso por cualquier problema. Maxi seguía aferrado con fuerza a su otra mano, pero continuaba tendido en su regazo, todavía con los patines puestos y sus piernas entrelazadas.

— Yo no creo que haya sido buena esa decisión para nuestra familia —, prosiguió el niño-hombre.

— Sinceramente, no creo que alguno de nosotros haya sido más feliz porque nos colocaran el CHIG. El año pasado estuve tratando de arrancármelo con un cutter, pero cuando empecé a sangrar me dio miedo. Después le escribí un mail a Mc Gowan . Le dije de todo menos bonito. Creo que es una mala persona por lo que nos hizo. Leí en la revista de Clarín que ya han colocado el CHIG a más de cien mil familias en todo el mundo. En ese mail le pedí también que nos lo quitara, y lo amenacé, pero nunca se dignó contestarme —.

— Yo no sé si esta obsesión que tengo estaría presente en mí, si no fuera por esa mierda de chip que nos colocaron —, dijo mientras una enorme lágrima se escapaba entre sus párpados cerrados, y rodaba por su mejilla izquierda hasta su boca. Su cuerpo se estremecía, convulsionado, intentando inútilmente retener en su interior todo ese dolor que brotaba desde lo más profundo de su alma.

— Creo que el odio que de a ratos me ciega con Octopus se debe a que lo culpo por esto que nos pasa y porque conozco todos sus pensamientos. Sé todo lo que te ama, pero también sé que te hace hacer cosas que no quieres. Yo conozco muchos secretos de ustedes, y lo peor es que mucha gente los conoce —. Levantó la cabeza, abrió sus ojos por un instante y volvió a dejarse caer entre las piernas de su madre, abatido.

— ¿A qué te refieres? — María Laura se sobresaltó.

— Deja. No vale la pena hablar de eso — respondió Maxi, sollozando convulsivamente y sin mover su cabeza, que reposaba como un peso muerto en el regazo de su madre.

Malu no sabía qué hacer. El dramatismo de la situación la sobrepasaba. Estaba allí con su hijo que le cuestionaba lo que ella consideraba -pese a sus temores iniciales- que había sido una enorme contribución a la felicidad familiar y al desarrollo de sus hijos. Y así fue, por mucho tiempo, hasta que Maxi empezó a estar perturbado. Pero ella no sabía cuánta responsabilidad sobre ese infortunio podía ser atribuida a la tecnología que llevaban implantada en sus cuerpos.

Su hijo también hablaba de secretos de su pareja, que él y mucha otra gente conocía. ¿A qué se refería, si ellos no tenían secretos que guardar?

Intentó seguir buceando para encontrar respuestas a tantos interrogantes. Pero ahora Maxi lloraba, desconsolado, sin decir palabra, entre sus piernas. Su retoño más amado, su principito, yacía tendido y vencido. Y ella no encontraba palabras ni gestos que pudieran reconfortarlo. De pronto, su rostro se iluminó con una sonrisa.

— Ven, principito —, le dijo mientras trataba de incorporarse, sin lograrlo, porque el peso muerto del cuerpo de su hijo no se lo permitía. — Ven, quítate los patines y vamos a la cama. Hoy te permitiré que, como cuando tenías 5 años y papi se iba de viaje, me acompañes en mi cama. ¿Recuerdas cuánto te gustaba? Mañana seguiremos charlando de todo esto y no te preocupes, si quieres sacarte el CHIG, cuando vuelva papi lo arreglaremos con él —.

Esas palabras lograron un efecto mágico en Maxi. Con su manga se secó las lágrimas y los mocos que empapaban su rostro de niño-hombre. Se sentó y, con rapidez, se sacó los patines. Después se incorporó, ayudó a su madre a levantarse y la siguió, en silencio y mansamente por las escaleras.

En un momento dudó en seguir adelante y se sintió tentado de soltar la mano de su madre que lo tironeaba para ir a refugiarse a su cuarto. Pero fue solo un momento de duda. Apretó la mano de su madre y la siguió hasta el cuarto de sus padres. Fue hasta el baño,

lavó y secó su cara y volvió hasta el lecho matrimonial.

Se recostó, vestido, al lado de su madre, que tampoco se había puesto ropa de dormir.

Malu retomó la tarea de acariciar su cabello enrulado. Cuánto tiempo hacía que no podía tenerlo así, entre sus brazos, como antes, cuando era pequeño y podía disfrutar libremente al besarlo y acariciarlo. No podía precisar desde cuándo, pero hacía mucho, mucho tiempo, que no lo tenía así entre sus brazos.

Maxi, abatido y extenuado pero ahora en paz, hizo trepar sus dedos huesudos hasta los rulos de su madre y penetró con ellos hasta llegar al cuero cabelludo, empezó a acariciarla suavemente y así, se quedó dormido plácidamente.

-----0-----

María Laura se despertó sobresaltada, todavía faltaban veinte minutos para que sonara el despertador, y en segundos tomó conciencia de lo que había pasado. De un salto se incorporó, recogió su bombacha que estaba hecha un bollo en el piso al costado de la cama y estiró su falda, que estaba arrugada y manchada en su regazo por la mezcla de lágrimas y mocos vertidos por su hijo la noche anterior.

Levantó el pantalón y el calzoncillo de Maxi que estaban del otro lado de la cama, se los tiró encima mientras le gritaba:

— ¡Levántate y sal inmediatamente de aquí. ¿Qué hice, qué hiciste? ¡Por Dios! —.

Maxi se levantó como un autómata, dormido, recogió sus ropas y, sin vestirse, se fue caminando lentamente. El sollozo de su madre lo persiguió hasta su cuarto.

Y ya no volvieron a hablarse.

XV

El amor primero lame y acaricia, luego muerde y lastima ...

- 2014 -

Octavio regresó feliz de aquel viaje. En la faz comercial había sido un éxito ya que traía contratos de venta de *software* por más de tres millones de euros. Y en el aspecto personal, esos días junto a Antonio Cerrillos Morales y su familia, le habían recargado las pilas. No había dejado de soñar con el viaje que haría junto a su amada esposa en agosto.

Le hubiera gustado que se mantuviera la costumbre de cuando él era niño y cada vez que alguien llegaba de un viaje al exterior, toda su familia lo estuviera esperando en Ezeiza, pero no era así ahora. Sólo la cara seria del chofer de la empresa de remises con un cartel en la mano que decía "Sr. Azzarini" en letras de imprenta lo estaba esperando a la salida del aeropuerto.

Tendría que esperar una hora más para ver a sus amores, aunque seguramente los chicos estarían en el colegio. Mejor, pensó Octavio, así puedo charlar tranquilo con Malu.

Por la ventana del automóvil que lo trasladaba, desfilaban ante los ojos cansados de Octavio las imágenes de los contrastes de Buenos Aires. El vehículo corría raudamente por la autopista Ricchieri, que une el aeropuerto con la avenida General Paz, que separa los límites de la ciudad capital con el de la provincia de Buenos Aires. El verde veraniego de los eucaliptus desfilaba ante sus ojos que miraban sin ver, mientras percibía el aroma del césped recién cortado. Emergían entre los árboles los techos rojos de las casas de Ciudad Evita, construidas hace más de cincuenta años durante la primera presidencia de Perón.

Más adelante observó a su izquierda el predio en el que entrena la selección argentina de fútbol. Más adelante, el restaurante El Atalaya, que varios años atrás era el centro de interminables asados que congregaban a dirigentes políticos y gremiales importantes de la Argentina durante los años de gobierno de Carlos Salem, hasta que luego su dueño, buscando espacios más redituables, se volcó a otro sector político para convertirse en el Intendente del Partido de Ezeiza.

Ya en las cercanías del límite entre la Provincia y la Capital, se dibujaba la silueta del Mercado Central de Concentración de Frutas y Verduras, que todavía registraba febril actividad.

— ¡Cuántos delincuentes circulan por esas dársenas! —, pensó Octavio, recordando las innumerables veces en las que este mercado aparecía en la sección policial de los diarios nacionales. Violencia política, violencia a secas, en definitiva, la guerra entre intereses oscuros de la economía y de la política argentina.

Los monoblocks de viviendas sociales construidas por el Fondo Nacional de la Vivienda en Villa Madero eran la última escala visual de la autopista, antes de acceder a la avenida General Paz, límite físico que divide a los porteños de los bonaerenses.

Miles de pequeños departamentos distribuidos en una veintena de edificios de muchos pisos y poca calidad, construidos bajo diversos gobiernos, para dar cabida a los que no les

resulta posible acceder a una vivienda digna sin recurrir al Estado, dan testimonio de la pobreza digna de miles de familias de trabajadores urbanos.

La remozada avenida General Paz con su caudal enorme de vehículos que, como diría *El Principito* de Saint Exupéry no saben dónde van ni lo que buscan.

“Sólo los niños saben lo que buscan – dijo el Principito-, pierden el tiempo con un muñeco de trapo y este se convierte en algo importante. Y si se lo quitan, lloran.... – Tienen suerte – dijo el guardavías.”. Octavio recordaba textualmente el fragmento del *“Capítulo del Guardavías”*, que Ignacio tenía como su pasaje favorito, y pedía que leyera su padre cada vez que lo llevaba a dormir.

Pensó en Nachito y su volubilidad desconcertante.

— ¡Qué dulce es — pensó, — cada vez que lo tengo en su camita, haciéndole cosquillas o acariciándolo, pero su rebeldía casi siempre lo termina ganando —.

Los edificios, casas y fábricas que desordenadamente se entremezclan a orillas de la avenida desfilaban ante sus ojos, que miraban sin ver. Pensó en Candela. La había extrañado mucho, pero traía muchos regalos para compensar su angustia y para pagar su culpa por tantos viajes de negocio que lo alejaban permanentemente de su familia y de su lugar en el mundo.

La imagen con pelo ensortijado de Maxi adolescente irrumpió en su apacible pensamiento.

— ¡Que lo parió! — se dijo, — mi niño ejemplar. ¡Cuánto cambiaste! Ya no te reconozco — pensó como si mantuviera un diálogo imaginario con ese hijo tan amado que ya no hablaba con él, que no lo miraba excepto cuando buscaba enfrentarlo y lo toreaba para provocarlo, como cuando tenía cinco años y lo peleaba por celos cada vez que se acercaba a Malu. Así había sido en los últimos tiempos.

— ¡Tanto te amo, hijo! — siguió hablándole desde su mente mientras el automóvil arrancaba y frenaba en el mar de autos de la autopista Panamericana. El chofer interrumpió sus pensamientos para decirle que había escuchado por la radio de un choque en el kilómetro veinticuatro, lo que seguramente los demoraría un poco.

— Puse tantas expectativas en tí y en tu futuro, te di tanto amor, y ahora somos dos extraños —. Tras la molesta interrupción del chofer volvió a su diálogo imaginario con Maxi, su retoño.

— No quiero eso para nosotros, pero no encuentro la forma de volver a llegar hasta vos, hasta tu alma dolida, no se de qué... ni por qué. ¡Señor! — dijo ahora cerrando sus ojos y orando en silencio a Dios, como le gustaba hacer cada vez que tenía alguna dificultad, como si le hablara a un viejo y respetado amigo.

— ¡Señor!, ¡Señor! — repitió mentalmente, — no sé qué puedo ofrecerte, qué puedo prometerte para recuperar a mi hijo, así que te ofrezco todo, a cambio de recuperar su amor y su respeto. No sé en qué he fallado. Me declaro impotente e incompetente. Perdona mi soberbia, sé que muchas veces obré pensando que todo lo sabía y que era capaz de elegir siempre el mejor camino. No necesitas que reconozca ahora que estoy ciego y necesito que tu luz ilumine mi camino. No necesitas que confiese que nada sé, ni nada soy. Humildemente te pido ayuda y te doy todo de mí, a cambio de su felicidad y de que encuentre su camino y su paz. Amén —.

El auto detuvo de pronto su marcha. Habían llegado, sin que Octavio se diera cuenta, mientras elevaba su plegaria al cielo. La barrera de la guardia de Siete Lagos impedía su paso. Octavio bajó el vidrio polarizado y saludó al guardia levantando su pulgar y éste

levantó la barrera liberando el acceso al paraíso, a su paraíso.

Un grupo de enormes eucaliptos enmarcaban la entrada al barrio. Desde el puesto de guardia, en adelante, se abrían a izquierda y derecha sendas hileras de álamos que parecían vigilar la marcha de los escasos autos que ingresaban o salían, a esa hora, de Siete Lagos.

Al llegar a la altura de su casa, fijó su vista en el grupo de árboles liquidámbar que daba un tono rojizo al mediodía. Esos árboles y el tono particular de sus hojas habían sido un componente importante de su enamoramiento de esa urbanización. ¡También con ellos se reencontraba! Posó su mirada serena en el color de las flores que adornaban el cantero del jardín de su hogar.

— Al fin en casa — se dijo mientras despedía al chofer. Abrió la puerta y se encontró con el silencio.

— ¡Amor, llegué! — gritó, pero solo le respondió su propio eco. Apoyó sus maletas en la sala e inició una rápida inspección de la planta baja. Solo encontró una nota sobre la mesa del comedor de diario que decía “*Ahora vuelvo*”. El trazo del mensaje dejaba en claro que había sido escrito por María Laura.

Nerviosamente marcó desde el teléfono inalámbrico el número del celular de María Laura.

— ¡Hola! — respondió Malu al teléfono.

— ¿Dónde estás? — preguntó él de mal modo.

— ¡Amor! —, dijo ella — ¿ya llegaste?, ¿estás en casa? Ahora voy, me vine al *House* a tomar un café para despejarme. Pero ya estoy saliendo para allá —.

Voló con su Mercedes Clase “B”, el que utilizaba a diario para llevar a los niños al colegio. Y en tres minutos estuvo abrazada a él. Octavio estaba fastidioso por no haberla encontrado esperándolo en su casa. Ella lo abrazó tiernamente y con un beso hizo desaparecer todo disgusto del rostro de su amado.

Hablaron largamente de su viaje. Octavio estaba excitado por contarle a su amada todos sus éxitos profesionales y económicos, y también quería darle detalles de sus hermosas vivencias en Galicia junto a su amigo Antonio Cerrillos Morales.

Comieron juntos unas empanadas de carne pedidas al restaurante del *House* y decidieron recostarse para que Octavio tuviera una siesta reparadora antes del regreso de los niños del colegio. Ambos sabían que esa era una excusa para reencontrarse en el lugar donde mejor se llevaban: la cama.

Octavio parecía un toro embravecido que hubiera vuelto contaminado de la furia con la que embisten los toros españoles contra la capa del torero. Presurosamente se desvistió por completo y se arrojó sobre Malu, que continuaba vestida.

— ¡Despacio, despacio amor, por favor! — le dijo ella en una mezcla de oración y sentencia.

— Tenemos tiempo, y ya sabes que no me gusta que nuestro amor quede sepultado por la furia —.

— Pero amor, ¡te extrañé tanto! — le dijo él en medio de besos voraces y caricias voluptuosas, mientras sentía que su espada se alzaba en busca de esa vaina, que Dios y la naturaleza le habían regalado.

¡Había soñado tanto con este momento! Dos días antes de su regreso, en la cama del hotel de Galicia, se había despertado embebido en el líquido pegajoso que había eyaculado como un torrente incontenible, en medio de un sueño erótico con su amada. Eso lo había sumido

en una extraña mezcla de desahogo y melancolía.

Pero ahora estaba allí, tocando ese ser deseado y suyo, ¡al fin!

— Lo siento. No lo tomes a mal, sé que tienes enormes expectativas, pero no puedo —, dijo ella, separándolo con sus manos e incorporándose para sentarse en el borde de la cama con la cabeza entre sus manos. Como si no quisiera ver algo que sus ojos veían en esa habitación, pero que era invisible para Octavio.

Más de tres meses les llevaría recuperar alguna normalidad en su vida sexual. Los dos estaban heridos, por muy distintas razones.

-----0-----

Malu decidió retomar sus sesiones de terapia. Quizás allí encontraría alguna respuesta o — al menos— algún desahogo, para la opresión que desde aquel amanecer junto a su hijo se había instalado en su garganta.

Su terapeuta trabajó intensamente con ella, durante semanas, para intentar aliviar la culpa y la carga emocional que acarreaba.

Le ayudó a comprender que estas cosas pasan con más frecuencia de lo que se conoce. Que en muchas familias humildes e incluso en muchas de clase media, el incesto es una práctica habitual y consciente. No como le había pasado a ella, que en medio de sus sueños satisfizo el desenfreno de su hijo adolescente, seguramente soñando que estaba en brazos de su esposo.

Le dijo también que era muy importante que el niño recibiera un tratamiento profesional, porque había que determinar fehacientemente el grado de conciencia que él había tenido en aquel momento. Sostuvo que lo más probable era que también para el niño aquello hubiera sido un extraño acto onírico en medio de la noche y de su propio torbellino de hormonas, del que podría entonces no tener plena conciencia. Pero, en todo caso, igualmente requería un período de terapia para que pudiera encauzar psicológicamente una cuestión que podía tal vez traumatizarlo de por vida.

El terapeuta fue concluyente en la necesidad de que aquel episodio jamás le fuera comentado a Octavio.

— Por bueno que sea, por mucho que te quiera, jamás podría entender esa situación y para él los atenuantes objetivos que existen en la misma no tendrían ningún valor —, sentenció.

También le encomendó que venciera su resistencia a la actividad sexual con su esposo.

— Cuanto más rara estés con él, mayor cantidad de explicaciones tendrás que dar— le dijo. —Para los hombres, el sexo lo es todo. La mayoría de nosotros, no puede soportar un rechazo sin causas. Necesitamos que todo nos resulte evidente: una enfermedad, una conmoción emotiva, algún hecho traumático, etc. Si la causa del rechazo no aparece, inevitablemente tendemos a sospechar que somos víctimas de un engaño, que hay algo extraño que ocultar, que no servimos, que no nos quieren, que hay otro hombre... y entonces aparecen las reacciones más inverosímiles —.

Pese a todas esas recomendaciones María Laura tardó tres meses en volver a besar libremente a Octavio y recién entonces pudo también empezar a sostener la mirada de Maxi, que ya no le hablaba.

La tensión existente entre los padres y el mayor de los hermanos había trastocado las costumbres de la familia. Los niños cenaban solos y hasta la eterna alegría de Candela, que habitualmente iluminaba al resto del grupo familiar, se había ido apagando.

Candela e Ignacio pasaban muchas más horas en sus respectivos cuartos, con su tarea escolar o simplemente dedicados a la lectura o a los juegos electrónicos.

Maxi era una sombra en la casa.

Octavio había empezado a tener cada vez más actividades en su oficina, y reuniones fuera de hora, y sus cenas de negocios, se habían vuelto una norma, que la mayor parte de los días lo retenían en el centro hasta horas avanzadas de la noche.

De lunes a viernes la incomunicación familiar se disimulaba detrás de las múltiples actividades de cada uno de los integrantes del grupo. Para resolver la incomunicación que campeaba los fines de semana, los adultos de la casa estaban siempre ocupados, con reuniones en casa de los amigos del barrio. Ya no llevaban a sus niños, porque ellos, a su vez, recargaban sus agendas con actividades deportivas o visitas a sus abuelos.

Un día Malu quiso restablecer la comunicación con su hijo, impulsada por el terapeuta. Le dio la tarjeta del profesional que aquel le había recomendado como un experto en cuestiones de adolescencia. Por toda respuesta, Maxi tomó la tarjeta en silencio, la hizo un bollo y la tiró a la basura, ante la mirada atónita de su madre.

XVI

La felicidad completa, en envase pequeño ...

- 2004 -

Steve se encontraba nuevamente ante Octavio y María Laura, para explicarles el procedimiento médico por el cual la familia Azzarini sería implantada. Sentía que los ojos de María Laura seguían perforándolo, cargados de ansiedad. Había aceptado que el procedimiento se realizara en dos tandas. Ese martes, Octavio y Malu. Los niños, en cambio, recién serían implantados el jueves siguiente, una vez que sus padres hubieran podido constatar la inocuidad del procedimiento en sus propios cuerpos.

Por esa mirada de desconfianza de María Laura, que ya había previsto en base a su comportamiento de un mes atrás, durante la reunión explicativa que había tenido lugar en Puerto Madero, Steve había organizado una exposición técnica que reforzara algunos conceptos generales para disipar los últimos temores.

Desde el piso mas alto del Hospital San Carlos, que era el centro privado más exclusivo de salud en todo el Gran Buenos Aires, erigido dos años antes por una Fundación apoyada por las empresas más importantes del país, se apreciaba la majestuosidad de la mezcla de verde y marrón del Delta. A lo lejos, algunos veleros sobre el horizonte pintaban con otros colores la belleza de esa mañana clara. Este había sido el lugar elegido por Steve para la intervención quirúrgica, que finalizaría el proceso de discusión, e iniciaría la vida de felicidad prometida a los Azzarini. Estaba algo nervioso y, aunque pretendía disimularlo, no lo lograba.

— Hasta nuestro último desarrollo tecnológico, nunca antes había sido posible leer las actividades cerebrales para saber lo que una persona ha decidido hacer en el futuro. El truco por el cual lo invisible se hace visible, recae en un nuevo método llamado “patrón multivariable de reconocimiento”, que fue desarrollado por una empresa de reconocimiento de imágenes de Florida. Un servidor, que se aloja en cualquier computador hogareño, es programado para reconocer los patrones de activación característicos en el cerebro, que ocurren en asociación con pensamientos específicos—. Steve había decidido obviar todo tipo de tecnología y de formato predefinido para la exposición.

Esta vez la haría él, concentrado en las reacciones de ella, y dispuesto a cambiar el rumbo de sus apuntes previos para disipar las inquietudes de María Laura. Sabía que si fracasaba en esta tarea, aunque lograra realizar los implantes, el proyecto fracasaría y aunque por su volumen no era importante a escala mundial que fuera un éxito en Argentina, un estudio de patrones de mercado le indicaba que los habitantes de la clase media de Buenos Aires tienen comportamientos muy similares a los estándares de consumo de los sectores de alto poder adquisitivo de los mercados asiáticos. China y Japón eran los objetivos verdaderos de la experiencia que había iniciado en el país sudamericano.

Hasta ahora, Malu lucía concentrada pero su rostro denotaba una tensa calma.

— Una vez que este servidor haya sido “entrenado”, se puede usar la información para predecir las decisiones de una persona, basadas en su actividad cerebral. Para lograr este enorme avance científico, nuestros investigadores llevaron adelante innumerables

estudios. Esos estudios revelaron los principios fundamentales acerca de la manera en la que el cerebro almacena las emociones y deseos del ser humano. A su vez, confirmaron que esas “intervenciones cerebrales” no están codificadas en las neuronas únicamente, sino en un completo patrón espacial de actividad cerebral —, explicó Steve.

Dudaba sobre si, realmente, estos conceptos técnicos, simplificados, que estaba utilizando para describir el más maravilloso desarrollo tecnológico desde la década del setenta, podría ser descripto, y al mismo tiempo comprendido, por personas sin una adecuada base científica. El fenómeno que intentaba describir implicaba el entendimiento de intrincados conceptos en una de las especialidades medicinales más complejas.

Recordaba que cuando empezó a tomar contacto con esta problemática había leído que describir el comportamiento de las aproximadamente cien mil millones de neuronas, y cien billones de sinapsis en el cerebro humano era imposible.

Intentar la creación de un mapa que cubra el funcionamiento, aunque más no sea un trozo pequeño del cerebro, era una tarea que muchos grupos científicos habían intentado sin éxito alguno.

Utilizando métodos estándar, se necesitarían más o menos tres mil millones de años/persona para generar el diagrama de cableado de una única columna cortical, una angosta unidad funcional de neuronas en la corteza, estimaba Winfried Denk, neurocientífico del Max Planck Institute for Medical Research en Heidelberg, Alemania.

Pero era consciente que debía avanzar y convencer. Concentrado en las reacciones de María Laura, continuó:

— A partir de esos resultados, y mediante una asociación estratégica, logramos unir ese avance fabuloso de los científicos de Florida con el descubrimiento de un “pequeño error” de diseño, en uno de los circuitos impresos de nuestro modelo inicial de CHIGs, que generaba ondas eléctricas indebidas. Pero el milagro fue que precisamente esas ondas interactuaban con los centros nerviosos ubicados en el lóbulo límbico y en la ínsula, que hemos descubierto son los sectores cerebrales que interactúan en el control de las emociones —.

Sabía que eso no se había probado científicamente, pero él necesitaba convencer y mostrar seguridad plena, así que apuró sus palabras, para que no trasuntaran su inseguridad.

— Así, de esa forma bastante casual, como otros tantos grandes descubrimientos en la historia de la humanidad, logramos saltar varios pasos adelante, posiblemente guiados por la mano de Dios que quiere evitar ese progresivo deterioro de la familia que todos percibimos y nos preocupa. Así desarrollamos este último modelo de CHIG, que es el que vamos a implantarles —.

Intentaba rematar el concepto sin dejar duda alguna. Lo hizo con una frase contundente:

— Todos estos avances han sido demostrados y auditados en nuestros laboratorios y han superado satisfactoriamente todas las pruebas de calidad exigidas por los protocolos de la Sociedad Neurocientífica Internacional, que avala la excelencia de este producto —.

Un poco nervioso por su mentirilla, ya que la Sociedad Neurocientífica Internacional no tenía ningún protocolo que certificara la calidad de este tipo de productos, prosiguió,

— La gran genialidad de este dispositivo es que, contrariamente a las grandes corrientes de investigación en la materia, que tratan de descifrar el funcionamiento del cerebro humano, para actuar en consecuencia, nuestro CHIG no intenta simular ese comportamiento, sino que usa sus capacidades para lograr condicionarlos —.

María Laura no manifestaba hasta ahora reacción alguna, que él pudiera percibir. Octavio lucía relajado. Había tomado la mano de su esposa, la había apoyado sobre su rodilla izquierda y la acariciaba suavemente.

— No quiero ni debo abrumarlos con datos técnicos, ya que muchos de ellos ni siquiera logro comprenderlos, yo mismo, en toda su profundidad. Pero lo importante es que nuestro CHIG funciona conectando entre sí un grupo de cerebros humanos, en un círculo virtuoso, que potencia la búsqueda de aquellos valores que la humanidad pretendió instalar como reglas sociales, para su bien, lamentablemente sin éxito, durante siglos —, concluyó.

— Bueno, han sido pacientes y se los agradezco, pero tanta expectativa merece que les presente a nuestra estrella —, dijo Steve, extrayendo de su bolsillo una pequeña cápsula de ocho milímetros de largo, dos de ancho y otros dos milímetros de altura, con formas redondeadas, con un par de aletas posteriores que le otorgaban el aspecto de un diminuto submarino, pero de color muy similar a la piel humana.

— Esta maravilla —, sentenció, — ha sido posible también por una extraordinaria acumulación de innovaciones, entre ellas, la capacidad de crear una electrónica multicapas rápida y de bajo consumo de energía. Estas capas de semiconductores de película delgada y flexible, de sólo unos doscientos nanómetros de espesor, de doble cara, pueden apilarse una sobre otra y crean así poderosos dispositivos electrónicos tridimensionales de bajo consumo. Debajo de la piel de esta cápsula se esconde la tecnología más maravillosa que el hombre ha podido crear —, se entusiasmó al notar que Malu observaba absorta ese pequeño objeto aprisionado entre sus dedos. Incluyó un poco su cabeza hacia adelante como si intentara acortar la distancia que había entre sus ojos y la mano de Steve.

— El CHIG es mi gran orgullo tecnológico y personal —, dijo estirando su mano para entregarle la cápsula a María Laura para que pudiera inspeccionarla detenidamente, bajo la tensa mirada de Octavio. También él sabía que ese era un momento crucial. Ese instante en el que toda fantasía se esfuma, para dar paso a percepciones y temores más concretos.

— Hablemos ahora de lo que será el procedimiento quirúrgico. Aplicamos el mismo procedimiento que se utiliza para una simple biopsia cerebral por estereotaxia. O sea que la aplicación se hace con la menor invasión, utilizando la mejor tecnología. El proceso es simple y seguro; El principio básico de la estereotaxia es la determinación mediante tres coordenadas, de un punto en el espacio, con la ayuda de equipamiento tecnológico de precisión. El uso de esa tecnología optimiza la exactitud y el estudio previo del lugar de alojamiento del CHIG, mediante un tomógrafo computarizado cerebral. Eso nos permite realizar un pequeño orificio mediante trepanación, bajo anestesia local, con un tiempo mínimo de intervención y con una seguridad del noventa y nueve punto noventa y nueve por ciento —.

Steve sabía que atravesaba la zona de mayor riesgo con María Laura. Necesitaba ser extremadamente cuidadoso con sus expresiones y sus tonos.

— Con la precisión y la ayuda del tomógrafo se determina exactamente el lugar donde se alojará el CHIG, y se guía la aguja hipodérmica que lo conduce hasta su alojamiento. Si se detienen a observar, las aletas traseras del CHIG apreciarán que constituyen una enorme ayuda, tanto para un perfecto direccionamiento, como para el sellado exterior del orificio realizado. Ese orificio, de todas formas, se sella mediante su recubrimiento con un muelle hecho con nitinol, una aleación metálica de níquel y titanio que es de reciente aplicación en cirugía craneal. El nitinol tiene la propiedad de ser muy moldeable en frío, y de recuperar su forma cuando alcanza aproximadamente 37 grados, la temperatura del cuerpo humano —.

Parecía que lo estaba logrando ya que no había observado reacciones importantes en el rostro de María Laura.

— Todo el proceso se controla mediante el tomógrafo para descartar cualquier complicación y, cumplido todo el procedimiento quirúrgico, y luego de un período mínimo de observación, concluye todo —.

Con una amplia sonrisa, como un torero triunfal que está a punto de terminar brillantemente su faena ante un toro indefenso, Steve concluyó:

— De este modo, se asegura su aplicación en el lugar exacto en el que lo necesitamos para asegurarnos la mejor conectividad entre nuestro CHIG, y los circuitos cerebrales sobre los que deberá operar —.

Malu tomó el diminuto dispositivo, que se resbalaba entre sus dedos por su superficie dura, fría y al mismo tiempo, suave. Inesperadamente, fue Octavio quien se incorporó, como si algo lo impulsara eyectándolo de su asiento y dijo:

— Ya te lo hemos preguntado y has respondido extensamente, pero yo no quiero una explicación técnica sobre cosas que conocemos escasamente; incluso a mí que conozco toda la terminología técnica, se me hace muy difícil seguirte, así que imagino las dificultades que tendrá Malu para captar tus explicaciones. Steve ¿puedes asegurarme, poniendo una mano sobre tu corazón y con toda la honestidad que pone en juego nuestra amistad, que esto no producirá ningún daño a nuestros hijos? —.

Octavio lucía profundamente conmovido. Steve dudó si su actitud era sincera o si simplemente actuaba de esa forma para señalarle el camino que le permitiría llegar al corazón de María Laura.

— En este punto, y antes de ratificar la enorme decisión que tomamos, en la búsqueda de la felicidad total para nuestros hijos, solamente tu palabra y tu absoluto compromiso de amigo, nos darán la tranquilidad necesaria para dar este paso trascendental —.

Steve vio con claridad que, más allá de cualquier intención, el camino del afecto y del compromiso personal que le planteaba su amigo era, indudablemente, el mejor. Se adelantó y abrazó a Octavio. Lo apretó tan fuerte, que casi hizo estallar su pecho.

— Yo también estoy harto de estas explicaciones, amigo, puedes confiar en mí como yo confío en tí —, le dijo.

Lo alejó un poco de él mientras extendía su brazo izquierdo para sumar a María Laura en el abrazo.

— Hasta hoy eran mis amigos, desde hoy seremos hermanos, unidos por el CHIG que les cambiará la vida y les dará la felicidad total que buscan junto a sus hijos —, les dijo. Y como un patriarca que acoge y protege a sus seguidores, les estampó un beso en la frente a ambos, sellando su pacto de vida.

Octavio se ofreció voluntariamente a ser el primero en recibir el implante. En cuarenta minutos estaba de regreso junto a su mujer, totalmente lúcido y sin ninguna señal visible en su cuerpo, que permitiera siquiera sospechar que su vida acababa de cruzar ese imperceptible umbral que, estaba convencido, comunicaba con un nuevo sistema de vida, en el que se aseguraría su felicidad y la de su familia.

Malu ingresó al frío quirófano cargada de temores pero con la seguridad de que ella quería cruzar también ese umbral que Octavio ya había traspasado. Sabía que siempre quería estar de su mismo lado, en todos los aspectos de la vida. Eso era lo que se habían jurado cuando se comprometieron a amarse para siempre.

Le quedaban dudas respecto de si debía seguir adelante con la operación para sus hijos pero las maravillas que había escuchado respecto del nivel de comunicación y complementación espiritual que aseguraba ese diminuto dispositivo que implantarían en su cuello, y el hecho de que Octavio ya hubiera dado ese paso, alimentó sus mejores ilusiones, dejando atrás todo tipo de temores. Tenía la sensación de estar ingresando a una nave espacial que la llevaría a un mundo perfecto, diseñado para pocos, más cerca de Dios, con amor y sin dolor.

Ya había tomado la decisión y ahora quería que todo terminara pronto, para seguir juntos, para proyectar juntos, para crecer en la misma comunión espiritual que habían logrado con Octavio, desde el día en que se conocieron.

Los dos días que siguieron, durante la prueba, para que se llevara a cabo el implante en los cuerpos de sus hijos, fueron maravillosos.

Se dedicaron a mimarse y amarse como en sus días iniciales de amor y pasión incontenible. La conexión que exploraban en sus pensamientos y deseos era extraordinaria. Octavio pudo ver la razón de todas esas pequeñas cosas que alguna vez enturbiaban la mirada de su amada y él hasta ahora no había llegado a entender completamente. Casi podría decirse que ahora también desarrollaba la capacidad de percibir la realidad por medio de otros ojos.

Ella parecía una *geisha* enamorada, dispuesta a conceder hasta el más mínimo de los deseos y necesidades de su amo. Incluso en el juego sexual supieron cuánto habían reprimido hasta entonces, por sus inhibiciones culturales y sociales. Pero ahora, sus deseos estaban allí, tan desnudos como sus cuerpos, dispuestos a complacer cada fantasía, cada necesidad.

La embriaguez de ese amor completo y total, los hizo llegar sin dudas ni temores al día en que sus hijos serían implantados.

Para que a los niños no les resultara complicado de entender, les explicaron que por una cuestión genética era necesario investigar si ellos también, al igual que sus padres, tenían unos anticuerpos que eran muy necesarios en una investigación que su amigo Steve llevaba a cabo. Y que esos estudios estaban ayudando a salvar a toda la humanidad. Así, Maxi, Candela y Nacho supieron que ellos también eran portadores del *CHIG* - así se llamaba el tal anticuerpo - que podría salvar a todo el mundo. Y aceptaron la prueba, entusiasmados y orgullosos.

Tuvieron alguna dificultad para explicar el pequeño promontorio que los niños, como sus padres, tenían en la nuca tras el implante. Allí los auxilió Steve, que les explicó que, para un completo aprovechamiento de ese anticuerpo, se les había colocado un pequeño dispositivo que haría que no fuera necesario que ingresaran nunca más al quirófano. Ahora, sin ningún tipo de intervención, resultaría posible extraer y analizar los anticuerpos que ellos generarían permanentemente.

Maxi, Cande y Nacho jamás volvieron a usar el cabello corto. Y los dos más pequeños nunca volvieron a hablar del asunto. Maxi estuvo reiterativo durante un tiempo haciendo preguntas sobre el asunto y hubo varias noches en que las pesadillas lo persiguieron. Recurrentemente un monstruo quería devorar su cabeza. Pero con el tiempo toda esa situación se normalizó.

Prácticamente, sin entender cómo ni por qué, empezaron a disfrutar de los beneficios del *anticuerpo CHIG*. Veían más claro todo, particularmente, era extraordinaria la forma en que se comunicaban con su madre.

También les resultaba muy útil esa comunicación para los juegos entre ellos. Iniciaron un proceso de aprendizaje de sus nuevas habilidades que pronto los llevaron a constituir un grupo familiar todavía más sólido y profundamente intercomunicado.

XVII

La batería de la vida, o de la muerte ...

- 2014 -

Era la segunda vez que Steve se reunía con el comisario Fuentes. Lo había contratado a instancias de Mercedes Peñalva, su única alegría en medio de tanta tristeza y amargura y la única persona en la que confiaba incondicionalmente en este viaje en el que, por primera vez, Buenos Aires le pareció hostil y desagradable. Sin embargo, pese a toda su confianza en Mercedes, ese hombre de pocas palabras y mirada inquisidora no le caía nada bien.

Se sentaron a la mesa en el lugar más reservado del “Sorrento de la Recova”, un coqueto restaurante ubicado a cincuenta metros del hotel en el que Steve se hospedaba. — ¿Qué noticias tenemos, Gerardo? —, le dijo dibujando forzosamente una fría sonrisa en su rostro.

— En primer lugar quiero ratificarle lo que le anticipé telefónicamente. En la autopsia no encontraron nada extraño, salvo las heridas que provocaron la inmediata muerte del hombre, de las que ya ha hablado la prensa largamente y la ratificación de la “muerte dulce” de la mujer que fue envenenada con monóxido de carbono mientras dormía —. La voz del comisario era casi un susurro obligando a Steve a acercar su cabeza a unos escasos veinte centímetros de la cabeza de Fuentes, para poder escucharlo. La noticia le trajo alivio porque eso significaba que el CHIG no había sido retirado, manipulado ni siquiera descubierto por los forenses, así que podía continuar con su plan.

— Creo que estamos a las puertas de la resolución total del caso —, agregó el comisario. — Hasta ahora las pistas eran confusas y los investigadores trabajaban sobre tres hipótesis: el crimen pasional por el supuesto affaire entre la difunta y un vecino de origen español, el robo de documentos comprometedores de la empresa de Azzarini que él guardaba celosamente en su casa, y el asesinato por enemistad entre vecinos a manos de dos lugareños contratados por los Rebolledo, los vecinos de al lado de la casa del señor Azzarini. Pero mis fuentes me indican que las dos primeras alternativas están prácticamente desechadas —.

Se detuvo un momento para beber un sorbo del vino que había pedido Steve para acompañar la comida. Era un Felipe Rutini cosecha 2008. Pensó que era una suerte que al gringo le gustara el buen vino. Pocas veces podía darse el gusto de tomar un vino de más de cien dólares. Gerardo Fuentes era un gran somelier aficionado y por eso sabía muy bien que el Felipe Rutini de esa cosecha se había obtenido mediante una mezcla de un cincuenta por ciento de Cabernet Sauvignon, un cuarenta de Merlot, un siete por ciento de Malbec y un leve toque de Syrah. Inicialmente, la bodega lo almacenaba durante veinticuatro meses en toneles de roble, antes de su embotellamiento. Su aroma intenso y su color rojo fuerte sumaban a su extraordinario sabor, el complemento de otros dos sentidos esenciales para degustar un buen vino.

Luego de su retiro de la Policía, con la recuperación de su agenda y sus horarios, el comisario había podido darse el gusto de hacer un curso en la Escuela Argentina de Someliers, con lo que logró perfeccionar y profundizar sus experiencias previas, que le habían dado el prestigio, entre sus amistades, como gran bebedor profesional y degustador

amateur.

— Se ve que conoce bien de nuestros vinos —, le dijo a Mc Gowan, señalando con su índice la botella. — Muy poco —, le respondió éste. — En todo caso el poco conocimiento que tengo fue transferido por el bueno de Octavio, quien me hizo degustar y disfrutar los mejores vinos argentinos —.

En el rostro de Steve se notaba que no estaba allí para hablar de vinos, así que Gerardo continuó con su relato.

— Lamentablemente todavía la policía no pudo encontrar a los hermanos Medina. Parece que escaparon del país, al Uruguay o al Paraguay. Pero hay una declaración de una anciana, la propia madre de la vecina de los Azzarini, Lucía Rebolledo, que atestiguó que “el Nene y su hermano asfixiaron al hombre y lo arrastraron. A la mujer la dejaron y el más grande la besó”. Después de esa declaración, pese a que el testimonio de la viejita no es muy confiable por su enfermedad mental, es muy difícil que ella pudiera imaginar una situación con el Nene Medina y su hermano, como protagonistas de una escena en casa de Azzarini, sin que ellos tuvieran que ver con el crimen —.

Bajó aun más la voz, como si alguien se hubiera aproximado a su mesa para escucharlos, y le dijo a Steve:

— Parece ser que los Rebolledo y los Azzarini se odiaban mutuamente desde que se conocieron, aunque no hay registro de ningún incidente grave entre ellos. También está acreditado, con múltiples pruebas en la investigación que los Medina eran protegidos económicos de Guillermo Rebolledo. Vale la pena aclararle algo que posiblemente usted no conozca, Willy, como conocen quienes lo frecuentan a este hombre, Guillermo Rebolledo, es un empresario poderosísimo que administra la fortuna de esta anciana que vio el crimen y declaró sobre los Medina. La viejita supo ser la empresaria más poderosa de la Argentina, hasta hace pocos años en que su enfermedad mental la obligó a recluirse en una especie de jaula de oro, en el altillo de la casa de su hija, la esposa del tal Willy —.

Se llevó a la boca un bocado de su lomo a la pimienta, y lo tragó casi sin masticar. Pensó que era una pena, comer así, a las apuradas, tan buen plato con tan exquisito vino; pero no estaba allí para que el gringo lo viera comer, sino para devolver con su informe parte de los abultados honorarios que había arreglado Mercedes Peñalva para él: veinte mil dólares más gastos.

Casi sin masticar tragó la carne, bebió otro sorbo de vino y prosiguió:

— El problema que tiene ahora la policía es que no logran dar con los Medina. Porque si lograran atrapar a alguno de ellos, con la presión política que tiene este caso y con los métodos que tienen mis colegas, los hacen cantar todo en diez minutos. La gente que está a cargo es muy profesional y muy experimentada, casi todos ellos fueron parte de mi equipo de trabajo en la fuerza —, se ufano.

— ¿Así que toda la certeza que tienen se basa en la declaración de una anciana que además está loca? —, replicó Steve que desconfiaba de Gerardo Fuentes pero mucho más de la capacidad de una policía particularmente desprestigiada, política y socialmente.

Gerardo reaccionó vehementemente:

— Si usted duda de la calidad de la información que manejo, de mis fuentes o de mi forma de transmitirle la situación, es poco lo que podremos hacer juntos. De mi parte siéntase liberado del compromiso contraído con la doctora Peñalva. Yo necesito un marco de respeto a mis actividades que, me parece, usted ha perdido —. Levantó la servilleta que tenía sobre sus piernas, la apoyó en la mesa y empezó a incorporarse.

Steve procesó en una fracción de segundos la situación: no tenía otra alternativa profesional; estaba claro que Fuentes manejaba buena información del proceso judicial y de lo que la policía estaba haciendo en relación al caso. No podía culpar a Fuentes de que los investigadores no hubieran encontrado evidencias en la escena del crimen, ni de que el único testigo fuera una vieja desquiciada y, menos aun, despedir a Fuentes.

Además de no contar con alternativas a mano para este servicio que necesitaba imperiosamente, eso lo llevaría a tener que brindar explicaciones a Mercedes, que racionalmente no tenía, así que reaccionó rápidamente y apoyando su mano sobre el brazo del comisario, lo obligó a sentarse nuevamente.

— No se ofusque —, le dijo, — disculpe si lo ofendí profesional o personalmente, pero estoy muy nervioso. Las muertes de mi amigo Octavio y de su mujer me han dejado desolado, no encuentro explicación y quisiera ver prontamente tras las rejas al responsable de tan brutal asesinato. Pero siento al mismo tiempo que me aterra la idea de que, ante la falta de pruebas, la policía encuentre culpables a quienes no lo son, y deje en libertad para siempre al verdadero responsable. Yo creo que este es un crimen que tiene complejidades que ustedes no están viendo —.

— Usted sabe algo que no me ha confesado —, contestó Gerardo envalentonado por la admisión de la derrota que había significado el gesto del gringo y extrañado de que usara el singular y no el plural para referirse a los autores del crimen, pese a que cualquier evaluación del escenario llevara a pensar en más de una persona involucrada en el asesinato.

Siempre había dudado de la edulcorada versión de Steve acerca de su preocupación por el caso: hablaba de su necesidad de apoyar a los niños Azzarini porque los conocía desde muy pequeños, había explicado su larga relación profesional y personal con el difunto. Pero para Gerardo, estaba claro que había “gato encerrado” en el asunto.

El comisario había investigado por internet y tenía ya una buena radiografía de la trascendencia internacional de Steve en el mundo de la tecnología y los negocios. No había logrado entender plenamente a qué productos tecnológicos se referían los catálogos web de la *TCH Corporation* que sólo tenían versión en inglés, había allí muñecos inteligentes, pequeños robots y chips diminutos que parecían estar destinados a otras industrias. Pero sí estaba claro que el gringo era un profesional reconocido internacionalmente- El buscador Google había identificado treinta y ocho mil doscientas veinticuatro referencias a su nombre y, sobre todo, quedaba claro que era un tipo con muchísimo dinero. Por eso Gerardo no entendía que hubiera perdido ya quince días en Buenos Aires, para investigar la muerte de un amigo y no parecía tener mucho apuro por volver a los Estados Unidos.

Steve percibía la desconfianza en esos ojos escurridizos. Debía aventar toda duda, así que contra atacó:

— Me parece raro que un argentino no entienda el valor de la amistad. Al menos Octavio Azzarini, que se definía como argentino tipo, me enseñó del valor de la amistad, y en varias oportunidades me dio claras muestras de ello, con acciones mucho más generosas que ésta que yo estoy realizando con la intención de que, mínimamente, él pueda descansar en paz. Pero comisario, quiero darle algunas ideas para que usted las acerque al equipo policial que está en el seguimiento del caso. Y usted sabe que si hiciera falta ayudar, con medios o dinero, solo hace falta que me lo haga conocer —.

Siguieron hablando largamente. Steve quería disipar el enojo del comisario y que éste se pusiera a trabajar, con toda intensidad, para ganarse los diez mil dólares adicionales que le había prometido, si en diez días lograba ayudar al esclarecimiento definitivo del caso. Así

que pidió otra botella de vino, aunque solamente había bebido una copa de la primera. Se dispuso lograr que Gerardo Fuentes saliera de ese almuerzo suficientemente incentivado, sin rencores, y con consignas claras para ayudar en la tarea investigativa.

Steve se despidió del comisario Fuentes, satisfecho por haber recuperado la única fuerza de la que disponía para la investigación del caso, y se subió al automóvil que ya lo estaba esperando.

Había contratado un auto con chofer, solicitando especialmente alguien que conociera perfectamente la Capital y la zona norte del Gran Buenos Aires, ya que sabía que tendría que ir y venir del Tigre durante su estadía. Debía llegar al cementerio antes de las seis de la tarde, porque esa era la única alternativa que tenía. Había chequeado la información técnica la noche anterior con David Connors, el jefe de su equipo técnico que se encontraba en Singapur, revisando un nuevo modelo de microbaterías orgánicas, que tenían como ventaja principal que, instaladas en el nuevo modelo de CHIG, se incrementaría el rendimiento en estado de latencia, manteniendo activa la carga por un período de dos años.

Más allá de lo extraordinario del contenido tecnológico del CHIG, los dos aspectos más revolucionarios del modelo inicial residían, tanto en la innovación que habían logrado doce años antes, al establecer que un circuito de termopar lograra una corriente eléctrica basada en las fluctuaciones de la temperatura del cuerpo, para mantener cargada y operativa una diminuta batería recargable de Litio; como en el hecho de que el transponder activo, insertado en el microchip, lograra establecer una fabulosa corriente de comunicación, que administraba el servidor que interconectaba a todos los CHIGs instalados en una familia.

Pero ya habían tenido problemas en diversas partes del mundo con la escasa duración de las baterías cuando no había corriente en el cuerpo portador del CHIG. Al problema lo habían descubierto tres años antes, cuando se produjo la muerte del padre de una de las familias que habían sido implantadas en Indonesia, en la segunda onda experimental iniciada en el año 2003.

Por eso David, su hombre técnico de mayor confianza, estaba en Singapur, precisamente testeando la fabricación en serie del nuevo modelo de microbatería, que tendría una latencia de dos años en un cadáver. Pero lamentablemente Octavio y María Laura habían sido implantados con el modelo anterior, así que a las baterías del equipamiento que alojadas en los cadáveres de ambos, ahora les quedaban exactamente, sólo ocho horas para la recuperación de datos, con un cien por ciento de seguridad. La información que se obtuviera después de ese plazo ya no sería confiable.

Tenía en sus manos un poderoso escáner de Radio Frecuencia RFID, que permitía la lectura del CHIG en estado latente, hasta a cinco metros de distancia. El dispositivo contaba además con la capacidad de traspasar cualquier material que se interpusiera entre el scanner y el CHIG.

Steve había averiguado que en el cementerio parque, Colinas de Paz, los féretros eran dispuestos a una profundidad máxima de dos metros y medio, así que estaba seguro que con sólo detenerse un minuto sobre la tumba de Octavio y sobre la de María Laura podría cumplir satisfactoriamente su cometido. El problema era que la prolongación de su reunión con el comisario Fuentes lo había retrasado y, para colmo de males, se había topado con un piquete de trabajadores aeronáuticos que, por un reclamo laboral, cortaban la autopista frente al Aeroparque de Buenos Aires, y eso lo atrasó otros treinta minutos adicionales a la hora de retraso que ya traía.

Finalmente llegó al cementerio a las 17.40. Preguntó y corrió. Sabía que las normas en la Argentina eran muy flexibles, excepto en lo que significaba el cierre de los lugares públicos y ésta, seguramente, no sería la excepción. Le habían indicado que su destino eran las parcelas 1148 y 1149. Había llegado hasta la 999 y creía estar en la dirección correcta, pero no.

— Maldita desorganización argentina —, masculló mientras corría por el parque, buscando el punto en el que podría recuperar el sentido de la numeración.

Tras correr en diversas direcciones, y buscar denodadamente durante cinco minutos, casi de casualidad, logró encontrar lo que buscaba.

— 1101, 1102, 1103, ¡uf! es por aquí, pero ya no me queda aire —, se dijo y se detuvo un instante a respirar profundo como su profesora de yoga le había enseñado. Levantó los brazos e hizo una inspiración suave y muy profunda, para llenar de aire su vientre. Lo contuvo por veinte segundos y exhaló lentamente. Miró su reloj que marcaba las 17.55.

— Ahora sí, a correr—, gritó, rompiendo el pesado silencio de muerte que dominaba el lugar, e inició nuevamente su alocada carrera. Cuando llegó a la parcela 1198, se tiró de bruces sobre el césped con el escáner en la mano. Lo accionó nerviosamente y una sonrisa enorme de satisfacción se dibujó en su rostro exhausto, cuando vio titilar la luz verde del lector que estaba cargando la información.

Jadeante, estirado sobre el césped parecía abrazar la tierra. Su barbilla se afirmaba contra la placa de mármol, en la que se podía leer:

Octavio Azzarini
Q.E.P.D. 11-08-2014
“Adorado padre,
te reencontraremos en Cristo”

Cuando tras diecinueve segundos se hubo apagado la luz de transferencia de los datos, sin levantarse, se corrió reptando hacia su derecha, estiró su brazo y lo extendió sobre la parcela adyacente donde estaba enterrado el féretro con los restos de María Laura, identificada con una placa de mármol idéntica a la de su esposo.

Oprimió el botón de lectura, pero la luz de transferencia no se encendía. Sacudió inconscientemente el dispositivo que tenía en su mano. Sabía que era inútil. Esa joya de la electrónica que portaba no tenía falla posible. Algo había pasado con la batería del CHIG de la mujer. Quizás por alguna falla de fabricación se había agotado antes de tiempo. Si fuera así, pensó, esa información sería irre recuperable.

Tercamente siguió accionando mecánicamente el pulsador, hasta que un guardia del cementerio vino a pedirle que se retirara. Lo hizo con mucha delicadeza, ya que lo conmovió ver a aquel enorme hombre, transpirado y desaliñado, desparramado por el suelo, con lágrimas en los ojos sobre la tumba de esa mujer.

— ¡Pobre! debía amarla mucho —, pensó el guardia.

Luego de una ducha reparadora, esa noche, sin cenar, se puso a trabajar en su habitación del *Four Seasons Hotel*. Su habitación daba al contrafrente y estaba en el piso catorce, así que la vista del centro de Buenos Aires se apreciaba en todo su esplendor desde los ventanales de su habitación.

A las diez de la noche, todavía muchos automóviles serpenteaban; con sus luces blancas, aquellos que bajan hacia la Avenida del Libertador, y con luces rojas los que se desplazan en dirección al Obelisco. Pero en una hora más las potentes lámparas de la avenida 9 de

Julio iluminarían la quietud, que solo se rompería de vez en cuando, por algún automovilista que tardíamente regresa a su hogar o por alguno de los escasos taxis que buscan en la noche el pasajero que salve su recaudación, en un viaje remoto hacia los suburbios o por los cartoneros, que con sus carros de supermercado escudriñan entre la basura, buscando sus magros tesoros.

Steve estaba impaciente, al punto que se maldijo por haber apagado su notebook, ya que ahora tendría que esperar unos tres minutos hasta que el proceso de arranque se completara. Odió más que nunca el símbolo del *Windows 7*, el sistema operativo que había adoptado unos años atrás. Aunque ese año *Microsoft* había lanzado su nuevo sistema operativo, el *Windows Alone*, precisamente él -que era tan innovador- sostenía que siempre había que estar un paso atrás con esa tecnología por los problemas de maduración del software. Recordaba los problemas que había tenido *Microsoft*, cuando lanzó el *Windows Vista*, que provocó el fastidio de millones de usuarios, Steve incluido, debido a sus fallas de rendimiento y seguridad.

Sobre esto cavilaba cuando la imagen de su esposa Michelle, con dos de sus nietos en brazos apareció, sonriente, en el fondo de pantalla de su pequeño computador, dando una simbólica señal de largada a su tarea. Estiró sus brazos primero hacia adelante y luego hacia atrás, intentando descomprimir toda la tensión acumulada durante su lúgubre raid vespertino.

Activó el escáner e inició la carga de la información de los últimos pensamientos de Octavio, para editarlos y para empezara a desbrozar parte del misterio.

Sabía que el CHIG tenía registro solamente de los últimos veinte segundos, antes de su ingreso al estado de latencia, generado por el ingreso del portador al estado de muerte cerebral.

Para interpretar la información, contaba con un software compilador de pensamientos que trabajaba sobre personas que hablan español. Pero había sido desarrollado por una empresa *software factory* de El Salvador. Aunque en la empresa se tenía por muy confiable a ese producto, era la primera vez que Steve lo utilizaba. Conociendo el modo tan particular y a su vez tan diferente de utilizar la lengua española que salvadoreños y argentinos tienen, lo asaltó la duda en ese momento sobre si ese compilador de pensamientos sería efectivamente útil en estas circunstancias, sin la contrarreferencia del propio portador.

Ese tipo de productos era testeado haciendo interpretaciones en laboratorio de la lectura del CHIG. Pero siempre se contaba con la posibilidad de chequear esa lectura con la propia opinión del portador. Pero eso no era posible ahora con el difunto Octavio. — ¡Igualmente lo lograré! —, se dio ánimos. Los necesitaba.

Pasó toda esa noche trabajando, revisando una y otra vez el registro de las últimas emociones y sensaciones de Octavio antes de su muerte. A las seis de la mañana, fatigado y abatido, se durmió. Esos fragmentos de los últimos minutos de Octavio habían confirmado sus peores temores.

XVIII

Señor, ten piedad de nosotros ...

- 2014 -

— Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre, hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo... —, su mirada se perdió en el celeste de los ojos de la imagen de Cristo que, desde su cruz, parecía acariciarlo con su mirada doliente.

Cinco Padrenuestros y cinco Avemarías era la penitencia que su confesor le había impuesto a Maxi tras su confesión, pero además le había dicho que lo esperaba en la Capilla de la Adoración, esa tarde a las cinco y le había pedido especialmente que le llevara todo el material que tenía, para analizarlo juntos.

Él no sabía interpretar exactamente si la actitud del sacerdote era de aprobación o reproche hacia lo que le había brotado, en medio de las naderías de su confesión. Para el cura, Maxi Azzarini era un adolescente ejemplar. Incluso él lo refería como un modelo de joven católico practicante, que era una rareza en medio de una sociedad cosificada y consumista.

Su abuela Madeleine se sentía muy orgullosa de la devoción cristiana de sus nietos. Los niños sobresalían entre sus semejantes cuyos padres les habían enseñado a adorar a un único dios: el *dios consumo*. Si bien sus nietos no podían observar una militancia cristiana como la que ella tenía, de misa diaria, Maxi, Cande y Nacho habían recibido de su madre, María Laura, una buena formación religiosa. Contrariamente a la vida pagana que caracterizaba a la mayoría de las familias de Siete Lagos, los Azzarini se esforzaban en dar a sus hijos una práctica religiosa que afirmara la fe que habían inculcado en ellos desde su cuna.

Y Madeleine tenía mucho que ver con todo eso. Sus regalos habitualmente tenían algún sentido religioso. Incluso había llevado adelante una batalla, consentida por Malu y Octavio, para que en la casa de los Azzarini no se honrara cada Navidad a Papá Noel, siguiendo imposiciones de marketing, que lo habían instalado como figura central de una fiesta cristiana, en la que, en su opinión, el homenajeado y venerado solo debiera ser el Niño Jesús.

Con mucho trabajo y dedicación, con abnegada imaginación y con el poder de su dinero, Madeleine renovaba cada año el pesebre familiar. Dedicaba casi por entero el mes de noviembre a la búsqueda de nuevos motivos y figuras para instalar un pesebre llamativo y atractivo en casa de su hija y sus nietos.

El último año había viajado hasta Guatemala, para buscar en Antigua -esa hermosa ciudad detenida en el tiempo- las figuras de un pesebre indígena, cada una de ellas de treinta centímetros de alto. En la aduana argentina debió pagar cinco mil cuatrocientos veintiocho dólares, una vez y media lo que había pagado por las treinta y dos figuras que traía, para poder ingresarlas, pero nada la incomodaba en el cumplimiento de esa misión.

Cuando finalmente pudo retirar su cargamento descubrió que por el maltrato habitual del equipaje aéreo, la figura de María se había quebrado, así que tuvo que llevarla a Marcos, su artesano preferido de San Telmo, que había hecho una tarea maravillosa y que en sólo

tres días recuperó la imagen de la Virgen Madre, que quedó como si nunca hubiera existido tal percance.

Así era su trajinar cada año, se podía decir que, en su madurez, esa tarea era la más importante de cada año, pero no le pesaba en absoluto. Madeleine tomaba esa responsabilidad con alegría y entusiasmo, como una prueba más de su compromiso cristiano. A su vez, esa actividad le permitía cumplir lo que había asumido como un legado: dejar la savia de la fe, renovada, corriendo en la sangre de su descendencia.

De modo que Maxi era un buen exponente de esa tarea de Madeleine. Aunque le costaba manifestar su fe cristiana entre sus amistades, poco apegadas a la profesión de fe alguna, que no fuera un frenético consumismo, él jamás renegaba de ella.

Incluso, ese año, alentado por el cura y con gran satisfacción y orgullo de su abuela, Maxi había participado de la Pascua Joven, junto a otros mil quinientos treinta y ocho jóvenes de entre quince y veintidós años de edad. Él acababa de cumplir dieciséis y esa era una experiencia extraordinaria.

— Hoy es difícil ser cristiano sólo. Por eso es tan necesario encontrarse con otros, particularmente en Pascuas —, había dicho el arzobispo de Buenos Aires en la apertura de aquel encuentro que duraría cuatro días, desde el jueves hasta el domingo de Pascuas.

— El encuentro con Jesucristo nos hace bien porque diariamente respiramos desencuentros. Nos hemos acostumbrado a vivir en la cultura del desencuentro, en la que nuestras pasiones, nuestras desorientaciones, enemistades y conflictos nos enfrentan y nos deshermanan; nos aíslan y nos cristalizan en un individualismo estéril. El anuncio del Evangelio no es una historia lejana. Nuestra obligación es vivir sobre la base de esas enseñanzas, poner distancia de la lujuria tecnológica, que nos enajena y nos aleja de nuestros espíritus. Vivir el Evangelio es una realidad que se da a diario, cada vez que nos ponemos en camino hacia Dios y nos dejamos encontrar por Él —.

Maxi estaba profundamente conmovido. Por sus mejillas resbalaron dos lágrimas, que no pudo contener. La emoción lo embriagaba. Habló con Dios y le pidió ayuda, que le iluminara el camino. Necesitaba esa ayuda, para salir del laberinto en el que se encontraba su vida.

Arrodillado ahora en el reclinatorio del confesionario, en su parroquia, ante su confesor y guía espiritual recordó aquel momento.

— Padre, aunque mi familia parece un ejemplo de fe cristiana, tenemos al demonio entre nosotros. Incluso yo he sido alcanzado y cometo pecados terribles. Vivo atormentado y necesito su ayuda. Tengo un montón de documentos que lo prueban —. Así, sin haberlo meditado, se escapó de su boca el fuego que lo quemaba por dentro, durante una confesión intencionadamente intrascendente en la que escasamente había relatado algunos pensamientos obscenos, peleas con su padre y hermanos, y mentirillas a su madre.

Cuando volvió de la iglesia, se encerró en su cuarto. Debía imprimir todo el material que había almacenado sobre el asunto. Lo tenía escondido, dentro de un directorio oculto y bloqueado, que exigía además una clave para poder accederlo. Él había definido que esa palabra clave sería “DEMONIOS”.

La carpeta contenía veinticinco archivos *Word*. A veinticuatro de ellos, los había armado bajando información de Internet, pero había uno especial, el número veinticinco, que contenía fragmentos del Antiguo Testamento de la Biblia que le había regalado su abuela Madeleine, seleccionados y escaneados por Maxi.

Los imprimió a todos. Las ciento dos páginas impresas fueron prolijamente clasificadas y

dispuestas en una carpeta que tenía el mismo aspecto exterior que sus carpetas escolares, de forma que nadie fuera a sospechar sobre su contenido.

El primer documento, que él consideraba el más importante, decía:

“El Anticristo está entre nosotros y desarrolla una gran tarea para controlar a toda la humanidad. El control último llegará cuando todas las personas sean obligadas a tener una marca de reconocimiento, sin la cual no podrán comprar ni vender ningún artículo, incluida la comida, los servicios y todo lo demás. Todo será controlado y registrado. Quienes todavía no perciben este fenómeno, quedarían completamente conmovidos y temerosos, si supieran cuánta información sobre sus personas, sus familias y sus cuentas ya está en mano del gobierno y las agencias civiles, y de otros actores de la sociedad cibernética.

Y hacía que a todos, pequeños y grandes, ricos y pobres, libres y esclavos, se les pusiese una marca en la mano derecha, o en la frente; y que ninguno pudiese comprar o vender, sino el que tuviese la marca o el nombre de la bestia, o el número de su nombre.

(Apocalipsis 13: 16-17)

Las razones que se darán para la introducción de esta marca, que la Biblia la denomina como la MARCA DE LA BESTIA, pueden ser de diversa índole: verificar el crimen organizado, detener el tráfico de droga, para impedir el escape de capitales o su “lavado”, o también para una redistribución financiera a nivel mundial después de un colapso financiero global, o, simplemente, para mejorar la calidad de la comunicación entre los seres humanos, o cualquier otra explicación que resultare oportuno dar. Sin embargo, a ese punto, no serán las razones dadas lo que contará. Será la misma persona quien pida u ordene que todas estas cosas se realicen: el anticristo.

La Biblia es sumamente clara en este punto:

Apocalipsis 14: 9-11

... Si alguno adora a la bestia y a su imagen, y recibe la marca en su frente o en su mano, él también beberá del vino de la ira de Dios, que ha sido vaciado puro en el cáliz de su ira;

y será atormentado con fuego y azufre delante de los santos ángeles y del Cordero; y el humo de su tormento sube por los siglos de los siglos.

Y no tienen reposo de día ni de noche los que adoran a la bestia y a su imagen, ni nadie que reciba la marca de su nombre.

Una cosa es ciertamente clara: quienquiera que lleve la marca rechazará conscientemente al Señor Jesucristo, y en cambio aceptará al anticristo como su dios.

A continuación, le presentamos algunas noticias relacionadas con este tema, para que ustedes puedan constatar personalmente cómo la tecnología se está moviendo en dirección a las previsiones de la Palabra. Les solicitamos que tengan en cuenta que las sociedades o los individuos citados en los artículos mencionados no deben considerarse como agentes del anticristo, o que desarrollan alguna función a su servicio. Ellos solamente son ejemplos válidos para indicarnos en qué dirección nos está llevando el anticristo y cómo se está utilizando a la tecnología para sus fines diabólicos ...”

Un largo listado, de unos cincuenta artículos periodísticos, con sus respectivos links, llevaba a las páginas web en las que se podrían leer las notas completas. Allí se mezclaban reputados medios internacionales, con otros provinciales, de Japón, de Francia, Indonesia, Bolivia, Australia y Zimbawe.

También contenía una mixtura de columnistas destacados de medios internacionales, con profesores de universidades prestigiosas, desconocidos articulistas, y otros nombres que en su diversidad y extensión, completaban una verdadera Babel de denominaciones, lenguajes y fuentes periodísticas. Entre esa profusión de nombres Maxi había encontrado el de Steve Mc Gowan... y eso confirmaba sus sospechas.

— ¿Así que piensas que tu familia está poseída por el anticristo? —, dijo el sacerdote, apenas inició la lectura del material de esa carpeta, que Maxi había apoyado frente a él en su mesa de trabajo, diciendo:

— Aquí están las pruebas —.

Mientras el cura revisaba minuciosamente el material impreso, Maxi lo observaba reconcentrado. Alternadamente, ponía una mano sobre la otra y se estiraba la piel que, por su delgadez, quedaba suelta entre sus muñecas y el nacimiento de sus dedos largos y finos.

El sacerdote venía de una familia de inmigrantes ingleses que se había afincado en la Patagonia argentina. Había decidido su ingreso al seminario, en Buenos Aires, a la edad de trece años, empujado por la fe y el amor de su madre, quien sumaba a su satisfacción por entregar su hijo a Dios, la necesidad de sacarlo del frío inhóspito, que tanto daño había provocado en la frágil salud de aquel pequeño.

Cuando el aspirante a sacerdote ingresó al Seminario de San Miguel, todo cambió en su vida. Incluso su salud. Con los años se había convertido además en un buen deportista, así que ahora, a los treinta años, era un joven apuesto que no ocultaba sus orígenes ancestrales de tierras de poco sol y mucha lluvia.

Tenía el cabello de un color castaño cobrizo y usaba una barba prolija. En medio de tanta profusión de pelos, resaltaba su piel blanca, aunque un poco tostada por el sol, y unos enormes ojos celestes, que derrochaban bondad.

En la parroquia, el cura era muy querido por los pocos feligreses que asistían a los oficios semanales. Un público variopinto en el que se mezclaban familias de obreros, de desocupados, algunos profesionales de la zona y familias de los barrios cerrados que llegaban en lujosos automóviles a escuchar la palabra de Dios.

Pobres y ricos respetaban al párroco. Un cura joven, apuesto, de palabras sencillas y profundas, que sabía moverse con comodidad, tanto en sus visitas a las humildes casas del barrio El Pozo, como cuando le tocaba departir con sus feligreses pudientes de Siete Lagos, en sus lujosas residencias.

— Conozco casi todo este material. Responde a grupos místicos con los que no me siento particularmente identificado. Pero no veo la relación entre el anticristo y tu familia, salvo por el hecho de que tu padre se dedica a cuestiones tecnológicas, y que estos grupos reniegan de todo tipo de tecnología —, dijo el cura, cerrando la carpeta. Su rostro lucía preocupado y concentrado.

— ¡Toque padre, ponga su mano aquí —, dijo Maxi incorporándose de su silla y apoyando su frente sobre la mesa, mientras -sin mirar- buscaba la mano del cura para ponerla entre sus cabellos a la altura de la nuca.

— Veo que tienes un pequeño quiste sebáceo o algo así —, le dijo el sacerdote, mientras con su dedo mayor recorría, suavemente, la pequeña protuberancia que Maxi lo obligaba a tocar, aferrando su mano con fuerza.

— Te presento al CHIG2408. Un modelo de microchip que Octopus nos hizo colocar a todos, para tenernos dominados y para someternos al anticristo —, le contestó Maxi,

soltando la mano del cura y levantando la cabeza con furia.

Y ya no se detuvo. Habló durante una hora, sin parar. Le contó a su confesor cómo Octavio se había impuesto a su pobre madre y los había obligado a participar, junto a otras familias, de un experimento que conducía un tal Steve Mc Gowan, desde California, un claro agente, o tal vez, el mismísimo anticristo. Cómo, éste hombre y su equipo médico les habían implantado el chip a todos ellos. Y cómo había sido su tormentosa vida, desde aquel día en que los habían hecho ingresar a ese círculo del demonio.

El sacerdote lo dejó hablar, introduciendo solo breves comentarios o preguntas. Sabía que lo mejor era que el joven pudiera descargar toda su angustia, hasta quedar exhausto, cada vez más hundido en esa incómoda silla de madera.

Cuando Maxi se quedó sin palabras, o sin fuerzas, el cura tomó la mano del joven, la acarició, y le dijo dulcemente:

— Pequeño hombrecito, cuánta angustia y dolor llevas guardados en tu alma. Primero, recemos juntos, después tengo algunas cosas que decirte —. Tomó con más fuerza la mano de Maxi y juntos empezaron, en voz alta y con total sincronía:

— Creo en Dios Todopoderoso, Creador del Cielo y de la Tierra, y en Jesucristo, su único hijo, nuestro Señor... —.

Rezaron durante veinte minutos, mientras Maxi sentía que lentamente su alma volvía a encontrarse con su cuerpo, sus nervios se relajaban y cada cosa parecía volver a tener nuevamente un orden, en su atribulado cosmos.

Una vez terminado el momento de oración, el sacerdote habló durante una hora seguida explicándole a Maxi acerca de la variada interpretación que las Sagradas Escrituras han tenido a lo largo de la civilización cristiana. Los cismas y las divisiones provocados por la naturaleza contradictoria del hombre, que lo lleva a acomodar la palabra de Dios a sus propios temores, inseguridades y ambiciones.

Estuvo a punto de preguntarle sobre aquellos tremendos pecados que él había confesado que cometía arrastrado por esta situación, pero pensó que eso sería más propio del momento de la confesión. Además, intuyó que era mejor no seguir revolviendo las heridas de ese niño-hombre, atormentado por problemas que no podía dilucidar completamente.

— Una cosa sí es segura, en el marco de tantas contradicciones —, le dijo, — tienes que entregar tu alma a Dios y sobre todo entregar tu orgullo. Si lo haces, su mano sabia te guiará, incluso en los momentos en los que te sientas en las tinieblas más oscuras. Solo te pido que no te encierres en esas interpretaciones religiosas, que son sectarias y, me parece, no nos llevan a la bondad y a la paz de los espíritus que necesitamos tener —.

Mientras decía estas palabras, el sacerdote buscaba en el desvencijado escritorio de la parroquia un viejo libro. Cuando al fin lo encontró, lo abrió en un lugar marcado con un ajado señalador de la librería San Pablo. Aclaró su garganta y le dijo,

— Quiero leerte un fragmento que, al menos a mí, me ayudó a entender lo que Cristo espera de nosotros —.

Recorrió con sus ojos las páginas como queriendo estar seguro de que era el texto que buscaba, aclaró su garganta y leyó con voz grave: *“Siendo entregado como cordero, para la salvación de la humanidad, creo conveniente repartir mis bienes entre todos. Y así les dejo:*

Todas las cosas que, desde mi nacimiento, han estado presentes en mi vida y la han marcado de un modo significativo: la estrella, a quienes están desorientados; el pesebre, a los que no tienen nada; mis sandalias, a quienes deseen emprender algún camino; la

palangana, donde les he lavado los pies, a quien quiera servir; el plato, donde voy a partir el pan, es para los que estén dispuestos a amar, ante todo, y a todos; el Cáliz, se lo dejo a quienes estén sedientos de un mundo mejor y de una sociedad más justa; la cruz es para todo aquel que esté dispuesto a cargar con ella; mi túnica, a todo aquel que la divida y reparta...

Mi palabra y la enseñanza que me confió mi Padre, se la confío a todo aquél que la escucha y la pone en práctica; la alegría, a todos los que deseen compartirla; la humildad, es para quien esté dispuesto a trabajar por el Reino de los Cielos.

Mi hombro, lo dejo para todo aquel que necesite un amigo en quien reclinar la cabeza; mi perdón, es para todos, para los que día tras día, pecado tras pecado, sepan y quieran volver al Padre.

“Soy yo mismo, quien me quedo con ustedes para seguir caminando, a su lado, compartiendo sus preocupaciones y sus problemas, sus alegrías y sus gozos”.

El sacerdote cerró su libro y entrecerró sus ojos. Su joven rostro lucía extraordinariamente pleno de paz y alegría. Hizo un breve silencio, como si necesitara separar aquellas palabras profundas de amor divino, de lo que diría él a continuación.

— *Verás que estas palabras de nuestro Señor poco tienen que ver con la furia que encierran muchas de las cosas que has leído. Las ideas que te han estado impulsando, tienen un alto contenido épico porque colocan al hombre en condiciones de luchar contra el anticristo y eso suena muy atractivo a tu edad, con una personalidad proclive a luchar por la justicia. Pero quiero que entiendas que esa, en todo caso, es la batalla de Dios, y no la tuya. Solamente él puede decidir si estás en sus planes para tal batalla—.*

Maxi se relajó completamente. Las palabras del cura habían obrado como un bálsamo que lubricaba su espíritu y como una luz que esclarecía su mente. Le pareció que, finalmente, con la ayuda de su confesor, podría reencauzar su vida y reencontrarse con su familia.

XIX

Suerte loca... al que le toca, le toca

- 2010 -

— ...Suerte loca.... al que le toca le toca —, decía con voz chillona Candela mientras giraba, con sus ojos vendados, extendiendo sus manos, e intentando atrapar a alguno de sus hermanos, que corrían alocadamente a su alrededor.

Era una tarde hermosa de sol. Los hermanos Azzarini habían vuelto del colegio y, como tantas tardes de otoño, de sol tibio, se entretenían antes del regreso de su padre, jugando en el parque. María Laura había ido a Capital a acompañar a la abuela Madeleine que debía hacerse un chequeo médico, pero había regresado antes de lo previsto, y Octavio volvía de su oficina recién a las veinte, justo a tiempo para la cena familiar.

Candy, como la llamaban sus hermanos y amigos, era un fiel reflejo de su madre, bella, dulce y muy generosa. Tenía entonces nueve años. Era rubia y alta, con el pelo muy largo, con los mismos ojos azul cielo de su madre. Por su meticulosidad y orden, le gustaba estar siempre aseada y muy bien vestida.

Quienes no la conocían, la veían como una niña muy seria, pero era solo por su timidez. En su ambiente, en cambio, todos la reconocían como alegre, de carácter abierto y muy simpática. Le encantaba jugar y reír. No era tan inteligente como sus hermanos, pero lo compensaba con mucho amor propio y dedicación. Sus carpetas escolares eran apetecidas por todos sus compañeros para copiar sus tareas, que siempre estaban muy detalladas y prolijamente subrayadas.

Ella había logrado una extraña habilidad que su madre no había percibido antes, y que se hizo notoria un año después del implante familiar del CHIG: podía percibir la ubicación física de cada miembro de la familia. Por eso Maxi e Ignacio disfrutaban tanto de la *tocadita a ciegas* con su hermana. Actuaba como si ella viera. Como si ninguna venda cubriera sus ojos, por lo tanto, en ese juego, el desafío para ellos era de velocidad. Como sabían que ella buscaría en la dirección correcta, entonces, se ponían a prueba todos sus reflejos. La única fórmula exitosa era quedarse muy quietos, hasta que ella estuviera a punto de tocarlos y saltar, justo a tiempo, hacia los costados o hacia atrás.

Ignacio, Nachito, era un niño muy particular, con sus seis años y medio sobresalía entre los de su clase, en el *Highest Global College*. Era alto para su edad y excesivamente delgado. Sus ojos azules lucían mejor en su cara que en la de sus hermanos por su tez levemente más oscura y su cabello castaño claro. También, a diferencia de sus hermanos, tenía el cabello lacio.

En cuestión de sus sentimientos, Nacho no se andaba con medias tintas. Amaba incondicionalmente y con total entrega a quienes quería, pero en su vida no existían los grises. Amaba a pocos, tanto como odiaba a las restantes personas en su área de interés. El resto de los mortales, o sea todos los que no entraban ni en el grupo de los amados, ni en el de los odiados, eran literalmente ignorados por él.

Su padre solía decir que Nachito tenía un comportamiento binario, ya que en su mundo solo se reconocían dos estados posibles: amor-odio, alegría-tristeza, euforia-depresión,

bondad-maldad, etc. Una vida sin ambigüedades y sin negociación de compromiso con situación alguna. A esa característica, que definiría un cosmos extremo pero estable, la naturaleza le había agregado caprichosamente otra: que era tremendamente impulsivo.

La mezcla de ambas características y su fuerte personalidad generaban un problema: la velocidad con la que pasaba de un estado al opuesto. Solo cuando su madre pensaba en él y con él utilizando el CHIG, se lograban comportamientos menos extremos.

Incluso el CHIG los había ayudado mucho en la actividad escolar y no porque Nacho tuviera problemas de aprendizaje por falta de inteligencia, sino porque en su división del mundo, las maestras de matemáticas habían caído del lado del odio y la desconsideración. De forma que sólo el amor y la paciencia de María Laura y la ayuda tecnológica de su conectividad mental podían remediar la situación. Malu tenía que dedicar bastante tiempo de su vida a pensar y transferir cuestiones que tampoco a ella le habían gustado en su etapa escolar, pero ahora debía esforzarse para ayudar a su Nachito. Y ella, con tal de ver felices a sus hijos, y con buenos promedios en el colegio, estaba dispuesta a eso y mucho más.

Maximiliano, el mayor de los Azzarini, era un compendio de virtudes. Tenía ya once años y medio y se aprestaba a terminar su último año de la primaria. Sus maestras lo definían como el mejor de su clase. Buen alumno y mejor compañero, en el *Highest Global* lo querían todos. Sobre todo sus compañeritas.

Era muy llamativo observar cómo, desde su ingreso al jardín de infantes, sus compañeras no dejaron de acosarlo. En esa primera etapa, con besos inocentes en las mejillas o en la boca. Ahora, en cambio, sin contacto físico pero con muchas cartitas, miradas seductoras, directas e indirectas, al menos ocho de sus compañeras estaban detrás de Maxi Azzarini.

Aquella tarde, los tres jugaban despreocupados en su casa. Allí podían mostrarse en todo su esplendor y en todo su afecto.

María Laura, mientras tanto, los observaba correr desde la galería. Llamó por teléfono celular a Octavio, para reclamarle que acelerara su regreso a casa, de modo que no se perdiera esa postal maravillosa.

Recordó aquel día del verano, a fines del año 2003, cuando se pelearon tanto, que ella llegó a arrepentirse de haberse casado con ese hombre.

— ¡Eres un monstruo, me quiero divorciar! —, le gritó ella. ¿Cómo habían podido discutir de esa manera por una pavada?

Maxi, con sus cinco añitos estaba en una etapa de muchas travesuras. Aquel día había metido un destornillador por el enrejado del bafle del equipo de audio de Octavio y había roto, uno a uno, los costosos parlantes.

Cuando esa noche regresó Octavio y quiso escuchar música, se encontró con el desastre provocado por su hijo.

— ¡Te voy a matar! —, le gritó en medio de un ataque de ira. Llegó a pegarle solamente un chirlo en la cola, cuando Malu se lo arrebató para protegerlo.

— ¡Vas a ser la responsable de tener un hijo maleducado y consentido que va a andar por el mundo creyendo que puede llevarse a todos por delante! Pero no te lo voy a permitir. Con la educación de mis hijos no transo. ¡No voy a dejar que los malcríes!—.

Maxi y Candela lloraban desconsoladamente por la inusual violencia de esa escena, tan ajena a la normal armonía familiar. Octavio y María Laura estaban en tensión absoluta. Sus cuerpos reflejaban ese estado.

Esa noche, en la cama, cuando ambos recuperaron sus cabales, se reencontraron. No sin antes discutir apasionadamente cómo debían marcarse los límites a los niños.

— Amor, en esta etapa los niños son como los cachorros. No pueden entenderte la fijación de límites, solamente con la psicología que pretendes aplicar. Hay consecuencias de sus acciones que ellos no llegan a entender, pero que son riesgosas para ellos mismos, o que pueden producir un daño importante a otra persona. Deben entender que hay límites que ellos no pueden traspasar, más allá de su capacidad de entender el porqué de cada cosa —. Octavio insistía con el tema que los separaba desde hacía algún tiempo, respecto de la fijación de límites a los niños.

— Yo te entiendo, pero en los tiempos que corren, ese es ya un tema antiguo. Ahora los niños tienen toda la información, tienen todos los derechos y nosotros debemos prepararnos y prepararlos para vivir en este nuevo mundo. Tienes que aceptar que la desobediencia y la ausencia de límites son una nueva realidad que nosotros tenemos la responsabilidad de resolver. ¿Piensas que aplicando tus límites resolverás mágicamente todos los problemas de su crianza y que no producirás que sean diferentes a sus amigos y compañeros, que no los tienen? —.

Malu recordó cada detalle de aquella extensa conversación sin acuerdos y sin soluciones, enfrentados al dilema de ser padres en un tiempo en el que los padres solo quieren ser amigos de sus hijos y desatan una insana competencia por satisfacer deseos insaciables de los niños.

Por suerte, esa etapa de dudas y complicaciones se había superado, desde el implante del CHIG.

Juntos habían soñado y planificado esta familia y esta felicidad y muchas veces María Laura sentía que gozaba de un enorme privilegio, en exclusividad, porque no se perdía nada de la vida de sus niños.

En cambio Octavio, con sus permanentes viajes y sus reuniones fuera de hora en la oficina, que muchas veces lo obligaban a volver cuando los niños ya estaban durmiendo, se perdía la mejor parte.

— ¡Pobre Octavio! —, se dijo en aquel momento. Ella había tenido tantas dudas, incluso lo había lastimado para que reaccionara.

— ¡Estás loco, rotundamente loco! —, le había gritado la primera vez que él le propuso, tibiamente, analizar la posibilidad de sumar a su familia al proyecto piloto que en diez países llevaría a cabo su amigo Steve, presidente de la multinacional *TCH*, con el programa que denominaban *Children's Happiness*.

Ahora ella podía apreciar en toda su magnitud, el efectivo cumplimiento de los objetivos del programa de Steve que, como había sostenido en aquel momento Octavio, buscaba efectivizar la tríada de la felicidad familiar: primero, el bienestar espiritual; luego, el bienestar emocional; y finalmente, y como consecuencia, el bienestar físico.

Así se había cumplido en su familia.

Con el fondo de los gritos de alegría de sus hijos, que correteaban por el parque, recordó todos los sinsabores que pasaron con la salud de Candela hasta los tres años. La pobre Cande contrajo una bronquiolitis en su primer invierno, con apenas tres meses de edad, que los tuvo a mal traer.

Recordó el sufrimiento de llevarla diariamente al sanatorio para que le hicieran sesiones de kinesiología que, simplemente, consistían en masajearla violentamente, e incluso

golpeando su diminuto tórax, para lograr despegar el moco que cubría los bronquiolos de su sistema respiratorio, porque incluso el proceso estaba ya afectando los alvéolos pulmonares.

De allí en adelante, cada resfrío de la pequeña se transformaba en un suplicio. Cuánto rezaron juntos en las noches en vela, pendientes de la respiración y los accesos de tos de la pequeña que, en un círculo vicioso se enfermaba, dejaba de comer y se debilitaba.

Esa situación hizo que Malu llegara a odiar y a temer cada invierno, por su carga de mocos y enfermedades.

Pero luego del implante, en ese pequeño cuerpito se operó un milagro. Y no había una sombra de duda posible respecto de que, ese cambio, se había operado cumpliendo esa tríada de la felicidad que a nivel familiar se vivía: bienestar espiritual, bienestar emocional y, como consecuencia, un cuerpo sano para todos sus hijos, incluyendo a Cande, que dejó atrás todo vestigio de enfermedad bronquial o pulmonar.

Recordó entonces el día que arrojó a la basura más del noventa por ciento de los remedios, que acumulaban a nivel familiar en una caja que guardaba lejos del alcance de los niños, en el vestidor de su suite. Aquel día -no podía precisar la fecha, pero lo ubicaba un par de años después del implante familiar- ordenando su vestidor para guardar la ropa de invierno, se encontró con la olvidada caja de los remedios, que en su gran mayoría estaban vencidos e inutilizables.

Era una caja de cincuenta centímetros de largo, treinta de ancho y treinta de altura, con su tapa. En su interior, estaban prolijamente guardados todos los remedios de la familia. Ese día tiró prácticamente todo. Sólo conservó los blisters de aspirinas y los antipiréticos para alguna emergencia, que después, nunca sucedió.

Extrañamente, Maxi se había contagiado una gripe un par de meses atrás, pero era tal la epidemia de esa enfermedad en aquel invierno, que no le pareció tan extraño, pese a que hacía varios años que esa palabra no se nombraba en casa más que para contar situaciones de otras casas, de otras familias, que no tenían como ellos, el seguro del bienestar espiritual, emocional y físico.

María Laura pudo ese día disfrutar, como cada día, de la felicidad plena. La de los juegos y las chanzas, la de la alegría de vivir... La que pronto -aunque no lo supiera todavía- perdería.

XX

***En otro lugar del mundo, siempre,
hay alguien que piensa y siente como tú....***

- 2013 -

Hacía ya cuarenta años que el Dr. Alfons Ferré, nacido en Barcelona, España, se había trasladado a Nueva York tras egresar de su brillante carrera en ingeniería en la Universidad Politécnica de Cataluña. Allí había obtenido una beca para cursar el *Master of Science in Management and Systems*. Su padre, un vendedor de ordenadores de IBM en Barcelona, había logrado que su hijo se trasladara a los Estados Unidos para desarrollar sus estudios de postgrado, además, y gracias a sus amistades, había logrado que se incorporara a la casa matriz de la corporación. Así, el hombre, había logrado una red de soporte afectivo e intelectual para el joven Alfons.

Un poco por su brillante trayectoria universitaria y otro tanto por los contactos de su padre, fue rápidamente reclutado para incorporarse al equipo de la gerencia de Investigación y Desarrollo de IBM, en el Departamento de Desarrollo de Software para la Salud.

Tras una breve carrera de cinco años en la corporación, el brillante español fue seleccionado para dirigir un grupo de investigación de más de cien científicos, ingenieros, y doctores en medicina. El grupo se creó financiado por diversas entidades públicas y privadas. Entre las más importantes figuraban el gobierno de los Estados Unidos, IBM, *General Electric* y el *Bank of America*. El grupo había sido constituido para desarrollar un microchip que se pudiera implantar debajo de la piel.

Los directivos de IBM evaluaron que la visión internacional de ese joven catalán, ayudaría en la coordinación de expertos de diversos países que habían sido reclutados con el objetivo de lograr un dispositivo que permitiera que el gobierno de los Estados Unidos identificara y localizara rápidamente a las personas.

El grupo de investigación trabajaba en los laboratorios del *Saint Joseph Medical Institute*, el más prestigioso en la tarea de desarrollo y construcción del más sofisticado equipamiento médico. Allí se habían creado todas las tecnologías de ecodiagnóstico que se empezaban a difundir por el mundo con la aplicación del ecógrafo.

La orientación y la experiencia del grupo profesional dirigido por Ferré debía permitir, al mismo tiempo, que sus desarrollos tecnológicos ayudaran a solucionar problemas médicos.

Tras muchos años de investigación y algunos fracasos que llevaron a una drástica disminución del presupuesto y a la reducción a un equipo mínimo de investigadores, siempre comandados por Ferré, el grupo logró importantes avances a partir de los desarrollos electrónicos logrados en el *Sillycon Valley*, California, pero eso fue recién a partir de 1987.

Entre los logros del grupo se encuentran un microchip que amplifica el flujo de la adrenalina en el cuerpo, otro que actuando sobre el hipotálamo logra controlar el funcionamiento de la glándula pituitaria mejorando la producción de la Hormona del

Crecimiento y el flujo de la Hormona Luteinizante que regula la producción de testosterona en el hombre y de estrógeno en la mujer.

También crearon el *ThermLife*, un generador termo eléctrico alimentado por el calor del cuerpo. Este dispositivo tiene la capacidad de proporcionar una fuente de poder miniaturizado, para los diferentes tipos de aparatos electrónicos, incluidos los aparatos médicos implantados, los relojes controladores de pulso, y otros objetos de consumo. O sea que las contribuciones tecnológicas del grupo en la conjunción entre tecnología y medicina fueron realmente importantes.

Pero el desarrollo más relevante y de mayor coincidencia con el objetivo inicial de la conformación de ese equipo humano que integraba la elite tecnológica mundial, se dio en 1990 con el diseño y producción de un microchip con capacidad para producir pequeños impulsos eléctricos en el cerebro, que permiten inducir cambios en el comportamiento.

Durante el desarrollo del proyecto y como jefe del mismo, el Dr. Ferré asistió a diversas reuniones internacionales en distintos lugares del mundo con funcionarios del G-7 (Grupo de los Siete), que nuclea a los países más poderosos.

En esas reuniones Alfons Ferré se codeó con los personajes más notables de la política internacional, ya que tuvo que compartir los resultados de sus investigaciones con Kofi Annan, Henry Kissinger, Bill Gates y varios ministros y presidentes, de los principales países del mundo.

La intención del G-7 era que el grupo de investigación del Dr. Ferré lograra desarrollar un microchip que ayudase a evitar el descontrol a nivel mundial. La irrupción del terrorismo a escala global y la propagación de ideas tales como la globalifobia, los había hecho destinar cuantiosos recursos en diferentes centros de investigación y desarrollo, intentando que la tecnología ayudara a evitar esos desbordes.

Finalmente, y tras treinta años de labor, el grupo logró perfeccionar múltiples descubrimientos parciales de otros grupos de investigación, con el desarrollo del microchip *PERS*, muy pequeño, de sólo un milímetro de diámetro y siete milímetros de longitud. Es más pequeño que un grano de arroz, y puede ser inyectado en el cuerpo utilizando una aguja hipodérmica. El dispositivo tiene doscientos cincuenta mil componentes y se alimenta mediante una batería de litio.

El microchip tiene, además, un transmisor que transmite en una frecuencia de la *IEEE L-band*, que permite, tanto el posicionamiento por *GPS*, como la lectura de toda la información del microchip *PERS* por medio de un satélite. La persona que tiene el microchip en el cuerpo puede, entonces, ser localizada con un margen de error menor a treinta centímetros, en cualquier lugar del mundo.

En aquel momento, el Doctor Ferré estuvo en contacto con la documentación de los desarrollos alcanzados por la *TCH Corporation* y tuvo acceso a buena parte de la información de diseño industrial del CHIG. Así que conocía en detalle el proyecto tecnológico y comercial de Steve Mc Gowan.

Cuando su propio desarrollo, el *PERS*, alcanzó escala productiva industrial, el *anciano* Dr. Ferré fue literalmente despedido, lo que le provocó una enorme decepción que lo llevó a la depresión.

Alfons había dedicado su vida a la investigación tecnológica y así había sacrificado familia y amistades. Estaba definitivamente solo.

Abatido y con un cáncer diagnosticado en sus pulmones, decidió regresar a Cataluña en busca de un reencuentro con sus afectos. Pero ya no encontró a nadie. Se había mudado

tan joven a Nueva York, que no había logrado consolidar en su España natal, otros afectos que los de su pequeña familia. Además, el hecho de ser hijo único, significó que también allí tras la muerte de sus padres, estaría solo.

Su vida austera de investigador y su tremenda soledad le habían permitido acumular un capital financiero muy importante durante sus años de trabajo. Aquella vida dedicada al trabajo no le daba siquiera la oportunidad de gastar ni un veinte por ciento de los jugosos honorarios que cobraba mensualmente. De forma que, a su regreso, adquirió una pequeña mansión sobre la *Ribera de Sant Pere*, en el ayuntamiento de *Castelldefels*, en las afueras de Barcelona, sobre la costa dorada. Desde allí dedicó su tiempo y su vida a la palabra de Dios y a las obras de caridad.

Él, que había sido agnóstico toda su vida, encontró la fe de la mano del único amigo que pudo rescatar de su infancia, el obispo de la nueva diócesis que el Vaticano había creado antes de la muerte del Papa Juan Pablo II, San Feliú de Llobregat. Monseñor Ricardo María Sáiz Pujol, resultó ser su amigo Ricky, con el que había compartido toda su escuela primaria. Se había reencontrado con él durante la reunión que el Alcalde de Barcelona organizó, para otorgarle el título de ciudadano ilustre, luego de que tomara estado público la decisión del notable Alfons Ferré, de regresar a su tierra de origen.

El obispo Sáiz Pujol y su palabra, compasiva y cristiana, fueron el bálsamo en el que Alfons pudo reencontrarse con su fe católica, que había sido abandonada junto con buena parte de sus creencias y de su esencia, el mismo día en que, en su temprana juventud, abordó aquel avión que lo transportaría a su nueva vida en los Estados Unidos.

Desde entonces, el profesor Alfons Ferré, reconocido en todo el mundo por sus conocimientos tecnológicos, encontró una nueva pasión: se volvió un experto en los Libros Sapienciales. Estudió toda la doctrina religiosa y escribió un libro, en el que analiza la relación entre la tecnología y las Sagradas Escrituras. En definitiva, ha dedicado sus últimos años de vida, a luchar contra las tecnologías que él mismo colaboró en desarrollar.

Fue él quien encontró y formalizó, la estrecha relación entre la tecnología y el anticristo. Más aun, pudo establecer que los problemas derivados del implante de las baterías de litio en el cuerpo están claramente profetizados en el libro de Apocalipsis:

16:1-2: 1 Oí una gran voz que decía desde el templo a los siete ángeles: id y derramad sobre la tierra las siete copas de la ira de Dios.

16:1-2: 2 Fue el primero, y derramó su copa sobre la tierra, y vino una úlcera maligna y pestilente sobre aquellos hombres que tenían la marca de la bestia, y que adoraban su imagen.

Dado su convencimiento de que la batalla contra el demonio hay que darla en todos los campos, el Dr. Ferré creó un foro en internet desde el cual alerta sobre cómo los microchips empiezan a ser utilizados, en escala mundial, porque el anticristo ha decidido, en esta última fase, tornarse más visible. Alfons Ferré advierte que se utilizará a los microchips, como medio de control del sistema monetario global, de la economía y hasta del propio sistema religioso internacional.

Ferré sostiene en ese foro que Dios lo convocó para revelar el proyecto diabólico del microchip al mundo. Relata que él, en la vorágine de su brillante carrera como investigador, rechazó inicialmente esa convocatoria divina. Pero algunos años más tarde, terminó internado en un hospital, con cáncer terminal en sus pulmones. Sus doctores le pronosticaban solo dos meses de vida. Entonces, apoyado por su amigo, Monseñor Sáiz Pujol, pudo escuchar la Palabra y Dios le habló otra vez y le dijo: *“Te llamé a la obediencia*

y tu decidiste ir por tu propia cuenta". Y esta vez, él obedeció el llamado.

Alfons Ferré reconoce que sobrevivió por un milagro del Señor, y desde entonces, dedica el resto de su vida a la lucha personal contra el demonio tecnológico.

Así, a la distancia, y por medio de la web, un día Maxi Azzarini lo descubrió, en su frenética búsqueda por resolver sus propios interrogantes, su propia angustia existencial.

Pese a su corta edad, Maxi era, como la mayoría de los adolescentes argentinos de clase alta, un experto en internet. Así que, rápidamente, creó el marco tecnológico para estar en sesión de chat, permanentemente comunicado con Alfons Ferré.

En cuanto Maxi logró explicar su situación se estableció una corriente de contacto que los llevaba a un diálogo diario y febril en el que intercambiaban datos e información tecnológica y religiosa. El horario de comunicación había quedado establecido a las doce en punto de la noche de Buenos Aires, y las 4.00 de la mañana en Barcelona, cada día, de lunes a viernes.

— Tengo información tecnológica relevante que solamente a usted puedo revelar. Quisiera saber el grado de seguridad que tiene este foro —, decía el texto del mensaje inicial que Maxi le envió, logrando despertar el interés de Ferré, quien de inmediato respondió con su dirección de mail personal para que el joven pudiera escribirle, en un entorno seguro.

Aquella noche, Maxi prácticamente no había dormido. Redactó diez páginas y las repasó tres veces en su computador hasta que estuvo seguro de que la redacción era suficientemente castiza, sin modismos porteños. No quería que se produjeran malos entendidos y pretendía que su interlocutor remoto entendiera el sentido exacto de lo que quería transmitir.

Guardó su redacción en un archivo *Word*, que adjuntó a su mensaje. En él sintetizó todas sus tribulaciones.

"Mis padres decidieron implantarnos un microchip que supuestamente actúa sobre las ondas cerebrales para mejorar la comunicación entre los miembros de la familia, que quedan así interconectados mediante un server", comenzaba el informe.

Después detallaba las fechas y eventos más importantes, ordenados temporalmente hasta la fecha en la que él había logrado, mediante su investigación en internet y con la ayuda de Dios (así lo destacaba), operar sobre la programación del servidor. Relataba que, tras varios intentos fallidos, había logrado bloquear la señal que lo comunicaba con su CHIG. Incluso había realizado, en ese caso sin éxito, varios intentos de alteración de los programas del servidor.

También hacía referencia a la virtual batalla librada en aquel momento, contra su padre, que finalizó cuando Octavio Azzarini contrató un cofre de seguridad electrónica, para alojar el servidor en la buhardilla de su casa, a la que le impedía el acceso.

En aquellos primeros diálogos electrónicos, el profesor Ferré, con sus profundos conocimientos tecnológicos, lo fue guiando en su actividad de *hacker* para realizar nuevos intentos de sabotaje del sistema que había instalado en el seno de su familia el siniestro Steve Mc Gowan.

El intercambio electrónico diario con su amigo virtual, tan lejano en edad y en distancia, se había convertido en una fuente de energía para Maxi.

Disfrutaba cada noche redactando sus informes, con sus interpretaciones y detalles, algunos ciertamente morbosos, de la relación familiar. Luego los despachaba a la casilla de correo de su nuevo amigo español.

Alfons, por su parte, esperaba ese momento con ansiedad. A él no le costaba levantarse cada día a las 3.30 de la mañana para estar física y espiritualmente preparado, para el momento de la comunicación con su lejano compañero de lucha contra las fuerzas del mal.

Sentía que la batalla contra el anticristo que libraba su pequeño amigo en Buenos Aires era también su propia batalla. Dios lo había puesto en su camino y él no volvería a defraudarlo.

Más de una vez estuvo tentado de tomar un vuelo hacia Buenos Aires, para conocer personalmente a Maxi Azzarini y analizar juntos otras formas de ayuda. Pero imaginaba que la escasa autonomía operativa que tiene un adolescente protegido y cuidado en extremo por sus padres, tornaría ridículo ese emprendimiento. Además, pensaba que ambos podrían utilizar también a la tecnología en su favor, para luchar por la causa del Señor.

XXI

Un encuentro de titanes...

- 2014 -

Steve había esperado ansiosamente ese encuentro. Lo había intentado durante la misa que había organizado la madre de María Laura en la Iglesia del Pilar para orar por el descanso eterno de las víctimas al cumplirse nueve días de su muerte.

A Steve, pese a que también era católico, le resultaba extraño el modo en que los argentinos se relacionaban con la muerte. Esa relación era demasiado trágica para su gusto y hasta le parecía contradictoria con su propia visión cristiana de la vida, como un tránsito hacia la vida eterna.

Pero había aprendido en sus viajes por el mundo que la práctica religiosa siempre toma muchas cosas de la cultura local y se particulariza. Como muestra de ello, recordaba siempre con simpatía, que las pequeñas capillas católicas que visitó en Japón tenían el mismo cajón, enrejado para la limosna y la misma campana con una sogá, en su entrada, que había encontrado en cada uno de los templos budistas y sintoístas que había visitado. La diferencia era que las pequeñas capillas no tenían ni la fastuosidad, ni la majestuosidad que caracteriza a los milenarios templos de las religiones tradicionales de ese país.

Había observado que los japoneses cumplían el mismo rito en las tres religiones: llegaban a la puerta del templo, embocaban sus monedas en el cajón de la limosna, como si estuviesen participando de un juego de destreza en un parque de diversiones; tiraban de la sogá para que suene la campana, en un llamado a su dios para que concentre su mirada en el feligrés de turno y, finalmente, adoptaban una posición de recogimiento y devoción por unos pocos segundos. La breve oración se hacía con la cabeza inclinada, y ambas manos juntas debajo de la barbilla, para luego continuar su camino, con el espíritu sosegado, sin ingresar al templo.

Otra particularidad impactante de sus registros de los viajes a Oriente fue que, según su tradición, los japoneses, independientemente de cual fuera la religión que profesaran, pueden elegir casarse de acuerdo al ceremonial budista si les gusta esa ceremonia, y luego adoptar un oficio funerario sintoísta, o viceversa, de acuerdo a su gusto.

Así que, después de observar aquellas costumbres, nada lo asombraba en materia de ritualidad y gustos religiosos.

Llegó a la iglesia Del Pilar tras hacer un alto en el café La Biela, a cien metros del templo, lugar en el que es habitual encontrarse con personajes políticos y famosos de todo tipo y color. Aquel día, frío pero soleado, que anticipaba la primavera que se aproximaba, fue uno de los pocos en sentarse en las mesas dispuestas en la vereda. Él disfrutaba mucho del bullicio de los turistas que pasean por el lugar y de la magnificencia de un árbol gomero, que había sido plantado en 1878, cuyo tronco tiene más de siete metros de diámetro, con un impresionante follaje que cubre con su sombra un enorme espacio de ese lugar.

Terminó su café americano y caminó cruzando la plaza que separa La Biela del templo. Pensó que ese paseo simbolizaba la mirada trágica de la vida que percibía en los argentinos. La vida, el bullicio y la alegría de bares y restaurantes de La Recoleta de un

lado, a sus espaldas, y enfrente, la muerte y el cielo.

La fachada blanca e imponente de la Iglesia del Pilar está flanqueada por una multitud de bóvedas y criptas dominadas por cruces y ángeles que emergen tras el paredón entre los árboles, denotando la presencia de cuarenta y siete mil bóvedas apiñadas en cinco hectáreas que congregan a los muertos más poderosos de la vieja Argentina. Una muerte ostentosa, que exhibe una etapa de abundancia para pocos en la historia de este país, pensó.

Ingresó a la iglesia y se ubicó adelante. Le llamó la atención la imagen que presidía el altar más cercano -uno de los siete que tiene la Iglesia del Pilar- el Señor de la Paciencia y la Humildad, que honra el momento en el que Cristo espera su crucifixión, sentado, sosteniendo su cabeza con una de sus manos y mostrando todas las llagas de su calvario.

Cuando entraron los tres hermanos Azzarini, tomados de la mano y con sus cabezas gachas, él empezó a desplazarse para acercarse a ellos, pero la mirada de reprobación de la madre de María Laura, que los acompañaba, lo detuvo.

Las palabras del cura que oficiaba la misa fueron reconfortantes para el dolor que se observaba en los rostros de todos los presentes.

“Nuestros amados Malu y Octavio fueron el ejemplo vivo de lo que los católicos entendemos como familia cristiana. Ellos honraron la vida, honraron a Dios y honraron la familia, las tres principales tareas que tenemos como practicantes de nuestra fe cristiana, cada día”.

“La vida y la familia están íntimamente relacionadas. La vida es el don de Dios y el primero y fundamental derecho humano que habremos de respetar desde el momento de la concepción hasta su término natural. La familia es la célula básica de la sociedad cristiana y está fundada en el amor entre el varón y la mujer, y en el amor y la responsabilidad por los hijos”.

Candela, Madeleine y Nacho sollozaban con sus cuerpos conmovidos por el dolor y la emoción. Maxi mascullaba, serio y concentrado. Estaba dialogando con Dios. El cura seguía con su homilía: *“María Laura y Octavio Azzarini fueron un ejemplo en todo sentido. Iluminados por la Sagrada Familia de María, José y el Niño Dios construyeron un ejemplo vivo de lo que debe ser y lo que debe hacer una familia cristiana”.*

El sacerdote entrecerró sus ojos. Él también estaba emocionado y conmovido. Malu había tomado su primera comunión con él. Recordó ese día mientras decía: *“Quizá por eso, pese a toda la tristeza que nos embarga por su traumática y violenta muerte, debemos -en nuestra obligación cristiana de encontrar la resignación- aceptar humildemente esta dolorosa situación”.*

“Tal vez, el Señor aceptó este triste final para ellos, pensando en nosotros. Pensando en todos los que no tenemos las cualidades y virtudes de esta noble pareja. Como una nueva crucifixión que debe acercarnos a nuestra esencia y a nuestras raíces. Solamente cuando perdemos a hermanos que siguen fielmente el ejemplo de Cristo, aprendemos a valorar sus virtudes”.

Madeleine O’Connors de Fernández se recompuso. Pensó en su hija que, seguramente, estaba mirándola gozosa desde el cielo y en su responsabilidad de reconfortar a sus nietos. El oficiante había hecho un sugestivo silencio y prosiguió: *“Otra interpretación posible para esta herida abierta que nos deja esta muerte es que Jesús decidió que María Laura y Octavio participen ahora del amor divino, del banquete celestial, como la mejor manera de prolongar ese amor que ellos se profesaban aquí, en la Tierra”.*

El sacerdote lucía profundamente conmovido, mirando directamente a los niños Azzarini, finalizó diciendo: *“Quiero en este momento, darles a ustedes, mis pequeños, una especial palabra de aliento. Lleven orgullosos, como un estandarte cristiano, el amor, la palabra y el nombre de sus padres, pues ellos han sido un ejemplo de vida y han conformado un ejemplo de familia. Es palabra de Dios.”*

Luego del oficio religioso, en el que Candela e Ignacio no pararon de sollozar, Steve intentó nuevamente acercarse a ellos.

— Le pido que respete este momento de dolor —. Le dijo Madeleine secamente sin dar lugar a réplica alguna, mientras se alejaba con su esposo y sus nietos a paso rápido hacia los automóviles que los aguardaban en marcha.

Recién dos días más tarde pudo lograr parcialmente su objetivo, tras infructuosos llamados telefónicos.

Los niños estaban viviendo en casa de su abuela y no encontraba forma de acceder a ellos, pero -tal como supuso- Maxi debía conectar su computador. Así que tras un intercambio de mensajes electrónicos, acordaron que se verían.

Para que al joven no le resultase complicado, acordaron encontrarse en La Biela, enfrente a la Iglesia del Pilar, al día siguiente a las diez de la mañana, un horario en el que hay mayor tranquilidad en esa zona.

En el bar solamente había un par de mesas ocupadas. Eligieron un sitio alejado de las puertas y se sentaron. Pese a la insistencia de Steve para que pidiera alguna otra cosa, Maxi solo pidió una gaseosa. Steve en cambio, pidió un revuelto de huevos y salchichas y un café americano. Todavía no había desayunado y tenía hambre.

Maxi se movía nerviosamente en su silla, como si no pudiera contenerse. Apenas se alejó el mozo y empezó a hablar, a Steve se le borró la sonrisa que tenía dibujada en el rostro.

— Esperaba ansiosamente el momento de estar ante el hombre responsable del infortunio y el dolor de mi familia —, dijo nerviosamente Maxi, mirando fijamente a los ojos de Steve, que esquivó esa mirada fría y penetrante.

— ¿Usted es consciente del daño que hizo? ¡Sí, estoy seguro que lo es y que también se sentía muy orgulloso de lo que había logrado hasta ahora. ¿Qué piensa hacer cuando revelemos al mundo sus planes diabólicos? ¡Nosotros éramos tan felices, hasta que usted y su maldito CHIG aparecieron en nuestras vidas! —.

— ¿Ustedes piensan que porque somos subdesarrollados pueden utilizarnos como quieran, incluso como instrumentos del mal? ¿Creen que con dinero pueden comprar conciencias y personas? ¿No les importan las vidas de los seres humanos a los que involucran en sus operaciones? —.

La catarata de preguntas del joven Azzarini hizo que Steve recordara a su madre. María Laura actuaba de la misma manera cuando estaba angustiada, arrojaba al aire una cantidad de preguntas que ni ella, ni nadie, podría responder. Pensó que la sangre irlandesa debía estar presente en esas actitudes.

Intentó reaccionar ante la inesperada situación, y tras dos segundos de silencio, aclaró su garganta mientras ordenaba sus pensamientos, simuló que buscaba algo en un anotador que llevaba consigo, mientras articulaba mentalmente su respuesta, pero Maxi no se lo permitió.

— Le aclaro que esta es la última vez que verá y hablará con un Azzarini. Le prevengo especialmente que evite tomar contacto con mis dos hermanitos. Mi padre, que

lamentablemente era su socio en su tarea diabólica, no está más en este mundo —.

Pese a la dureza de sus palabras y de su expresión, se notaba que el niño-hombre estaba completamente desbordado. Dos lagrimones rodaron, sin pedir permiso, por sus mejillas.

— Espero que Dios lo perdone por lo que hizo. Yo no pude. Sé que el Señor tiene planes para encargarse de usted —.

Se levantó intempestivamente de la mesa, dejando su bebida intacta y en el intento de marcharse enganchó una silla que cayó llamando la atención de los presentes. Steve también se incorporó y lo siguió, intentando detenerlo. Cuando lo tomó de un hombro, Maxi giró sobre sus pasos y, con sus ojos inyectados en sangre, le dio una tremenda trompada en el pecho. Steve se quedó paralizado, en medio del salón, mientras los escasos clientes del lugar y los mozos, concentraban sus miradas en él.

Todos esperaban que ese hombre enorme devolviera el tremendo golpe que aquel adolescente le había propinado. Aunque el joven tenía muy buen físico, era evidente que no resistiría en pie un golpe equivalente. La situación resultaba muy extraña. No se habían escuchado ni discusión ni gritos, ni otra señal de violencia, hasta que cayó la silla al piso y sobrevino la feroz trompada.

Tras un momento de duda, Steve dio media vuelta y agachó su cabeza. En silencio volvió a su mesa y, tras depositar un billete de veinte dólares, se marchó por la puerta lateral.

El golpe había conmovido más su mente que su físico... Y le hizo comprender todo.

XXII

Tan solo una inofensiva obsesión...

- 2014 -

— Me parece que este tipo no tiene nada que ver. ¡Es un pobre macho obsesionado con esa mina! — le dijo Gerardo a su amigo el Superintendente de Investigaciones Criminales.

Ambos terminaban de presenciar el interrogatorio que había realizado el fiscal de la causa a uno de los sospechosos. A través de la superficie espejada que los separaba de la sala de interrogatorios, se veía el rostro abatido y pálido como un papel, de Alfonso Pérez Ugarte, el afamado ejecutivo español, que había sido sindicado como amante de María Laura Azzarini, e integraba la reducida lista de sospechosos del asesinato de la mujer y de su esposo.

En un sitio web, hosteado por él, los investigadores habían descubierto una gran cantidad de archivos con imágenes sexuales de los esposos Azzarini, filmados en formato no profesional, pero con extraordinaria calidad. Si bien, ninguna de las imágenes lo involucraba directamente, los investigadores sospechaban que esos archivos podían haber sido entregadas por la mujer, a su amante español, para su resguardo, para una eventual tarea de extorsión a Azzarini, o para su destrucción.

Hasta el momento, ninguna de esas especulaciones de los investigadores se había podido corroborar.

La policía científica no encontró rastro alguno de Pérez Ugarte en la escena del crimen. El ADN del semen encontrado en el cadáver de María Laura se correspondía con una sola persona: la otra víctima, Octavio Azzarini.

Por eso lo habían sometido a ese interrogatorio pero el testimonio de Pérez Ugarte tampoco presentaba demasiadas fisuras. O mejor dicho, no presentaba fisura alguna. Todos los hechos que él refería habían sido corroborados.

Había dado una larga lista de testigos reputados que confirmaban sus dichos. Su coartada del día del asesinato era perfecta: se encontraba en Barcelona por cuestiones de negocios.

El español confesó el deslumbramiento y confusión que esa bella mujer había provocado en su mente. Relató que, poco a poco, se le había ido convirtiendo en una pasión incontenible. Confirmó que la había abordado al menos veinte veces en los últimos años, manifestándole su pasión incontenible y que, ante cada nuevo rechazo, su interés crecía de modo que se fue transformando en una dulce obsesión.

Entre sollozos, el acusado relató que en realidad Octavio Azzarini era quien lo había amenazado de muerte e incluso había intentado asesinarlo atropellándolo con su camioneta cuatro por cuatro, lo que pudo evitar gracias a su destreza, sostuvo mintiendo.

También ofreció el testimonio de su secretaria que había recibido al menos dos llamados intimidatorios de Azzarini.

Alfonso Pérez Ugarte admitía que lo más grave que había hecho y de eso sí podían acusarlo era su invasión de la intimidad de la pareja y la posterior publicación en la web, de ese

material.

Contó cómo había sobornado a una persona de la empresa que se ocupaba de hacer la limpieza de los grandes ventanales de buena parte de las propiedades de Siete Lagos, para que colocara en la alcoba de los Azzarini una pequeña camarita que formaba parte de un equipo de filmación de carreras de Fórmula 1 -traída especialmente por un importador amigo- y de la antena correspondiente en los techos de esa casa. Merced a la excelente tecnología de ese equipamiento había logrado operar esa diminuta camarita a distancia y obtener, desde el equipo central, que él había instalado en el altillo de su propia casa, las imágenes de las actividades sexuales de la pareja.

Inicialmente solo quería espiar la vida sexual de los Azzarini, con la esperanza de descubrir problemas de alcoba, o alguna otra información íntima, que le fuera útil en su empeño permanente por seducir a María Laura. Pero nada había encontrado que le sirviera para su tarea de acercamiento a la mujer objeto de su obsesión. Dio las fechas de inicio y final de esas grabaciones.

Atestiguó que no le había resultado demasiado difícil establecer cuándo encender el equipo receptor para operar remotamente su cámara espía. La pareja tenía por costumbre hacer el amor en la mañana temprano, y él se levantaba en silencio a esa hora para filmarlos, en imágenes de altísima calidad sin que ellos sospecharan nada.

Así había sucedido hasta el día en que su pequeña cámara dejó de transmitir. Él supuso que lo habían descubierto pero estaba seguro de que no les resultaría fácil establecer su autoría. Para evitar ser descubierto ante una eventual inspección judicial que temía, había trasladado el equipo central a su oficina donde estaba guardado.

Desde el primer día había ido compilando los videos, originalmente en beneficio de su propio onanismo, hasta que, a medida que veía esas imágenes y se convencía del amor de María Laura por su marido, completamente despechado, empezó a publicar el material en la web, en aquel sitio que la policía había rastreado.

El pobre tipo lloraba desconsolado. Contó que su obsesión por aquella mujer le había arruinado la vida. Que no sabía cómo ni por qué le había pasado eso. Que él amaba a su mujer y a sus hijos, pero al mismo tiempo tenía una necesidad imperiosa de tener a esa bella mujer. Que hasta que le sucedió eso había sido una persona centrada. Que se había hecho tratar psicológicamente para superar esa obsesión y que había avanzado mucho en esa tarea. Dio los datos de su terapeuta, que podría confirmar los alcances y el tratamiento seguido para recuperarse de su enfermedad.

Pidió por favor que no publicaran su nombre ni dañaran su imagen y prometió todo tipo de favores a los funcionarios judiciales y policiales presentes, a cambio de que nada se publicara o supiera de este asunto.

— Creo que estás en lo cierto, Gerardo, me estoy convenciendo de que son los hermanos Medina y que el que está detrás de todo esto es ese tal Willy Rebolledo —, le dijo a Fuentes el Superintendente. — He reunido algunos datos de él que me confirman que anduvo en varias cosas raras. Pero me faltan todavía elementos de prueba porque a nivel judicial no se puede sostener sin elementos probatorios que gente de ese nivel social mande a matar a sus vecinos por boludeces. Si se tratara de peleas entre dos familias pobres ya lo hubiéramos resuelto y Rebolledo estaría preso con pruebas o sin ellas. Aparte estos Azzarini eran más buenos que *Lassie*, así que nada puede esgrimirse como argumento para generar tanto encono —.

— Igual no van a poder zafar, continuó, porque fíjate que los Medina desaparecieron sin

dejar rastros y tienen registrada su entrada al barrio la noche anterior al asesinato, pero no tienen registrada su salida, así que van a tener que explicar muy bien dónde estuvieron —.

—Para eso, primero tendrás que poder detenerlos. Capaz que se tomaron una lancha desde el Tigre y se fueron al Uruguay —, le contestó Gerardo.

— Lo que me parece muy raro es por qué, si Willy Rebolledo tiene algo que ver y los mandó ejecutar con los hermanos Medina, es su misma suegra la que atestigua que los asesinos fueron el Nene Medina y su hermano. ¡Algo no me cierra! —, agregó Gerardo Fuentes, que disfrutaba enormemente de ese momento, en el que volvía a estar analizando el mayor desafío que se le presentaba a la policía bonaerense, junto a su colega y discípulo.

— Por lo que sé, esa vieja está más loca que una cabra y, además, odia a su yerno—, contestó el Superintendente.

XXIII

***“Tened confianza,
Yo he vencido al mundo” (Juan, 16,33)***

- 2014 -

“La Bestia debe ser muerta” decía el breve mensaje electrónico que Maxi le envió a Ferré. Así lo habían acordado y él se encargaría de todo.

Ferré había investigado la situación con minuciosidad. Había acumulado mucho más de lo necesario sobre la vida y obra de Steve Mc Gowan, incluso una galería de fotografías de toda su vida profesional. Las más valiosas eran cinco que le habían sido tomadas en un seminario en Houston hacía apenas un mes, todas ellas en primer plano. Ya tenía todo lo que necesitaba, incluyendo las fotografías.

La otra parte no resultaba tan sencilla. Había trabajado profundamente en el asunto. Realizó una investigación muy seria, utilizando todo el material disponible en la web. Todo lo que el anciano profesor realizaba lo hacía siguiendo sus propios protocolos de investigación. El material que había encontrado sobre asesinos por encargo lo impactó profundamente.

Para un viejo navegante de internet como él pocas cosas lo sorprendían ya de la variedad y cantidad de temas ilegales que aparecen en la red. Pero el despliegue de ciento noventa y siete mil doscientos treinta y ocho artículos sobre el tema le pareció sorprendente. Había descubierto un submundo de violencia mercenaria, realmente impactante.

La crisis de internet del año 2011 había sido finalmente resuelta y, lejos de lograr el filtrado de contenidos que mucha gente impulsaba en el mundo, la red, tras la fenomenal ampliación de capacidades que se había instrumentado, se había convertido definitivamente en una extraña Babel que, vista en conjunto, resultaba imposible de ordenar e incluso de comprender. Pero cada segmento de usuarios encontraba cómo entenderse con sus interlocutores, incluso en este caso, en el que un anciano creyente estuviera buscando remotos y desconocidos asesinos a sueldo, para cortar una de las siete cabezas del anticristo.

Así que, metódicamente, Ferré había dedicado un par de días para hacer una criteriosa selección de los contactos que a priori le parecían más serios. Llegó así finalmente a completar su primera selección en una lista de diez sitios Web: cinco de los Estados Unidos, tres de España y dos de Argentina.

Las cantidades reflejaban también sus preferencias iniciales. Confiaba mucho más en expertos estadounidenses, entrenados en los rigores de sus fuerzas armadas y dispuestos a actuar en cualquier parte del mundo tras la fuerte internacionalización de su actividad impulsada por el gobierno de George W. Bush. Su preferencia por esta opción también se basaba en la cuestión idiomática. A esta altura de su vida, pese a sus orígenes, tenía menos problemas para expresarse en inglés que en español.

Se había criado hablando catalán, como su familia y estudiando inglés como segunda lengua desde la primaria. Había sido trasplantado muy joven a otra cultura y, como muchos catalanes, tenía una resistencia ancestral al uso del castellano, idioma que utilizaba solo en

caso que no tuviera otra alternativa. Incluso esa necesidad de redactar en español para comunicarse con Maxi era de las pocas cosas que le molestaban de su diálogo diario con el joven argentino.

Sin embargo dudaba de la variante de un grupo norteamericano, por su habitual ampulosidad de movimientos y por la cantidad de requisitos que exigían para actuar en Argentina.

Le quedó la sensación que todos estos grupos estaban más bien armados para operar bajo protección de los oficialismos de turno, en países subdesarrollados, para la eliminación de opositores políticos. O también podían hacerlo eficientemente, detrás del paraguas operativo que podían desplegar las empresas multinacionales que logran actuar en todo el mundo, como si se tratara de un territorio propio. Y ese... no era su caso. Él era más bien un lobo estepario, peleando por una causa santa, en un mundo dominado por el anticristo.

De todos modos, para su alivio, había descubierto que también la cuestión del lenguaje estaba resuelta por internet y por su propia selección. Los *killers* españoles y argentinos que había seleccionado contaban con páginas Web en inglés y dejaban en claro que, también para ellos, el mundo era un pañuelo.

Le quedó la impresión, por el modo de hablar inglés de sus contactos en España, que esos “empresarios de la muerte” debían ser colombianos, integrantes de las FARC, que *per se* o enviados por su organización para recaudar, habían encontrado en España –como tantos otros inmigrantes latinoamericanos- la puerta de entrada para intentar sumarse al bienestar europeo. Hablaban mucho de operaciones en la selva, y de su capacidad para burlar a las fuerzas armadas. Su entonación y sus modos de expresión en un inglés rudimentario eran demasiado parecidos a los que recordaba de un joven investigador colombiano que él había incorporado a su equipo en los años noventa. Aquel muchacho inteligente y sagaz era oriundo de Cali, Colombia.

Poco a poco fue inclinándose por alguna solución local.

“Agentes profesionales altamente entrenados para trabajos privados en todo el mundo. Captura, búsqueda y destrucción. Estamos a su disposición donde y cuando nos necesite. Le ayudamos a recuperar la paz que usted necesita. SI DESEA TERMINAR CON SUS PROBLEMAS CONTÁCTENOS”, culminaba detallando las posibles vías de contacto, una de las páginas que ofrecían este tipo de servicios desde Buenos Aires como base operativa.

Pese a todas sus prevenciones, terminó seleccionando a esa *Task Force* –así se autodenominaban- argentino. La rapidez de su respuesta, la precisión de sus condiciones, el conocimiento local de la situación, y el plazo de resolución que ofrecían para el caso, le hicieron prever que serían los mejores para la tarea. Pese a las dudas que tenía sobre la calidad de los servicios argentinos, era un buen lector de política latinoamericana, y sabía que en ese país había quedado mucha mano de obra violenta desocupada, que tenía encima una gran experiencia y capacidad de acción.

Muchos habían actuado durante las dictaduras militares con fuerte protección del Estado en el secuestro y la desaparición de alrededor de treinta mil personas –algunos guerrilleros y muchos inocentes- durante los años más negros de la última dictadura concluida en la década de los ochenta. En vez, otros habían surgido al calor de las guerrillas urbanas que, nucleadas en el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP) y en el grupo terrorista Montoneros, habían desarrollado una enorme capacidad operativa para secuestrar, torturar y matar.

Ambos grupos, tanto los de represores paraestatales, como los de guerrilleros, se habían

reciclado en diversos campos luego del retorno de la democracia. En muchos casos, incluso, antiguos enemigos actuaban ahora como empresarios asociados.

Algunos, regentan las principales empresas de seguridad privada que vigilan todo el espectro de barrios privados, countries, clubes, empresas, e incluso agencias estatales, que ya no utilizan a la policía sino a estos grupos para vigilancia y seguridad. Otros han logrado algún prestigio internacional actuando como mercenarios y asesores, contratados por gobiernos o grupos insurgentes en Centroamérica, Medio Oriente y en las insurgencias nacidas en muchos países de la ex Unión Soviética, tras su implosión. Otros, que hasta ahora Ferré desconocía, formaban estos “escuadrones de la muerte” destinados a eliminar personas a cambio de un monto de dinero.

Capacidad y conocimiento tenían; escrúpulos les habían faltado toda su vida, o los habían perdido hacía mucho tiempo junto con sus ideales. Así que podían –profesionalmente– eliminar a cualquier persona que se hubiera ganado la enemistad o el odio de alguien con los recursos suficientes para contratar esos servicios.

Antes de decidir su contratación, Ferré buscó información periodística y encontró que, solo en el último año, en Buenos Aires, se contabilizaban veintisiete asesinatos, de características muy similares, en los que no se había descubierto pista alguna que llevara a identificar a sus asesinos, ni diera indicio alguno acerca de sus causas.

Su interlocutor de la *Task Force* le había asegurado que quince de esas “operaciones” –así las denominaba él– habían sido realizadas por ellos, además de otras diez que habían tenido lugar en provincias del interior y veintidós en países vecinos (doce en Brasil, seis en Paraguay, tres en Chile y una en Uruguay). Le aclaró que todos estos últimos casos no se veían reflejados en los medios de Buenos Aires, pero le ofreció el envío de un archivo con recortes de medios locales.

Ferré rezó mucho, antes de tomar esa decisión y dar la orden. Pero él sabía que no se podía perder esa oportunidad, y el tiempo se estaba agotando. Era su deber moral con la causa que ahora movilizaba todas sus energías. Hacerlo en Buenos Aires le resultaría mucho más barato y posiblemente más fácil, que intentarlo luego, en los Estados Unidos, tras el regreso de Mc Gowan.

De modo que decidió optar por la “solución argentina”, como él había denominado a esa alternativa, en sus diálogos electrónicos con Maxi.

Hizo el depósito inicial del cincuenta por ciento, por veinticinco mil dólares, en la cuenta que le habían indicado en el *National City Bank* de Nueva York, a nombre de Gerardo Fuentes, volvió a su casa y escribió el mail, tal como se había convenido, a la dirección taskforcek@hotmail.com con el texto “City OK 206-000364876-7”. Luego envió otro mensaje, esta vez a Maxi en el que tipeó: “Dios guió mi mano. La operación está en marcha ASAP. Espero tu confirmación”.

XXIV

Una mancha más para los tigres...

- 2014 -

Willy Rebolledo había cumplido su palabra. En Asunción, Paraguay, los hermanos Medina fueron bien recibidos. El capataz de la estancia de Willy vino a buscarlos hasta la Terminal de Ómnibus de Asunción, en la Toyota Hilux de doble cabina que el patrón le había comprado, entre otras cosas, para que lo fuera a esperar cada vez que él hacía su visita mensual.

A Willy le gustaba mucho disfrutar del fin de semana que mensualmente tenía programado. Su campo estaba en pleno Chaco Paraguayo. Se lo había comprado a un empresario argentino que, a su vez, lo había adquirido en 1978, con la intención de trasladar allí, un lote importante de sus vacas holando-argentino, para iniciar la producción de leche.

— Ese tipo siempre fue muy boludo. Imagínate que tardó más de veinte años en darse cuenta de que el clima, el tipo de suelo y sobre todo el entorno sanitario que existe en esos campos paraguayos no da más que para la cría de animales duros y resistentes—, le dijo Willy a su esposa, el día que le informó que había conseguido un campo en Paraguay y que lo había comprado a cinco dólares la hectárea. Para evitar su enojo, argumentó que esa compra, resultaba muy conveniente para eludir impuestos en el país. Lo había adquirido a nombre de un empleado de su confianza, al que pondría como encargado al frente de la estancia, pero tenía todas las garantías legales para asegurarse de que no perdería su inversión.

— Ya te voy a llevar a conocer esos campos y te van a encantar — le dijo.

— La casa tiene muy buenas comodidades. Hay dos piscinas, una cubierta y climatizada, con una caldera que funciona a leña y la otra, enorme, al aire libre recubierta con mayólica española. Es como regresar unos cincuenta años para atrás. Pero es muy lindo —, le dijo a su esposa, que pensó que lo que menos quería en el mundo era visitar un campo en Paraguay.

Y así fue. En realidad, Lucía no le encontraba utilidad a aquella compra de Willy. Él disfrutaba todavía de los méritos logrados con la ventajosa venta que había realizado de la principal empresa de su madre, pero muchas otras veces había hecho pésimos negocios, y había malgastado la enorme fortuna familiar.

Tras la muerte de sus “enemigos íntimos”, por primera vez, Lucía sintió que aquel negocio cuestionable de su marido podría llegar a tener una gran utilidad.

Ahora, esa propiedad paraguaya serviría de aguantadero a los Medina, mientras la policía los buscaba por el asesinato de Azzarini y su mujer. Si por ella fuera, podían quedarse a vivir allí para siempre. También les regalaría ese campo, que nunca había sentido como propio.

Aunque jamás se lo había informado a su mujer, Willy había decidido reconvertir su propiedad *Araguaré*, en un establecimiento modelo de cría de ganado Brahman Rojo, un tipo de ganado que se originó en el estado de Texas, en los Estados Unidos, y es el

resultado del cruce de razas de origen hindú como el Nelore o el Guzerá, sobre la base del Heredford, principalmente.

Esa raza de ganado presenta una notable capacidad de adaptación y supervivencia. Puede alimentarse con pastos duros y es muy resistente a pestes de insectos, parásitos, enfermedades y a climas extremos. Puede desplazarse grandes distancias para obtener agua. Es también más dócil que el cebú, por eso, era el ganado ideal para una zona de escaso desarrollo pecuario, en la cual, la asistencia veterinaria era también escasa y cara.

La práctica intensiva de la deforestación en buena parte del chaco paraguayo con la tala de miles de hectáreas de montes vírgenes, realizada antes por el tanino y ahora por los ganaderos de la zona, ha modificado sustancialmente ese ecosistema.

La camioneta que transportaba a los Medina a su exilio dorado atravesaba esas tierras cuando, de pronto, un carruaje tirado por caballos salió intempestivamente de una tranquera y casi logró que el conductor perdiera el control de su rodado.

— ¿Quiénes son esos tipos? —, preguntó Ramón, refiriéndose a los dos jóvenes con sombrero de ala ancha y mamelucos que iban a bordo del carruaje.

— Son menonitas. ¡Ya los van a conocer!, son rarísimos esos tipos —, respondió el capataz, mientras aceleraba con furia y maldecía a los personajes en cuestión.

En aquella región, los principales productores son los menonitas, que descienden de colonos de religión protestante -anabaptistas- llegados en 1927, en una primera oleada inmigrante y luego en una segunda, en la década de 1940.

Hasta entonces, esa zona del Paraguay había sido dominada por una familia burguesa argentina, los Cascallares, quienes fueron propietarios de una parte inmensa del chaco argentino y también del paraguayo. Eran campos destinados a la producción del tanino necesario para las curtiembres argentinas de la época; este producto se obtenía de la tala de los bosques de quebracho. Los Cascallares adquirieron y dominaron toda esa región entre dos países, por más de 100 años.

En la frontera de aquellas inmensas fincas del Paraguay, se radicó hacia la década del '20 la comunidad Mennonita. Provenientes de la secta anabaptista, creada en 1536 en Holanda por el ex sacerdote Menno Simons, inspirado en los "grandes reformadores" de la Iglesia Católica y sobre todo en Calvino.

Hacia fines del siglo XIX, estos religiosos sectarios buscaban en América Latina un "santuario" que les permitiera vivir de manera totalmente aislada. Luego de ser rechazados por la mayoría de los países latinoamericanos, finalmente encontraron refugio en Paraguay, muy necesitado de fondos, luego de su derrota en la guerra de la Triple Alianza.

Se instalaron a partir de 1921 y allí se establecieron hasta hoy. Exigieron y obtuvieron una serie de condiciones especiales del gobierno paraguayo. Principalmente, la no soberanía del Paraguay dentro de esos territorios, así configuraron un verdadero estado dentro del estado, y se sirvieron de las poblaciones indígenas originarias del Chaco.

Enclavada en ese dominio, estaba la posesión de Willy, por lo que era un refugio absolutamente seguro para los hermanos Medina. Ellos, perseguidos por la justicia argentina, quedarían ocultos en un país dentro de otro país.

— El patrón no me aclaró mucho, pero me dijo que los alojara en la casa principal—, dijo el capataz tratando de entablar conversación. Quería investigar si los *curepié* -como llaman a los argentinos en Paraguay- venían a poner en riesgo su trabajo de hombre de confianza de

Willy Rebolledo. El patrón solo le había dicho que enviaba a dos amigos y le había advertido que necesitaba que los atendiera a cuerpo de rey. Pero el hombre desconfiaba porque estos tipos no tenían aspecto de ser amigos del patrón. Sus ropas y modales denunciaban que no eran de su nivel social

Luis impidió que Ramón hablara. Willy le había pedido que cuidara que Ramón, el “Nene”, en su honradez terminara metiendo la pata, confesando la verdadera causa de su traslado a ese lugar, así que le había encargado expresamente que no lo dejara hablar demasiado.

Ya Luis se había tenido que ocupar de silenciarlo cuando se encontraron con Willy, al día siguiente del asesinato de los Azzarini, en el bar de la estación de Retiro. Él los estaba esperando con los pasajes para que viajaran al Paraguay.

— Nos dormimos por el whisky —, había empezado a decir Ramón, cuando Luis le pegó un patadón por debajo de la mesa, para callarlo.

— ¡Sí! Estábamos cagados de frío y muy asustados por la forma en que se defendió el tipo, así que nos bajamos una botella después del asunto — lo corrigió a tiempo Luis. Tenían que cobrar lo que Willy les había prometido e iniciar el futuro dorado que los esperaba en Paraguay.

Por suerte, los Medina no se habían equivocado. Ahora estaban allí contentos y felices en el edén prometido, en medio de una opulencia prestada. Solo necesitaban que Willy cumpliera su promesa y enviara pronto a sus respectivas familias. Querían terminar de sepultar esa historia que los tenía como protagonistas involuntarios.

XXV

El plan era, simplemente, perfecto...

- 2014 -

En la oscuridad de la noche no podía leer. Justo ahora lo había asaltado una duda. No recordaba si el aplicador en aerosol debía estar en posición vertical u horizontal, al accionarlo. Se había preparado intensamente para este momento y había repasado mentalmente mil veces la operación. No podía fallar. Pero estaba muy nervioso. Sentía que le temblaban las piernas. Pero ante su hermano necesitaba mostrarse sereno y aplomado. De alguna manera, también enfrentaba una prueba de liderazgo, en esa extraña situación.

El alcohol, que inicialmente lo había distendido y colocado en una actitud relajada, parecía ahora haberlo llenado de inseguridades y torpeza. Además, la máscara sobre su cara le impedía respirar normalmente. Su hermano, tras las dudas iniciales, finalmente lo acompañaba, dos pasos más atrás, como él se lo había ordenado.

La puerta del dormitorio estaba entreabierta. Por la ventana, la luz de la luna iluminaba con bastante claridad la escena. Octavio y Malu habían librado su habitual batalla de amor, y dormían ahora satisfechos, semidesnudos y desparramados en su lecho.

Octavio tenía puesta la remera azul de sus pijamas. María Laura tenía levantado su camisón blanco, de seda, hasta la cintura. Dormía de costado, plácidamente acurrucada sobre el brazo derecho de su esposo.

Sabía que necesitaba tres disparos de aerosol para lograr la inmovilización de sus víctimas. Había gastado un tubo, de los dos que disponía, durante los ensayos previos. El envase decía claramente: "PELIGRO - Aerosol de gas de monóxido de carbono (CO). Destinado a la comprobación de detectores de monóxido en edificios y parqueos. Rendimiento aproximado 50 disparos".

Mediante su investigación con *Google*, había encontrado que cinco disparos, a intervalos de diez segundos, aplicados con aerocámara en la boca de una persona, provocaban inicialmente la inmovilización de la víctima y luego, su muerte cerebral. El mayor problema que tendría, era el maldito ruido del gas, al accionar el disparador del aerosol.

Había visto una película sobre el holocausto judío a manos de los nazis y la efectividad que la llamada "muerte dulce" tenía sobre las víctimas. Allí se afirmaba que tras la privación de oxígeno por saturación de monóxido de carbono en el aire que respira una persona, se producen alteraciones cerebrales en los primeros cinco segundos; en los quince segundos siguientes, se produce la pérdida del conocimiento, y luego sobreviene la muerte cerebral, en solo cinco minutos.

Decidió que primero dispararía el gas sobre Octavio porque temía que el ruido de los disparos del aerosol lo fueran a despertar. Sabía que eran cruciales los dos primeros. Hasta el tercero ya habrían transcurrido los veinte segundos que aseguraban el desvanecimiento de su víctima. Hizo los tres primeros disparos sobre Octavio, luego se desplazó, sigilosamente, para efectuar los cinco que había planeado realizar sobre el rostro de María Laura.

Tras el primero, ella se movió levemente, como buscando acariciar el brazo de Octavio, pero luego se quedó inmóvil nuevamente.

Por un instante, se detuvo a observar su rostro plateado, a la luz de la luna. *¡Es tan hermosa!*, pensó, al ver la plácida sonrisa dibujada en el rostro celestial de la mujer. Cerró los ojos y disparó nuevamente el aerosol, una vez... y otra... y otra... y una final.

Dirigió nuevamente su arma letal sobre el rostro de Octavio, para hacer los últimos tres disparos que había planeado. Pero en ese momento, la mano inerte de su víctima se alzó, torpemente pero con velocidad, y aferró su brazo, ¡tenía la fuerza de una tenaza! Luchó intentando doblegarlo, pero había logrado desviar la aerocámara de la boca.

La sorpresa lo paralizó por un segundo. Soltó la aerocámara y continuó intentando doblegar a ese brazo que lo atenazaba, mientras le gritaba a su hermano:

— ¡Dame una mano boludo, reacciona! —. Pero la sombra de su hermano no se movió. Había quedado petrificado por el terror. La presencia de la muerte, que había invadido con su sombra toda la habitación, había sobrepasado su capacidad. En realidad, hubiera querido salir corriendo, pero ni siquiera sus pies le obedecían, así que se había quedado inmóvil, como mudo testigo de la tragedia.

Los ojos de su víctima estaban abiertos y desorbitados. Parecía que quería gritar, o decir algo, pero solo un áspero sonido gutural se escapaba de sus labios. La tenaza que le inmovilizaba el brazo empezó a ceder lentamente, al tiempo que la mirada de Octavio Azzarini se extraviaba definitivamente.

Con su mano libre tomó la aerocámara y disparó ininterrumpidamente sobre el rostro de ese cuerpo ya inmóvil e indefenso, hasta que sintió que el gas llegaba también a sus ojos.

Saltó hacia atrás y tomó distancia de la nube invisible y mortal. Jadeaba y lloraba, temblando por la carga de adrenalina que había generado su cuerpo ante la extrema tensión del momento.

— ¡Hijo de putaaaaaaaaaa! — gritó ahogando su propia voz.

Necesitaba soltar toda esa violencia concentrada y contenida en su garganta pero sabía que podía despertar a alguien.

Se sentó en el piso, hundió su cabeza entre sus rodillas y lloró, en silencio y sin lágrimas, como su dolorosa vida le había enseñado. Estuvo así por dos o tres minutos. Se incorporó lentamente, y sacudió su ropa con sus manos, como si quisiera limpiar una mancha invisible y enorme.

— ¡Ahora ayúdame o te cago a trompadas! —, le dijo secamente a su hermano, mientras tomaba el cuerpo inerte de Octavio, y lo arrastraba fuera de la cama. Juntos, lo trasladaron hasta la planta baja, y lo colocaron sobre la roseta que, de acuerdo al diseño del piso de la amplia sala, marcaba su centro. Se alejó tres pasos y observó la disposición del cuerpo, luego miró hacia el techo.

— Tenemos que correrlo un poco, ¡ayúdame! — le ordenó a su hermano, que había empezado a recuperar un nivel mínimo de existencia.

Trabajosamente giraron el cuerpo de modo que la cabeza de Octavio quedara apuntando exactamente hacia el centro de la puerta de entrada de la casa. Nuevamente se alejó tres pasos para observar.

— Ahora sí —, exclamó con sordina.

Desplegó el mango extensible que traía preparado y colocó el pequeño tubo metálico en el

extremo. Era una maravilla coreana que podía extenderse hasta siete metros. Le dio a su hermano la linterna y le ordenó que la mantuviera así, iluminando hacia el techo el soporte de la araña que la mantenía suspendida en el centro de la sala.

Trabajosamente, por la distancia y el peso de su herramienta que con su brazo extendido superaba los cuatro metros de altura, colocó el tubo sobre cada uno de los cuatro tornillos de trece milímetros que la sostenían suspendida del techo. Extrajo tres sin problemas pero el último generó una enorme complicación. A cada giro, la araña que pesaba setenta y ocho kilos se balanceaba y amenazaba con arrancar el tornillo junto con el soporte y también un pedazo del cieloraso.

Respiró profundo para serenarse, giró el mango lenta y cuidadosamente, hasta que al fin, todo el artefacto se desprendió y cayó, silenciosamente, como la hoja de una guillotina. Sólo el último tornillo, que tanto trabajo le había dado, rebotó varias veces contra el mármol del piso, tintineando hasta detenerse.

Tal como él lo había imaginado, cuatro de las seis puntas de hierro fundido que apuntaban hacia el piso se incrustaron en el cuerpo de Octavio, que se estremeció y soltó un quejido leve y seco. El cuerpo había frenado la pesada carga y evitó el estruendo que hubiera hecho al rebotar sobre el piso. Cuatro hilos de sangre marcaban los extremos de una cruz.

Con un susurro seco, le ordenó a su hermano que se fuera, que él limpiaría el lugar.

Cuando quedó solo, depositó uno a uno en el suelo los tornillos, que con su mano enguantada había depositado en su bolsillo y los esparció en distintos lugares de la sala. Revisó minuciosamente la espaciosa sala pero no habían dejado rastro alguno.

Subió lentamente la escalera, escudriñando con su linterna cada rincón, en busca de algún elemento que, en la extrema tensión de la tragedia, hubiera quedado desperdigado durante el trayecto. Pero nada encontró.

Ingresó a la alcoba matrimonial.

El cuerpo de María Laura reposaba en muerte eterna, con una naturalidad y placidez que impresionaba. Parecía que, en cualquier momento, pudiera despertarse y erguirse para retomar su vida normal. No le gustó esa posición. Seguramente, se había dormido mirando el perfil del rostro de su amado. Tenía una sonrisa plácida en sus labios. Giró su cabeza para que quedara mirando al techo, y extendió luego ambos brazos al costado del cuerpo. Bajó su camisión de seda cubriendo todo el cuerpo, hasta las rodillas.

Dos lagrimones rodaron por sus mejillas. Se inclinó y aspiró profundamente, muy cerca de los cabellos rizados, olía a una extraña mezcla de rosas y semen.

Besó largamente los labios entreabiertos del bello e inanimado rostro de su madre.

— Adios, amor, te encontraré en el cielo, junto al Señor. Perdón por lo que hice pero era la única forma de liberarte de la esclavitud a la que el anticristo te había sometido —, dijo en medio de un sollozo convulsivo.

Se arrodilló y rezó un Ave María. Luego, se incorporó bruscamente y tras dar una minuciosa última mirada, cuidando que nada quedara fuera de lugar, volvió a su cuarto... Y ya no pudo dormir. Su reloj despertador marcaba la 1:37.

XXVI

Perdiendo el control...

- 2014 -

Steve Mc Gowan estaba concentrado en sus pensamientos. Todavía le dolía el moretón en su pecho, causado por la trompada de Maxi. ¿Cómo no se había dado cuenta de lo que pasaba?

Se cuestionó todo. ¿Porqué no le había dado la importancia que requería aquel aviso, dos años antes, cuando le informaron de la desconexión del CHIG de Maxi. Si hubiera reaccionado a tiempo, él no estaría ahora en Buenos Aires, haciendo de detective amateur, ni tampoco sus amigos estarían muertos.

Ahora tenía claro que aquel momento, minimizado entonces por él había sido crucial. El niño se había desconectado y a partir de entonces se habían desencadenado las desgracias. Faltaba saber por qué y cómo lo había hecho y si eventualmente, esa desconexión podía haberle generado alguna consecuencia neurológica y/o psicológica, que generara un cambio de comportamiento radical en un niño que, según los archivos de seguimiento del caso que guardaba en su *notebook*, tenía un perfil físico y psicológico de absoluta normalidad.

La noche anterior había redactado y enviado un largo memorandum a su socio y amigo George Hardwick, en el que le informaba de un estado de situación muy preocupante.

Le advertía a George sobre los riesgos que sobrevendrían para el proyecto y para toda la *TCH Corporation*.

Le pidió que concentrara esfuerzos en su ayuda. Que dedicara unas horas a la investigación de algunos temas técnicos que él debía dilucidar y que enviara dos millones de dólares adicionales porque estimaba que tendría que afrontar los costos de una campaña en los medios argentinos para limpiar la imagen de la corporación.

Pero ahora la mañana avanzaba. Llamó a Mercedes Peñalva para acordar su encuentro de esa tarde y para hacerle unos mimos telefónicos. Aun no podía creer lo que había conseguido esa morena con él. Se había adueñado de todos los pensamientos de su mente que no estuvieran directamente relacionados con el caso Azzarini, pero además era increíble la forma en que lo estaba ayudando. Sentía que era una muleta extraordinaria para su discapacidad cultural, operativa, física y espiritual, que se había evidenciado en medio de este conflicto, y le había ayudado a moverse en este territorio desconocido.

Decidió partir hacia la cita que tenía acordada. Guardaba la esperanza de obtener información adicional, que le permitiera ir completando el rompecabezas que se le había presentado. El futuro de su empresa y su propio futuro, estaban en juego.

No quería llegar tarde. Atravesó casi corriendo el hall del *Four Seasons* y subió al primero de cuatro taxis que esperaban pasajeros frente al hotel.

— Tengo que llegar a Figueroa Acorta al 7400, cerca del estadio de River en quince minutos. ¿Cree que es posible? —, le preguntó al chofer.

— En Buenos Aires y en mi automóvil, nada es imposible —, le respondió el conductor con una sonrisa mientras observaba el aspecto de Steve por el espejo retrovisor.

Bajaron por avenida 9 de Julio hasta Libertador y giraron hacia el norte. Steve no había logrado identificar el modelo del automóvil al que se había montado tan rápidamente. Sabía que era un Volkswagwen pero le costaba identificar, desde adentro, si se trataba de un *Vento* o un *Passat*. Le gustaban mucho los automóviles, era un fanático lector de publicaciones especializadas, además de un gran conocedor de todos los productos de la industria automotriz mundial de alta gama.

Llegaron a la altura de la avenida Callao. Todavía Steve no había logrado descifrar aquel enigma automovilístico que lo distraía de otros pensamientos más profundos y preocupantes, cuando el semáforo hizo detener al vehículo. Dos motocicletas flanquearon el automóvil. Todo duró tan solo un par de segundos. Steve había girado su cabeza al percibir el golpe leve que alguien daba en su ventanilla, llamando su atención. En ese instante, vio el fogonazo del disparo que apagó su vida.

Su cabeza quedó flotando en el aire, desvencijada, con un balazo nueve milímetros en medio de la frente.

El jefe del grupo de la *Task Force* había decidido que tampoco debía sobrevivir el conductor del vehículo.

— Sólo por razones de mayor seguridad, hay que bajar a los dos—, había ordenado en el momento en que ambas motocicletas, la suya y la de apoyo, iniciaban la persecución en el momento en que vieron a Mc Gowan salir del hotel.

-----0-----

Gerardo Fuentes se encontraba manejando su camioneta blindada, por la avenida General Paz, rumbo a su cita con Steve Mc Gowan, que debía comenzar en diez minutos, en la Confeitería del Águila, en la Avenida Figueroa Alcorta al 7400, en cercanías del estadio de *River Plate*. Pensó que si no apuraba su marcha, llegaría tarde, y ya estaba comprobado que al gringo no le gustaba la impuntualidad. Ya se lo había hecho notar cuando Gerardo llegó con un retraso de quince minutos a su última cita.

Le intrigaba saber por qué, el día anterior, le había pedido que reuniera toda la información que pudiera sobre los niños Azzarini, su vida y sus perfiles psicológicos. Particularmente le dijo que necesitaba la historia clínica de los niños, su performance escolar, su grupo de amistades y toda información relevante acerca de las relaciones de la familia con psicólogos o psiquiatras. Le pidió que, sobre todo, concentrara sus esfuerzos en Maxi, el hijo mayor.

Manejaba muy imprudentemente y a toda velocidad, para llegar a su destino con mínimo atraso, mientras mascullaba su bronca

— Este gringo piensa que es fácil conseguir datos. Si se tratara de adultos, en veinticuatro horas le consigo todo, incluso los datos de sus amantes y en qué hotel se acuestan pero todas las bases de datos clandestinas que pululan por Buenos Aires no tienen datos de los menores. Tendré que inventar excusas sólidas para no quedar en evidencia —.

En ese momento sonó su teléfono móvil. Era Juan Susini, su socio en la *Task Force*.

Desde que se había puesto a trabajar para Steve, Gerardo había abandonado el seguimiento que realizaba diariamente, de las actividades que operativamente conducía su socio.

Juan era un ex guerrillero que, cuando se emborrachaba -cosa que sucedía cada vez más a

menudo- se ponía cargoso relatando la cantidad de *milicos* que se había *cargado* durante sus años como líder de la Regional II de la agrupación guerrillera Montoneros.

Aunque realmente era intrépido en toda clase de operaciones, su estilo mordaz y grandilocuente había provocado más de un roce con el *señor discreción*, como llamaban sus conocidos al ex comisario Gerardo Fuentes.

En muchas oportunidades, Gerardo estuvo arrepentido de esa sociedad. Incluso llegó a analizar seriamente la posibilidad de romperla. Pero no llegó a concretar esa disolución por sus temores acerca de cómo un personaje tan bocón e inescrupuloso como Juan podría actuar y manejar información tan peligrosa para sus propios intereses.

Había descubierto demasiado tarde que su aparente compatibilidad e incipiente amistad con su socio se desmoronaba a medida que se conocían más profundamente. Además, tras la separación de su mujer, se había puesto más temeroso de su futuro de lobo estepario y había empezado a pensar en las consecuencias que podría acarrearle que uno solo de esos asesinatos, fuera descubierto y que alguien pudiera atar los cabos sueltos y llegar hasta él.

Si bien Gerardo ahora no participaba activamente de las operaciones, él se había ocupado de la organización de todas las actividades iniciales y de la liberación de la zona policial, al menos en los primeros diez operativos. Después y ante el surgimiento de fuertes discrepancias, decidieron de común acuerdo que Gerardo se ocuparía solamente de las cuestiones administrativas y financieras y que Juan sería el responsable de la conducción de las operaciones y de la negociación telefónica con los potenciales clientes. Así tenían el doble control. Uno arreglaba y controlaba el pago y el otro se ocupaba de administrar los fondos y de liquidar las participaciones de cada uno de los integrantes del emprendimiento.

Por eso estaban a nombre de Gerardo las cuentas bancarias, sobre las que se hacían los depósitos y él mismo se ocupaba de retirar los fondos para hacer efectivo el pago a cada uno de los participantes de cada operación.

Nunca había estado convencido del todo con la creación de esa empresa pero Juan lo había persuadido de su rentabilidad y escaso riesgo. Y eso era absolutamente cierto, se había demostrado que era muy rentable y hasta ahora sin riesgos.

La infraestructura de la *Task Force* consistía en dos teléfonos celulares del mercado negro, que no se podían rastrear ya que habían sido habilitados ilegalmente, un sitio web y cinco casillas de mensajes, alojados en los Estados Unidos, que tampoco eran identificables para los servicios de investigación locales.

El despliegue de sus actividades se lograba mediante dos grupos que se ocupaban de reclutar, para cada actividad a adolescentes violentos de los barrios marginales. Lo único que necesitaban de ellos era que apretaran el gatillo en el momento justo y en la dirección correcta. No se requería mayor precisión porque los conductores de los autos o motocicletas afectados a cada operación eran expertos en todo lo necesario. Eran ellos quienes se ocupaban de dejar al atacante, que lo acompañaba en la parte posterior de la motocicleta, frente a su víctima, a una distancia no mayor de cuarenta centímetros del cañón del arma homicida.

Como pago por cada operación, esos adolescentes recibían cien dólares en la mano, la posibilidad de una segunda contratación y la provisión asegurada durante un año, de las dosis de *paco*.

La pasta base de cocaína o *paco* es el desecho de esa droga. Surge como residuo de las cocinas o laboratorios en los que se elabora la cocaína y emerge como un resultado

colateral de una industria mortal, que busca la forma de introducir en el mercado incluso hasta sus desechos. Para “estirarlo”, se le suele agregar vidrio o virulana molidos o inclusive polvo de limpieza.

El consumo de esa arma destructora del cerebro y de la psiquis humana, se encuentra muy expandido en sectores marginales, por su bajo costo —cada dosis se consigue a un precio cercano a un dólar— y tiene un gran beneficio adicional para este tipo de trabajos: es altamente adictiva y sus efectos son devastadores.

Los efectos del *paco* son muy intensos, pero, al mismo tiempo, muy breves. La adicción lleva entonces a quienes lo consumen a la necesidad imperiosa de adquirir mayores cantidades y de consumir cada vez con mayor frecuencia. Los adictos, especialmente aquellos con escasos recursos económicos, cometen delitos, se prostituyen o venden sus pertenencias -hasta las más básicas- para obtener más dosis de la droga.

Los daños neurológicos que provoca el *paco* son irreversibles. De tal modo que en muy pocos meses, sus adictos ya casi no pueden articular oraciones coherentes, pierden peso y asumen conductas compulsivas. Por lo que, sus testimonios, en una eventual detención policial, o bien no son confiables, o directamente, carecen de valor en sede judicial.

De modo que Gerardo y Juan habían organizado una empresa altamente rentable y segura, mediante la conjunción de profesionales de la muerte con jóvenes desesperados por conseguir su dosis diaria de droga. Los primeros se ocupaban de establecer la preparación minuciosa de persecuciones y escapes y de conseguir el *paco* a buen precio, para su distribución. Eso les daba, además, derecho a participar proporcionalmente del monto facturado en cada trabajo. Los otros constituían la mano de obra barata, que sólo se encargaba de las ejecuciones, oprimiendo el gatillo. Incluso estaba previsto que podían ser entregados como carne de cañón -en cualquier emergencia- a la Justicia, sin que los verdaderos profesionales corrieran riesgo alguno.

En los cuatro años de funcionamiento de la *Task Force*, ninguno de los jóvenes utilizados para las ejecuciones, había completado el año de consumo al que ellos se comprometían. En un plazo máximo de seis meses, o se morían o eran encerrados en hospicios o, simplemente, desaparecían.

De modo que la empresa de Gerardo y Juan tenía solamente seis personas estables. Ellos mismos y otros cuatro profesionales, aportados por ellos a la sociedad, en partes iguales. Solo Gerardo y Juan fijaban las pautas, los demás participaban de la planificación de las operaciones y las ejecutaban. La mano de obra complementaria, a cargo de jóvenes marginales, se contrataba para cada operación. Para ello utilizaban una red de informantes que Gerardo había creado administrado y protegido, en los barrios marginales, durante su gestión como Superintendente de Investigaciones Criminales de la Policía.

— Escúchame Papi —, le dijo Juan desde el auricular de su teléfono móvil. Pese a que sabía que Gerardo odiaba que lo llamara así, él insistía.

— Prepárate para recibir otros veinticinco mil en la cuenta del Banco *City* porque el trabajo del que te hablé está terminado. Cambia la estación de radio -veo que vienes escuchando música clásica- ponte algún noticiero, que ya están todos los medios en el lugar —.

Gerardo cortó la comunicación con su socio y puso radio Continental. En ese momento, un móvil transmitía la noticia de último minuto desde Libertador y Callao.

El cronista describía, muy agitado, que habían acudido a ese lugar, alertados por la policía, porque hacía tan solo cinco minutos que un turista extranjero, de apellido Mc Gowan y el

taxista que lo transportaba, habían sido brutalmente asesinados.

— Es un caso típico de ajuste de cuentas —, arriesgó el cronista, — ejecutado por dos motociclistas que, tras la acción, desaparecieron sin dejar rastros —.

— ¡La puta madre que lo remil parió! —, gritó Gerardo, golpeando su puño derecho contra el volante. — Eso me pasa por no controlar todas las operaciones. ¿Cómo pudo pasar que estos tipos, que trabajan para mí, terminen matando a mi cliente y yo no sepa nada. ¡Qué boludo que soy! —.

XXVII

Amargo despertar de un dulce sueño...

-2013-

Maxi tenía quince años recién cumplidos y toda la carga hormonal de un adolescente, muy desarrollado físicamente. Su vida sexual se había iniciado hacía muy poco tiempo, con una etapa intensiva de masturbaciones.

Su cuerpo le demandaba apagar cada día su naciente sed. Y no encontraba el agua que pudiera saciarla.

Incluso la tarea del colegio, cursando sus últimos años de secundaria, se le había vuelto pesada. No tenía ganas de perder horas en esas cuestiones que, según él entendía, no le servirían mucho en la vida real.

Al principio de ese año escolar, un compañero de colegio le había enviado por correo electrónico, un grupo de direcciones web para que obtuviera información para su tarea escolar. A Maxi, en su clase, lo tenían por “santurrón” debido a su práctica religiosa constante, su respeto y la observancia de los preceptos morales y de las reglas, que había mamado en un hogar de profunda raíz cristiana. Por eso, a propósito, y solamente para ver su reacción, su compañero decidió gastarle una broma.

En aquel mensaje electrónico, le envió lo prometido: una lista de sitios de internet, con información relevante sobre los países que, hasta la década de los ochenta, integraban la URSS, Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, que era el tema a preparar. Pero también intercaló, debidamente camuflados, un par de links a direcciones de sitios pornográficos, que contenían imágenes con todo tipo de prácticas sexuales en grupo.

Maxi estaba muy concentrado en su tarea. Cuando investigaba algún tema le gustaba abrir simultáneamente seis o siete páginas en simultáneo, para ir seleccionando el material a extraer para sus trabajos.

Picó sobre las siete direcciones que le había enviado su compañero de colegio y, mientras se desplegaba esa información, se dedicó a preparar el archivo Word que utilizaría para escribir su trabajo.

De pronto, de sus parlantes, empezaron a surgir gemidos. Fue abriendo uno a uno los sitios y se encontró con el despliegue de aquellas imágenes de video en las que se observaba a un grupo de personas practicando sexo desenfrenado. Las mujeres que participaban de esa fiesta sexual eran particularmente bonitas. No pudo separar su vista de allí, mientras sentía que su miembro despertaba y se agigantaba.

Se movió incómodo en su silla, sin quitar sus ojos de la pantalla. Sin pensarlo siquiera, sus manos empezaron a acariciar el bulto, cada vez más notorio, de su entrepierna. No aguantó más y tuvo que correr al baño a concluir su tarea.

Desde aquel día, esos dos sitios web, pasaron a formar parte de su “espacio virtual” permanente. Eran su motivación. Finalmente había encontrado el río en el que podría apagar diariamente su sed.

Ahora su actividad diaria se dividía entre un antes y un después del esperado momento en el que, por medio de su computadora, las imágenes de personas desconocidas, todas bellas, se dejaban espiar. Insaciablemente se dedicaban a sus placeres sexuales, y le permitían a Maxi, sin egoísmos, disfrutar de su práctica onanista. No entendía demasiado cómo podía suceder eso pero allí estaba esa gente, a su entera disposición. A cualquier hora que se conectara, de día o de noche, allí estaban distintos grupos de personas, jadeantes, practicando diversas variantes de sexo grupal.

Lo bueno de todo esto era que no necesitaba permiso de nadie. No necesitaba interactuar con nadie. No correría el riesgo del ridículo que muchos de sus amigos habían pasado intentando acceder a mujeres de carne y hueso, que en general los rechazaban.

Poco tiempo después, empezó a investigar otros sitios web y así, buscando su cuota diaria de excitación, llegó un día hasta una página que prometía sexo amateur. Allí encontró lo que nunca hubiera querido ver.

Las imágenes mostraban a Octavio, su padre, hamacándose rítmicamente por detrás de una mujer completamente desnuda, que tenía sus ojos vendados y sus manos atadas al respaldo de una cama.... Descubrió que aquella cama no era otra que el lecho matrimonial de sus padres. Y esa mujer...

Los gemidos de su madre martillaban en su cabeza, como si una bola de demolición golpeará rítmicamente sus sienes. La mezcla de dolor y pasión que se veía en la pantalla, lo hubiera excitado velozmente, como siempre. Pero ahora ante sus ojos se desplegaba un espectáculo que durante siglos de civilización, millones de padres se ocuparon de ocultar a sus hijos.

La impresión que le produjo ver a sus padres follando había sido tan fuerte que le había paralizado el corazón.

Cerró ese archivo. Abrió otro. Aparecían los mismos protagonistas de su tragedia, ahora en otros ejercicios sexuales. Cerró ese y abrió otro, lo mismo. ¡Era un puto sitio lleno de videos pornográficos de sus padres!

Cerró su computador y corrió por la casa vacía hasta la alcoba matrimonial. Se dirigió a la ventana. Adivinó la ubicación por lo que veía en aquellas malditas imágenes en su PC. Efectivamente, allí encontró la diminuta camarita, sin cables, disimulada en el bastidor que sostenía la cenefa del cortinado.

— ¡Octopus hijo de puta! —, masculló mientras arrancaba la cámara, — la filma sin que ella sepa nada, y publica sus sucios videos en internet. ¡Lo voy a mataaaaar! —.

XXVIII

Señor, quita de mí este cáliz ...

- 2034 -

El apartamento estaba ubicado en el último piso de la torre más nueva de Madrid, recientemente inaugurada, pese a todas las protestas de los vecinos de la zona. Dos años de discusiones en el Ayuntamiento, durante los cuales la construcción había sido detenida, mas los inevitables dieciocho meses de construcción, no habían bastado para apagar el fuego de la discusión, entre los que deseaban que Madrid mantuviera su señorial aspecto, y quienes, de la mano del Alcalde José María Villarosa, luchaban por dar una nueva cara a la ciudad, que le permitiera competir exitosamente entre las otras grandes capitales europeas.

Las calles de Madrid lucían diferentes. Tras la crisis del petróleo del año 2015, cuando el barril superó la simbólica barrera de los quinientos euros, finalmente el mundo había encarado un plan serio de reconversión tecnológica que empezaba a dejar atrás los problemas de abastecimiento, contaminación e intereses, que rodeaban a la producción, refinación y distribución del petróleo.

La desigual guerra entre Venezuela y los Estados Unidos, sumada al reguero de conflictos en Medio Oriente, habían sido los detonantes de un cambio internacional de magnitud. Y ahora, a diecisiete años del fin de aquellos conflictos se podía decir que la sustitución del petróleo por el hidrógeno era una realidad.

Se vivía en un mundo con menos polución. Las tecnologías de producción, almacenamiento y transporte de hidrógeno, se habían perfeccionado y difundido.

El mayor problema y el foco de atención de la humanidad se había trasladado hacia China. Con sus dos mil cien millones de habitantes, las tensiones sociales acumuladas tras la explosión económica del gigante asiático eran el foco de atención mundial. Ahora todos querían participar de la riqueza que se había generado y la admirada disciplina social oriental crujía fuertemente. El gran temor internacional residía en que esas tensiones, pudieran ser administradas por el Estado chino, sin que provocara remezones en el resto del mundo.

También la tecnología del automóvil se había adaptado a estos cambios. Ligeras y silenciosas unidades personales transportaban ese mediodía a los madrileños que buscaban un buen restaurante donde apagar su hambre.

Estos vehículos, que habían empezado a inundar los mercados urbanos unos diez años atrás, producidos inicialmente por China, se habían impuesto velozmente en los mercados occidentales. En las ciudades estaba penalizado el tránsito con los antiguos automóviles familiares, que eran autorizados a transitar por calles, rutas y autopistas, solamente cuando estaban ocupados al menos tres de los cuatro lugares disponibles en su interior.

De modo que solo un diez por ciento de los vehículos que transitaban por la ciudad, correspondían al antiguo formato del automóvil. Esos pocos vehículos estaban en general destinados al turismo o al traslado de los niños en horarios de ingreso y egreso escolar. Inclusive el servicio de taxímetros había sido remodelado. La mayor parte de los vehículos

eran biplaza, con conductor adelante y pasajero detrás, aunque algunos modelos permitían llevar dos y tres pasajeros, que en este caso ya no viajaban demasiado cómodos.

Desde el lujoso penthouse en el piso 44° del edificio de la ochava de Calle de Alcalá y calle de Serrano, Candela Azzarini Fernández observaba el silencioso ir y venir de esos pequeños automóviles que avanzaban en dirección a la fuente de Cibeles.

Faltaban dos horas todavía para que su esposo retornara. Ese día, le había prometido regresar temprano a casa, así que se dispuso a continuar con su trabajo de escritora.

Alberto Pascual del Castillo, su esposo, le decía siempre que aquello, más que un trabajo, era un hobby.

No habían tenido hijos, por decisión de Candela.

Pese a que dedicó tres años de su vida, antes de su casamiento, a investigar toda la información que pudo acumular del drama familiar acontecido casi veinte años atrás, ella no había logrado entender muchas cosas.

Ya de niña no le gustaba ni el juego de muñecas, ni nada que tuviera que ver con niños y padres. Y esa aversión hacia todo lo infantil se había afirmado definitivamente, hasta convertirse en una obsesión, tras el asesinato de sus padres y tras la aparición de la catarata de conflictos que se sucedieron, y que habían trastocado su mundo de felicidad.

El tema la había llevado a más de una discusión con su esposo, que sí quería tener hijos. Alberto adoraba los niños, pero ella no y se había ocupado ya de poner los puntos sobre las íes. ¡Jamás los tendrían!

De modo que disponía ahora de todo el tiempo del mundo, tanto para sus actividades sociales como para sus frecuentes y breves viajes a Suiza y a Buenos Aires.

Hacía apenas tres años que había logrado superar su terrible aversión hacia la tecnología. Ese tremendo temor, que había logrado que no tocara una computadora desde los doce años.

Cuando pudo vencer su limitación psicológica, la maravilló ese reencuentro, porque le facilitó su vida en muchos aspectos. Principalmente en lo relativo a su actividad diaria y a su producción de materiales. Paradójicamente se dedicaba a escribir historietas infantiles. ¡Cuánto había cambiado la tecnología! Ahora podía escribir y organizarse mejor.

De todos modos, trataba de que los dispositivos tecnológicos no invadieran muchos aspectos de su vida. Le había quedado una desconfianza enorme hacia la capacidad invasiva de las nuevas tecnologías, y no estaba dispuesta a repetir las traumáticas experiencias familiares. Era particularmente celosa con sus datos personales. La nueva legislación internacional también la ayudaba.

Se ubicó en su escritorio y, al instante, se encendió la imagen tridimensional de su ordenador, emergió el rostro de una bella joven que con una dulce voz castiza le dijo — Buenas tardes Candela, estoy lista, dime por favor ¿qué deseas hacer? —.

Cande dudó. Tampoco ella tenía en claro qué era lo que quería hacer, parecía que estaba recuperando aquella costumbre que había tenido de niña. Su necesidad imperiosa de sentirse acompañada por los medios electrónicos de la casa.

Su madre primero, y su abuela después, le habían cuestionado entonces que iba dejando un rastro electrónico por todo su hogar. El aparato de televisión de su cuarto, su *notebook*, el equipo de audio, el televisor del family, etc. Todo lugar por el que Candela transitara en la casa de su infancia, quedaba “conectado”, emitiendo imagen o sonido. “*Odio el silencio*” respondía cuando le cuestionaban aquella actitud.

Después, forzosamente, había aprendido a convivir con el silencio.

Cavilaba sobre lo que haría, sentada frente a la imagen tridimensional, ahora inmóvil de *Macarena* -así había decidido llamar a la agraciada españolita que emergía de su ordenador para cumplir sus deseos- cuando ésta abrió sus párpados entrecerrados y con una amplia sonrisa, le dijo:

— Candela, tienes una solicitud de video conferencia desde Buenos Aires, Argentina, es Ignacio Azzarini, ¿deseas atenderlo? —.

Ella no respondió. Directamente accionó en el teclado virtual que tenía ante sí, la tecla *audio-video*, y la imagen de Macarena fue reemplazada por la de su hermano, Nacho.

— Hola mi principito, ¿cómo estás? —, lo saludó. Hacía casi una semana que no se conectaban.

Al completar su desarrollo físico, en Ignacio Azzarini se habían ido afirmando muchos de los rasgos físicos heredados de los genes de su abuela irlandesa, Madeleine. Ya de niño, sus hermanos y amigos lo llamaban “el irlandés” y con el tiempo, aquellos rasgos iniciales se habían consolidado. Tenía un cierto parecido con el famoso actor irlandés Ian Flanagan, que había ganado el premio de la Academia de Hollywood del año anterior, aunque con cabello rojizo, sus mismos ojos pequeños, su mentón alargado, su figura esbelta y deportiva.

Pese a todos sus encantos y a la enorme cantidad de mujeres que lo perseguían, no se había casado, ni se le conocía relación estable alguna. Tampoco amigos.

— Hola —, respondió secamente Nacho al saludo de su hermana. Había perdido toda capacidad de mostrar sentimientos.

— Estuve en Suiza un par de días, y lo vi —.

Nacho administraba la fortuna familiar. Se había dedicado a negocios financieros. Y tras el fallecimiento de sus abuelos Domingo y Madeleine, pese a su juventud, había tomado decisiones importantes. Vendió todas las propiedades y empresas familiares y colocó esa enorme suma de dinero, en los mercados internacionales.

Con su pequeña *PC-PALM*, dedicaba un par de horas al día al seguimiento de las principales cotizaciones y operaba videofónicamente con su agente en *Wall Street* para mover ágilmente su dinero.

Seguía una estrategia bastante agresiva y eficaz que le había permitido duplicar la cuantiosa fortuna familiar heredada, en muy pocos años.

También era un buen administrador. Mensualmente se ocupaba de depositar en una cuenta bancaria de Candela, los cuarenta mil euros que habían acordado. También se ocupaba religiosamente de transferir los fondos a la centenaria Clínica *La Prairie*, en Suiza, que en el año 2018 había anexado una exclusiva clínica psiquiátrica a sus actividades.

Mental Health La Prairie estaba enclavada también junto al lago Geneva, en Montreux y había surgido a raíz de un conflicto entre la clínica *La Prairie*, y una cadena de hoteles internacionales, que había utilizado el nombre de la clínica para promocionar uno de sus hoteles también localizado en Montreux y su propio spa, que estaban ubicados también a orillas del lago en cercanías de la clínica.

Como consecuencia de un juicio multimillonario, *La Prairie* se quedó con el hotel, al que reciclaron, dando paso a este centro de confinamiento de enfermos mentales, cuyas familias pagaban mil euros por día, a cambio de asegurarse la mejor atención internacional para sus seres queridos.

Allí estaba confinado, prácticamente de por vida, su hermano mayor, Maxi. Nacho no se desentendía de esa situación. Mensualmente se ocupaba de pagar la lujosa atención de su hermano enfermo.

Maxi, en un delirio místico permanente, pasaba sus días junto a famosos enfermos mentales. La más notable era Britney, una famosa cantante norteamericana, a quien el alcohol y las drogas le produjeron los mismos efectos, que el paco producía entre los adolescentes marginales porteños, solo que a un costo muy superior. También estaba allí Cristopher, un afamado actor inglés, que no dejó adicciones por adoptar; las drogas y el sexo lo habían consumido y lo habían reducido a una vida prácticamente vegetativa.

Nacho puso una cara más dura todavía para comentarle a su hermana:

— Candy, lamentablemente los médicos me dijeron que la noticia que hablaba de un medicamento que podría revertir los efectos nocivos del litio en el cerebro era un *bleuf*. Sugieren que nos resignemos. Igual, no te preocupes, voy a cumplir con la promesa hecha a la abuela y voy a pagar la clínica hasta el último de sus días —.

Candela suspiró aliviada. Con todo lo que quería a su hermano menor, no dejaba de desconfiar de que un día se cansara de enviar la enorme suma de dinero mensual que se requería para que el mayor de los Azzarini, viviera su locura confortablemente en Suiza. Pese a que Madeleine se lo había hecho prometer, en su lecho de muerte, casi como condición excluyente, para dejarle la fortuna que había acumulado Domingo Fernández y ella había administrado tras el fallecimiento de su esposo.

— Yo estuve hace quince días y prácticamente no me reconoció, dijo ella.

— A mí me pasó lo mismo —, respondió Nacho. — Igualmente, los médicos me aseguraron que no tiene más que un año o dos más, antes de que la muerte cerebral progresiva termine afectando las zonas que regulan el funcionamiento de sus órganos vitales, así que queda poco tiempo para su calvario —.

— Aunque sé que no te gusta revolver ese pasado, tan doloroso para todos. ¿Puedo hacerte una pregunta? —, le dijo Candela acercando su cara a la imagen tridimensional de su hermano.

— Bien sabes que no quiero ni puedo hablar de ese tema —, le respondió él cortante. Pero ella también tenía sus necesidades, de esas que carcomen el alma. Durante su última visita a Montreux, para ver a Maxi, en medio de su locura, él la había sorprendido con un comentario:

— Anoche hablé con mi madre, con mi amor, ella me espera en el cielo, junto a Jesús. Octopus se pudre en el infierno —, le había dicho.

— ¿Crees que Maxi estaba enamorado de mamá, con un amor malo y obsesivo? —, disparó Candela, mirando directamente a los ojos de la imagen de su hermano.

El rostro de Ignacio se transformó, desencajado.

— Ese loco de mierda me cagó la vida con su puta obsesión. Me llenó la cabeza diciendo que papá era el demonio, que era un instrumento del anticristo. Me obligaba a rezar con él. Todas las noches venía a mi cuarto y me mostraba páginas de internet que, según él demostraban que nos estaba convirtiendo en instrumentos de ese mal. Que había que terminar con él, que tenía órdenes del Señor para detener el daño que se abatía sobre el mundo —. Y ya no pudo más y rompió en un llanto convulsivo.

Inconscientemente, Candela extendió su mano para acariciarlo, conmovida al ver tan desvalido a su hermano, pero su mano se perdió en la nada.

Él, que era una piedra, dura y brillante, que era conocido en medios empresarios de Buenos Aires como un joven astuto y desalmado, lloraba ahora como un niño, mostrando ese dolor que lo acompañaba desde hacía tantos años. Parecía que iba a llorar todas las lágrimas contenidas durante dos décadas.

Los traumas que provocaron en su mente los meses previos y posteriores al asesinato de sus padres no habían sido totalmente superados, pese a los tratamientos, pagados por sus abuelos, con los mejores especialistas.

Tras el descubrimiento del ADN de Maxi en los dos cabellos que se habían encontrado en la mano del cadáver de su padre, el niño terminó confesando todo y aunque involucró a Nacho como testigo de lo que había sucedido, lo liberó diciendo que había actuado amenazado por él y que el niño menor se había limitado a ser un testigo mudo de los acontecimientos.

Ambos coincidieron en esa confesión. Maxi incluso mintió asegurando que su hermano menor ni siquiera había podido ayudarlo para arrastrar el cadáver de su padre hasta la sala, para crucificarlo con la lámpara, tal como Jesús le había pedido que lo hiciera para limpiar su alma, poseída por el anticristo. Por suerte declaró, en ese momento, El Señor le dio una gran fuerza sobrenatural, que le permitió concluir con éxito su mandato divino.

En los meses siguientes, el pequeño Nacho se había encerrado en un mutismo enorme, del que solo pudo salir un año después, de la mano de su abuela protectora, mediante una prolongada internación en un centro de rehabilitación mental en Boston.

Pero nunca recuperó su alegría. Las técnicas utilizadas para limpiar parcialmente su memoria le habían endurecido definitivamente el corazón. Al menos hasta ahora.

Candela tampoco podía contener la emoción y estalló en lágrimas silenciosas. No sabía si convenía que su hermano siguiera llorando para desahogar todo el dolor contenido, pero también ella necesitaba llorar.

Su vida había sido un calvario. Solo había encontrado algo de paz cuando conoció a Alberto y se enamoró de él. Pero su mente también había quedado perturbada.

Tras el esclarecimiento policial del asesinato del matrimonio Azzarini y la difusión periodística de que la *TCH Corporation* había estado directamente involucrada en el affaire, George Hardwick, el socio de Steve Mc Gowan había desembarcado en Buenos Aires y se había ocupado de que un equipo médico especializado extrajera discretamente los CHIG implantados en Maxi, Candela e Ignacio.

Los médicos constataron que en el CHIG que se le extrajo a Maxi, un derrame de litio había contaminado -en forma directa- una zona de su corteza cerebral, lo que había generado un proceso progresivo de degeneración celular, que se había iniciado con un efecto de euforia interminable, que había llevado al pobre adolescente a un estado de excitación permanente.

Los neuropsiquiatras que trataron el caso escribieron un libro, que hizo aun más famoso al “niño del anticristo” como lo denominó la prensa internacional. Demostraron que el litio -utilizado precisamente como gran ayuda y neuroprotector para asistir a pacientes con la enfermedad bipolar- había tenido efectos devastadores en la enajenada psiquis de Maxi, y lo había llevado a un estado de delirio permanente.

Lo extraordinario del caso y lo que más llamaba la atención de los especialistas, era el efecto “encapsulado” de esa distorsión que había logrado, extrañamente, que Maxi disimulara todo su trastorno, a través del desarrollo de actitudes prácticamente normales en su vida diaria. Había encapsulado su estado de locura en aquel delirio místico y en la

extraña relación con sus padres: de amor obsesivo por su madre y de odio recalcitrante con su padre.

La prensa argentina y la internacional se ocuparon, durante un par de meses, del caso en sus primeras planas. Durante los siguientes seis meses, noticias sobre el caso y artículos de especialistas sobre cuestiones tecnológicas y científicos que estudiaban el funcionamiento del cerebro siguieron hablando del asunto. El impacto que el caso había logrado en el seno de la mayoría de las familias, logró que el tema estuviera sobre la mesa, durante largos meses, en todo tipo de reuniones. Pero después, padres, hijos, abuelos y tíos olvidaron el asunto y siguieron sus vidas. Como antes, como siempre.

Maxi Azzarini jamás había revelado lo que llegó a conocer de la vida sexual de sus padres, ni la forma en que lo había hecho.

Tampoco se pudo relacionar el asesinato de Steve Mc Gowan con este caso. Maxi jamás mencionó su nombre. Y si bien los investigadores sospechaban que ambos casos estaban relacionados, jamás pudo develarse esa relación.

El Superintendente de Investigaciones Criminales de la Policía Bonaerense tuvo que admitir que la anciana Lucrecia Arizmendi estaba en lo cierto cuando declaró que los asesinos eran “*el nene y su hermano*”. Fue error del comisario asumir que el *nene* al que se refería la *vieja loca* era el “Nene” Ramón Medina, y no Maxi, a quien efectivamente la anciana vio junto a su hermanito Ignacio, desde su ventana y a la luz de la luna, aquella noche del asesinato.

Willy Rebolledo, finalmente enterado del engaño de los hermanos Medina, que esa noche se habían quedado durmiendo su borrachera de whisky costoso y exclusivo, igualmente decidió dejarlos en su campo del Paraguay, por temor de que si regresaban, revelaran que habían sido contratados para un asesinato que lo tuvo como principal sospechoso.

Sobre la base de los informes de incapacidad psíquica y mental del joven, los abogados de Madeleine obtuvieron rápidamente la declaración judicial de insanía, que liberó a Maxi de las rejas de la cárcel, para su traslado a la definitiva jaula dorada de *La Prairie*, en Suiza.

La sucesión de todos aquellos hechos desfilaban velozmente por la mente de Candela. Eran los mismos pensamientos que, muchas veces, la hacían despertarse gritando histéricamente, en medio de la noche, con su esposo haciendo intentos desesperados por contenerla.

— Lamentablemente, esa obsesión de Maxi es el producto de otra obsesión, querido Nachito —, dijo Candela enjugando sus últimas lágrimas. — La obsesión de nuestros padres por darnos el cielo en la tierra nos ha condenado a todos a este terrible infierno —.

-----0-----

Alfons Ferré, apoyado en su bastón, trajina con dificultad los pasillos de su mansión en *Castelldefels*, en las afueras de Barcelona, hasta llegar a su escritorio abarrotado de libros donde lo espera su tarea. Sus ochenta y un años le pesan y los avatares de su salud han dañado su físico. Sin embargo, su mente permanece en febril actividad. Dedicar sus horas a escribir. Su único contacto con el mundo exterior es el ejercicio de la presidencia del patronato de la “Fundación Felices los Niños”, que creó y conduce desde el año 2015.

El anciano escribe, aunque no lo sepa, su obra póstuma.

Tras el desenlace del “crimen de Siete Lagos”, la historia que lo tuvo como protagonista oculto, silencioso y remoto, el inquieto catalán abandonó su lucha contra el anticristo tecnológico y dedicó sus días a escribir e iluminar sobre los riesgos que el ser humano enfrenta durante la niñez y las responsabilidades de los padres en la construcción de

familias sanas y felices.

Releyó el último párrafo del escrito que estaba preparando:

“El niño es una página en blanco que se va llenando con trazos desordenados y breves que escribe con su propia mano, pero su entorno familiar, el amor y la autoridad de los padres son los que dan un sentido a esa obra artística de naturaleza divina que es la vida humana.

Lamentablemente, los padres han estado demasiado concentrados durante mucho tiempo en un gozo egoísta, para el que los niños, muchas veces, constituyen solo un estorbo. Para quitar este problema de sus vidas, los padres terminan destruyendo la obra divina. Llenan a sus hijos de bienes materiales, buscan desenfrenadamente una felicidad vacía de valores espirituales...”

Allí había quedado su obra la noche anterior. Quiso continuar pero sus pensamientos se volvieron confusos nuevamente. Ya le había pasado con frecuencia en los últimos días, trató de incorporarse pero ya no tuvo fuerzas. Vencido, apoyó su cabeza sobre la pila de libros y cerró sus ojos.

FIN